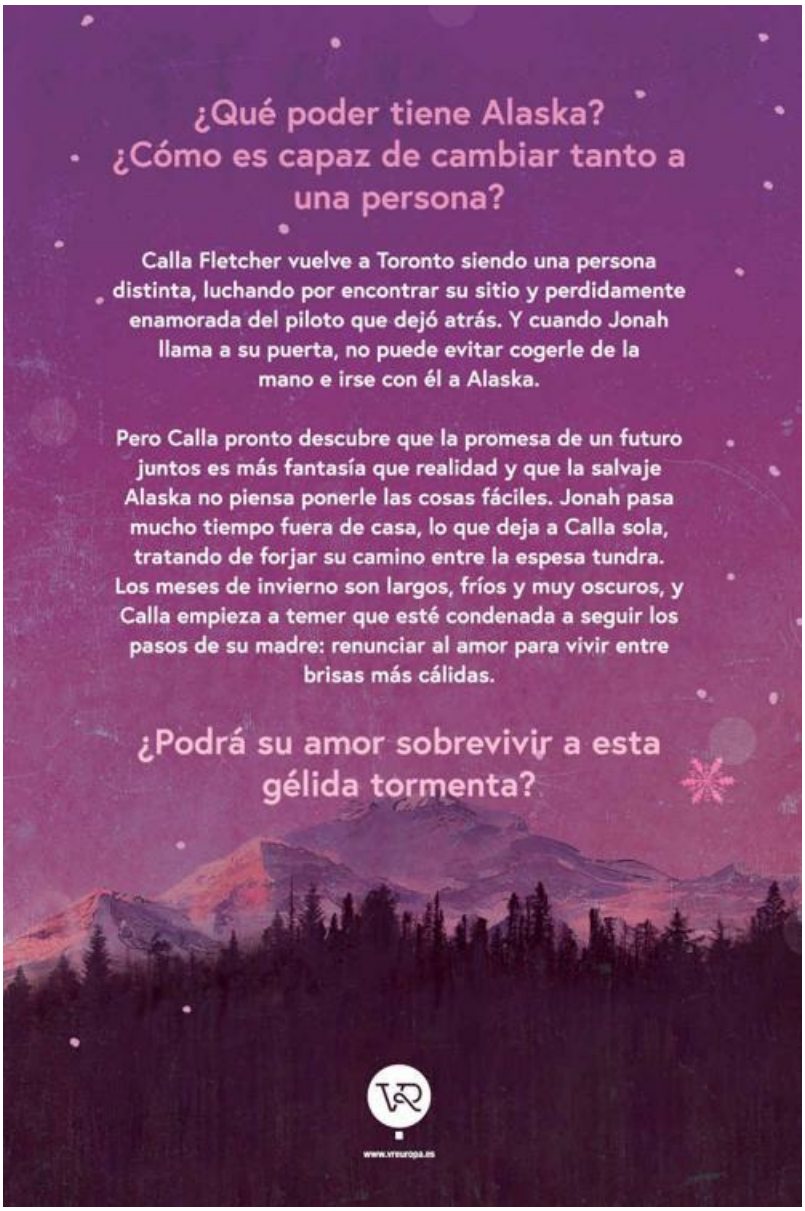

Alaska contigo
K.A. TUCKER
Autora best seller de ALASKA SIN TI


¿Qué poder tiene Alaska?
¿Cómo es capaz de cambiar tanto a una persona?
Calla Fletcher vuelve a Toronto siendo una persona distinta, luchando por encontrar su sitio y perdidamente enamorada del piloto que dejó atrás. Y cuando Jonah llama a su puerta, no puede evitar cogerle de la mano e irse con él a Alaska.
Pero Calla pronto descubre que la promesa de un futuro juntos es más fantasía que realidad y que la salvaje Alaska no piensa ponerle las cosas fáciles. Jonah pasa mucho tiempo fuera de casa, lo que deja a Calla sola, tratando de forjar su camino entre la espesa tundra. Los meses de invierno son largos, fríos y muy oscuros, y Calla empieza a temer que esté condenada a seguir los pasos de su madre: renunciar al amor para vivir entre brisas más cálidas.
¿Podrá su amor sobrevivir a esta gélida tormenta?
www.vreuropa.es

Alaska contigo

K.A. TUCKER



«Personajes reales, escenarios vívidos y una historia de amor que te conmueve: ¡Alaska contigo es la continuación perfecta de Alaska sin ti! K.A. Tucker nunca decepciona».

Elle Kennedy,

autora *best seller* de *#KissMe: Prohibido Enamorarse*

«K.A. Tucker supera el monumental desafío de darles a los lectores una secuela que rivaliza con el original».

Samantha Young,

autora *best seller* de *Calle Dublín*

«Personajes reales, escenarios vívidos y una historia de amor que te conmueve: ¡Alaska contigo es la continuación perfecta de Alaska sin ti! K.A. Tucker nunca decepciona».

Elle Kennedy,

autora *best seller* de *#KissMe: Prohibido Enamorarse*

«K.A. Tucker supera el monumental desafío de darles a los lectores una secuela que rivaliza con el original».

Samantha Young,

autora *best seller* de *Calle Dublín*

Para Lia y Sadie
si aprendéis algo de mí, espero que sea el valor de la determinación
Para Stacey
por reír conmigo
Para Juanita
bendito sea tu corazón

Para Lia y Sadie,
si aprendéis algo de mí, espero que sea el valor de la determinación.
Para Stacey,
por reír conmigo.
Para Juanita,
bendito sea tu corazón.

Capítulo 1



NOVIEMBRE

—Bueno… Supongo que ya nos veremos.

Se me forma un nudo en la garganta, así que me limito a asentir. Los últimos días que he pasado con Jonah están difusos, rodeados de una niebla de felicidad que todavía no estoy dispuesta a dejar ir. Mi conductor de Uber tendrá la suerte de presenciar cómo me deshago en lágrimas en el asiento trasero.

Un sentimiento indescifrable aparece en los ojos azules de Jonah. Todavía no me acostumbro a verlo sin barba, aunque confieso que disfruto admirando su mandíbula cincelada y sus hoyuelos. Respira hondo y se da la vuelta. Lleva el equipaje de mano colgado de un hombro y la tarjeta de embarque en la mano.

Observo cómo entrega los documentos al agente de migraciones, que tarda un segundo en revisarlos antes de indicarle que se acerque a la entrada de seguridad. Al otro lado le espera un vuelo de catorce horas de vuelta a casa. En solo un par de segundos, Jonah se habrá ido.

¿Quién sabe cuándo volveré a verlo? Ha volado hasta aquí para decirme en persona que estos últimos dos meses sin mí han sido un suplicio, que no quiere ser como mi padre (que se pasó la vida llorando por mi madre), que quiere encontrar una versión de «nosotros» que funcione y que quiere que esté a su lado.

Todavía no le he dado una respuesta, me da mucho miedo dar el salto.

Hasta ahora.

Siento la palabra crecer en mi interior: una emoción lista para explotar.

—¡Sí! —El pulso me retumba en los oídos. Jonah se da la vuelta para

mirarme y levanta una ceja. ¿Estoy loca? Quizá. Pero esto va en serio. Me acerco y me trago los nervios—. Volveré a Alaska.

Porque volver a estar con Jonah (poder reírnos mientras me envuelve en sus brazos y recordamos todo lo que hemos vivido juntos) solo ha confirmado lo que llevo meses sospechando: vivir en Toronto sin él no tiene sentido.

Me he cansado de despedirme de este hombre.

Jonah abandona la fila y vuelve sobre sus pasos para cerrar la distancia que nos separa, dejando caer la bolsa a sus pies. Son las cinco de la mañana y nos hemos convertido en un obstáculo que obliga a los demás pasajeros a rodearnos para poder seguir su camino. Los insultos me entran por un oído y me salen por el otro.

—¿Lo dices en serio?

Asiento.

—Sí. Siempre y cuando lo de mudarte a Anchorage fuera en serio.

—¿Cuándo? —exige saber con una voz repentinamente ronca.

—No lo sé. ¿En cuánto pueda?

¿Cuánto se tarda en hacer las maletas y mudarse a otro país? Aunque sea donde nací y tenga nacionalidad, hace más de veinte años que no vivo allí.

Le brillan los ojos por la determinación.

—Ven en Navidad.

Me rio.

—¡Falta un mes!

—¿Y? ¿Qué otra cosa tienes que hacer? —Me está desafiando, con ese tono tajante tan propio de Jonah—. Ya no voy a ir a Oslo a ver a mi madre. Y a Aggie y a Mabel les encantará la idea. Piensa que es la primera Navidad sin Wren. Deberías venir. —Se le mueve la nuez cuando traga—. Ven.

Entre sus palabras, su tono y el modo en que me mira, oigo la súplica silenciosa. Lo cierto es que la idea de pasar las Navidades con los seres queridos de mi difunto padre me parece más atractiva (y más factible) a cada segundo que pasa.

—De acuerdo —contesto en una exhalación temblorosa—. Si consigo organizarme. Estaré allí en cuanto pueda.

Me abraza y se inclina para apoyar su frente en la mía.

—Mierda, Calla, tú sí que sabes poner nervioso a un hombre.

Sonrío y me estiro para rozarle la mandíbula con las yemas de los dedos. Hace dos días le escondí la navaja para que dejara de afeitarse. Un acto de justicia poética por todas esas semanas que tuvo mi neceser escondido en el ático. Desafortunadamente, a Jonah no parece importarle.

—Lo siento. Lo he decidido hace unos segundos. —Aunque, a decir verdad, creo que lo he sabido todo este tiempo.

—¿Pero estás segura? Porque no puedes decirme una cosa así y luego arrepentirte.

—No me voy a arrepentir —le prometo—. Estoy cien por cien segura de que… —Me muerdo el labio para contener la declaración que casi se me escapa, y me ruborizo.

Jonah tensa la mandíbula y me mira intensamente.

—¿De qué?

«Te quiero».

Tengo esas dos palabras en la punta de la lengua desde el momento en que escuché su risa en nuestro porche y, sin embargo, no me atrevo a decírselo. Aunque, por loco que parezca, sí tengo el valor para mudarme a Alaska. Probablemente sea porque eso me lo ha pedido. Si Jonah me hubiese dicho que me quería, hubiese correspondido a su sentimiento en ese mismo momento. Pero todavía no lo ha hecho, no con palabras.

—Estoy segura —digo en cambio.

Entrecierra los ojos con ese gesto desconfiado tan propio de él. Como si quisiera leerme la mente.

—Vale.

—Vale. —Me rio nerviosa—. Mierda. ¡Vamos a hacerlo!

—Sí, y será increíble, ya verás. —Vuelve a besarme, lento y profundo, sosteniéndome la nuca y jugueteando con mi pelo.

Alguien se queja:

—Quitaos de en medio, joder.

Y Jonah se separa para fulminarlo con la mirada. El hombre agacha la cabeza y se hace el distraído.

—Debería irme. —Jonah echa un vistazo al reloj—. Ya voy justo de tiempo. Además, hemos cabreado a medio aeropuerto.

Me pongo de puntillas para robarle un último beso.

—Llámame en cuanto aterrices.

Como respuesta, me gano una de esas sonrisas soberbias que antes me daban ganas de golpearlo pero que ahora muero por contemplar.

—Que te diviertas dándole la noticia a Susan.

—Debería irme. —Jonah echa un vistazo al reloj—. Ya voy justo de tiempo. Además, hemos cabreado a medio aeropuerto.

Me pongo de puntillas para robarle un último beso.

—Llámame en cuanto aterrices.

Como respuesta, me gano una de esas sonrisas soberbias que antes me daban ganas de golpearlo pero que ahora muero por contemplar.

—Que te diviertas dándole la noticia a Susan.

Capítulo 2



DICIEMBRE

—Bueno, supongo que ha llegado la hora. —Anuncia mi madre con cierto tono de fatalidad mientras mira el cartel de la frontera estadounidense con los ojos vidriosos. Hasta en esta hora intempestiva la atraviesan hordas de turistas.

—Mamá. —La miro—. No me estoy muriendo.

—Ya sé que no te estás muriendo, pero… —Atrapa una lágrima con una uña recién pintada: de color rojo, a juego con las Navidades—. Por fin entiendo la expresión de mi madre cuando fui yo la que se marchó a Alaska. Creo que debería llamarla para disculparme.

Mi corazón se acelera por la expectativa. Han pasado cuatro semanas, cinco días y doce minutos desde que me despedí de Jonah, después de su visita sorpresa a Toronto.

A partir de entonces, entré en un torbellino de preparativos: formularios, firmas, impuestos exorbitantes por renovar el pasaporte, horas investigando Anchorage, múltiples cuestionamientos por parte de mi madre («¿en serio quieres hacer esto?» o cautelosos «¿y si solo quiere robarte la herencia?») que iniciaron múltiples peleas; y conversaciones psicoanalíticas con Simon, llenas de palabras cuidadosamente elegidas, en las que me decía que lo que siento por Jonah podría ser un sentimiento residual de la profunda conexión que establecimos al enfrentarnos juntos a la muerte de mi padre y que, de ser así, no es un cimiento sólido para empezar una vida juntos.

Y, por supuesto, incontables mensajes y llamadas con Jonah mientras hacía las maletas, planificaba y contaba los días.

Y ahora estoy aquí, en el Aeropuerto Internacional de Pearson, a las cinco

y cuarto de la madrugada, aferrada a mi móvil, que contiene las tres tarjetas de embarque de los tres vuelos que completarán la distancia de cincuenta y cinco mil kilómetros que me separan de Jonah, porque solo de ese modo sabré cómo va a terminar la cosa.

«¿Qué pensarías de todo esto, papá?».

Han pasado más de tres meses desde la muerte de Wren Fletcher y sigo pensando en él a diario. Los buenos recuerdos todavía hacen que me duela el pecho y se me llenen los ojos de lágrimas cuando miro las fotos de los días que pasé en Alaska. Todavía se me cierra la garganta cuando pronuncio su nombre.

Y pensar que en julio era casi un desconocido… Un hombre que se había alejado de mí cuando tenía catorce años y, antes que eso, no era más que una voz distante en el teléfono.

Jonah era como un hijo para él. Estoy segura de que estaría encantado con todo esto.

—Susan, debemos ir hacia el tren que va a nuestra terminal —advierte Simon con ese tono británico digno de Hugh Grant y le da un golpecito en el hombro mientras me mira de reojo. Todos sabíamos que despedirnos en el aeropuerto no era una buena idea. Pero eso no le ha impedido a mi madre sacar un vuelo a las Islas Turcas y Caicos, que sale veinte minutos después que el mío, para asegurarse de acabar en esta situación.

Mi madre se arregla el sombrero de ala ancha que lleva en la cabeza. Yo tengo uno parecido (de hecho, lo llevé la primera vez que fui a Alaska) en casa de Jonah. Lo dejé allí por dos motivos: para que se acordara de mí y porque no tenía ningún interés en someterme a la tortura de volver a casa con eso puesto.

Esta vez voy vestida de una forma mucho más práctica: con mallas, un jersey suelto y botas de montaña, que serán un incordio cuando pasemos por el control de seguridad, pero que, por lo demás, son perfectas para un día entero de viaje.

—Ojalá os pensaseis la posibilidad de pasar las Navidades con nosotros —musita mamá.

—Es un poco tarde para eso. —No creo que haya muchos asientos

sdisponibles para ir a las Islas Turcas un 23 de diciembre. Desde luego, no po:
ymenos de cinco mil dólares. Pero sé que mi madre no tiene esperanzas de ur
ocambio de última hora. Jonah no va a cambiar de opinión: este año necesit
estar con Agnes y Mabel. Y yo tampoco lo voy a hacer: necesito estar con é
—. Te escribiré esta noche, cuando llegue a casa de Jonah —prometo. Po:
ofin ha puesto internet en su casa.

l —Y llámame tan pronto como te despiertes.

s —Sí, sí… —La envuelvo con los brazos, atrayéndola hacia mí—. Qu
apases una feliz Navidad junto al mar.

Me devuelve el abrazo con ferocidad para ser una mujer tan pequeña
aMientras me aprieta, inhalo su perfume floral, digno de la florista que es.

a —Rezaré para que no nieve hasta que llegues —susurra y la ronquera en
su voz acentúa el nudo de mi garganta—. Saluda a Jonah de mi parte.

o —Lo haré. —Me separo y miro a Simon, que ha sido relegado a sujet
maletas y está ocupado aflojándose el cuello del abrigo con las mejilla:
eenrojecidas por el calor.

l Desde que volví de Alaska en septiembre, he notado mucho más su edad
llas líneas que le atraviesan la frente, las manos arrugadas, el pelo gris y escaso
eAhora que he experimentado el dolor de perder a un padre (a quien pud
svolver a querer) soy muy consciente de que algún día también tendré qu
atravesar el dolor de perder a Simon.

o Aunque espero que eso ocurra dentro de muchos años.

a —Tengo ganas de ver tu bronceado —me burlo. Sin duda, Simon s
ypasará todos los días escondido debajo de la sombrilla más grande qu
aencuentre, embadurnado en protector solar factor cincuenta y con una band
de zinc adherida al tabique de la nariz para mayor protección.

a Me río mientras me envuelve en un fuerte abrazo.

r —Estará bien. No dejaré que se deprima —dice tan bajo que solo pued
aescucharlo yo—. Siempre tendrás un lugar al que volver si lo necesitas, sin
preguntas. Bueno… puede que sí te hagamos algunas. —Me guiña un ojo.

s —Lo sé. Gracias. —Siento mariposas en el estómago cuando me cuelg
la mochila al hombro, aliviada porque las tres maletas que contienen todo l
sque necesito para sobrevivir ya las he facturado en el avión rumbo a Chicag

r—. Muy bien, entonces… ¿Hablamos pronto? —¿Qué otra cosa puedes ıdecirles a tus padres el día que te mudas a la otra punta del continente?

ı Mamá asiente, traga con dificultad y su mano busca a tientas la de Simon.

l —Estoy a una llamada, un mensaje o una videollamada de distancia. —rLes aseguro mientras arrastro las botas por el suelo pulido y me alejo.— Buen viaje.

—Igualmente. —Simon me regala una sonrisa alentadora.

ɐ Busco en el bolso mi pasaporte estadounidense y avanzo para entregárselo al agente. Es la primera vez que vuelo como ciudadana .estadounidense en más de veinticuatro años. Apenas lo mira antes de devolvérmelo y dejarme pasar con un gesto de cabeza.

ı Me giro una última vez y veo el larguirucho brazo de Simon sobre los hombros de mi madre, apretándola contra su costado. No estaba ni la mitad ıde angustiada la última vez que me fui a Alaska, pero, otra vez, eso era stemporal. Esa vez era por mi padre. Y por mí.

Ahora…

: Me estoy mudando a Alaska por Jonah.

. El bruto y malhumorado Yeti que me hizo la vida imposible, que odiaba ɐhace solo algunos meses, pero con quien he pasado los peores momentos de ɐmi vida.

Ahora estoy dejando todo lo que conozco para estar con él.

Respiro hondo y cruzo las puertas de cristal.

ɐ

ɐ

ı



—Lo han cancelado. —Miro el cartel rojo que parpadea en la pantalla al lado ɔdel vuelo de Anchorage a Bangor.

ı —Sí, ya lo he visto. Lleva nevando desde anoche. Es mucho peor de lo que pronosticaban. Todo está paralizado —dice Jonah en mi oído.

ɔ Miro por los ventanales que dan a la pista. Un paisaje de cielo azul, nieve ɔen el suelo y una capa de hielo en los marcos de las ventanas, para dejar bien ɔclaro que hace frío.

—Aquí no hay nada.

—Bueno, hay seiscientos kilómetros y una cadena montañosa entre tú y este apocalipsis.

Jonah había mencionado que se pronosticaba «algo de nieve». En ningún momento usó la palabra apocalipsis.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que mejore?

Decidimos que sería más fácil y barato que cogiera un vuelo comercial en lugar de hacerle venir hasta aquí para recogerme. Pero, dada la situación aquizá podría subirse a un avión y…

—No tiene pinta. Dicen que seguirá así hasta mañana.

—¿Mañana? —Siento como se desploman mis hombros. Y pensar que hacía unos minutos estaba contenta porque el viaje estaba siendo muy tranquilo—. ¡Qué mierda!

—Tranquila. Ya sabes cómo son las cosas por aquí. Te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme —le digo haciendo un puchero. Tres aeropuertos, dos aviones y once horas después, mi frustración crece. Sobre todo, estoy desesperada por ver a Jonah.

Se ríe.

—Sí, bueno… Ojalá tu avión despegue mañana.

Se me cae el alma a los pies. Mañana es veinticuatro. Si no despega mañana…

—¡Oh, por Dios! Voy a pasar Navidad sola en un aeropuerto, ¿verdad?

—No te adelantes. Aquí las cosas cambian de un momento a otro. Escucha, te he reservado una habitación en una posada. No es nada del otro mundo, pero está casi todo reservado. Conozco a los dueños, Chris y Andrea. Son buena gente, y hay un autobús que te deja ahí.

—Gracias —le digo con resignación.

—De nada, Barbie.

Sonrío a pesar del sentimiento de amargura. Antes odiaba que me llamara así.

—¿Ya te ha vuelto a crecer la barba? —le pregunto y él evita darme una respuesta. Espero que sí; jamás creí que iba a desear algo así.

—Ya lo comprobarás tú misma. Venga. Busca tus veinticinco maletas

llenas hasta arriba y vete. Llámame luego.

—Vale. —Me muerdo el labio para contener la necesidad de pronuncia esas dos palabras que me callé hace un mes, que reprimo en cada llamada y que llegué a convencerme de que no puedo decir por primera vez a través de móvil. Pero, en el fondo, tengo miedo de que Jonah no sienta lo mismo. A menos, no todavía. Confío en que lo que siente por mí es fuerte, de lo contrario, no estaríamos haciendo esto. Pero si hay algo que caracteriza a Jonah es la determinación y el coraje, y todavía no me ha dicho que me quiere, lo que me hace pensar que no está seguro. Así que no puedo decirlo la primera—. ¿Hablamos luego?

Jonah se ríe suavemente.

—Sí, claro. Te veo pronto, Calla.

Intento no arrastrar los pies mientras me dirijo a la cinta de equipaje. Por suerte, sobre la plataforma ya están las maletas del vuelo de Chicago. Todavía no veo las mías, así que espero. Es inexplicable cómo pesa sobre mis hombros la desilusión que me genera pasar la noche atrapada en Anchorage sin Jonah.

Treinta minutos más tarde, mucho después de que dejaran de salir maletas por la cinta transportadora de mi vuelo y el último de los pasajeros se llevara sus cosas, agrego «pérdida de equipaje» a la lista de «cosas que salieron tremendamente mal cuando me mudé a Alaska».

Podré reírme de esto algún día…

llenas hasta arriba y vete. Llámame luego.

—Vale. —Me muerdo el labio para contener la necesidad de pronunciar esas dos palabras que me callé hace un mes, que reprimo en cada llamada y que llegué a convencerme de que no puedo decir por primera vez a través del móvil. Pero, en el fondo, tengo miedo de que Jonah no sienta lo mismo. Al menos, no todavía. Confío en que lo que siente por mí es fuerte, de lo contrario, no estaríamos haciendo esto. Pero si hay algo que caracteriza a Jonah es la determinación y el coraje, y todavía no me ha dicho que me quiere, lo que me hace pensar que no está seguro. Así que no puedo decirlo la primera—. ¿Hablamos luego?

Jonah se ríe suavemente.

—Sí, claro. Te veo pronto, Calla.

Intento no arrastrar los pies mientras me dirijo a la cinta de equipaje. Por suerte, sobre la plataforma ya están las maletas del vuelo de Chicago. Todavía no veo las mías, así que espero. Es inexplicable cómo pesa sobre mis hombros la desilusión que me genera pasar la noche atrapada en Anchorage sin Jonah.

Treinta minutos más tarde, mucho después de que dejaran de salir maletas por la cinta transportadora de mi vuelo y el último de los pasajeros se llevara sus cosas, agrego «pérdida de equipaje» a la lista de «cosas que salieron tremendamente mal cuando me mudé a Alaska».

Podré reírme de esto algún día…

Capítulo 3



—¿Qué tiene Alaska en contra de mi ropa? —Acepto la copa de vino tinto que me da el camarero (un hombre con pelo castaño que lleva una camisa negra) y le hago un gesto con la cabeza para agradecérselo con el móvil pegado a la oreja.

—La verdad es que te ves mucho mejor sin ropa —dice Jonah mordazmente.

Me ruborizo. La última vez que perdí el equipaje fue gracias a él y a ese diminuto avión con el que vino a buscarme, en la época en que se creía que yo no era más que una consentida a la que tenía que enseñarle una lección.

—¿Has tenido algo que ver con esto?

Se ríe.

—Ojalá. ¿Todavía no las han localizado?

—Aparentemente, se confundieron en Chicago por un problema con el exceso de equipaje. Me han dicho que las iban a subir al último vuelo de esta noche y que deberían llegar mañana a primera hora. —No sé si creerles. La azafata se disculpó y se ofreció a reembolsarme los exorbitantes gastos que había pagado por el sobrepeso y después me quiso regalar un neceser de emergencia con un cepillo de dientes desechable y un bote de pasta de dientes diminuto. Por suerte, guardé los productos de aseo y el maquillaje en la maleta de cabina. Entre eso y la camiseta que he comprado en el Walmart de la carretera, podré pasar la noche. Lo que me preocupa son los regalos de Navidad que traía—. ¿Y si no llegan a tiempo? Mi vuelo sale a las tres. —He estado dos horas al teléfono con la aerolínea para conseguir un asiento.

—No te preocupes. Estos primeros días no vas a necesitarla.

Me caliento ante la silenciosa promesa de lo que vendrá.

Este último mes ha sido un poco frenético por los preparativos de la mudanza, pero también se ha hecho largo. Pasamos de vivir prácticamente juntos esas últimas semanas antes de que mi padre falleciera a separarnos en un día ventoso en Anchorage sin planes para continúar nuestra relación, y a reencontrarnos dos meses después durante una visita de cuatro días.

En mi dormitorio del tercer piso, justo encima del de mi madre y Simon.

No fue exactamente la clase de intimidad que ambos anhelábamos aunque lo aprovechamos todo lo que pudimos. Pero este mes de espera solo me ha producido una interminable ansiedad.

Escuchar a Jonah decir esa clase de cosas no ayuda.

No puedo esperar a estar a solas con él.

Le doy un sorbo al vino.

—¿Sigue nevando?

—Sí. ¿Qué tal el hotel?

Bajo la voz a un susurro:

—¿Dejando de lado los animales muertos? —La recepción está llena de pieles de osos, cabezas de venado y peces disecados. Pieles de todos los colores y tamaños adornan las paredes y los pasillos. Una lámpara hecha de distintas cornamentas cuelga en el vestíbulo y la tenue luz que proyecta aumenta la inquietud del lugar—. Hay un jodido búfalo de agua junto al mostrador.

—Es un buey.

—Da igual. Este lugar es un cementerio de animales salvajes.

—Sí, es una especie de temática. Andrea es taxidermista.

Levanto las cejas.

—¿Los ha embalsamado ella?

—Y ha cazado la mayoría. Deberías ver su casa. Tiene un oso pardo adulto en un rincón.

—Suena maravilloso. —Me estremezco e intento imaginarme la clase de mujer a la que le daría placer destripar animales y medirles las cuencas de los ojos para encontrar las bolas de cristal perfectas. Algo me dice que no intercambiaremos esmaltes de uñas.

—Estás en Alaska. Aquí la gente mata y embalsama cosas. Y no solo los

ahombres. Así son las cosas. Acostúmbrate.

e Gimo. Parece que «acostúmbrate» es el nuevo eslogan de Jonah.

n —Siempre que no seas tú quien traiga un animal muerto a casa y me pida aque lo limpie y lo cocine. —Sé que Jonah caza. He visto la colección de rifles y armas que tiene en la caja fuerte. Es solo que todavía no estoy segura de cómo me siento al respecto.

, —Ni loco. —Noto la sonrisa en su voz—. Pero el restaurante es bacogedor, ¿no?

—Sí —admito. Está decorado solo con paredes de madera oscura y la rústica chimenea de piedra encendida en un rincón le otorga calidez. Los ventanales dan a un lago helado y cubierto de nieve. Todo es blanco excepto por los coloridos aviones de la pista de aterrizaje. Al otro lado del lago hay unos humildes edificios de ladrillos marrones. Detrás, a lo lejos, se alzan majestuosas, las montañas de cumbres blancas.

Miro las demás mesas con curiosidad. Un tercio están ocupadas. ¿Cuántas ede estas personas estarán, como yo, atrapadas, anhelando llegar a otro lado?

s —¿Y qué vas a pedir?

e —No lo sé. —Hojeo las páginas del menú. Es más que nada comida de abar con especialidad en costillas—. ¿Mucho vino para ahogar las penas?

l —Entonces siéntate en la barra. Allí debería estar Chris.

Miro hacia el largo mostrador de nogal oscuro (lo más elegante que tiene este sitio) y al hombre alto de pelo gris.

—¿Bigote tupido?

—Sí, el mismo. Te dará conversación hasta que te canses. Pregúntale por sus siberianos. Tiene un equipo de trineo con el que su hijo compite todos los años en el Iditarod. Y pide la hamburguesa. Andrea hace los medallones bcon sus propias manos.

—¿Con carne de vaca? —pregunto con énfasis. Ya he aprendido algunas ecosas.

s Jonah lanza una carcajada, pero me doy cuenta de que no responde.

o —La sopa de nuez moscada también está buena.

Sonrío.

s —Odio la nuez moscada.

—¿Qué? Mentira.

—Verdad. Me da arcadas.

—Mentira.

—¿Por qué estamos discutiendo esto? ¡Es verdad! Me pasa lo mismo con la remolacha. Sabe a tierra.

Jonah gruñe.

—Jesús. Eres tan quisquillosa como Wren.

Siento un pinchazo en el pecho cuando menciona a mi padre a quien, en muchos sentidos, Jonah conocía mejor que yo.

—No es cierto. Él no comía ninguna verdura. Yo solo no como nuez moscada y remolacha. —Después de una larga pausa, agrego—: Ni repollo ni setas. Y odio las fresas.

—¿Las fresas? Dios mío, sí que me ha tocado la lotería. —Hay un toque de burla en su tono—. Bueno, Barbie, ilumíname: ¿con qué más tienes problemas? Espera, espera… Iré a buscar un cuaderno. Tengo la sensación de que será una lista larga.

Lo imagino tumbado en el sofá con unos vaqueros anchos, un brazo musculoso detrás de la cabeza y una camiseta de algodón ajustada que destaca las crestas y valles que dan forma a su cuerpo musculoso.

«Esta noche tendría que haberla pasado encima de ese cuerpo», pienso con amargura.

—Déjame pensar… —Me acomodo en mi asiento, subo las botas a la silla de en frente y sonrío con picardía—. Para empezar, los hombres odiosos y barbudos, y la cerveza barata.



—¡Nooo! —Me lamento contra la almohada mientras leo el titular que dice que esta es la peor nevada que ha visto el sudoeste de Alaska en casi cincuenta años. Los vídeos e imágenes de ayer (con la nieve soplando desde ambos lados, montañas de un metro y medio a los costados de la carretera, coches enterrados) no dejan lugar a dudas.

Por si fuera poco, el meteorólogo, vestido con una parka roja y el rostro oculto por la capucha, promete que Anchorage recibirá un coletazo de temporal a partir de esta mañana. Hace poco he mirado el estado de mi vuelo y ya lleva un retraso de una hora.

Me arrastro fuera de la cama, voy hacia la ventana y el aire frío me congela las piernas desnudas, lo que, extrañamente, me alivia un poco el dolor de cabeza. Anoche seguí el consejo de Jonah y me fui de mi triste mesa de uno a la barra para charlar con Chris, que resultó ser tan amable como me había prometido Jonah, aunque estuve un poco incómoda cuando empezó con las bromas pesadas sobre el acento canadiense y la policía montada a caballo. Andrea apareció cerca de las nueve y resultó ser muy diferente a la embalsamadora asesina que me había imaginado: era una mujer de rostro angelical enmarcado por una melena rubia y una amplia sonrisa en la que solo había calidez y amabilidad.

Me dieron vino tinto (la casa invitó a algunas copas) y me entretuvieron durante horas con historias sobre sus expediciones de caza y huéspedes locos, hasta que se me adormeció el cuerpo y me dolió el estómago de tanto reírme. Además, conseguí una invitación a la cena de Navidad si seguía atrapada en Anchorage para entonces.

Eran las once de la noche pasadas cuando me fui dando tumbos hacia mi habitación, pero me esforcé por quedarme despierta viendo películas para intentar reiniciar mi reloj biológico y compensar el cambio de cuatro horas. Apagué el portátil cerca de las dos de la mañana.

Sin embargo, hoy me he despertado a las seis.

Corro las cortinas y saludo a un océano de oscura nada. Todavía falta mucho para que amanezca. Las luces tenues de la calle iluminan el aparcamiento, que no muestra rastro de nieve. Si hay nubes, no las veré hasta dentro de algunas horas.

Pero, con la suerte que estoy teniendo, me temo que voy a pasar la Navidad con desconocidos.

Vuelvo a la cama, consternada, para ver si el mensaje de «¿Ya te has despertado? ¿Cómo de grave es?» que le envié a Jonah nada más abrir los ojos ha recibido respuesta.

Jonah: «No tiene buena pinta. Estoy yendo a Wild para ayudar con este desastre».

Suspiro. Se niega a llamar de otro modo a la empresa de mi padre, aunque los aviones y la pequeña terminal llevan semanas con el logo azul y carmesí de «Aro». Por ahora, según me ha dicho, ese es el único cambio visible. El nuevo dueño está concentrado en modernizar el negocio y piensa remodelar la oficina y la sala de espera en verano.

Para entonces nos habremos ido de Bangor, si podemos encontrar algo cerca de Anchorage.

Y si en algún momento deja de nevar.

Con el ánimo por los suelos y las lágrimas asomando, me tomo unos Advil con un trago de agua y me entierro bajo las mantas.



El estridente sonido del móvil rompe el silencio y me saca de un sueño inquieto antes del mediodía. Me llaman de recepción para decirme que ha llegado mi equipaje. El alivio le gana a la frustración. Pero no por mucho tiempo, porque busco el estado de mi vuelo y veo que lo han retrasado otra hora. Lo bueno es que no lo han cancelado. Por ahora.

No hay más mensajes de Jonah, pero no me sorprende. No suelo tener noticias de él cuando está trabajando. Aunque eso no ayuda a mejorar mi estado de ánimo. Tampoco el rugir de mi estómago.

Quien sí me ha escrito es mi madre, con una foto de ella y Simon en la playa, brindando a la cámara, todavía pálidos y sonrientes.

Tal vez hubiese sido mejor hacerle caso e ir a las Islas Turcas. De esa forma no estaría a punto de pasar Navidad con un oso pardo embalsamado mirándome mientras como.

Alejo ese pensamiento negativo y comienzo a prepararme: me pongo la misma ropa con la que viajé, me lavo los dientes, me recojo el pelo en un moño suelto y me pongo máscara de pestañas.

Es extraño pensar que, hace seis meses, antes de que Jonah irrumpiera en

emi vida, ni muerta hubiese salido con la cara lavada.

Abro la puerta con la intención de bajar a desayunar y buscar mis maletas pero me quedo sin aliento cuando veo al hombre de aspecto desaliñado que está apoyado en la pared de enfrente, mirándome. Su cuerpo alto y musculoso está cubierto por una pesada chaqueta a cuadros y tiene el pelo rubio cubierto por un gorro negro. Los ojos azul hielo me miran fijamente.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mientras una oleada de alivio me recorre el cuerpo entero.

—Adivina. —La voz ronca de Jonah retumba en mi pecho. Dios, cómo he echado de menos oírla en persona.

—Pero creía… La tormenta.

—Paró un poco, así que aproveché la oportunidad, volé bajo y recé para que permaneciera así. —Su mirada me recorre el pelo, la nariz, la boca, y se queda ahí.

—¿Ha sido muy malo?

—¿Quieres venir aquí de una vez? —Se aparta de la pared y da un paso hacia mí.

Me sumerjo en su pecho y saboreo la sensación de nuestros cuerpos juntos y su olor (a chicle de menta y jabón amaderado) mientras nuestros labios se buscan en un beso de bienvenida.

—Han retrasado mi vuelo.

Me envuelve con los brazos y me acerca todavía más a él, su incipiente barba me pica en la piel cuando se inclina para enterrar el rostro en el hueco de mi cuello. Inhala hondo y deja salir un suspiro.

—Lo sé. El aeropuerto es un descontrol. Hay muchísima gente que quiere viajar por Navidad.

Cierro los ojos.

—No me puedo creer que estés aquí. —De repente, pasar nuestra primera Navidad juntos en el hotel de los animales muertos ya no me parece tan mala idea.

—Claro que estoy aquí. ¿Cómo iba a dejarte pasar la Navidad incomunicada y sola?

—Entonces, ¿iré contigo en el avión?

—Hoy no vamos a ir en esa dirección. —Hay algo en su voz que me hace ,pensar que el viaje por las montañas ha sido mucho peor de lo que me está ecordando. Y Jonah no tiene miedo cuando se trata de volar.

y Una parte de mí quiere regañarlo (¿y si se estrellaba?), pero una parte aún ɔmás grande está abrumada por la emoción de que se haya arriesgado así por mí.

e —Te quiero —suelto antes de poder pensarlo.

Pasan varios segundos y Jonah se aparta lo suficiente como para mirarme ɔa los ojos con un gesto curioso.

Contengo la respiración y, de pronto, tengo miedo de que vaya a tener que agregar este momento en el primer puesto de la lista de cosas que ɹsalieron tremendamente mal en este intento de mudanza.

e —Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en reunir el valor para decirlo. En especial después de que te acobardaras en el aeropuerto. —Me aparta un mechón rebelde—. Creía que iba a tener que esperar eternamente.

ɔ Me quedo boquiabierta por un segundo.

—¿Lo sabías?

s —A los Fletcher no se os da bien expresar vuestros sentimientos. —Una ssuave sonrisa se dibuja en sus labios—. Por supuesto que lo sabía.

Pongo los ojos en blanco y me ruborizo. No me imaginaba que esto pasaría en un lúgubre pasillo de Anchorage con Jonah riéndose de mí por lo ɘmucho que me parezco a mi padre.

ɔ —Bueno… Genial. —¿Qué otra cosa puedo decir? Sobre todo, cuando no ha dicho que él siente lo mismo.

e Sonríe socarrón.

—Estás preciosa cuando te sientes vulnerable.

Eso aviva mi indignación.

ɹ —¿Sabes qué? Retiro lo dicho.

e —Nah. No es cierto.

—Sí, es cierto. De hecho, ahora mismo creo que te odio. —Intento ɭzafarme de sus brazos, pero me aprieta más fuerte y no puedo ni moverme.

—Mírame —exige con suavidad. Le hago caso después de unos segundos de reticencia. Sus ojos azules se clavan en mí con seriedad—. No recuerdo

ecómo era no estar enamorado de ti, Calla. —Se inclina hacia delante y apoya
ásu frente en la mía—. No recuerdo cómo era levantarme y que no seas lo
primero en lo que pienso. Cada mañana, nada más despertarme, cojo el móvi
ıpara comprobar si tengo un mensaje tuyo. Cada noche, me acuesto cabreado
rporque no estás junto a mí. Porque estás muy lejos. Te necesito en mi vida
como necesito volar. Como necesito el aire de Alaska. Más de lo que necesito
el aire.

e —Guau. Eso es… —Trago con dificultad por el nudo que se me ha
formado en la garganta, a punto de estallar en una explosión de euforia por
rsu tierna confesión. Eso es mucho mejor que solo soltar un «te quiero».

e Me coge el mentón con los dedos.

—Estás hecha para mí. Estoy perdidamente enamorado de ti, Calla
.Fletcher. —Su boca atrapa la mía en un beso suave que me afloja las rodillas
ıMe roba un gemido de lo más profundo de mi interior. Por fin ha terminado
este mes de agonía.

Agarro su antebrazo para no perder el equilibrio, lo sujeto con fuerza y
me deleito en su solidez. Quiero volver a sentir su cuerpo musculoso y su
ısuave piel bajo las yemas de mis dedos, quiero sentir el peso de su cuerpo
hundiéndome en el colchón.

ɔ Entre nosotros, siento la dureza de su erección haciendo presión contra
ɔmi estómago, tentándome.

Un carraspeo nos separa y una asistenta nos sonríe tímidamente mientras
ɔse acerca a recoger el carrito que hay al otro lado.

Señalo con la cabeza la puerta abierta de mi habitación.

—¿Qué te parece si entramos?

Jonah da un paso adelante, pero luego se detiene y niega con
determinación.

—Si queremos salir de aquí hoy, tenemos que irnos ya. El frente de
tormenta avanza lento, pero avanza.

ɔ Frunzo el ceño.

—Creía que no íbamos a volar a Bangor hoy.

s —No, pero tampoco vamos a quedarnos aquí.

ɔ —Entonces, ¿adónde vamos?

—A ver a Santa Claus.

—¿Qué?

—¿Confías en mí?

—Sí, claro, pero…

—Vale. Entonces basta de charla, ve a prepararte y nos vemos abajo. Yo me ocupo del papeleo. —Me besa por última vez y se aleja silbando un villancico.

—Pero mis maletas…

—Están en la recepción —dice por encima del hombro y agrega—: pero ya te lo dije, Barbie, estos días no vas a necesitar ropa.

Me ruborizo cuando veo a la asistenta, que pasa con la cabeza gacha fingiendo que no lo ha oído.

Y entonces entro corriendo a recoger mis cosas.

—A ver a Santa Claus.

—¿Qué?

—¿Confías en mí?

—Sí, claro, pero…

—Vale. Entonces basta de charla, ve a prepararte y nos vemos abajo. Yo me ocupo del papeleo. —Me besa por última vez y se aleja silbando un villancico.

—Pero mis maletas…

—Están en la recepción —dice por encima del hombro y agrega—: pero ya te lo dije, Barbie, estos días no vas a necesitar ropa.

Me ruborizo cuando veo a la asistenta, que pasa con la cabeza gacha, fingiendo que no lo ha oído.

Y entonces entro corriendo a recoger mis cosas.

Capítulo 4



—No veo ni a Santa Claus ni a los elfos. —Miro la cabaña con tejado a dos aguas que se esconde al final de una hilera de árboles mientras Jonah hace girar nuestro avión sobre un lago helado. Un sendero estrecho atraviesa el bosque y se conecta con otro camino que serpentea por la marea de árboles. Hay una carretera, pero no sé cuántas veces se habrá usado.

—Te los acabas de perder. —Jonah sonríe con picardía y señala con el pulgar el pueblo que acabamos de pasar.

Por fin lo entiendo.

—¡El Polo Norte! ¡Oh, por Dios! —Me invade una oleada de nostalgia. No me puedo creer que aún no lo hubiese adivinado—. Mi padre solía contarme que volaba por aquí y a mí me parecía maravilloso. —Eso era cuando hablábamos sin cesar por teléfono y él me escuchaba sin rechistar.

Me llega la carcajada de Jonah por los auriculares.

—Sí. Bueno, no es el Polo Norte como tal, pero es Polo Norte, Alaska, donde siempre es Navidad. La calle principal está rodeada de bastones de caramelos gigantes. Si quieres, mañana podemos ir con las motos de nieve, no está muy lejos de aquí. —Señala al grupo de edificios que se ve a lo lejos —. Eso es Fairbanks, la segunda ciudad más grande de Alaska.

Jonah no ha querido darme ninguna pista sobre nuestro destino. Después de curiosear el maletero, pude ver que estaba lleno con su mochila deportiva, una nevera portátil, una caja de comida y varias botellas de agua. Insistí mientras huíamos de la tormenta, atravesábamos los valles y los riscos nevados de la imponente cadena montañosa, volando tan alto que las nubes oscuras dejaron paso a los rayos del sol. Pero no me dijo nada y disfrutó de mi frustración mientras la radio sonaba con las palabras de los otros pilotos

que informaban de sus coordenadas, el estado del tiempo y soltaban alguna que otra broma inapropiada.

Ahora, mientras el sol se prepara para asomarse en el horizonte a las dos y media de la tarde, entiendo que Jonah me ha traído más al norte de lo que he estado jamás.

Esta es ahora mi vida.

¿Me acostumbraré en algún momento?

Me refugio en la pesada parka y en las gruesas botas de invierno con el cuerpo tenso, cuando Veronica (el Cessna de cuatro plazas) se sacude con violencia mientras descendemos. Aunque no estoy tan nerviosa como lo estaba aquel primer día de julio, los meses que he pasado fuera me han robado un poco de la confianza que había ganado.

—¿De quién es la casa?

—De George y Bobbie. Iban a venir para Navidad, pero George tuvo uno de sus presentimientos. —Jonah me lanza una mirada de complicidad. El piloto es conocido por cancelar vuelos debido a sus tendencias supersticiosas —. Así que decidieron esperar a que parara de nevar. Y nos han ofrecido su casa para pasar estos tres días. Está llena de provisiones.

—Qué generoso por su parte. —Me recorre un estremecimiento al pensar que pasaré tres días a solas con Jonah. Solo hemos estado realmente solos en el viaje que hicimos el verano pasado para buscar a los escaladores perdidos. Acabamos atrapados por la niebla y el viento y tuvimos que refugiarnos en una cabaña. No había agua corriente ni electricidad, solo contábamos con un saco de dormir, comida en lata y una innegable tensión sexual que llegó a su punto álgido, imposible de ignorar. Esa fue la noche en la que todo cambió.

También fue la noche en la que perdí la esperanza de que mi padre fuera a sobrevivir al cáncer.

Jonah suelta los controles y me acaricia la pierna.

—Se alegran de que entraras en razón.

—Eso está por ver —me burlo, y luego mi sonrisa desaparece—. ¿Qué hay de Agnes y Mabel? Sé que querías estar con ellas. ¿Se van a enfadar? —Mi padre pasaba todas las mañanas de Navidad sentado en el sillón de Agnes

acon una taza de café en la mano y jugando a las damas.

—Aggie llevaba monitoreando el radar desde las cuatro de la mañana sesperando que hubiese una pausa larga que me permitiera volar. No quería eque te quedaras sola en Anchorage. Además, irán a cenar con George Bobbie y varios de los muchachos de Wild.

—Eso suena bien… —Culpé durante mucho tiempo a la empresa de m padre por nuestra distancia. Odiaba todo lo que tuviera que ver con Wild y ltuve que venir a Alaska para entender que no era solo un negocio. Mi padre y aAlaska Wild mejoraban vidas.

o En algunos casos, hasta las salvaban. Y los empleados eran como su afamilia. Todavía me hace sentir mal pensar que heredaré el dinero de la venta de un lugar que solía aborrecer.

Vacilo.

o —¿Ya está a la venta la casa de mi padre? —Era dueño de las tres casas lprefabricadas de esa zona (la suya, la de Agnes y la de Jonah). Las había sheredado de mis abuelos. Mi padre no era famoso por tomar decisiones aapresuradas ni impulsivas, pero las semanas previas a su muerte estuvo muy ocupado incluyendo nombres a su testamento para que sus posesiones fueran ltransferidas de inmediato cuando llegara la hora. «Para evitar todo eso de la eherencia», dijo. Eso le ha permitido a Jonah quedarse con la casa que salquilaba y a Agnes y Mabel hacer lo que quisieran con las otras dos.

e —Todavía no. Se pondrá a la venta en primavera. Aggie quiere que onosotros vendamos primero y nos va a llevar un tiempo. Hasta ahora solo ha avenido una persona a verla.

a Noto que dice «nosotros» como si una parte de su casa fuera mía.

—Si quiere, puedo ayudarla a quitar el papel tapiz de la cocina —digo amientras sonrío al pensar en arrancar todos esos patos. Recuerdo que la casa de Simon también tenía papel tapiz cuando nos mudamos. Antes de que la comprara, era la casa de sus padres.

Creo que mi madre ni siquiera había deshecho las maletas cuando atacó e ébaño con una espátula de metal. Acabaron contratando a alguien para que se -ocupara del resto porque era demasiado para una sola persona y dudo que sSimon estuviera muy contento con los comentarios despectivos que musitaba

mi madre sobre el gusto decorativo de sus padres mientras trabajaba ,enfurecida.

a Pero por supuesto que ayudaré a Agnes. Haría cualquier cosa por esa ,mujer diminuta de voz suave que hizo posible que me reuniera con mi padre Además, ¿qué otra cosa puedo hacer mientras Jonah termina su último mes ien Aro?

y ¿Me va a resultar extraño volver para desmantelar todo lo que la convertía yen la casa de mi padre? Un escalofrío me recorre de solo pensarlo.

—Yo también ayudaré —murmura Jonah ausente, con toda su atención upuesta en el lago.

a —Está helado, ¿verdad? —pregunto.

—Debería.

—¿Debería?

s —Eso espero.

a Levanto las cejas y le clavo la mirada.

s —¿Te estás haciendo el gracioso?

y —No. —Sonríe—. Por eso primero tocaremos: para comprobar la nieve ıy para desbordar.

a No tengo ni idea de qué es desbordar, pero la preocupación que veo en e eceño fruncido de Jonah me advierte que no me conviene preguntar. Me quedo callada mientras bajamos. Siento que los esquíes del avión se deslizan esobre el lago durante un momento, sin desacelerar, y luego volvemos a aascender. Damos un par de vueltas más mientras Jonah mira hacia abajo y gruñe un «estamos bien»; entonces volvemos a descender.

En cuestión de minutos, los esquíes de Veronica se están deslizando osobre el lago cubierto de nieve. Frena hasta detenernos a unos diez metros de ala cabaña. Con cualquier otra persona en los controles, me hubiese dado ıamiedo que nos estrelláramos. Pero, según mi padre, Jonah es uno de los mejores pilotos de montaña de la zona y, si alguien sabía de eso, ese era Wren lFletcher.

e Jonah se inclina hacia delante para ver la casa a través del parabrisas.

e —Bonita, ¿verdad?

a —Parece una postal navideña. —Un tejado muy empinado cubre las dos

aplantas de la cabaña, y un alero protege la puerta de madera de las inclemencias climáticas. Una enorme chimenea sobresale en el lado izquierdo. El espacio bajo el porche de madera está lleno de leña cortada para encender el fuego, junto al que estoy deseando acurrucarme esta noche.

Sin duda, desprende un acogedor ambiente navideño, con los tradicionales pinos y las guirnaldas rojas decorando cada una de las cinco ventanas y la puerta. En la terraza hay dos mecedoras escarlatas que destacan entre la capa de nieve impoluta y apuntan hacia el lago. Sobre ellas, cuelga una tira de lucecitas que cubre todo el ancho de la cabaña.

Estoy a punto de decir que es perfecta cuando veo una pequeña cabaña de madera oculta entre los árboles con una luna en cuarto creciente calada en la puerta. Gruño por la desagradable sorpresa.

—Vamos… Puedes con eso. —Jonah se burla y eso solo me irrita más. Sabe cuánto detesto las letrinas.

—No, no puedo. Acostúmbrate. —Le lanzo su palabra favorita a la cara —. ¡Me voy a congelar! Y ¿cuántas horas es de noche? ¿Quince?

—Ahora entre diecinueve y veinte.

—¡Ah! Mucho mejor.

Se ríe.

—No es para tanto.

—Dice el tío que puede abrir la puerta y sacársela. ¡Yo tengo que caminar tres metros por la nieve, a oscuras, probablemente con lobos y mierdas a mi alrededor, y congelarme el trasero cada vez que quiera hacer pis!

—Ahí hay una lámpara. —Le taladro con la mirada, lo que le hace reír— ¿Qué te parece si luego te hago entrar en calor?

—Sí, más te vale —musito.

—Dios, cómo echaba de menos tu mal humor. —Me envuelve el cuello con los dedos y le da un apretón suave y juguetón—. Vamos… Pongámonos en marcha.



s—Puedes quitarte el abrigo y las botas, creo que ya calienta lo suficiente. —
oJonah mete otro trozo de leña al fuego. La luz naranja crece.

a Pongo a prueba su declaración soplando. Cuando entramos a esta pintoresca cabaña, el calor de nuestra respiración humeaba en el aire frío sAhora, con un fuego crepitante y un calefactor emanando calor, solo queda oun leve rastro.

n Me quito las botas, me deslizo la parka por los hombros y la cambio por ala chaqueta de franela a cuadros rojos y blancos y los calcetines de lana que saqué de la maleta. Me dejo caer en el futón con el vaso de vino tinto que me aserví después de sacar la comida (más que nada snacks y platos precocinados ndel congelador de Agnes, pero también una pechuga de pavo lista para cocinarla en el pequeño horno de propano) con cuidado de no tirar la .lámpara de aceite que proyecta una luz tenue pero cálida.

—¿Cada cuánto vienen George y Bobbie?

a —Una o dos semanas en verano y muchos fines de semana cuando termina la temporada alta. Suelen pasar aquí la Navidad y el Año Nuevo. — Coloca los leños ardientes con un atizador una última vez antes de cerrar y trabar la puerta—. Cuando se jubilen se mudarán aquí. Están preparando la casa para vivir cómodamente todo el año.

—¿Todo el año? Creo que me aburriría. —Miro a mi alrededor con rcuriosidad e identifico los bonitos toques de Bobbie (un cojín bordado, una iacuarela pastel de un avión flotando sobre un lago, un letrero recargado que dice algo sobre el hogar y el corazón) que tanto me recuerdan a la alegre .cajera de supermercado con acento de Alabama.

Sobre nuestras cabezas hay un entrepiso diminuto que funciona como dormitorio. Apenas tiene lugar suficiente para una cama de matrimonio y dos omesitas estrechas. Me cuesta imaginarme a George, un hombre corpulento scon bigote, trepando esa escalera por las noches.

—¿Cómo pusieron los muebles arriba?

—Con mucho dolor y cuerdas. Los ayudé. —Jonah se sumerge en el futón con un gruñido. No ha parado quieto desde que sus botas tocaron el suelo nevado: ha vaciado y cerrado el avión, encendido el fuego, cargado y colgado el rifle en la pared, preparado las variadas fuentes de energía que

-hacen funcionar la cabaña (propano, aceite, baterías y paneles solares). Ya está hablando de cortar más leña e ir al pueblo a buscar agua mañana.

Apoyo la cabeza en su hombro e inhalo el olor a leña quemada mientras asimilo el silencio, solo interrumpido por el crepitar del fuego. No puedo recordar la última vez que estuve tan contenta.

—Debe ser bonito tener un lugar así para escaparse.

Levanta las cejas.

—¿A pesar de su baño?

—Solo vendría en verano. —He encontrado un aseo completo en la parte trasera de la cabaña, pero solo funciona en los meses cálidos, cuando el agua no se congela en las tuberías.

—Esa es mi princesita —se burla y desliza una mano por mi muslo con cariño. Pero luego baja la voz, se pone más serio—. Nosotros también podemos tener algo así, cuando resolvamos un par de cosas. Danos unos años para establecernos y luego podremos pensar en comprar un terreno por aquí y construirnos una cabaña.

—¿Como esta?

—Quizá un poco más grande. —Hace una pausa—. Para que entremos nosotros y nuestros doce hijos.

—¿Solo doce? —me burlo mientras siento mariposas en el estómago— ¿Y si lo intentamos con uno y vemos qué tal nos va? —De todas las cosas que me gustan de Jonah, que sea así de directo es una de las primeras de la lista. Fuerza conversaciones que, de otro modo, quizá no tendríamos. Él fue el primero en sacar el tema de los hijos cuando estábamos en Toronto. Creo que lo hizo para cerciorarse, porque su alivio cuando le dije que sí, que quiero hijos, fue visible.

—Me parece bien. —Jonah me coge de la cintura y me sube a su regazo. Un sonido grave retumba en su pecho mientras con las manos agarra y recorre mis curvas: la cadera, la cintura y los pechos en un solo movimiento.

Jugueteo con los mechones de su pelo rubio y mi cuerpo responde con la más cruda necesidad mientras se me infla el pecho por haber desbloqueado un nuevo nivel de adoración por este hombre. No tengo intención de ser madre pronto, pero que Jonah esté tan seguro y que no le de miedo la idea es

inesperadamente sexy. No creía que pudiera serlo aún más.

Con destreza, desliza la chaqueta de franela por mis hombros y la deja scaer en el suelo. La sigue el jersey, y me quedo solo con una ligera camiseta de algodón. Me estremezco, aunque ya no tengo frío.

—¿Qué te pareció el sitio? —pregunto y le acaricio los anchos hombros el pecho sólido, los surcos del estómago. Jonah le atribuye su físico a los genes noruegos. No le he visto ir al gimnasio desde que lo conozco, así que quizá sea verdad.

—¿Qué sitio? —Desliza un dedo calloso bajo mi camiseta, sube por mi espalda y llega hasta el broche de mi sujetador. Con un toque, el cierre cede. Un escalofrío de anticipación me atraviesa cuando baja los tirantes y coge mis pechos con más suavidad de la que hubiera esperado de él.

—¿El que te mandé el sábado?

—Me mandaste el anuncio de una casa de novecientos metros cuadrados ren Anchorage cerca de un Walmart. —Me hace levantar los brazos y me quita la camiseta. Lanza el sujetador como si fuera basura y deja mi torso expuesto al frío de la noche. Se inclina hacia atrás, como para admirar mi cuerpo desnudo y decidir qué quiere hacerle primero. Es un movimiento simple, pero los pechos me pesan, se me endurecen los pezones.

—Era un sitio grande. Y el alquiler no estaba mal.

Su mirada busca la mía.

—En abril cumpliré treinta y dos años, Calla. No quiero alquilar si puedo evitarlo. Podemos buscar algo para comprar. Algo que sea cien por cien nuestro. Una casa más pequeña, con más terreno. Nada de un Walmart en el patio trasero. —Pone la mano en mi espalda y me acerca a él. Se inclina para lamer un pezón y luego se lo mete en la boca y chupa con fuerza.

Me deleito en los sentimientos encontrados que me genera su incipiente vello facial (tendrá que pasar otro mes antes de que pueda volver a llamarlo barba) y su lengua húmeda, pero mi mente no para de pensar. Jonah ya había mencionado antes lo de comprar en lugar de alquilar. Mi madre se empeñó con vehemencia por la otra opción. Insistió en que era mucho menos permanente. Menos complicado de resolver si las cosas no funcionan. Más fácil para recoger mis cosas y volver a casa.

Como hizo ella.

Insistió en que solo estaba haciendo lo que tenía que hacer como madre advertirme de los baches del camino antes de que me tropezara.

Pero yo no soy ella, y Jonah no se parece en nada a mi padre. Quiere sentar la cabeza y tener hijos conmigo. No hay embarazos accidentales que stoman las decisiones por nosotros.

Que tenga tanta confianza en que duraremos me da valor.

—De acuerdo. Puedo empezar a buscar lugares para comprar también…

—¿Calla? —susurra Jonah y su aliento caliente me pone la piel de gallina .Adoro cómo suena mi nombre en su voz grave y ronca.

—¿Sí?

Levanta la vista ensombrecida por la tenue luz de la lámpara. Recuerdo la primera vez que vi esos ojos… un rasgo precioso que ocultaba detrás de unas sgafas de sol y una personalidad sarcástica.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para hablar de eso. Pero ¿ahora? o—Sujeta mis caderas con sus manos fuertes y mueve mi cuerpo hasta que iqueda bien apretado contra su pelvis. Es imposible no notar su erección—. S ono estoy dentro de ti en los próximos tres minutos, me voy a morir.

Me río y siento el calor subir por mi cuerpo.

—Y después me llamas dramática a mí.

—En serio. Me voy a morir aquí mismo, en la cabaña de George, y e ohombre es tan supersticioso que no volverá a pisarla.

—No podemos permitirlo —digo con falsa seriedad. La belleza de su lrostro es impresionante, tiene rasgos fuertes y masculinos y, sin embargo, sus apómulos prominentes, los labios gruesos y las largas pestañas lo vuelven cas bonito.

Jonah muestra una sonrisa maliciosa.

—No. Con lo generosos que han sido al prestarnos la cabaña.

—Claro. Lo menos que podemos hacer es asegurarnos de que puedan ó volver. —Con una sonrisa juguetona, muevo las caderas y me gano una spalabrota susurrada. Me inclino hacia delante y le doy un beso suave, burlón srecorro su labio inferior con la punta de la lengua antes de comerle la boca.

Jonah entierra sus dedos en mis caderas.

—No era broma lo de los tres minutos.

Exclamo mientras me recuesta de espaldas sobre el futón. Sus rápidos dedos se cuelan bajo los elásticos de las mallas y de las bragas, y lo baja todo devorando con el calor de su mirada cada centímetro de piel que va reexponiendo en el proceso. En segundos, me quita hasta la última prenda incluidos los calcetines.

Observo con avidez cómo se pone de pie y se quita la ropa en tiempo récord. Tiene un cuerpo perfecto: poderoso y bien proporcionado, la piel dorada incluso en el invierno más crudo. Todavía no he decidido cuál es mi parte favorita del cuerpo de Jonah: sus hombros anchos y angulosos, su fuerte cuello, la forma en que las clavículas sobresalen sobre los pectorales, o la impresionante marca en V de su pelvis, que señala esa parte gruesa, de piel satterciopelada, que ahora está rígida, reclamando mi atención.

Se abalanza sobre mí, cubre mi pequeño cuerpo con la enormidad de lo suyo y coloca su peso entre mis muslos.

—Llevo pensando en este momento cada minuto de cada día del último imes. —Entrelaza sus dedos con los míos y me estira los brazos por encima de la cabeza, fijándolos contra el colchón.

Nuestras bocas se encuentran con hambre, los dientes mordisquean, las lenguas lamen, los labios se hinchan mientras nos entregamos al desenfreno lde saborear y besar.

—Ya han pasado los tres minutos —susurro y siento que los músculos de mi interior se tensan por las ganas. Muevo las caderas contra él, buscando la spunta dura, guiándola hacia la entrada a mi cuerpo, ansiosa por volver a isentirlo dentro de mí.

Entra por completo de una vez. Gime.

Y el espeluznante silencio de la cabaña se llena con el embriagador sonido del tan esperado reencuentro.



—Calla… Calla, despierta. —Gimo mientras una mano me zarandea los

hombros—. En serio, Calla, tienes que ver eso.

—¿Qué hora es? —pregunto sin ninguna intención de abrir los ojos.

—Casi la una de la mañana.

Vuelvo a gemir, esta vez más alto y con un intenso fastidio mientras me tapo la cabeza con la manta. Eran pasadas las once cuando nos quedamos dormidos en el futón con nuestros cuerpos desnudos y enredados, teníamos más ganas de quedarnos junto al fuego que de subir la escalera.

—En Toronto son las cinco. Si me levanto, la hemos jodido.

—De cualquier forma, estás jodida. Levántate.

El entusiasmo en la voz de Jonah es lo que me hace enderezar y aventurarme a la oscuridad. Jonah debe haber avivado el fuego, porque proyecta una luz brillante que me permite ver.

Se acerca con nada más que un pantalón de franela que deja ver la embriagadora V de su pelvis. Mis hormonas se disparan instintivamente y voy hacia él. Con la yema del dedo le acaricio el ombligo, la oscura senda de vellos, y bajo hasta que toco su polla flácida, pero impresionantemente larga.

—Vuelve a la cama.

Se ríe, pero se aleja de mi alcance con rapidez. Me lanza el pantalón, el jersey y el abrigo y luego busca su propia camiseta.

—Luego. Ahora tenemos que salir.

—Estás de broma, ¿no? —Escondo el rostro en el cuello del jersey y lo sigo hacia la puerta. Solo me da tiempo a meter los pies en las botas y echarme encima la parka y los guantes. Enfatizo el tiritar para que quede claro que tengo frío. Mientras nos aventuramos a la noche helada, el impacto de sus dedos helados se siente como una bofetada. Todas mis quejas se desvanecen en el momento en que veo las brillantes luces verdes y azules que se mecen, crecen y bailan en el despejado cielo nocturno, iluminando la multitud de estrellas y el lago helado—. ¡Las auroras boreales! —exclamo pasmada. Es como si el cielo hubiera cobrado vida. Jonah se mueve y me abraza, brindándome todo su calor.

—Es uno de los mejores lugares del mundo para verlas. —Presiona sus labios contra mi mejilla—. Por eso quería traerte aquí.

Miro boquiabierta el espectáculo de luces, impactada.

—¿Siempre es así? —En casa ni siquiera puedo ver las estrellas por la contaminación lumínica.

—¿En una noche despejada y oscura? Sí, tienes muchas posibilidades de everlas, sobre todo en invierno. Pero tienes que buscarlas.

s —Dios, ¡es increíble! Tengo que coger la cámara.

s —No. —Me agarra con fuerza y no puedo moverme—. Te traeré otra vez y podrás sentarte aquí fuera, toda la noche, congelarte y hacer millones de fotos. Lo prometo. Pero esta noche es para ti y para mí. Es nuestro momento. —Apoya el mentón sobre mi cabeza—. La primera noche de yresto de nuestras vidas.

e Me relajo contra él.

—¿Todos saben que eres así de romántico?

a —Cállate. —Su carcajada grave llena mi oído—. Pensé que te gustaría yverlo.

e —Me ha encantado verlo. —Entrelazo mi mano enguantada con la suya —. Gracias. —¿Así es la vida con Jonah? ¿Va a llevarme a sitios remotos para que conozca las maravillas del mundo? ¿Va a mostrarme cosas que no sabía lque existían o de las que había oído, pero jamás pensé cuánto podían gustarme?

Porque, si ese es el caso, nunca me cansaré.

o Me abraza con fuerza.

y —Feliz Navidad, Barbie.

e Echo la cabeza hacia atrás para besarle.

o —Feliz Navidad, enorme y gruñón Yeti.

e

e

a

,

e

s

—¿Siempre es así? —En casa ni siquiera puedo ver las estrellas por la contaminación lumínica.

—¿En una noche despejada y oscura? Sí, tienes muchas posibilidades de verlas, sobre todo en invierno. Pero tienes que buscarlas.

—Dios, ¡es increíble! Tengo que coger la cámara.

—No. —Me agarra con fuerza y no puedo moverme—. Te traeré otra vez y podrás sentarte aquí fuera, toda la noche, congelarte y hacer millones de fotos. Lo prometo. Pero esta noche es para ti y para mí. Es nuestro momento. —Apoya el mentón sobre mi cabeza—. La primera noche del resto de nuestras vidas.

Me relajo contra él.

—¿Todos saben que eres así de romántico?

—Cállate. —Su carcajada grave llena mi oído—. Pensé que te gustaría verlo.

—Me ha encantado verlo. —Entrelazo mi mano enguantada con la suya —. Gracias. —¿Así es la vida con Jonah? ¿Va a llevarme a sitios remotos para que conozca las maravillas del mundo? ¿Va a mostrarme cosas que no sabía que existían o de las que había oído, pero jamás pensé cuánto podían gustarme?

Porque, si ese es el caso, nunca me cansaré.

Me abraza con fuerza.

—Feliz Navidad, Barbie.

Echo la cabeza hacia atrás para besarle.

—Feliz Navidad, enorme y gruñón Yeti.

Capítulo 5



ENERO

—Simon se quemó tanto la palma del pie que le salieron ampollas. Ha tenido que llevar las zapatillas del hotel durante todo el viaje de vuelta a casa. —Levanto la mano enguantada y estudio cómo el complejo patrón de un copo de nieve se derrite al toparse con el calor de mi cuerpo. No sé cómo es posible, dado que tengo tanto frío que se me pegan hasta las pestañas. «A menos hará sol», ha prometido Jonah mientras tomábamos café—. Mi madre lo obligó a usar una silla de ruedas en el aeropuerto. Primero intentó discutir con ella; montaron una escena tremenda. Bueno, una escena tremenda para los estándares de Simon. Pero entonces recordó, «a pesar del dolor agudo e incontenible, con quién se había casado y se rindió sin más». —Mi imitación del acento británico estirado de Simon hace que se me escape una carcajada. No espero una respuesta, pero, de todos modos, el silencio me resulta ensordecedor—. Te caería bien Simon —logro decir pese al nudo que tengo en la garganta, intentando contener la emoción.

Hacía tiempo que no sentía la pérdida de mi padre con tanta intensidad. Hubo un momento en el que cualquier recuerdo (un chiste, una anécdota, una sonrisa) desataba un llanto incontrolable. Pero sentada aquí, de vuelta en Bangor, junto a su tumba, tan cerca de lo que queda de él, todo vuelve.

Me abrazo las piernas mientras estudio la solemne cruz de madera con el nombre «Wren Fletcher» pintado en letras negras. El viejo cementerio está repleto de estas sencillas cruces blancas, esparcidas sin ningún orden en particular, algunas bien erguidas y recién pintadas, con los nombres impolutos, otras torcidas hacia un lado, con la pintura descascarillada y los dueños imposibles de identificar. Numerosas flores marchitas y grisáceas

rodean la madera y sobresalen entre la pesada capa de nieve en la que se quedarán hasta que la primavera despeje el césped.

Aquí no hay grandes monumentos, no hay mausoleos para ostentar riqueza, para destacar entre la multitud. En el cementerio más nuevo, en la otra punta del pueblo, hay muchas lápidas de varios estilos, pero en este (el cementerio original en el que descansan los fundadores de Bangor, donde están enterrados mis abuelos, y mi padre descansa en paz) las tumbas están señalizadas con sencillas cruces de madera. Es extrañamente reconfortante una demostración de solidaridad para quienes abrazaron la simpleza de la vida en Alaska. Y, sin embargo, cada vez que veo la marea de cruces abandonadas, un escalofrío me recorre la espalda.

Respiro hondo, para intentar tranquilizarme, cierro los ojos y me imagino acurrucada en la desvencijada mecedora de mi madre en el porche de la casa de mi padre; él está sentado a mi lado, escuchándome en silencio.

—Jonah me ha regalado un abrigo de camuflaje para Navidad. ¿Te lo puedes creer? Y no me refiero a uno bonito y elegante con estampado militar que podría haber elegido yo. Es enorme, verde y marrón, con una cornamenta en la espalda, para cazadores. —Me estremezco—. Y es reversible. El otro lado es naranja fluorescente. Ya sabes, para que nadie me confunda con un animal y me dispare cuando salga a correr. —Sacudo la cabeza—. Y todavía no sé si es otra de sus bromas o si de verdad cree que podría gustarme algo así.

Volamos a Bangor el día veintiocho, impulsados por un viento furioso y helado. Disfrutamos de una cena navideña tardía con Agnes y Mabel compuesta de un pollo recién atrapado por Mabel y un abeto de un metro comprado en el mercado. Agnes dijo que lo plantaría en el jardín cuando llegase la primavera. El rostro inexpresivo de Jonah no me dio ningún indicio mientras abría la enorme caja, procesaba qué era y me esforzaba por conservar la gracia mientras le quitaba el envoltorio. No sé si se creyó mi actuación, pero no ha dicho nada, y ya han pasado cuatro días.

—No me malinterpretes, agradezco el gesto, teniendo en cuenta que viene de alguien que compra ropa en el supermercado. —Por eso mis regalos incluyeron unos vaqueros de diseñador, oscuros, que se le ajustan a la

eperfección, y varias camisas sin rastro de estampado escocés. Me pasé días
buscando el regalo perfecto, pidiéndole a Mabel que le midiera el cuello y la
rcintura—. Supongo que ahora que vivo en Alaska me vendrá bien. Y parece
ade buena calidad, para ser un abrigo de caza. —Me río—. También me regaló
lun libro infantil sobre medidas de seguridad en el bosque. Y Mabel y Agnes
eme compraron una chaqueta antimosquitos y repelente para cuando salga a
ıcorrer.

: Después de pasar un día con Jonah y mi padre en la isla Kodiak, viendo a
alos osos pardos rugir en libertad a la orilla del río, no tengo planeado correr
sen ningún lado en el que sea posible toparme con uno.

—Imprimí un calendario con imágenes del Yeti para que Agnes lo colgara
ɔen la recepción de Wild. Está la foto en la que corta madera en la cabaña
aHasta hice un logo que pone «El Yeti». Era una broma, pero la verdad es que
quedó bien. Estamos intentando convencerlo para que lo use en su compañía
ɔde viajes, pero no da el brazo a torcer. Es gracioso, ¿verdad? El Yeti. Tipo
r«¿Ya has reservado el Yeti?». A mí me parece pegadizo. Agnes está de
aacuerdo. De todos modos, le dije que cuelgue el calendario cuando nos
ѕmudemos, para que así Jonah no pueda arrancarlo y esconderlo. —Sonrío a
erecordar la expresión del rostro de Jonah cuando Agnes lo abrió (como si
aestuviera decidiendo si besarme o ahorcarme)—. Si lo hubieras visto, papá
eTe hubieses reído tanto. —Esa risa suave y melódica que me recuerda a las
conversaciones de mi infancia.

y Otra oleada de emociones se desata en mi interior y trago saliva varias
,veces, intentando contener las lágrimas.

ɔ Me acurruco más dentro de mi parka (el regalo de Simon para Navidad)
ɔmientras una camioneta Ford que conozco aparece en la carretera desolada y
ɔse detiene en la puerta del cementerio. El conductor baja y sus botas altas
rhasta las rodillas aterrizan con fuerza sobre el suelo. La capucha le cubre el
irostro, pero no necesito verle la cara para reconocer la pequeña figura que se
acerca a paso lento.

e Veo a Agnes alejarse hacia la esquina de la izquierda, donde está
ѕenterrado su difunto esposo (el padre de Mabel, que murió en un accidente
aaéreo antes de que naciese).

Debe ser difícil, con solo cuarenta y tres años, tener que venir aquí a ver a dos hombres a los que quiso.

—¿Sabías que Agnes le vendió su camioneta a ese contador amigo tuyo? ¿Desde entonces conduce la tuya. Jonah le echó la bronca. No entiende por qué la vendió. Aparentemente, está mucho peor que la suya. —Sonrío con tristeza—. Pero yo sé por qué. Porque huele a ti. —A tela vieja e impregnada con años de humo de tabaco—. Me voy a sacar el carné de conducir. Tengo que acabar algo de papeleo, pero en cuanto esté haré el teórico y luego Jonah me ayudará a prepararme para el práctico. Debería tenerlo para cuando nos mudemos a Anchorage, o poco después, y luego me compraré un coche. Jonah insiste que mejor una camioneta. Discutimos cuando le dije que quería un Mini Cooper. Desde entonces me manda fotos de horribles accidentes. —Sacudo la cabeza—. Pero no te preocupes. No importa lo que me compre. Estoy convencida de que se asegurará de enseñarme a conducir bien.

La nieve cruje bajo las botas de Agnes cuando se acerca. En el puño enguantado trae un ramo de calas para reemplazar a las que han quedado enterradas. Las flores favoritas de mi padre, según admitió en una noche tranquila mientras intentaba enseñarme a jugar a las damas.

—¡Feliz año nuevo! —Me saluda con ese acento que ahora reconozco como el de quienes nacieron y se criaron en Alaska, en especial en este lado del estado. Mi padre hablaba en ese mismo tono lento, relajado y campechano—. Bonito día para visitar a Wren.

—Creo que se me ha congelado el culo —bromeo, aunque los pantalones de licra para esquiar combinados con las mallas térmicas me protegen bastante.

—¿Y los pies?

Muevo los dedos dentro de mis nuevas botas de invierno (las llaman botas de Mickey Mouse), otro regalo de Agnes que es, aparentemente, un imprescindible en Alaska, muy útiles cuando la temperatura baja de cero grados.

—Sudando. —No hace tanto frío como para usar equipamiento digno del ejército de montaña, pero quería probarlas.

—Muy bien. —Se inclina sobre la tumba de mi padre, sus ojos sabios y

acasi negros descansan sobre la cruz. Señala con la cabeza el avioncito que he colocado nada más llegar—. Qué bonito.

—Me recordó a Veronica. Pensé que le gustaría. —Lo encontré en rinternet y le pinté el nombre de mi padre y las fechas en el fuselaje.

—Sí. Seguro que sí. —Coloca las flores al otro lado y las mueve hasta que ase quedan erguidas—. ¿Es la moto de nieve de Jonah la que está aparcada ofuera?

Mi mirada se dirige hacia el vehículo negro y amarillo que he dejado al sotro lado de la valla.

—Sí. Me ha enseñado a conducirla para que pueda moverme sola por el apueblo.

—Mírate. —Sonríe y deja ver esos dientes ligeramente torcidos del color .de la porcelana—. Pronto serás una más.

Si hace un año me hubiesen dicho (qué digo un año, seis meses) que opasaría Año Nuevo conduciendo a toda velocidad sola por las llanuras onevadas del oeste de Alaska no me lo hubiese creído.

—Es mucho más divertido de lo que me imaginaba —admito—. Y rápido. —Tuve que bajar la velocidad porque el viento helado me hacía daño

—Sí, son rápidas. Aunque mejor no te acerques al río —me advierte.

—Jonah ya me dio la charla. —Nos pasamos una tarde a orillas del río yKuskokwim, donde me enseñó los senderos que debía seguir y el lugar en el que el equipo de Búsqueda y Rescate sacó el cadáver de un chico que tuvo la sbrillante idea de ir con una moto de nieve por el agua en noviembre.

—Jonah se preocupa por todos menos por sí mismo. —Apoya las manos sobre sus rodillas y se incorpora poco a poco—. ¿Por dónde anda?

—Buena pregunta. Se fue antes de comer, me dijo que tenía que llevar provisiones a una aldea. —Un ceño fruncido atraviesa su rostro redondo— ¿Es normal ir a entregar provisiones durante las Navidades?

Entrecierra los ojos y mira el cielo azul. Esta noche el sol se pondrá a las cinco menos cuarto, al mismo tiempo que en Toronto, pero no ha salido hasta casi las once de la mañana. Me voy a tener que acostumbrar a estas largas y oscuras mañanas. Me veo durmiendo hasta tarde todos los meses de yinvierno.

—¿Quién sabe lo que es normal con él? Pero, sea lo que sea, debe de tener una buena razón. —Me ofrece una sonrisa de consuelo—. ¿Qué tenéis pensado cenar esta noche?

—Creo que sobras de sopa —le digo un poco desolada porque sé que Jonah va a decirme que la sopa no es cena y que Agnes está a punto de invitarnos a su casa, como todas las noches desde que llegamos. Hemos vuelto a caer en la misma rutina que nos regía durante las últimas semanas de mi padre, cuando nos juntábamos en una u otra casa, como cualquier familia convencional.

—Tengo un asado de alce en el horno, por si os apetece pasaros luego. Te va a gustar. Sabe igual que la carne —me promete—. Es la comida favorita de Jonah.

—¿Qué vamos a hacer cuando ya no vivamos puerta con puerta, Agnes? ¿Cómo sobreviviremos? ¿Voy a tener que aprender a cocinar?

Es una broma, pero no se me escapa la tristeza que se apodera de los ojos de Agnes por un instante y luego se sustituye por otra cosa, algo indescifrable. Limpia la nieve que se ha posado sobre la cruz de mi padre.

—Vais a estar bien siempre que recordéis que tenéis que estar unidos.

—Creo que por ahora lo estamos haciendo bastante bien. Y ya hemos pasado por mucho. —Desde el día en que me enteré de que mi padre se negaba a tratarse, Jonah y yo nos acompañamos para atravesar el dolor, la angustia, las decisiones difíciles, confiando en el apoyo del otro. Fue mi roca firme e infalible.

—Sí… —Agnes vacila con la mirada perdida en el horizonte. Intuyo un «pero». Agnes no suele poner trabas, siempre es la oyente discreta, la voz amable y solidaria que se guarda sus opiniones. Pero eso que tiene en la punta de la lengua hace que suenen las alarmas—. Hacéis una buena pareja. Wren lo supo desde el principio.

—¿En serio? —Sonrío a pesar de su tono solemne. Mi padre sospechaba que Jonah y yo acabaríamos juntos. Pero lo daba a entender con sutileza, sin espresionar. En ese momento, Jonah y yo no nos soportábamos.

—Por supuesto que sí. Los dos lo sabíamos, o por lo menos lo deseábamos. Y ahora debes sentirte en el ojo del huracán: Jonah se planta en

eToronto, tú vuelves corriendo a Alaska para estar con él. Con ese entusiasmo stan nuevo y fresco. Tantas posibilidades y grandes planes. —Una sonrisa habita su rostro unos segundos más y luego se desvanece tan rápido como llegó—. Pero con el tiempo los días empezarán a parecerte más largos, más tranquilos. Puede que pierdas esa ilusión por el futuro.

—¿Te refieres a lo que me pasaba antes de venir aquí? —Lanzo una débil carcajada. Los meses que pasé en Toronto tras la muerte de mi padre y con Jonah lejos no fueron los más estables ni inspiradores. Dediqué mucho tiempo a intentar sanar: volví a caer en la rutina sin sentido, pero efectiva, de ejercicio, compras y noches en bares con amigos. Miré anuncios de empleos e hice algunas entrevistas, pero ninguno me llamaba la atención. La idea de volver a tener un empleo de ocho horas, ir apretada como una sardina enlatada en el metro y pasarme todo el día mirando hojas de cálculo con marcas de Micromanaging y Taras tipo A me acechaba como un espíritu que quería quedarse con mi alma.

Mi madre y Simon estaban seguros de que mi falta de motivación y rumbo era por la cuantiosa herencia que iba a recibir. Yo creía lo mismo. En parte. Pero también sentía el movimiento de las placas tectónicas en mi interior: el tiempo que había pasado en Alaska me había cambiado de forma que no podía identificar con precisión pero que tampoco podía ignorar. Siento que quien era es una persona diferente a quien soy ahora.

Y entonces encontré a Jonah en el porche, pidiéndome que me mudase a Alaska, y sentí que las placas volvían a moverse. Esa vez, parecía que todo encajase en su sitio.

Agnes aprieta los labios como para contener las palabras.

—Di lo que quieres decir. Por favor.

Suspira.

—Seguir a Jonah por Alaska no te va a llenar. No es para una chica como tú, Calla. Quererlo no será suficiente. No para siempre. —Agnes sonríe como para atenuar el golpe de su advertencia.

Se me contrae el estómago. Esperaba una cosa así de mi madre y, en menor medida, de Simon.

Nunca de Agnes. Quizá por eso no me resulta tan fácil ignorar sus

palabras y pensar que no son más que un párrafo del manual de Paternidad para principiantes.

—Y entonces, ¿qué será suficiente? —Porque ya no puedo imaginarme la vida sin Jonah.

Pasan varios segundos mientras piensa su respuesta. Se le forman arruguitas alrededor de los ojos.

—Encuentra tú lugar. Algo que te dé un propósito, Calla Fletcher. Algo con lo que te puedas identificar. —Asiente, como si estuviera de acuerdo con sus propias palabras—. Encuéntralo y entrega todo tu ser.

Escucho lo que no necesita decir en voz alta. Mis padres estaban perdidamente enamorados (la clase de amor que te clava un aguijón y del que no puedes deshacerte ni siquiera después de décadas separados) y no pudieron hacerlo funcionar. Si sigo los pasos que dio mi madre hace veintisiete años, recién embarazada y decepcionada con la idea que tenía de lo que iba a ser estar casada con un piloto de montaña en la salvaje Alaska y concentrándose en todo lo que no es, no duraré mucho aquí, sin importar cuánto nos queramos.

Pero Jonah y yo no somos mis padres. Ya lo hemos demostrado. Jonah ya lo demostró.

Sé que Agnes me está cuidando, y por eso sonrío cuando digo:

—De verdad que estoy muy entusiasmada por abrir la compañía de viajes con él. —Puede que sea autodidacta en el diseño de páginas web, pero tengo intuición para el marketing y estoy ansiosa por aprender todo lo que haga falta—. Además, está de acuerdo en que volvamos a mudarnos si no encuentro mi lugar en Alaska. —Jonah me dijo que no le importa el lugar mientras yo esté junto a él. Que no quiere estar en Alaska si yo no estoy. Que le «estropeé Alaska». Y esa es la principal diferencia entre Jonah y mi padre.

—Eso es… Tiene buenas intenciones. —La mirada de Agnes se dirige hacia el horizonte, como si quisiera ocultar los pensamientos (o las dudas) que pudiera revelar—. Bueno, mejor vuelvo al asado antes de que Mabel lo queme.

Siento que tiene más que decir sobre el tema, pero, como suele pasar con Agnes, no insiste, no te arrincona hasta que siente que la has escuchado

dQuizá eso es lo que hace que su opinión sea mucho más valiosa.

Tal vez por eso prefiero no escuchar lo que tiene que decir sobre e aasunto.

—¿Te parece bien que vayamos a las cinco? —le sugiero.

a —Puedes cortar las patatas. Nunca me ha gustado hacerlo. —Me guiña un ojo—. No te quedes mucho rato aquí sentada. Hace frío. —Sin decir nada más, posa la mano sobre la cruz de mi padre y la deja allí uno, dos, tres segundos, se da la vuelta y regresa a la camioneta.

Vuelvo a quedarme sola en el cementerio.

a —Sabes que has dejado un enorme vacío, ¿verdad? —¿Traerá consuelo a la gente en el más allá saber que los echan mucho de menos?—. No es algo malo, pero está ahí, en todos nosotros. Especialmente en Mabel. La echispeante y enérgica niña de doce años que solía irrumpir como un torbellino en la cocina y hablaba a toda velocidad con frases dignas de un ,adulto se ha convertido en una criatura reservada. Agnes lo atribuye a las rhormonas, pero me parece que ninguno se cree esa versión.

Me quedo una media hora más, hasta que se me adormecen las manos ame duelen las mejillas y la advertencia de Agnes se posa en el fondo de mis pensamientos. Pienso en todo y en nada; cierro los ojos para recordar el sonido de la suave risa de Wren Fletcher, aterrorizada de pensar que algún sdía se borrara de mi memoria.

o

a

o

r



eUna columna de humo sale por la chimenea y se pierde en el aire helado cuando paso junto al Ford Escape de Jonah. Aparco su moto de nieve dentro edel cobertizo de metal y camino rápido por el sendero. Me sacudo la nieve de)las botas antes de entrar.

o —¡Necesitamos un recibidor! —Lucho para quitarme las botas usando la pared como apoyo, para no perder el equilibrio—. ¡Y un asiento en él!

a —¿Y dónde lo vamos a poner? —pregunta Jonah desde la sala de estar.

. —Estoy hablando de la casa nueva. —Doy un paso largo para esquivar

los charcos de barro, pero acabo aterrizando en uno de todos modos. Me lestremezco cuando el agua fría traspasa mis calcetines de lana.

—Necesitas unas zapatillas.

Levanto la vista y veo a Jonah apoyado en el marco de la puerta de la cocina, con los brazos cruzados. El estómago me da un vuelco, como cada vez que entra a una habitación. Echo el gorro y los guantes en un cesto y me squito el grueso abrigo, que cuelgo en uno de los dos ganchos que hay junto a la puerta. Mi nueva parka ha cumplido su función: tengo una fina capa de sudor atrapada entre las mallas y la piel a pesar de que mis extremidades están congeladas.

—¿Cuándo has vuelto? —pregunto mientras abro y cierro las manos para devolver la vida a mis dedos enrojecidos.

—Hace veinte minutos. ¿Has ido al cementerio?

—Sí. —Me quito los pantalones de nieve—. He visto a Agnes.

—¿A qué hora cenamos?

Sonrío.

—Podemos pasarnos a las cinco. Está preparando alce asado.

—¡Por fin! —exclama—. George se lo dio hace semanas. Me preguntaba cuándo iba a descongelarlo.

Sacudo la cabeza, pero me río.

—Te pareces a mi padre, siempre esperando que alguien te alimente.

—Soy inteligente como Wren —me corrige Jonah y tuerce la boca en un gesto pensativo—. Podrías pedirle a Aggie la receta. Y también la de venado he escuchado que es complicada.

—Consíguelas tú. Yo no cocinaré ni limpiaré lo que mates. —Me quito los calcetines húmedos y froto el pie mojado sobre el otro calcetín para intentar secarlo.

—¿Qué hay de lo que tú mates? —responde de inmediato con un tono juguetón.

Avanzo para apretarme contra su sólido pecho y espero a que me envuelva entre sus brazos.

—Hasta donde yo sé, la carne del supermercado ya viene muerta. Incluso ren Alaska.

Hace una pausa de tres segundos y luego me atrae contra su cuerpo, se inclina para besarme, primero en los labios y luego a lo largo de la mandíbula

—Vas a aprender a disparar, Calla.

—¿Por qué debería hacerlo si te tengo a ti? —Me quejo arrastrando los apies con falso fastidio mientras nos guía hacia la sala de estar.

—Por seguridad.

—Darme un arma parece de todo menos seguro.

—Para mí, seguro que no lo es. —Se da la vuelta y me sienta sobre su regazo. Me aparta el pelo de los hombros y, con una mano, sujeta mi nuca— Cierra los ojos.

—¿Por qué? —pregunto, entrecerrando los ojos para intentar leerle la mente. Como dijo Agnes alguna vez, a Jonah le gustan los jueguecitos. Nunca olvidaré la vez que me hizo creer que iba a cortarme el pelo como venganza por haberle afeitado. Así que no puedo evitar preguntarme qué jueguecito tendrá en mente.

—Por Dios. ¿No puedes hacerme el favor? Por una vez en la vida. Por favor. —La exasperación en su tono me convence para hacerlo. Me muerdo el labio por la impaciencia que me genera no saber lo que tiene entre manos y me esfuerzo por no espiar cuando oigo el crujido del papel de regalo. Desliza sus dedos callosos por mi cuello y los mueve con torpeza. Siento el frío de una cadena contra mi piel y algo pesado que cae sobre mi pecho. Lo coloca con delicadeza—. Listo. Ya puedes mirar.

—¿Qué es? —pregunto mientras cojo el objeto de metal y lo alzo para poder verlo. Un pequeño avión cuelga de una cadena, es de oro blanco pulido.

—Tu verdadero regalo de Navidad. El hombre que lo hizo tardó más de lo previsto.

—Oh, Dios mío… Es… —Es muy delicado y las puertas, ventanas aspas y ruedas tienen muchísimos detalles. Las alas están cubiertas por unos diamantes diminutos que resplandecen cuando la luz de la tarde que invade la sala de estar a través de la ventana incide sobre ellos.

Pero es un detalle en la cola del avión el que llama mi atención y agita mis emociones: una minúscula réplica del logo de Alaska Wild.

—Es precioso.

—¿Algo que sí usarás?

—¡Sí! Absolutamente. —Solo podría sentir orgullo de usar una cosa así.

—¿Mejor que la chaqueta de caza que tanto odiaste? —Las comisuras de los labios lo traicionan.

—¿Era una broma?

—Por supuesto que era una broma. —Sonríe con malicia—. Y valió mucho la pena. Por Dios, no sabes disimular.

—¡A veces eres tan imbécil! —Suelto el colgante para golpearle el pecho con la palma abierta. Debajo de las yemas de los dedos siento la vibración de su risa grave mientras apoya las manos en mis caderas y me hace sentir su calor a través de las dos capas de ropa—. Gracias por esto —digo con tono arrepentido—. Es precioso, Jonah. En serio. Es la joya más bonita que tengo.

—No debería sorprenderme. Jonah tiene buen gusto, algo que descubrí la primera vez que entré a su casa, esperando una cueva de soltero con costillas de cerdo y latas de cerveza tiradas.

Respira hondo y su sonrisa se desvanece.

—No puedo llevarme todo el mérito. —Sostiene el pequeño avión entre el pulgar y el índice—. Este avión no es solo de mi parte. —Sus ojos azul hielo se clavan en los míos. Traga con dificultad—. Una semana antes de morir, Wren me pidió que contactara con un amigo suyo que vive en Nome. —El nudo de mi garganta crece—. Quería que tuvieras algo para recordarlo. Algo que pudieras abrir en Navidad. —Jonah se aclara la garganta—. En ese momento creía que iba a vivir más. —Me llevo la mano a la boca para contener el llanto. Las lágrimas me nublan la vista y bajan por mis mejillas en un río silencioso y caliente. Han pasado meses desde la muerte de mi padre y así sin más, vuelvo a sentirme como si hubiera muerto ayer. Jonah tensa la mandíbula—. Estaba obsesionado con comprarte algo que quisieras usar. Nunca lo había visto así, tan determinado. Pero sabía cómo eres con la ropa y esas cosas. En fin, lo del avión fue idea suya. —Finalmente Jonah vuelve a mirarme, con los ojos vidriosos y la voz ronca—. Y yo añadí los diamantes a diseño porque sé que te gustan las cosas brillantes.

Tardo un momento en encontrar las palabras y, cuando lo consigo, salen

en un débil susurro:

—Es perfecto. Nunca me lo quitaré. Nunca.

Jonah asiente y me atrae hacia él, el vello de su rostro me hace cosquillas
en el cuello mientras lloro.

en un débil susurro:

—Es perfecto. Nunca me lo quitaré. Nunca.

Jonah asiente y me atrae hacia él, el vello de su rostro me hace cosquillas en el cuello mientras lloro.

Capítulo 6



Los fuertes golpes de unas pesadas botas contra los escalones del porche anuncian la llegada de Jonah un segundo antes de que se abra la puerta de la cocina. Miro el reloj con el rabillo del ojo y se me para el corazón. Son casi las nueve de la noche. Jonah debería haber llegado hace horas.

—¿Calla? —Su voz grave y ronca irrumpe en el silencio de la casa. Esta es una de las diferencias más marcadas entre Alaska y Toronto. Allí, estaría escuchando los ruidos del tráfico y la pala de metal de la quitanieves rascando el pavimento. Aquí, en esta pequeña casa rodeada por casi nada más que un campo inmenso, no hay más sonidos que el motor del frigorífico. Durante el día me he acostumbrado a dejar el televisor encendido para combatir el silencio.

—En el dormitorio —respondo con un grito y presiono la tecla de guardado en mi ordenador.

La madera del suelo cruje bajo los pesados pasos de Jonah. Entonces aparece, llenando con su cuerpo todo el marco de la puerta: sus amplios hombros, su pelo rubio aplastado por el gorro de lana que ha llevado puesto todo el día. Si no le viera tan cansado, me reiría.

—Lo siento. Me quedé para ayudar a cubrir los aviones. —Hasta en su voz se nota que está exhausto. Se quita el abrigo y lo guarda dentro del armario. Debajo lleva uno de los suéteres que le compré: de punto y de un turquesa que resalta el color de sus ojos y se amolda bien al pecho y la clavícula—. Los imbéciles de St. Mary hicieron un trabajo de mierda cuando repararon el techo del hangar en verano. Está a punto de desplomarse toda la puta estructura. Me tuve que reunir con los peritos de la aseguradora para resolverlo y luego ir a explicárselo todo a Howard.

—¿El hangar con goteras del que se quejaba mi padre en verano?

—Sí. —Se desploma en la cama con un suspiro y se masajea primero los ojos y luego la barba. Ha crecido desde que llegué hace tres semanas…, lo suficiente para que ya le haga falta un recorte—. Estoy deseando terminar con toda esta mierda de Aro.

Yo también.

Trae consigo el frío de fuera y yo me acurruco aún más en la manta.

—Sabes que puedes acabar mañana, ¿no? —Tampoco es que hubiera firmado un contrato.

Sacude la cabeza con firmeza.

—Dije que me quedaría hasta que acabe enero y lo voy a cumplir.

Por supuesto que sí. Jonah es leal hasta el punto de dañarse a sí mismo Ya me lo advirtió mi padre.

—Bueno. Faltan dos semanas. No es nada.

—Y entonces estaré oficialmente en paro.

—Bienvenido al club. Los miércoles nos vestimos de rosa. —No puedo ignorar el entusiasmo que me provoca saber que pronto Jonah estará cien por cien dedicado a formar nuestra empresa de viajes.

—¿Rosa? —Frunce el ceño, confundido.

—¿De Chicas malas? Es una película. Da igual. —Jonah no tenía televisor en su casa hasta que yo me mudé—. Y no estarás en paro. Serás autónomo Es diferente.

—Sí, eso creo… —Sonríe—. No recuerdo la última vez que no tuve un jefe que me dijera qué hacer.

Me echo a reír.

—¿Cuándo has hecho lo que te ha dicho alguien? —Según mi padre Jonah era un chico «testarudo» cuando apareció en Alaska Wild hace diez años, con la cabeza más dura que había visto jamás. Pero rápidamente se convirtió en una parte indispensable del equipo y la mano derecha de mi padre. Por lo que vi en verano, parecía que era él quien dirigía la empresa Wren Fletcher era más bien silencioso y pasivo.

—A veces. Cuando tengo ganas. —Jonah se estira para coger mi barbilla con el pulgar y el índice y se acerca para robarme un beso largo y lento. Un

pequeño gruñido se escapa de su pecho—. Y llevo con ganas de hacer esc
stodo el puto día.

o No puedo borrarme la sonrisa radiante del rostro, la reacción instantánea
rcada vez que Jonah dice algo medianamente romántico, lo que es más
habitual de lo que esperaba, aunque suele estar entretejido con comentarios
sarcásticos.

—En el frigorífico hay un plato de espaguetis para ti. Caseros. —M
amejor amiga, Diana, en un intento desesperado por mantener mi presencia en
Calla&Dee, nuestro blog de tendencias, ha creado una nueva sección: «Calla
aprende a cocinar». No es tan mala idea, teniendo en cuenta que los días de
invierno se me están haciendo largos, que no hay servicio a domicilio en
.Bangor y que no podemos esperar que Agnes nos alimente para siempre
Jonah arquea las cejas, dubitativo—. Con salsa casera de lata —me corrijo
avergonzada—. Pero he tenido que ir hasta el pueblo para comprar esa lata
tan cara. —Así de entretenido es el contenido que he hecho, pero Di está
oconvencida de que mis fotos yendo al supermercado en moto de nieve son
amuy graciosas.

—Gracias. Comeré dentro de un rato. —Señala con la cabeza a mi
ordenador, abierto sobre mi regazo—. ¿Qué has hecho hoy?

r —Muchas cosas importantes —digo con falsa seriedad. Han pasado dos
.semanas desde año nuevo y hemos caído en una rutina en la que Jonah se va
a Aro mucho antes del amanecer y yo intercalo navegar en mi ordenador con
nalimentar el hogar con la leña que Jonah deja cortada. La semana pasada me
centré en diseñar la página web para la compañía de viajes, que ya está lista
para los últimos retoques, y luego podremos inaugurarla, siempre que deje de
,discutirme que El Yeti es el nombre perfecto.

z Esta semana, toca un curso intensivo de propiedades inmobiliarias y
eoperaciones con Agnes, que llevó la administración de Wild durante años. He
icogido muchas notas sobre millas náuticas, jerga básica de aviación
.frecuencias de radio, mapas de topografías e itinerarios de vuelo. Un rasguño
superficial en este maravilloso mundo, según prometió Agnes.

a Pincho en una de las muchas ventanas que tengo abiertas para enseñarle a
aJonah los anuncios de casas. No hay muchos en esta época del año.

—¿Qué te parece Eagle River?

—Eagle River —repite Jonah.

—Veinticuatro kilómetros al noreste de Anchorage. Un viaje de diecinueve minutos. Tienen aeropuerto y servicios básicos. Hay hasta un Walmart. Y, mira, hay algunas casas bonitas. —Unas construcciones nuevas y modernas que me sorprendieron, con techos altos, suelos pulidos y encimeras de mármol: cosas en las que jamás había pensado antes de aventurarme en el mundo de la búsqueda de casas—. Mira esta. Tiene un garaje grande, para dos coches, y la ventana de la cocina da a las montañas una vista para morirse. O esta… —Paso a otra casa, a pocos metros y le muestro las fotos.

—¿Cuánto terreno tiene?

Muevo el cursor para mirar los detalles.

—¿Menos de media hectárea?

Jonah se ríe.

—Eso no es nada, amor.

Frunzo el ceño.

—Pero mira el patio. Es muy largo.

—¿Y los aviones?

—El aeropuerto está a cinco minutos. ¿Ves? —Amplío el mapa—. Es la misma distancia que hay de aquí a Wild.

Se recuesta de espaldas con la vista fija en el techo.

—Me encantaría tener mi propia pista de aterrizaje.

—¿A qué te refieres? ¿Como un aeropuerto en casa?

—Nah. Solo una pista. Una recta asfaltada en mi terreno con un hangar para guardar los aviones y así poder ir y venir cuando me dé la gana sin tener que lidiar con toda la mierda de usar aeropuertos públicos. Sin nadie que me diga qué hacer.

—¿Existe una cosa así?

—¿En Alaska? Claro. Solo necesitas un terreno grande.

No tengo ni que mirar para saber que ninguna de las propiedades que he seleccionado tiene el tamaño necesario para aterrizar un avión.

—¿Y cuánto cuesta algo así?

—¿En Anchorage? —Suspira—. Demasiado.

—Bueno… Siempre podemos alquilar e invertir en un terreno más adelante, ¿no?

—Ya te lo he dicho, Calla, no quiero pagarle la hipoteca a nadie si podemos permitirnos comprar. ¿Tú sí?

—No, pero… —Simon ya se ha subido al tren de «primero alquila y luego compra cuando estés segura de Alaska y de Jonah». No sé si fue por insistencia de mi madre o porque ha reunido el coraje para decírmelo. Aun así, es más difícil ignorar sus consejos que los de mi madre.

Pero este año cumplo veintisiete. ¿Cuándo dejaré de preocuparme por lo que dicen?

En especial cuando Jonah no parece tener ninguna duda sobre nosotros.

Me doy cuenta de que yo tampoco debería tenerlas porque ¿cómo va a funcionar si sigo haciendo planes de contingencia en caso de que no funcione?

—No, creo que yo también prefiero comprar. —Pienso en alternativas— ¿Y si en unos años, cuando El Yeti esté establecido, nos mudamos a una casa con más terreno?

Me dirige una mirada severa.

—No le vamos a poner ese nombre.

—Ya veremos… —me burlo con tono risueño y cierro el navegador, lista para que Jonah se deshaga de mi ropa. Esa es nuestra rutina: cinco minutos después de que su cuerpo toque el colchón, sin importar que tan largo haya sido su día… acabo desnuda.

Me estremezco por la anticipación.

Pero todavía no se mueve.

—Aggie ha tenido una conversación interesante con Barry esta mañana.

Me cuesta un momento conectar.

—¿El granjero?

—Sí. Está interesado en comprar nuestras casas. Esta y la de Wren.

—¿En serio? —Ya tienen una bonita casa de dos plantas.

—El negocio está creciendo y quiere expandir los cultivos.

—Bueno… Es una buena noticia, ¿no? Temíamos que tardase mucho

tiempo en venderse.

—Quiere la tierra, Calla. Va a tirar abajo las casas.

Me cuesta un segundo procesarlo.

—¿Qué? ¿Te refieres a demolerlas?

—Sí. —Siento el peso de la mirada de Jonah sobre mí—. ¿Qué piensas de eso?

Las casas en las que mi padre y mis abuelos vivieron durante décadas, donde mi padre y mi madre vivieron y se quisieron, donde yo viví, el sitio que todavía conserva las flores que mi madre pintó a mano hace veintisiete años. Estas dos sencillas casas en esta fría extensión de tundra (una verde musgo, la otra amarilla mantecosa) que no significaban nada para mí la primera vez que las vi y ahora las siento como un trozo de infancia redescubierto.

¿Y Barry Whittamore quiere destruirlas?

Pero ¿tengo derecho a que me moleste? Jonah y yo nos vamos de Bango para empezar una vida.

—La verdad es que no sé qué debería pensar. ¿Tú qué piensas?

Se muerde el labio y tarda un momento antes de responder:

—Si nos mudamos, este sitio no va a servirnos de nada. Pero… supongo que imaginé que viviría otra familia aquí.

—Claro. Yo también. ¿Y Agnes? ¿Ella qué piensa?

Resopla.

—Bueno, por supuesto que a ella no le hace ilusión. Es tan nostálgica que conduce esa camioneta de mierda con las ruedas gastadas solo para apoyar el culo en el mismo sitio que Wren. Pero no quiere cuidar dos casas. Le dijo a Barry que le conviene alquilar las casas y cultivar a su alrededor y no se negó a la idea. Vendérselo a Barry sería inteligente. Si no quién sabe cuánto tiempo estaremos mirando anuncios sin poder comprar. Y, de todas formas, no somos quien para decirle a quien las compre que no puede derribarlas.

—Claro. —Espero a que continúe, presiento un «pero».

Jonah se encoge de hombros.

—Parece un error, ¿sabes? Wren no está, Alaska Wild no está. Y ahora puede que hasta su casa desaparezca. Es como si estuviera desapareciendo.

Entiendo lo que dice. Mi padre me dijo que siempre tendría un hogar en

Alaska, pero técnicamente eso ya no será cierto.

El silencio se instala entre nosotros y veo la batalla que se libra en e rostro de Jonah: tensa la mandíbula, sus ojos siguen el sendero de los listones del techo como si mi padre los hubiese instalado con sus propias manos ¿Qué es lo que me está pidiendo realmente?

Quizá quiere permiso para dejar que alguien destruya la historia de m familia.

—¿Qué diría mi padre si estuviera aquí? —Odio no saberlo con seguridad, no haberlo conocido tanto.

Pero Jonah sí.

Piensa un momento y luego frunce los labios en una pequeña sonrisa.

—Se preguntaría si esto es una especie de castigo kármico por negarse a comer brócoli y zanahoria. Algo así. —Me río porque puedo imaginarme a mi padre quieto en la sala de estar, rascándose la barbilla, con el ceño fruncido en un gesto pensativo y diciendo exactamente esas palabras. La sonrisa de Jonah se vuelve nostálgica—. Pero luego nos diría que vendamos Que solo es una casa. Que no cometamos los mismos errores que él y no nos aferremos a su recuerdo a expensas de las personas que queremos.

Asiento. Jonah tiene razón. Mi padre vendió Alaska Wild (el legado de cincuenta y cuatro años de trabajo de nuestra familia) porque era hora de que todos siguiéramos con nuestras vidas. La casa de al lado no es más que paredes y un techo y doscientos cuarenta y cuatro patos con pezones ldibujados a mano.

La familia Fletcher no está.

—Entonces ahí tienes tu respuesta. Deberíais venderle las casas a Barry.

Asiente lentamente.

—Supongo que es hora de que nos tomemos en serio la búsqueda de casa. ¿Qué más tienes? —Pasa las pestañas del navegador de mi portátil y hace una pausa con el ceño fruncido—. ¿Quieres vivir en una granja?

—No. Es una instagrammer a la que he empezado a seguir —admito mientras deslizo las fotos. Desde que decidí mudarme aquí, he buscado inspiración en distintos blogs de tendencias, especialmente de entornos rurales—. Es decoradora de interiores, renovó una casa antigua en Nebraska

junto a su marido y lo fue grabando. Adoro su estilo. Y la casa tiene mucha personalidad. Eso es lo que quiero: una casa con personalidad.

—Es toda blanca —resopla.

—No, no es cierto.

—Las paredes son blancas, el suelo es blanco, las cortinas son blancas… —Sonríe burlón—. ¡Hasta el sofá es blanco! ¿Dónde narices se sientan?

—Es una funda.

Sacude la cabeza, riendo.

—Por el amor de Dios, te pido que no me hagas vivir en una casa toda blanca.

—¡Su historia es buenísima! Le interesa el reciclaje y la vida sostenible Tienen animales y cultivan sus propios vegetales.

Jonah levanta las cejas.

—Entonces sí quieres vivir en una granja.

—¡No! No he dicho que…

—Ya veo. —Se estira boca arriba y lleva las manos detrás de la cabeza en una postura de fingida relajación, el dobladillo de la camiseta sube por su vientre y deja a la vista sus abdominales—. Calla Fletcher, la granjera. Para tu cumpleaños te voy a comprar unas botas de goma bien grandes y feas y un sombrero de paja. Ah, y una cesta, para todos los huevos. Tendremos gallinas.

Arrugo la nariz.

—Las gallinas apestan. ¿Y no atraen a los osos?

—Y una o dos tiernas cabritas —continúa, ignorándome.

—Odio las cabras.

—¿Qué?

—Nada de cabras.

Jonah se da la vuelta y me mira fijamente con las cejas alzadas por la sorpresa.

—Es en serio.

—¡Sí!

—Cabras. Los tiernos animalitos de granja.

—Con unas espeluznantes pupilas. Sí.

—¿Cómo puedes odiar a las cabras? —Se lo oye genuinamente desconcertado.

—Tengo mis motivos. ¿Y qué opinas de los paneles solares? ¿Funcionan en Alaska con…?

—No, no. —Jonah sacude la cabeza y los ojos azules le brillan con malicia—. Olvídalo, Barbie. O confiesas o consigo diez bonitas cabritas para tu granja.

Conociendo a Jonah, lo hará. O sea, tenemos un mapache «mascota» aviviendo bajo el porche.

Gruño porque ya sé cómo va a acabar esto.

—¡De acuerdo! Cuando tenía seis años me atacó un grupo de cabras en una excursión y desde entonces… —La carcajada de Jonah ahoga mis palabras.

—¿Te atacaron?

Le doy un codazo.

—¡No es gracioso! —Aunque lucho para reprimir la sonrisa.

—Vale, vale. Tienes razón. No es gracioso. —Levanta las manos en un gesto de rendición—. Muéstrame las cicatrices.

—Bueno, en realidad no tengo cicatrices físicas.

—¿Son todas emocionales? —pregunta con fingida seriedad.

—¡Cállate! ¡Cuando tienes seis años y te encuentras rodeada por una horda de animales que te muerden la ropa y los dedos, y te tiran sobre una pila de mierda, es difícil olvidarlo! —Tiemblo para que quede más claro.

Sacude la cabeza y su carcajada da paso a una risa suave.

—Ven aquí, mi pequeña odiacabras. —Cierra el portátil de golpe y lo aparta. Se da la vuelta con agilidad, siento sobre mí todo el peso de su cuerpo y su boca cubre la mía.

—¿Cómo puedes odiar a las cabras? —Se lo oye genuinamente desconcertado.

—Tengo mis motivos. ¿Y qué opinas de los paneles solares? ¿Funcionan en Alaska con…?

—No, no. —Jonah sacude la cabeza y los ojos azules le brillan con malicia—. Olvídalo, Barbie. O confiesas o consigo diez bonitas cabritas para tu granja.

Conociendo a Jonah, lo hará. O sea, tenemos un mapache «mascota» viviendo bajo el porche.

Gruño porque ya sé cómo va a acabar esto.

—¡De acuerdo! Cuando tenía seis años me atacó un grupo de cabras en una excursión y desde entonces… —La carcajada de Jonah ahoga mis palabras.

—¿Te atacaron?

Le doy un codazo.

—¡No es gracioso! —Aunque lucho para reprimir la sonrisa.

—Vale, vale. Tienes razón. No es gracioso. —Levanta las manos en un gesto de rendición—. Muéstrame las cicatrices.

—Bueno, en realidad no tengo cicatrices físicas.

—¿Son todas emocionales? —pregunta con fingida seriedad.

—¡Cállate! ¡Cuando tienes seis años y te encuentras rodeada por una horda de animales que te muerden la ropa y los dedos, y te tiran sobre una pila de mierda, es difícil olvidarlo! —Tiemblo para que quede más claro.

Sacude la cabeza y su carcajada da paso a una risa suave.

—Ven aquí, mi pequeña odiacabras. —Cierra el portátil de golpe y lo aparta. Se da la vuelta con agilidad, siento sobre mí todo el peso de su cuerpo y su boca cubre la mía.

Capítulo 7



FEBRERO

—¿Ese es el amigo de George? —pregunto, acurrucada en las profundidades de mi parka mientras Jonah vuela a Veronica sobre un terreno largo y plano enmarcado a ambos lados por un sendero de pinos. Hay dos edificios verdes con techo de chapa a un lado: los dos son rectángulos sencillos; uno muy largo y el otro, una réplica más pequeña del primero. Junto al lago helado hay una cabaña de madera. Una nube de humo negro sale de la chimenea y se disipa en el cielo oscuro. Ocultos entre los árboles hay varios cobertizos y depósitos, anexos indispensables para cualquier casa de Alaska. Estoy aprendiendo que sirven para guardar de todo, desde leña cortada, propano y bidones de agua hasta motos de nieve.

—¿Quién? ¿Phil? Sí. Se conocieron en las fuerzas aéreas. Nos hemos visto algunas veces a lo largo de todos estos años. Es un buen hombre. Su esposa murió de un infarto en otoño. Más o menos al mismo tiempo que Wren.

—¿Está solo? —Hasta donde puedo ver, no hay más cabañas en el lago.

—Sí. Su hijo vive en el sur. Oregón, Idaho, o algo así. —Jonah señala con la cabeza hacia atrás, a la nevera portátil con carne de alce que George nos pidió que le dejáramos de camino porque vamos a los suburbios de Anchorage a ver casas en venta—. Lo va a agradecer.

Nuestro avión se sacude cuando lo alcanza una corriente de viento y, por instinto, clavo las uñas en el antebrazo de Jonah. Se ríe y me guiña un ojo para asegurarme que todo está bien, que estamos bien.

Así son las cosas entre nosotros desde que me rescató de una Navidad en soledad hace un mes: tranquilas. Sin buscarlo, hemos caído en nuestro

antiguo ritmo, excepto que ya no tenemos de fondo esa persistente nube de temor que nos perseguía cuando veíamos día tras día cómo se iba deteriorando mi padre y deseábamos tener más tiempo.

Ahora nuestras conversaciones se centran en el entusiasmo que nos provoca el futuro: lo que no puede faltar en la casa que vamos a comprar, lo que tenemos que hacer antes de inaugurar la empresa de viajes, en qué destino soleado vamos a veranear cuando necesitemos un respiro del largo y oscuro invierno. Las noches, llenas de risas, las pasamos enredados en las sábanas hablando, planificando y burlándonos del otro con una alegría palpable.

Y ahora que Jonah ya no trabaja en Aro (ayer le hicieron una fiesta de despedida) y los abogados se están ocupando del papeleo de la venta, nuestra vida juntos avanza; más rápido de lo que esperaba.

Así me imaginaba que sería estar enamorada cuando intentaba entender qué era el amor, cuando aún no podía hacerme una idea.

Es esto.

Somos nosotros.

Es la emoción que siento cada vez que Jonah entra en una habitación, es la impaciencia que siento cuando no está cerca, es el modo en que se me para el corazón cada vez que lo hago reír.

En un impulso, me acerco y le doy un beso rápido en la mejilla, sobre la barba recién cortada.

Me mira con un brillo de curiosidad en los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Por ser como eres. —Vuelvo a concentrarme en el suelo, cada vez más cerca. A pesar de estar cubierta por la misma capa blanca de nieve, esta zona de Alaska es muy diferente a la tundra congelada que hemos dejado al amanecer. En este lado, las casas están dispersas, pero son más numerosas con lagos y ríos claramente delimitados por los densos bosques que rodean sus costas.

Jonah sigue mi mirada.

—Esta parte de Alaska es preciosa.

Estoy hipnotizada por las cumbres nevadas de las montañas a lo lejos

eque destacan aún más por el profundo azul del cielo. ¿Alguna vez dejarán de
asorprenderme estas cadenas montañosas?

—¿Cuál es esa?

s —Denali. La cumbre más alta de Norteamérica.

o Suspiro. Es verdad que es preciosa.

é —Qué pena que esté tan lejos.

y —No lo está. Se considera parte del área metropolitana de Anchorage.

s —¿Y a qué distancia está la ciudad?

a —Una hora y media nada más.

—Una hora y media —enfatizo—. Ida y vuelta son tres horas. Si el clima
eacompaña.

a Jonah se encoge de hombros.

—Pero no es como Bangor.

r —No, supongo que no —admito.

Jonah hace descender a Veronica hacia la pista nevada y sus esquíes se deslizan sin esfuerzo sobre el terreno barrido hace poco, probablemente por el tractor aparcado al lado.

s —Buena pista, bien nivelada —expresa lleno de admiración.

a —Apuesto a que dices eso de todas las pistas.

Se quita los auriculares y mueve una serie de interruptores que hacen que ase apague el motor del avión. Se acerca para darme un beso rápido pero firme en los labios y susurrarme «listilla», abre la puerta y, de un salto, sale del avión.

El suelo cruje cuando mis botas lo tocan, el marcado contraste entre la scabina calentita del avión y la gélida temperatura del exterior hace que me ahunda en el abrigo.

l Un hombre aparece en el alto edificio de metal. Me doy cuenta de que es ,un hangar cuando veo por la puerta entreabierta el ala roja de un avión. Se nacerca dando pasos lentos y cautelosos por la angosta zona despejada. Debe tener unos setenta años, tiene el rostro marcado por la edad y algunos mechones de pelo blancos como la nieve.

Jonah cierra la distancia para encontrarlo a mitad de camino con la nevera ,colgando de un brazo. Se dan un cálido apretón de manos.

—Phil. Qué alegría volver a verte.

—Cómo pasa el tiempo. —Phil sonríe y noto que le falta un molar. Sus ojos azules se posan en mí y veo que el ojo izquierdo está nublado—. ¿Esta es tu mujer?

—Todavía no es oficial, pero sí.

El corazón me da un vuelco con la respuesta de Jonah, con todas las promesas e intenciones que implica (aunque todavía no hemos hablado seriamente de matrimonio) y dicha así, sin dudas ni miedo, con esa valentía tan típica de Jonah. Un rasgo que odiaba cuando lo conocí, cuando me dijo sin filtros lo que pensaba de mí sin cuidar para nada las palabras, y sin el que ahora no podría sobrevivir. Es fácil confiar completamente en una persona cuando no tienes que preocuparte por lo que no te dice.

Jonah estira un brazo para invitarme a avanzar.

—Esta es Calla. La hija de Wren Fletcher.

—Lamento mucho lo de tu padre. Qué lástima. Era tan joven.

—Gracias. Jonah me contó lo de tu esposa —me apresuro a agregar— Yo también lo siento.

Aprieta los labios y asiente, como si no pudiera soportar más que eso.

Conozco bien ese sentimiento.

Phil mira la nevera que sostiene Jonah.

—George me dijo que me traerías algo que cazó.

Jonah palmea la caja.

—Es un buen trozo de carne.

—Sí, estuvo alardeando. —Phil se ríe y el sonido me recuerda a un viejo motor al que le cuesta arrancar—. Bueno, entonces vamos. Si queréis, os enseño esto y luego podemos dejar eso en casa.

—Nos encantaría. ¿Verdad, cariño? —Los ojos de Jonah brillan con curiosidad cuando recorren la propiedad y luego se posan en mí con una sonrisa extraña en los labios.

No puedo evitar devolvérsela y acercarme a él para susurrarle:

—Esta casa te está dando una erección, ¿a que sí?

Me pasa un brazo por la cintura y me aprieta con fuerza.

—Estoy a punto de correrme en los pantalones.



—Colette y yo compramos el terreno en los años ochenta. Creo que fue en la primavera de 1985. —Phil se detiene frente al fregadero de la cocina y se rasca el mentón, pensativo—. Sí, era mi cumpleaños número cuarenta. Vinimos hasta aquí para pescar en el río. Si os gusta pescar, tenemos uno de los mejores sitios. Al oeste hay una red fluvial y viene mucha gente en verano. Pero bueno, nos enamoramos. Recuerdo que pensé que estaba en la mitad de la vida y que necesitaba hacer algo grande. Así que lo hicimos. Cuarenta hectáreas, más que suficiente para vivir. Sigue en esa dirección. —Señala con la mano la parte trasera de la casa—. Se necesitan botas de nieve para ir hasta allí en esta época del año.

—Todavía no he probado eso —admito. No puedo hacerme una idea de cuánto son cuarenta hectáreas, pero sospecho que se tardan horas en atravesarlas a pie. Después del recorrido por el hangar y el taller, nos hemos subido a una camioneta GMC oxidada y hemos venido hasta aquí, la distancia hasta la casa era demasiado grande como para que Phil caminara.

Phil me estudia con curiosidad.

—Ahora que lo mencionas, no pareces de por aquí.

—Nací en Alaska, pero he vivido en Toronto la mayor parte de mi vida.

—Ah. Una chica de ciudad. —Levanta la botella de whisky que estaba en la encimera—. ¿Quieres?

Jonah niega con la cabeza.

—Mejor no. Tengo que volar.

Phil apunta la botella en mi dirección con un gesto burlón.

—Pero tú no.

Contengo la respiración. Ni siquiera es mediodía y Phil ya se ha pasado a las bebidas fuertes. Hay restos en un vaso y no puedo determinar si es de ayer o de esta mañana. ¿Cómo será su vida aquí, tan solo? Quizá yo también me daría al whisky.

—Gracias, pero nos espera un largo día. Sí te acepto un vaso de agua.

—Claro, creo que hay una botella por aquí, de cuando estuvo mi hijo. —Busca en el frigorífico y coge una botella de plástico con los movimientos de

un anciano. No se me han escapado los «nosotros» y «nuestro» durante todo el recorrido por la propiedad, como si su difunta esposa siguiera presente. Tardará un tiempo en acostumbrarse a ser viudo después de estar casado con la misma persona durante cincuenta años. Es eso o Phil no tiene ninguna intención de hacerse a la idea de que ya no está. Sonrío en agradecimiento mientras acepto el vaso de agua—. Tenemos un huerto detrás. Es grande. Lo suficientemente grande como para tener provisiones durante todo el invierno. Instalamos un cerco electrificado que mantiene a raya a cualquier criatura durante la temporada de siembra. ¿Te gusta la jardinería? —Me mira directamente.

—No, esa es la especialidad de mi madre. —Aunque ella misma reconoce que disfruta más de los rosedales y lilas que de los maizales y las zanahorias.

—Bueno, cualquiera puede aprender si está dispuesto a pasar el tiempo suficiente con las rodillas en la tierra. —Hace un gesto con la mano— También tenemos corrales para el ganado.

—Tu granja, Barbie —murmura Jonah y yo pongo los ojos en blanco.

—Claro que no quedan más que un par de gallinas que me dan huevos para el desayuno, y Zeke. —Phil coge el vaso usado y se sirve whisky hasta la mitad—. Una cabra vieja que es un verdadero dolor de cabeza. No le gustan los hombres. Y ahora que Colette no está, no me sirve de nada. La seguía a todos lados.

Una sonrisa maliciosa atraviesa el rostro de Jonah.

—¿Quién iba a decirlo? A Calla le encantan las cabras.

—¿Cuántos años tiene la casa? —pregunto y le lanzo una mirada de advertencia a Jonah. Recorro con la vista el interior de la cabaña de madera procurando ignorar la enorme cabeza de alce que nos vigila desde su lugar entre dos grandes ventanas. Un par de cabezas de venado enmarcan la chimenea. Un tapiz de piel negra decorado con fieltro rojo cuelga en frente creo que es de un oso, pero no estoy segura porque no tiene cabeza.

Nunca entenderé por qué la gente tiene la necesidad de rodearse de las cosas que mata.

—A ver… Los antiguos dueños empezaron a construir unos diez años antes que nosotros. Tuvieron problemas económicos y por eso se vieron

obligados a vender antes de terminar. Así que calculo que… —Frunce e
ceño mientras lo piensa—. ¿Unos cuarenta y cinco años? Hemos hecho
algunas renovaciones. Y trabajamos mucho en el sótano. Toda esa piedra la
apusimos nosotros. Colette pensó que era una buena idea. Para que no
hubiese tanta madera.

—Tenía razón. Queda muy bien. —La cabaña de madera está construida
sobre una pendiente, lo que les permitió construir un sótano con salida a
exterior y con ventanas de un tamaño considerable. La fachada está revestida
con las mismas piedras que tiene la chimenea.

—Por supuesto, todavía quedan cosas por hacer. Despensas y armarios
A los baños les vendrían bien unos grifos nuevos y algo de pintura. —Le da
un sorbo a su bebida y se estremece—. Ya sabéis, esas cosas que uno dice
que va a hacer cuando tenga un fin de semana libre y, cuando quiere darse
cuenta, han pasado treinta y cinco años, tu hijo se ha ido, tu esposa está
muerta y sigues mirando la pared que falta por pintar. —Un tono nostálgico
se apodera de su voz.

Espero poder disimular la pena que siento cuando digo:

—Tienes una casa encantadora.

De un estilo rústico y abarrotado, con adornos pasados de moda y
apuestos sin ningún criterio, pero que igualmente consiguen un resultado
acogedor. A pesar de los animales muertos que me miran.

Puede que Phil viva solo (lo que es evidente por los platos sucios, los
envases de comida preparada que llenan la encimera, la ropa hecha un
egurruño sobre todos los muebles, las visibles telarañas que cuelgan como
oropel de la lámpara), pero el rastro de su difunta esposa sigue presente. La
nevera está cubierta con imanes florales que sujetan fotos de sus nietos
nadando en el lago. El calendario pegado a la pared está detenido en
septiembre y una bonita caligrafía femenina señala citas, un cumpleaños y un
aniversario. Sobre la entrada lateral (un pasillo largo y estrecho rodeado por
una docena de ganchos de los que cuelgan desde abrigos hasta botas de
pesca; con prendas malvas que seguro que eran de Colette) cuelga un carte
de madera pintado a mano que dice «Dios bendiga este hogar» adornado con
flores silvestres violetas.

—Todos los adornos están tallados a mano —nos dice Phil levantando las cejas, como si nos estuviera contando un secreto—. Colette insistió en que, si yo tenía un hangar para mis juguetes, ella tendría una cabaña con vistas al lago y una enorme chimenea junto a la que pasar los fríos días de invierno. No hubo discusión. —Su mirada nublada se desvía hacia el techo abovedado de la sala de estar hasta donde se extiende la chimenea. Una alfombra verde musgo barata y usada cubre los largos tablones de madera de suelo—. Este lugar guarda muy buenos recuerdos. De todos modos, el hangar y el taller llegaron quince años más tarde.

—Parecen sólidos —dice Jonah con el mismo tono de admiración que desde que llegamos.

—Ah, así es. El hangar necesita algunos arreglos. El mantenimiento es inevitable. Pero no encontraréis un lugar como este por aquí cerca. No sabéis cómo son los contratistas. —Phil sacude la cabeza.

—Jonah ha estado admirándolo desde que aterrizamos. —Lo miro y tuerzo el gesto. Para ser más precisa, Jonah ha estado caminando en temperaturas bajo cero con una enorme erección por un hangar metálico.

—Eso esperaba. George me juró y perjuró que iba a gustarte. Por eso prefiero vendértelo a ti antes que a la pareja de Homer. ¿Cuándo crees que tendrás el dinero listo para comprarlo?

—Todos los adornos están tallados a mano —nos dice Phil levantando las cejas, como si nos estuviera contando un secreto—. Colette insistió en que, si yo tenía un hangar para mis juguetes, ella tendría una cabaña con vistas al lago y una enorme chimenea junto a la que pasar los fríos días de invierno. No hubo discusión. —Su mirada nublada se desvía hacia el techo abovedado de la sala de estar hasta donde se extiende la chimenea. Una alfombra verde musgo barata y usada cubre los largos tablones de madera del suelo—. Este lugar guarda muy buenos recuerdos. De todos modos, el hangar y el taller llegaron quince años más tarde.

—Parecen sólidos —dice Jonah con el mismo tono de admiración que desde que llegamos.

—Ah, así es. El hangar necesita algunos arreglos. El mantenimiento es inevitable. Pero no encontraréis un lugar como este por aquí cerca. No sabéis cómo son los contratistas. —Phil sacude la cabeza.

—Jonah ha estado admirándolo desde que aterrizamos. —Lo miro y tuerzo el gesto. Para ser más precisa, Jonah ha estado caminando en temperaturas bajo cero con una enorme erección por un hangar metálico.

—Eso esperaba. George me juró y perjuró que iba a gustarte. Por eso prefiero vendértelo a ti antes que a la pareja de Homer. ¿Cuándo crees que tendrás el dinero listo para comprarlo?

Capítulo 8



—Yo quiero la hamburguesa de bisonte y una cerveza de tirador. —Jonah cierra el menú de la posada y se lo pasa a Chris—. Y Calla quiere un cuchillo bien afilado para clavármelo en la yugular.

Chris arquea las cejas, los ojos le brillan con una mezcla de deleite y curiosidad.

—Seguro que se lo merece.

—¿La sopa de puerros tiene algún lácteo? Soy intolerante. —Fuerzo una sonrisa amable. Estoy cabreada, pero también muerta de hambre.

—Déjame comprobarlo. Vuelvo en un minuto. Traeré un taco para fijar la mesa, así deja de moverse. —Chris coge mi menú—. Y un cuchillo para que te ocupes de Jonah. —Se aleja con una sonrisa en los labios. Le hacemos gracia. Que alegría.

Clavo mi mirada de acero en el hombre que tengo sentado delante.

Jonah se inclina hacia atrás y la silla cruje bajo el peso de su robusto cuerpo. Me mira con un gesto calculador: ese que indica que está pensando estrategias para convencerme de su descabellada idea de vivir en el bosque en medio de la nada.

—Tienes que admitir que es perfecto para nosotros.

—¿Para nosotros? No. No es perfecto para nosotros. Es perfecto para ti.

—Querías un lugar con personalidad. ¿Qué tiene más personalidad que una cabaña en el bosque con una vista privilegiada al Denali?

—En medio de la nada —le recuerdo.

—Trapper's Crossing no es el medio de la nada. Está a solo veinticinco minutos de Wasilla. Ahí viven diez mil personas y tienen todo lo que necesitas. Hay hasta un Walmart.

—Un Walmart. ¿Eso crees que necesito?

Levanta las manos.

—¡Joder! ¡No lo sé! ¡Eres tú la que no para de mencionar el Walmart! —Su mirada se pierde en la pared a mis espaldas, como si hubiera un argumento convincente escondido entre los paneles de madera—. Marie vive cerca de Wasilla.

—Tu íntima amiga que está secretamente enamorada de ti. Mejor aún —murmuro, aunque no tengo ninguna intención de ahondar en ese tema. Cuando conocí a la bonita veterinaria con aire de chica sencilla, justo después de mi primer beso con Jonah, yo estaba muerta de celos. No había que ser muy avispado para darse cuenta de que ella deseaba que la amistad fuera el inicio de algo más. El mismo Jonah admitió que se besaron una vez. También me contó que no podía darle lo que ella quería.

He visto a Marie en dos ocasiones desde entonces (y una fue en el funeral de mi padre). Parecía haber retrocedido un paso y estar dispuesta a respetar el límite. En cualquier caso, no tengo ningún problema con Marie, pero tampoco es que estar cerca de ella sea un incentivo para comprarle la casa a Phil.

Jonah pone los ojos en blanco.

—No está enamorada de mí.

—Habíamos dicho Anchorage.

—No. Acordamos que estaríamos cerca de Anchorage. Esto está muchísimo más cerca de Anchorage que Bangor. —Entrelaza las manos sobre la mesa—. Vamos, Calla. No puede ser que quieras vivir en los suburbios, ¿o sí? ¿Una casa sencilla con un jardín diminuto y gente a ambos lados que te espían por la ventana por las noches? ¿Una casa sin personalidad? —Suspiro exasperada. Está usando mis palabras en mi contra. Y, aunque me cueste admitirlo, está funcionando—. ¿Cómo voy a volar? ¿Dónde voy a guardar los aviones?

—En un aeropuerto como cualquier persona normal. Como hacia mi padre.

Se muerde el labio. Si no estuviese tan enfadada con él, un gesto tan sutil como ese conseguiría encenderme.

—Esto no es una sorpresa, Calla. Ya te he dicho que quería tener m propia pista. Más de una vez. —Y agrega más despacio—: ¿Recuerdas la otra -noche, cuando estaba aterrizando ese avioncito de juguete sobre tu…?

ı —¡Algún día! —Lo interrumpo y, ruborizada, miro hacia la mesa de a elado para asegurarme de que la familia que está sentada junto a nosotros no está escuchando—. Creía que «algún día» era dentro de cinco o diez años. — -No hoy.

. —Yo también lo creía. Pero ¿por qué vamos a esperar diez años si el sitio sperfecto está disponible ahora?

r —Ni siquiera entiendes por qué estoy enfadada, ¿verdad?

l —¿Porque tienes muchas ganas de vivir en una urbanización?

ı Lo miro seria.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que Phil quería vender la casa?

l Jonah aprieta la mandíbula.

l —George lo mencionó la semana pasada —admite.

› —Y entonces, ¿por qué no me lo dijiste la semana pasada? Y no me digas aque no has tenido tiempo. Llevamos hablando de la mudanza desde hace un mes.

Suspira profundamente.

—Porque sabía que sacarías tu maldito mapa e ibas a decirme que está muy lejos sin ni siquiera escucharme.

á —Así que me engañaste para ir. Me mentiste. ¡Carne de alce y una smierda!

s —Eso no era mentira. —Ahora es Jonah quien mira a la familia vecina spero parecen absortos en su propia conversación. Sin embargo, baja la voz ı—. George me pidió que se lo llevara si íbamos a ver la casa.

. —¿Y qué? ¿Creías que iba a entrar a una cabaña llena de cabezas de ?animales colgadas en las paredes y me iba a morir por vivir ahí?

—¿La verdad? Sí, creía que era posible. —Se me escapa una carcajada iincrédula—. ¿Qué? Tú misma lo has dicho, es un lugar precioso, con montañas y lagos.

l —Sí. ¡Para ir de visita!

—No está tan lejos, Calla. Es un lugar muy funcional. Tiene un pozo

ituberías, calefacción, todo. Anchorage está a una distancia muy razonable
aHay casas en Trapper's Crossing. Es una gran zona turística. —La frustración
lo hace arrugar la frente y la blanca cicatriz que le quedó del accidente aéreo
ldel verano pasado se convierte en una grieta.

› —No me gustan esta clase de sorpresas. —Las que te cambian la vida.

- —Tenía que intentarlo.

No lo culpo. Pero no estamos hablando de eso.

› —Se supone que estamos haciendo esto juntos, Jonah. —En cuanto lo
digo me doy cuenta de que estoy repitiendo las palabras de Agnes—. No me
manipules para conseguir lo que quieres.

—No quería manipularte —dice despacio, como si su conciencia
estuviera analizando la frase mientras la dice.

—Puede que no haya sido a propósito, pero eso es lo que estabas
haciendo. Y tú no eres así. Siempre has sido directo y sincero. Dices lo que
piensas. Adoro eso de ti. —Justo antes pensaba en cuánto me gusta esa
scaracterística de él—. ¿Este engaño? No eres tú. —Por eso no me di cuenta
ıde su plan y, en retrospectiva, me siento una idiota por no haberlo visto.

Jonah aprieta los labios.

—Lo siento. Creo que me dejé llevar. Puse todas mis esperanzas en que
áte enamorarías en cuando lo vieras. Se suponía que Phil no iba a mencionar
nada hasta que yo hablara contigo. —Coge un sobre de sal, pero enseguida lo
ıaparta—. Esperaba que vieras el potencial. O que al menos me escucharas
antes de descartarlo.

, Un silencio incómodo se instala entre nosotros, la frustración de Jonah es
zpalpable.

Me abruma la necesidad de disiparla, de resolver su angustia. Me
epregunto si me voy a arrepentir.

—De acuerdo. —La mirada de Jonah se clava en la mía—. Te escucharé
ıantes de descartarlo. —Y luego lo rechazaré.

ı Respira hondo y puedo ver cómo su actitud cambia de la frustración a
entusiasmo mientras decide por dónde empezar:

—Va a ser clave para la empresa de viajes. O sea, tendríamos que pedir la
,licencia de operaciones si los clientes van a entrar en nuestra propiedad, pero

.nos ahorraríamos las tasas, los alquileres, los turnos de aterrizaje y toda esa ımierda. No tendríamos que contratar a gente para construir una pista de ɔaterrizaje ni un hangar y enfrentarnos a todos los dolores de cabeza que esc conlleva porque ya está hecho. El sótano con salida al exterior es perfecto para una oficina, así que, cuando no estuviera volando, estaría cerca. No estaríamos todo el día encerrados en un tráiler. —Todo el día, como m madre se quejaba de mi padre. «No estaba nunca»—. Y es una casa preciosa ɔBien construida, con mucha personalidad.

e —Antigua. Sin terminar. Y de madera —contrarresto. Con tres dormitorios diminutos y un solo baño en la planta superior.

ɑ —Nada que no se pueda renovar o terminar.

—O tirar abajo.

s —Tal vez. —Se encoge de hombros—. Si hay alguien que sabe cómo ɐembellecer las cosas, esa eres tú, ¿recuerdas? —Se señala la barba y me ɑesfuerzo por reprimir la sonrisa. Estoy cabreada.

ɑ Jonah se acerca un poco, en un gesto casi conspirador:

—Y se vende tal y como está. Con todo. Phil dice que ya no necesita nada. Se va a mudar con su hijo. La venta lo incluye todo. Todo, Calla. La ɐvieja camioneta GMC, el tractor, las motos de nieve y el quad. Hasta nos rvende el avión si lo queremos. Hay que arreglarlo, pero, con las cataratas ɔPhil ya no puede volar. —Jonah hace una mueca de disgusto de solo spensarlo, pero luego su expresión se relaja—. Y, sí, es un poco más tranquilo de lo que te imaginabas, pero cualquier cosa que no sea una gran ciudad te sparecerá lejos. Tampoco es como Bangor. Hay una enorme autopista que llega hasta Anchorage y muchos caminos pavimentados. Cuando tengas e ɐcarné de conducir irás como si nada a buscar lo que necesites y no puedas conseguir en el pueblo. Pero en Wasilla hay de todo.

é Me apoyo en el respaldo y escucho a Jonah enumerar los beneficios de la ubicación: los cazadores que ya lo han contratado para el próximo otoño lestarán felices de volar a Anchorage y no a Bangor; las hordas de turistas que querrán volar sobre la cadena montañosa del Denali… y no puedo evitar ɑasentir a todo lo que dice. Tiene buenos argumentos.

ɔ Y es verdad que tener un lugar en el que pueda acceder fácilmente a los

aaviones es ideal. Prefiero levantarme de la cama y bajar dos pisos para llegar a ela «oficina» que tener que aventurarme al frío todas las mañanas.

o Creo que nunca había visto a Jonah así de entusiasmado. Definitivamente ono he visto un ápice de este entusiasmo con ninguno de los otros anuncios ode casas que le he mostrado.

i Quizá tiene razón. Quizá sí es perfecto para nosotros.

. Siento que mi determinación empieza a esfumarse.

—Tendrías que habérmelo dicho antes de llegar, Jonah.

s —Tienes razón. Lo siento. —Sus ojos rebosan sinceridad. Se estira para coger mis manos. Los ásperos callos que se ha ganado cortando madera y paleando nieve me raspan las palmas—. Es un buen lugar para nosotros. Calla. Si no lo creyera de verdad, no estaría insistiendo. Es lo mejor de dos omundos. Tiene cosas para ambos.

e Y estamos juntos en esto, lo que significa que tenemos que comprometernos, me recuerdo. La verdad, he intentado imaginarme a Jonah (un hombre que aterriza aviones sobre glaciares y montañas) sintiéndose a agusto en una calle de ciudad, con una casa junto a otra y minivanes en el agaraje, y no lo he conseguido. Me preocupa que elijamos la casa errónea en el slugar incorrecto y que se arrepienta de irse de Bangor por mí. No soy la única ,que está renunciando a lo que conoce. También tengo que considerar las onecesidades de Jonah y, con sutileza (algo tan raro en Jonah que no he visto olas señales), me ha estado diciendo lo qué le haría feliz.

e Una hora y media en coche a Anchorage.

e Veinticinco minutos de distancia de diez mil personas. Y un Walmart lRecuerdo el tiempo que he pasado viajando al trabajo todos los días durante scuatro años.

—A Aggie le ha parecido una buena idea.

a —Ya has hablado de esto con Agnes. —Aunque no me molesta. Si hay oalguien que sabe escuchar sin juzgar ni manipular, es ella.

e —Quería asegurarme de que no estaba loco. Y, que conste, ella me dijo rque no te lo dijera. —Sonríe como pidiendo perdón.

—¿Cuánto pide Phil? —Todo ese terreno, un hangar, una cabaña que stiene su encanto—. No debe de ser barato.

a Jonah sacude la cabeza.

—El doble de lo que pensábamos gastar. Y Phil se quiere mudar lo antes eposible. Antes de que termine el invierno.

s Dejo escapar un silbido.

—Si Phil no puede esperar, tendremos que intentar conseguir una hipoteca. —Algo a lo que Jonah se oponía con vehemencia y que, para ser franca, no creo que sea una buena opción considerando nuestra situación laboral actual.

a Sacude la cabeza y confirma mi sospecha.

y —No tenemos tiempo. Se la venderá a la otra pareja. Pero he hecho ,cálculos y podemos hacerlo. Con el dinero que gané cuando vendí a Jughead sla venta de la casa y mis ahorros de los últimos diez años, podemos pagarlo.

—No podré darte mi parte hasta marzo o abril. Quizá más tarde. —eTodavía queda algo de papeleo hasta que tenga el dinero de la herencia a ndisposición.

a —Respecto a eso… —Jonah frunce el ceño—. Mira, el terreno y e lhangar deben representar al menos la mitad del valor, así que estoy dispuesto la cubrir eso y la mitad de la casa…

a —¿Qué? —Lo fulmino con la mirada—. No.

s —Vamos, Calla. Wren te dejó ese dinero para que tuvieras la vida oresuelta. Para que pudieras invertir en algo.

—Estoy invirtiendo en algo. —Frunzo el ceño—. En nosotros.

Niega con la cabeza.

. —Sé por qué Wren vendió Wild a Aro y no quiero que tú ni nadie piense eque me estoy aprovechando de ti.

—¿Desde cuándo te preocupa lo que piensen los demás? —Mi tono vuelve a elevarse junto con mi irritación.

y —Me preocupa lo que piensen Simon y Susan.

¿Mi madre le habrá dicho algo? Tomo nota mental para hablarlo con ella.

o —Solo les importa que no me lo gaste todo y me quede sin nada.

Jonah tensa la mandíbula en ese gesto testarudo tan suyo. Se está ecomportando como un imbécil orgulloso.

Pero esta vez juego con ventaja.

—Estamos juntos en esto. Esta va a ser nuestra casa y nuestra vida, y eso sincluye la empresa de viajes. No hay motivos para que yo no pague la mitad que me corresponde. —Me aseguro de decir lo siguiente despacio y claro— La única forma en la que voy a ceder es si lo hacemos juntos. Todo juntos aMitad y mitad.

r Abre la boca para decir algo, pero luego la cierra como si quisiera pensar ımejor lo que va a decir.

—Entonces…, ¿es un sí?

Suspiro con exageración.

› —Es un lo voy a pensar. —Quizá también tenga que pensar en ir a ,terapia porque no me puedo creer que le esté dando el gusto a Jonah.

—¡Ey, Jonah! —grita Chris desde la barra con el teléfono pegado a la -oreja—. ¿Sigues queriendo ir a Trapper's Crossing con la camioneta de aAndrea?

—Eh… —Jonah me mira esperanzado.

l Siento cómo se me transforma la cara por el desconcierto.

› —¡Increíble! ¿Ellos también lo sabían? ¡Es una conspiración!

Se encoge de hombros con inocencia.

—De todas maneras, teníamos que pedirles prestada la camioneta para ir aa ver casas. Pensé que ya que estamos aquí podríamos recorrer la zona. A ver qué te parece.

Me hundo en el asiento y gruño.

La sonrisa que aparece poco a poco en el rostro de Jonah me indica que ecree que ya ha ganado.

Su arrogancia me hace sacudir la cabeza.

› —Tengo condiciones.

Entrecierra los ojos, cauteloso.

—¿Como cuáles?

—Te las diré cuando se me ocurran. Y, por cierto, son innegociables. —Tengo una idea—. Pero por ahora…, dos palabras. —Alzo un dedo para áenfatizar y me inclino sobre la mesa para decir con un tono burlón pero seductor—: «El Yeti».

Jonah hace una mueca y llego a oír un «Oh, mierda» entre dientes.

Curvo los labios en una sonrisa maligna.



Jonah se aferra al volante de la camioneta de Andrea mientras baja la velocidad en un aparcamiento de grava resbaladiza. Desde aquí no se ve nada de la propiedad de Phil. La carretera se pierde entre los árboles; los abetos de ramas dobladas por la nieve y otros árboles sin hojas forman una pared natural.

Pero presto atención a lo que tenemos delante, la vastedad de la naturaleza, las cumbres irregulares, los tonos malva de los últimos minutos de sol cuando acarician las montañas antes del anochecer.

—Estás callada. —Siento a Jonah estudiando mi perfil y oigo la preocupación en su voz—. ¿En qué piensas?

Pienso en que Trapper´s Crossing es tranquilo, pero no es la muerte. Cuando pasamos por la calle principal (aunque es mucho decir para la carretera de doble sentido en la que hay algunas tiendas y locales) vi signos de vida. Un hombre enfundado en ropa de montaña paseaba a su Golden Retriever entre los árboles que dividen las propiedades; tres niños pequeños reían mientras salían de un autobús convertido en una hamburguesería; había decenas de coches aparcados y cubiertos de nieve en el supermercado. Un aserradero y una ferretería. Me recuerda a los pueblos del norte de Ontario por los que pasaba de camino a alguna casa de campo: comunidades tranquilas pero funcionales que viven del turismo, algunos nacidos y criados allí y otros que llegan escapando de algún otro lugar. Un sitio en el que te encuentras preguntándote qué hace la gente con su vida, cómo son sus viernes por la noche.

- No hemos tardado mucho tiempo en ver casi todo lo que Trapper's Crossing tiene para ofrecer. Jonah me ha llevado por el pueblo, señalando el ayuntamiento, la biblioteca y el centro de salud de atención primaria. Aquí no hay casas subdivididas, solo carreteras que se adentran en un bosque que parece infinito, con casas dispersas.

Ha apoyado la mano en mi muslo y ha apretado con firmeza al pasar por una pequeña escuela primaria. He recordado a Jonah sujetando al bebé regordete de Sharon y Max en su fiesta de despedida y de pronto he dejado de pensar en todas las cosas que Trapper's Crossing no es para concentrarme en todas las que podría ser, si se lo permito.

Si le doy una verdadera oportunidad al sueño de Jonah.

Una vida para Jonah y para mí. Debo admitir que una cabaña de madera en el bosque con una vista como esa tiene su encanto, en especial si voy a compartirla con este hombre. Se me viene a la mente el recuerdo de la cabaña de George y Bobbie: con los adornos navideños y las guirnaldas de luces. La Navidad aquí debe de ser muy bonita.

Miro los ojos azules de Jonah y veo inquietud. Esperanza. Creo que está conteniendo la respiración.

—Vamos a tener que poner un anuncio para publicitarnos. Allí. —Señalo un grupo de árboles—. Y no será uno de esos carteles feos que parecen señales de peligro, esos que veo por todos lados. —Plástico con letras emborronadas que comunican los horarios de los negocios y lo que venden.

Jonah suelta el aire en un suspiro.

—Puedes poner lo que quieras. Eres mucho mejor que yo en esas cosas.

—Espera, ¿aquí hay cobertura? Porque no sobreviviré sin lo básico…

—Hay una torre cerca. Tenemos cuatro barras.

Esta vez soy yo quien suspira aliviada, aunque estoy lejos de terminar.

—Y no te irás todo el día todos los días y me dejarás aquí, sola, para que me las arregle por mi cuenta.

—Cuadraré mis horarios. Y puedes volar conmigo. Como en los viejos tiempos.

—Y nada de viajes nocturnos. No voy a pasar las noches sola.

—Créeme, lo que más quiero es pasar cada noche contigo en la cama.

—Y tienes que llevarme a conducir para que pueda conseguir el carné lo antes posible.

—Muy bien. Ya estoy cansado de ser tu chófer.

—Y yo me encargo de la decoración. No tendremos una de esas cabañas lúgubres con animales muertos y armas colgando en las paredes.

Levanta una mano en un gesto de rendición.

—Si quieres puedes pintar toda la puta casa de blanco, Calla.

Frunzo el ceño.

—¿En serio?

—Bueno, sería una idea espantosa y es probable que si Phil se entere vuelva y nos dispare, pero me importa una mierda. —Sonríe—. Eso sí, no te enfades conmigo cuando lo ensucie.

—Quizá solo un cuarto blanco —me burlo.

Coge mi mano, se la lleva a la boca y me besa los nudillos.

—Lo que te haga feliz.

Solo le había visto esa expresión una vez: cuando estaba en la fila de inmigraciones en el aeropuerto y le dije que me mudaría a Alaska con él.

—Me hace feliz que tú estés feliz —respondo con sinceridad.

—Pues entonces me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. Por Dios, te quiero tanto. —Coge mi rostro entre sus enormes manos, me atrae hacia él con cuidado y me besa profundamente. La clase de beso que desata la necesidad. La clase de necesidad que me hace desabrochar el cinturón y acercarme más a él, lista para empañar las ventanillas y profanar la camioneta de Chris y Andrea en el arcén de esta carretera perdida.

Jonah se libera mientras mi mano encuentra un buen lugar, apretada contra su bragueta. Respira agitado.

—Sabes lo que significa, ¿no? —Apoya su frente contra la mía—. Es un gran compromiso.

—Me he mudado a Alaska por ti, ¿o no? —¿No me había comprometido ya con él?

—Mierda. —Jonah exhala—. ¿Entonces vamos a decirle a Phil que la compramos?

Espero un momento para tranquilizarme mientras miro la larga carretera que tenemos delante.

—¿Crees que estará lo suficientemente sobrio como para que tengamos esta conversación? —Han pasado algunas horas desde nuestra primera visita. Eso es mucho tiempo para un anciano y su botella de whisky.

—Vamos a ver. —Jonah enciende la vieja camioneta y conduce hasta el

camino de entrada. El que pronto será nuestro camino de entrada. Siento un revoloteo nervioso en el estómago.

Dejo la mano entrelazada con la de Jonah durante todo el viaje.

camino de entrada. El que pronto será nuestro camino de entrada. Siento un revoloteo nervioso en el estómago.

Dejo la mano entrelazada con la de Jonah durante todo el viaje.

Capítulo 9



MARZO

—Te juro que quiero ir, pero no creo que podamos con lo caras que están las cosas. Además, está la boda de su hermana. Tenemos que viajar a Costa Rica. ¿A quién se le ocurre pedirle a toda su familia que pague miles de dólares para verlos casarse?

Sonrío porque pienso en la vez que Diana dijo que sería bonito casarse en el Caribe. Pero ahora no es el momento de recordárselo.

—¿Y si te pago los billetes? —Desde el enero pasado, cuando Diana se mudó con su novio a un piso de un dormitorio carísimo en Liberty Village y decidió estudiar derecho, no para de quejarse del dinero. O quizá ahora lo noto más porque pronto el dinero no va a ser un problema para mí.

—Es muy generoso por tu parte, Calla, pero Aaron… Jamás lo aceptaría —Y Dios no permita que Diana se separe de él unos días para venir aquí sola —. Ya lo resolveremos. ¿Cuándo van tus padres?

—No lo sé. Mamá dijo algo de finales de junio, para mi cumpleaños, pero tiene tanto trabajo en la tienda con la temporada de bodas que no creo que pueda.

—Seguro que encontrará la manera. Y yo también, ¡te lo prometo! Si no es este año, vengo el que viene. —La voz compungida de Diana resuena en mi oído.

—Me muero de ganas de verte. —Han pasado dos meses y medio desde que le di el último abrazo a mi mejor amiga, en una despedida emotiva la noche antes de viajar. Aunque seguimos escribiéndonos como si viviéramos en la misma ciudad, el hecho de no vernos todas las semanas y reírnos juntas me pesa. Aunque intento cubrirlo con el ajetreo de la mudanza, vuelve a

aflorar cada vez que oigo su voz.

—¡Lo sé! Oh, por Dios, Aaron no para de hablar de Alaska desde que le saqué el tema. Me arrepiento de habérselo mencionado.

—No te arrepientes.

—No, no me arrepiento —confiesa Diana, y puedo notar la sonrisa en su voz—. ¡Piloto y pista de aterrizaje propios! Jonah me llevará volando adonde yo quiera, ¿verdad?

Me río de solo imaginarme la expresión de Jonah cuando se entere de que tiene que hacerle de chófer a mi efusiva amiga. Si pensaba que yo no me iba a adaptar a Alaska, no sabe lo que le espera.

—¡Calla! ¿Estás lista? —La voz grave de Jonah retumba desde la cocina de mi padre.

—¡Casi! —respondo con otro grito mientras recorro con la yema de un dedo el trazo difuso de las calas rosadas pintadas a mano por mi madre. Agnes las va a borrar con una capa de pintura blanca la semana que viene cuando prepare la casa para el próximo inquilino. Se la ha vendido a Barry con la condición de que la alquilara unos años.

La casa está rodeada por una extensión de tierra más que suficiente para cultivar. Agnes le consiguió un inquilino a Barry (un nuevo piloto que ha empezado a trabajar para Aro) y se comprometió a pintar y limpiar. Jonah y yo nos ofrecimos a ayudar, pero ella sonrió, negó con la cabeza y dijo que ya teníamos suficiente con lo nuestro y que necesitaba hacerlo sola.

Nos hemos pasado el último mes limpiando y recogiendo la casa de Jonah. Vamos a dejar la mayor parte de los muebles. No valen lo que cuesta llevarlos hasta Trapper's Crossing. Solo falta guardar la ropa, los efectos personales y algunos recuerdos: como la impresionante colección de películas de Julia Roberts de mi padre. Dejaremos algunas cosas en cajas para que nos las lleve George cuando traiga a Archie, el segundo avión de Jonah.

—Di, me tengo que ir, pero te escribiré cuando estemos instalados. Voy a estar unos días sin internet.

—Vale, pero no te olvides de actualizar el blog.

—¿Te has olvidado de que estoy de vacaciones?

—¡Lo sé! Pero todos quieren saber cuándo se declarará tu sexy piloto

alaskeño. —Pongo los ojos en blanco. Diana creó una sección en nuestra página web dedicada a mi vida amorosa en Alaska. Le puso el nombre de «La Bella y el Yeti». Aunque ninguna de las dos está tan activa como antes en Calla&Dee (absortas en mudanzas y carreras universitarias), cuando nos despedimos prometimos esforzarnos en mantener viva nuestra web. En mi caso, lo hago contando mi nueva vida en Alaska—. ¡No pongas los ojos en blanco! —exclama como si pudiera verme a través del teléfono—. Apuesto a que va a proponértelo antes de Fin de Año.

—Oh, por Dios. No empieces con eso. —Me río mientras siento mariposas en el estómago. No es que no lo haya pensado. Lo he hecho. Más de una vez. Pero me convencí de que es demasiado pronto—. Estamos muy ocupados con la casa y la empresa.

—¡Calla! —grita Jonah.

—Te tengo que dejar. El Yeti está impaciente.

—Bueno. Que disfrutes de la primera noche en tu cabaña de madera en medio del bosque. ¡Estás loca! ¡Te adoro! ¡Chao!

Cuelga antes de que pueda responderle.

Sí, puede que esté loca por acceder a esto.

Pero también estoy locamente enamorada de Jonah.

Abro una de las puertas del armario para revisar por última vez que no me esté olvidando nada importante y luego avanzo por el pasillo, mirando de reojo a la sala de estar con la atención puesta por instinto en el rincón en el que una vez estuvo la cama de hospital de mi padre. Los muebles viejos han desaparecido y el olor a pintura llena el ambiente.

«Esta ya no es la casa de Wren Fletcher», me recuerdo.

Entro a la cocina y oigo un desgarro. Jonah está despegando con mucho cuidado un trozo del infame papel tapiz.

—He pensado en ayudar a Aggie.

—¿Te ha gustado?

Johan estudia el trozo que ha conseguido quitar.

—Sí, la verdad. Joder, sí. —Me enseña los pezones que él y Max, otro piloto de Wild, dibujaron en cada pato a modo de broma—. ¿Qué te parece si lo enmarcamos y lo colgamos en una pared de nuestra casa?

—Es una gran idea. —Sonrío y siento la sangre acumularse en mi pecho—. Y creo que tienes que dejar de reírte de Agnes por conducir la camioneta de mi padre y salir del armario, pequeño nostálgico.

Sonríe y guarda el papel entre las hojas de un libro de tapa dura para protegerlo.

Un sonido metálico desvía mi atención hacia el otro extremo de la cocina, donde está Bandido metido en un transportín, retorciendo su cuerpo regordete y moviendo el candado para intentar liberarse.

—No parece muy entusiasmado —comento.

—Lo estará cuando vea su nuevo hábitat. —Phil convenció a un vecino para que se llevara lo que quedaba de ganado (gracias a Dios, con la cabra incluida), así que el gallinero ha quedado libre para nuestro mapache. Y, por supuesto, según Jonah, dejarlo aquí no es una opción, ya que se comerá los cultivos de Barry y le dispararán.

Sacudo la cabeza.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que no era una mascota?

Jonah se acerca.

—¿Recuerdas cuando decías que yo era un imbécil?

—El jurado aún no ha llegado a un veredicto sobre eso.

Se acerca y posa un beso suave sobre mis labios.

—Casi me olvido de esto. —Da unas palmaditas a la cafetera—. ¿Qué prefieres llevar?

—Me quedo con lo de que no va a arañarme las piernas, gracias. —Acaricio el plástico y los recuerdos me golpean. Era un electrodoméstico barato esencial en la rutina diaria de mi padre. Una mañana, con esta máquina, hice la peor taza de café que ha visto la humanidad. Papá se la bebió sin quejarse.

—Bueno, bueno… Tranquilo. —Jonah coge a Bandido, que no para de chillar. Los dos recorremos con la mirada, por última vez, la cocina de mi padre, cada cual absorto en sus propios recuerdos. Jonah me mira—. ¿Lista?

¿Para dejar lo que conozco de Alaska por algo completamente nuevo y desconocido?

Respiro hondo.

—Sí.

En silencio, con una sonrisa apretada, Jonah me acompaña hacia la salida.



—Pensé que se había ido —murmuro. No sé adónde mirar primero.

Cuando llegamos, nos encontramos que la puerta principal no estaba cerrada con llave. El largo pasillo sigue lleno de abrigos, bufandas y zapatos. Los sofás gastados y la mesita de café siguen en la sala de estar. Todavía hay platos y vasos en el escurreplatos. Los alces y venados siguen mirándome malhumorados desde la pared.

Las botas de Jonah dejan huellas en el suelo de madera mientras va hacia la cocina, donde hay un manojo de llaves junto con una hoja de papel. Frunce el ceño mientras lee la nota escrita a mano.

—Phil se ha ido. Ha cogido un vuelo esta mañana —confirma y deja la nota con aplomo—. No bromeaba cuando dijo que lo dejaba todo.

—No me jodas —musito. Voy hacia la nevera, desde donde me miran las fotografías de niños desconocidos. ¿Debería tirarlas?—. Qué raro.

—Sí —coincide Jonah—. Pero supongo que debía ser mucho trabajo élimpiar todo esto solo. Y difícil también, con tantos recuerdos de su esposa.

Abro la nevera.

—Sí, seguro que este sándwich a medio comer es demasiado emotivo como para tirarlo. —Tengo la voz estrangulada con una mezcla de amargura y frustración. Tiene marcas de dientes. Al lado hay un cartón de leche, unas lonchas de queso sueltas y varios envases de conservas (pepinillos, remolacha, jamón…). El estante de abajo está cubierto de manchas de grasa. No ha limpiado nada.

Jonah abre un armario y se encuentra con una colección de especias y latas. El de al lado está igual de lleno, pero con tazas y vajilla de juegos distintos. Se da la vuelta despacio.

—Al menos ha limpiado un poco la cocina.

Me estremezco al ver los restos de sopa seca y costras de comida en e

fondo del fregadero.

—¡Jonah, esto es un asco! —Y algo me dice que los productos de limpieza es lo único que Phil no ha dejado. El dolor de cabeza que he empezado a sentir en mitad del agitado vuelo se intensifica ante la perspectiva del trabajo que nos espera. Me aprieto el puente de la nariz para intentar calmarlo—. ¿Por qué no estás furioso? —Porque yo estoy a punto de gritar, llorar o ambos.

Pese a todos los reparos que tenía respecto a comprar la propiedad de Phil al principio, desde que firmamos los papeles he estado imaginando este día con mucho entusiasmo. Nos imaginaba entrando a nuestra nueva casa y los dormitorios vacíos, las paredes desnudas, escrutando todos los rincones descubriendo los pequeños secretos e imperfecciones que estaban ocultos a la vista. Habíamos empezado a hacer una lista mental de las primeras cosas que resolveríamos cuando entráramos de lleno en este nuevo comienzo. Hasta he traído copas en el bolso.

Esto no es lo que me imaginaba.

Jonah se acerca por detrás y me rodea la cintura con los brazos.

—Lo solucionaremos. Y seguro que hay cosas que podemos aprovechar. La despensa estaba llena de conservas la última vez que lo comprobamos.

—¿Y qué pasa con lo que no podemos aprovechar? Hay muchísimas cosas. ¡Estuvieron casados cincuenta años! ¡Vivieron en esta casa desde 1985!

—Lo donaremos o lo tiraremos. O lo quemaremos. Podemos hacer una gran hoguera. Creo que hay un buen lugar cerca del lago.

Está demasiado tranquilo.

Apoyo la cabeza sobre su pecho e intento concentrarme en las cosas positivas: estoy en Alaska con Jonah y hemos comprado nuestra primera casa. Un lugar que nos verá vivir muchas cosas y alcanzar muchas metas. Está un poco destartalado y con algo de polvo. Nada que no podamos arreglar.

—Estoy muy molesta —gruño.

Jonah se ríe.

—Ya lo sé. Pero algún día te reirás de todo esto.

—¿Sí?

Jonah baja la cabeza hasta el hueco de mi cuello y me hace cosquillas con los labios y la barba.

—Te lo prometo. —Su respiración me acaricia la piel.

—Tienes razón. Quizá me parezca muy gracioso dentro de una hora cuando me haya bebido toda la botella de champán que nos regalaron George y Bobbie.

—Barbie borracha y furiosa. No veo la hora —dice Jonah con ironía y me roba una carcajada—. Pero antes de que abras la botella tenemos que resolver un problema en la parte trasera. —Suspira hondo—. Y no te va a hacer gracia.



—No puede ser. Tiene que ser una broma.

Jonah se rasca la barba.

—No.

—¿No se la iba a llevar el vecino? —Estaba sentada frente a Phil cuando confirmó que el vecino se iba a llevar a los animales.

—La nota dice que se pelearon y el hombre cambió de opinión. Sí se ha llevado las gallinas. —Jonah está parado delante de un granero de tamaño considerable, cerrado con un alambrado, con las manos en las caderas batiéndose en un duelo de miradas con la cabra blanca y negra de Phil.

La cabra blanca y negra que aparentemente ahora es nuestra.

El aroma fétido y agrio de la caca de ave impregna el ambiente frío y me hace arrugar la nariz. A unos metros a nuestra izquierda está el gallinero vacío, que no es más que una caja de madera contrachapada destartalada con algunas tejas clavadas de forma errática. A su lado hay una estructura mucho más grande pero igual de venida a menos. Asumo que es donde duerme Zeke.

—¿Por qué se pelearon? ¿Qué clase de discusión acaba en: «me llevo a las gallinas, pero te dejo la cabra»?

—No tengo ni idea. La nota decía solo eso: que tuvo un desencuentro

con Roy y que hay heno y grano suficientes para alimentar a Zeke hasta la primavera. —Jonah aprieta los labios, pensativo.

No me gusta esa mirada. La he visto antes. Está evaluando los problemas y sopesando opciones.

Y aquí no hay opciones.

—Entonces vamos a convencer a Roy de que cambie de opinión ¿verdad?

—Supongo que sí. —Jonah inclina la cabeza—. ¿De verdad te da miedo este pequeñito?

Zeke lanza un balido bien alto y apunta hacia mí esas perturbadoras pupilas horizontales. Un escalofrío me recorre la espalda.

—No necesitamos una cabra.

—A Bandido le vendría bien un amigo.

—Los mapaches no tienen amigos.

Jonah aprieta la mandíbula.

—¿Quién dice que no puede hacerse amigo de una cabra? A las cabras no les gusta estar solas.

Veo adónde quiere llegar y mi frustración crece.

—Accedí a mudarme a una cabaña en medio del bosque por ti. No me he quejado del mapache enjaulado. Estoy a punto de ponerme a revolver en cincuenta años de mierda de otra persona y hay pis en el suelo del baño porque Phil estaba tan borracho que no pudo hacer diana en la taza del váter ¡Pongo el límite en tener una cabra! —Mi voz atraviesa el silencio denso del bosque que nos rodea. Jonah tuerce los labios—. ¡No es gracioso!

Se masajea las sienes.

—Está bien. Tienes razón. Lo siento.

—De acuerdo. —Respiro para calmarme—. Vamos a buscar a Roy.

Jonah arquea las cejas.

—¿Qué? ¿Ahora? Acabamos de llegar. Pensé que querías ir a comprar el colchón hoy.

Zeke vuelve a gritar y golpea el alambrado con las pezuñas.

—Sí. Ahora.

Capítulo 10



—Tiene que ser aquí. —Jonah desacelera al final de la carretera, frente a un letrero de madera clavado a un árbol que tiene tallado «R. Donovan». Por suerte sugirió que viniéramos en la moto de nieve porque el camino parece más un sendero que una carretera, inapropiado para cualquier otro vehículo normal. Se nota que no se usa. Según el pronóstico local, hace casi una semana que no nieva y, sin embargo, no hay rastros de huellas que hayan entrado o salido de la propiedad.

Tengo los brazos enroscados con fuerza en la cintura de Jonah mientras avanzamos, nos adentramos más y más en el bosque y pasamos junto a dos carteles amarillo fluorescente que dicen «No avanzar». Un poco más adelante hay otro cartel, esta vez de letras negras talladas en madera que dice: «Ejerzo el derecho a defender mi propiedad».

—¿Y eso qué significa? —grito por encima del rugido del motor.

—Algo diferente para cada persona —responde Jonah, misterioso mientras esquiva unos árboles y descubre que el sendero continúa.

—¡Creo que este no es el camino correcto!

Jonah señala un punto entre los árboles y veo una nube de humo que sube y calma mi preocupación. El motor de la moto de nieve resuena cuando acelera.

El bosque por fin se estrecha y revela una diminuta cabaña de una planta con un porche cubierto al que le falta una puerta. Detrás hay un granero que tiene como mínimo el triple de tamaño que la casa y varios cobertizos más pequeños. Entre medio, mucho de todo. Barriles, cubetas, cubiertas gastadas, garrafas y tubos de propano, madera en varios estados (desde ramas caídas de los árboles a leña perfectamente cortada). Hay tres camionetas viejas

aparcadas una junto a la otra, dos están oxidadas y les faltan algunas piezas.

Parece un basurero.

Jonah apaga el motor y dos perros enormes aparecen desde detrás de granero y arremeten contra nosotros con unos gruñidos amenazadores.

—¿Jonah? —grito mientras el animal negro se acerca mostrando los dientes y levanto una pierna, lista para defenderme a patadas.

La puerta principal de la cabaña se abre con un crujido y aparece un hombre.

—¡Óscar! ¡Gus! ¡Quietos! —Su tono firme interrumpe el caos.

Casi de inmediato, los perros se callan y se sientan lamiéndose el hocico El de manchas grises (que parecía el más tranquilo de los dos) me clava su mirada amarilla. Como si estuviera esperando a que pestañee, tosa o le de cualquier motivo para atacar.

Se oye el cloqueo de las gallinas desde el gallinero, agitadas por tanto alboroto.

—¿Eres Roy? —pregunta Jonah.

El hombre, que ha avanzado hasta el escalón más alto del porche, donde debería estar la puerta, mira fijamente a Jonah, como si estuviera pensando la respuesta. Tiene al menos cincuenta años (quizá más) y una expresión triste ya sea por la edad, la vida dura o ambas; su pelo entrecano, peinado con cuidado hacia atrás y dejando al descubierto su rostro, es mucho más oscuro que la desalineada barba gris que le cubre la mandíbula. Tiene los vaqueros y la chaqueta de franela cubiertos de serrín.

—¿Quién pregunta? —dice con un acento propio del sur.

Con cautela, Jonah mira a los perros, me aprieta suavemente el muslo baja de la moto y camina hacia el porche. Se quita el guante de la mano derecha mientras sube los primeros tres escalones.

—Soy Jonah Riggs. —Roy estudia la mano extendida de Jonah durante unos segundos y luego la acepta con un único y firme apretón—. Nos hemos mudado al lado. Hemos comprado la propiedad de Phil.

Al lado es una forma de hablar. Estamos a kilómetros de distancia de este hombre. O al menos esa es la sensación que me han dado esos dos senderos interminables.

—Ah. —Roy resopla—. El piloto que quiere volar sus malditos avione
sobre mi cabeza todo el condenado día. —No oculta la amargura en su ton
lni en la mirada de acero que le clava a Jonah. Quizá lo está desafiando. Per
no tengo ni idea de por qué. Jonah tiene un físico intimidante: casi un metr
snoventa y hombros anchos. Es difícil compararlo con Roy porque está vario
escalones por encima de él, con los hombros encogidos. Pero apuesto a qu
ıJonah tiene tantos kilos más que Roy como Roy más años que Jonah. Y, sin
embargo, si Roy se siente intimidado por su visitante, no lo demuestra.

Jonah retrocede y me mira por encima del hombro (entre divertido y
.«¿quién se cree este tío?») antes de volver a enfrentar a nuestro amigable
ıvecino.

é —Phil nos dijo que pensabas llevarte a la cabra. Así que nos hemos
pasado a ver si sigues interesado.

› Roy mira al granero donde hay cinco cabras de distintos tamaños
curiosas por las visitas. Una enorme pradera se extiende detrás.

—Ya tengo suficientes cabras.

e —Ya veo. —Jonah asiente despacio—. Entonces, ¿qué más da una más
aTienes un granero espacioso. Y es evidente que sabes lo que haces. Puedo
;,traerte heno y grano hasta la primavera.

ı —¿Y por qué no te lo quedas tú?

› —Todavía no podemos criar ganado. Nos estamos adaptando.

y —Ah. Os estáis adaptando. —Roy sonríe con malicia—. Siempre lo
mismo con los extranjeros, vienen aquí a «adaptarse».

Otra vez esa amargura en sus palabras.

, Puede que yo sea extranjera, pero sin duda Jonah no lo es. Siento la
›necesidad de decirle que Jonah creció en Anchorage, que no se puede ser
más de Alaska que él, pero Jonah habla antes de que yo pueda decidir si
edebería hacerlo.

s —Nos harías un gran favor si lo aceptas y lo sumas a tu rebaño. —
Escucho en su voz que Jonah se está conteniendo.

e Roy se pone de pie, sale del porche y queda completamente a la vista. En
sese momento veo el arma apoyada en el suelo, junto a su mano izquierda.

Siento la tensión recorrerme la espalda.

—Nah. No sirve para nada.

—Es un macho cabrío. Se me ocurre una cosa para la que sí sirve. —Jonah mira directamente al granero—. ¿Tienes alguna hembra por ahí?

—Son todas hembras. —Roy se ríe, sombrío—. Y ni siquiera sirve para eso.

—Mierda —murmura Jonah.

—Quizá tienes suerte y encuentras algún imbécil que no sepa nada de cabras y te lo acepte. O a alguien que disfrute del sabor de la carne vieja.

—Gracias por tu tiempo —dice Jonah sin ocultar el fastidio en su voz. Camina hacia mí.

—De acuerdo… Tráelo.

Jonah se para en seco.

—¿En serio? Te agradezco…

—Con el invierno, los perros han engordado y se han vuelto vagos. Creo que les vendría bien arrancar el verano con una buena cacería. Aunque dudo que vaya a darles mucho trabajo.

Me estremezco. Puede que no me gusten las cabras, pero la imagen que acaba de pintar Roy es mucho más perturbadora que las pupilas espeluznantes y los traumas infantiles.

Jonah se queda boquiabierto en un extraño momento de parálisis, pero luego recobra la compostura.

—Un placer conocerte, Roy. —Tiene el ceño fruncido mientras retrocede, se sienta y enciende el motor. El perro negro se escabulle, como si el ruido del motor lo pusiera nervioso, pero el gris no mueve ni un músculo. Es desconcertante cómo nos mira. A mí. Envuelvo el torso de Jonah con los brazos y miro de reojo a Roy justo a tiempo para ver una sonrisa venenosa en sus labios finos y apretados antes de que Jonah apriete el acelerador—. ¡Vas a tener que resolver tu trauma con las cabras porque no hay forma de que le entreguemos a Zeke a ese imbécil! —grita por encima del hombro mientras avanzamos a toda velocidad por el largo sendero que lleva a la carretera mucho más rápido de lo que vinimos.



—¿Quién recibe a la gente con un arma? —Bebo un sorbo de chardonnay en -una copa de cristal grabada que encontré en un armario y me arrodillo para terminar de limpiar la nevera. Después de conocer al lunático del vecino ahemos ido con nuestra nueva camioneta (que huele a aceite de motor y está forrada con cinta adhesiva plateada para que el cuero gastado no se desintegre) a Wasilla para comprar comida y un colchón.

e —No es más que un anciano que quiere intimidarnos. —Jonah mueve los leños de la chimenea con un atizador de hierro. No hay duda de que está .manejando las sorpresas desagradables con mucha más gracia que yo.

—Bueno, lo ha conseguido porque jamás volveremos a poner un pie en su propiedad. No con esos lobos. No puedes tener lobos como mascotas. Deberíamos denunciarlo.

—No son lobos. Quizá son un cruce, aunque nunca he escuchado de ocruces tan bien entrenados. Pero mandarle a la policía al vecino en nuestro oprimer día no parece ser la mejor forma de empezar. —Jonah se aleja de la chimenea—. No importa. Este es otro de los beneficios de vivir aquí: si odias ea tus vecinos, no tienes que verlos.

s Me quito los guantes de goma y suspiro, por fin satisfecha con el resultado del frigorífico que llevo una hora limpiando.

o —Una cosa menos. —Solo faltan un millón.

Oigo el zumbido de motores de máquinas de nieve. Jonah se acerca a sventanal que da al lago para mirar la superficie congelada sobre la que alguien iestá haciendo una carrera con las luces de los faros rompiendo la oscuridad .de la noche.

s —¿Es nuestro lago privado?

n —Sí. —Le da un sorbo a su botella de cerveza—. Seguro que a Phil no le amolestaba.

e —Seguro que a esta hora Phil ya estaba inconsciente por culpa de salcohol. —Miro las luces que se alejan—. Me pregunto si también entrarán ,en la propiedad de Roy.

—Espero que sí. Que le den a Roy. —Frunce el ceño mientras inspecciona la astilla que se ha clavado en el dedo índice hace un rato mientras forcejeaba con la puerta del granero.

—¿Cómo le va a Bandido con su nuevo amigo?

Jonah se ríe.

—Está confundido. He limpiado el gallinero y lo he encerrado ahí para que puedan verse, pero están separados. —Acaricia los lomos de los libros polvorientos guardados en unos estantes debajo de las escaleras, junto con unos juegos de mesa igual de sucios.

Igual que todos los rincones de esta casa, repletos de una cosa u otra. Hace un rato abrí un armario y me cayó encima una avalancha de táperes de todo tipo y color.

—No sé por dónde empezar —admito, esquivando la pila de bolsas de basura y con la mirada perdida en la gran lámpara de araña de cinco luces que cuelga sobre nuestras cabezas. Es demasiado pequeña para la casa de dos plantas y tiene tres bombillas quemadas—. ¿Has visto una escalera en algún lado? —Phil ha dejado de todo. Debe haber dejado una escalera también.

—Creo que hay una en el taller. Mañana nos ocuparemos. —Jonah estira los brazos sobre la cabeza mientras se acerca a mí—. Empieza por esto. —Llena mi copa de vino—. Y esto. —Abre la caja de pizza (para mí, sin queso) que compramos de camino en la única pizzería de Trapper's Crossing— Llevaré el colchón arriba y podremos hacer la cama. Luego vamos a abrir la botella de champán y relajarnos. Mañana nos ocuparemos de todo lo demás.

—Lo dices como si fuera tan fácil. —Siento cómo me pesan los brazos cuando cojo mi copa. El agotamiento mental me ha liquidado.

Con delicadeza, choca el cuello de la botella contra mi copa.

—Porque es así.

—Me alegra que creas eso. —Le dedico una sonrisa inocente y cojo el par extra de guantes de goma que hay sobre la encimera—. Porque estos son para ti, para que friegues el pis de anciano borracho que hay en el suelo del baño.

Me quita la copa de la mano y me abraza.

—Ya te he dicho, Calla, que no me importa. Te tengo a ti y a mis aviones estenemos este lugar… —Le brillan los ojos con anhelo de futuro mientras contempla las vigas del techo—. Lo tenemos todo.

Capítulo 11



—¿Que decía el contrato?

—Tengo que revisarlo.

—Bueno, algo podrás hacer. —El tono de sorpresa de mi madre se oye a kilómetros de distancia—. Envíale la factura de la empresa de limpieza c cóbrale por tu tiempo. Como mínimo tienes que quejarte a la inmobiliaria ¿No lo comprobaron antes de que llegarais?

Contengo el gruñido sabiendo que voy a ganarme un sermón cuando admito:

—No hubo inmobiliaria. Fue una venta directa. —Un abogado de Wasilla se ocupó del papeleo (el contrato, la escritura y muchas otras cosas que no quiero ni saber).

—¡Sin inmobiliaria! —Hace un sonido reprobatorio—. ¡No me extraña —No está de más decir que a mi madre no le gustó nada que desoyéramos su consejo de alquilar en lugar de comprar.

—Seguro que se han ahorrado mucho dinero en comisiones, Susan — dice la voz tranquila de Simon. Puedo imaginarlos uno delante del otro en la sala de estar: mi madre maquillada y con el pelo planchado lanzándole una mirada exasperada a Simon; y él, con su taza de té entre las manos y un especial de la BBC de fondo, arqueando las cejas en un gesto de «es una mujer adulta que vive con un hombre adulto, responsables de sus propias decisiones y errores».

—Sí, nos hemos ahorrado bastante dinero. Phil bajó el precio un seis por ciento —confirmo mientras meto la mano enguantada hasta el fondo del armario para coger un objeto de metal. Frunzo el ceño cuando aparece una batidora de mano que seguro que llevaba años aquí—. Da igual. No es el fin

del mundo. Ya hemos despejado toda la planta superior y estamos avanzando rápido con la planta baja. —Han pasado cuatro días y ya hemos sacado muchísimos objetos de casi todos los rincones. La planta principal parece el paraíso del acumulador, pero hay un sistema en el caos: las cajas apiladas en el estrecho pasillo esperan a que Jonah las use para alimentar el fuego; lo que nos queremos quedar está apilado sobre la encimera de la cocina y la pequeña mesa del comedor, para lavarlo y ordenarlo luego; las donaciones para el Ejército de Salvación llenan el suelo de la sala de estar. Todo lo demás va directo a las bolsas de plástico negro. Hay diecisiete bolsas llenas de basura y seguimos sumando.

—¿Y el dueño anterior no quiere nada? —Parece que mi madre no puede superar el desconcierto.

—Nop. —Me pongo de pie y voy hacia la sala de estar, donde tuvimos que mover las mesitas de café y el sofá para hacer hueco—. Jonah lo llamó ayer. Le dijo que tiráramos todo lo que no quisiéramos.

—Qué extraño. —El suspiro de mi madre atraviesa el auricular—. ¿Y dónde anda Jonah?

—En la hoguera. —Está allí desde que el cielo empezó a iluminarse. La columna de humo que sube es oscura, espesa y llena de cenizas, y cada vez que viene a cambiar una caja vacía por una llena, trae consigo el aroma a papel achicharrado y madera quemada.

No me quejo. Yo llevo cuatro días limpiando con la misma ropa (un jersey suelto y un pantalón deportivo que encontré en un armario lleno de ropa de mujer). Están cubiertos de mugre, polvo y productos de limpieza.

—¿Has podido hacer alguna buena foto? —pregunta Simon con un dejo de entusiasmo. Una vez me confesó que en algún momento de su vida le gustaría convertirse en fotógrafo de naturaleza. La habilidad que tengo con la cámara (su Canon que ahora me pertenece) es en parte gracias a sus enseñanzas.

Sonrío y le agradezco en silencio que haya cambiado de tema.

—No. Jonah ha visto un zorro corriendo entre los árboles junto al hangar, pero he estado demasiado ocupada limpiando como para hacer algo más. —Ni siquiera he sacado la cámara. Diana me ha estado acosando para

oque comparta algo en redes, pero todavía no he decidido qué encuadre de
oeste desastre quiero mostrarle a los espectadores.

l —No te acerques de más solo para conseguir una buena foto —me
nadvierte mamá—. Hasta un alce puede atacarte.

e —No creo que tengamos que preocuparnos por eso con Calla —
aresponde muy serio Simon.

l Hablamos cinco minutos más hasta que mi madre empieza a darle un
acierre a la conversación.

y —Bueno, te dejamos seguir tranquila.

—Sí. Me voy a ocupar de las cenefas. —Estiro los brazos y me
estremezco por el dolor de espalda y hombros. Estoy deseando darme un
largo y caliente baño.

s —Dios mío. Cenefas. Nunca las he entendido.

ó —¡Yo tampoco!

—Saludo a Jonah de nuestra parte.

Z —Lo haré. ¡Y averiguad cuándo podéis venir!

Colgamos mientras me llega la voz de Jonah desde fuera.

a —… se niega a entrar si está él. Al menos Bandido parece no tener
zproblemas por el momento. —La puerta principal cruje y se abre.

a —Puedo preguntar si alguien lo quiere —dice una voz familiar.

—Algo me dice que no encontrarás muchos interesados en una cabra
nvieja e inservible que odia a los hombres. Calla, ¡ha venido Marie! —grita
eJonah mientras la mujer alta y esbelta entra a nuestra casa.

Me quito los guantes de goma antes de darme la vuelta para encontrarme
econ los ojos verde azulado de Marie. Han pasado dos meses desde la última
evez que la vi, cuando fue a Bangor para brindar servicios veterinarios.

a Y ahora está aquí, viviendo a solo quince minutos.

s —Hola, Calla —dice mientras juguetea con una planta de interior y una
bolsa con forma de botella de licor—. Pensé en pasarme para ver cómo
estáis.

l Me paso los dedos por el pelo para intentar adecentar el moño rebelde.

o —Me alegro de verte. —Es genial ver un rostro conocido mientras nos
aenfrentamos al infierno que está suponiendo vaciar esta casa, aunque con

eMarie solo he compartido un par de conversaciones cordiales y estoy cier
por cien segura de que está enamorada de mi novio.

e Marie se coloca la bolsa bajo un brazo y, con la mano libre, se aparta ur
largo mechón de pelo rubio del rostro. Se lo pasa por detrás de la oreja.

- —Así que… —Esquiva la montaña de bolsas de basura—. ¿Cómo estáis?

—Bueno… Llevo la ropa de una mujer fallecida para hurgar en sus
ıpertenencias. Acabo de encontrar un cojín para hemorroides en el fondo de
un armario. Me he roto todas las uñas y estoy considerando seriamente abri
una botella de vino a —echo un vistazo a mi reloj— mediodía.

e Marie aprieta los labios para ocultar la sonrisa y su mirada se detiene er
ılas manchas de lejía que me hice fregando el baño principal.

—Estás genial. Como siempre.

—Gracias, pero parezco un vagabundo —digo, haciendo uso de una de
las palabras favoritas de Simon.

Marie suele tener un estilo relajado y de cara lavada, pero hoy parece más
arreglada. Lleva sus vaqueros habituales, pero el suéter que deja ver su abrigo
abierto es rosa y se amolda bien a su figura. Tiene una ligera capa de sombra
ren los párpados, un toque de rímel hace que sus pestañas gruesas se vean más
largas y estoy casi segura de que las ondas sueltas las ha hecho una plancha
del pelo.

a Me pregunto si este es su aspecto cuando no está volando por la Alaska
aoccidental en una misión sanitaria o si se ha esforzado un poco más porque
venía aquí.

e Marie se ríe mientras mira el lugar.

a —Hay muchas cosas.

—Estuvieron casados cincuenta años. ¿Sabes lo que es esto? —pregunto
golpeteando un electrodoméstico redondo que he encontrado en la despensa.

a Frunce el ceño y piensa.

ɔ —Creo que es un deshidratador. Para deshidratar frutas, verduras y… —
Sus palabras mueren al ver mi mueca—. A algunas personas les gusta.

Lo llevo hacia la pila de donaciones.

s —¿Algo más para quemar? —pregunta Jonah pateando una caja de
ıcartón vacía.

—Eso. —Apunto con la mano hacia un rincón lleno de cosas.

—¿Quieres que queme nuestros muebles? —Jonah me mira, divertido.

—No son nuestros. Son de Phil. Vamos a comprar cosas nuevas. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, es madera.

—¿Y si esperamos a tener algo para reemplazarlo y así no tenemos que sentarnos en el suelo? Luego lo puedo llevar todo al vertedero. Le puede reservir a alguien.

—¿Alguien va a coger ese sofá del basurero y se lo va a llevar a casa?

—Lo que para algunos es basura… ¿Algo más para el fuego antes de que lo apague?

—¿Eso? —Señalo los trofeos de cacería con la cabeza.

Jonah me mira igual que cuando tiré un libro viejo y amarillento a la caja de quemar.

—No vamos a quemar eso.

—De acuerdo, entonces quémame a mí —digo entre dientes y me estiro hacia atrás para calmar la dolorosa contractura que tengo en el cuello— Ponle fin a mi agonía. —Estoy desesperada por tener una casa vacía y limpia.

Jonah se acerca y pone sus manos ásperas sobre mis hombros para aliviarlos con sus dedos habilidosos.

Dejo escapar un gemido grave a modo de agradecimiento.

—Parece que esto ayuda. —Baja la cabeza y me besa la mandíbula.

Marie desvía la vista y se queda mirando un póster barato con una imagen del Parque Nacional Denali que todavía no he descolgado. ¿Lo hace para darnos privacidad o para evitar la inevitable punzada de dolor que se siente al ver a alguien que quieres dándole cariño a otra persona? Puede que Jonah no lo note, pero yo sí. Y no soy ingenua. Por mucho que queramos que sea así, los sentimientos que tienes por alguien no se acaban solo porque esa persona quiera a alguien más.

¿Qué pasaría si nuestros roles estuvieran invertidos? ¿Y si Jonah y yo fuésemos «solo amigos» y tuviera que ver cómo se enamora de otra mujer sin poder hacer nada?

Siento una punzada de empatía en el pecho de solo pensarlo.

—Continúaremos más tarde —susurro y lo miro con intención mientras

apoyo mi mano sobre la suya y la aprieto hasta que se detiene.

Jonah me roba un último beso antes de alejarse.

—¿Tienes planes, Marie?

Vuelve a mirarlo.

—No tenía, pero me han llamado con una emergencia justo cuando estaba llegando. Tengo que volver para atender a un gato enfermo. Si no me quedaba a ayudaros, chicos.

—Corre. ¡Sálvate mientras puedas! —gimo.

Jonah, juguetón, me palmea el culo.

—¿Tienes tiempo para un recorrido rápido?

—¿Muy rápido?

—Venga. Tengo que sacar de aquí a este terremoto antes de que prenda fuego a toda la casa. —Me acaricia la nuca y vuelve a masajear—. ¿Que opinas? ¿Vamos a Wasilla a mirar muebles?

—¿Un sofá? —pregunto y siento el entusiasmo recorrer mis músculos entumecidos.

Sonríe.

—Claro.

No tengo muchas esperanzas de encontrar algo bueno, pero la idea de ir a algún lado (adonde sea) hace que me despida de Marie y salga corriendo a la planta superior para darme una ducha en nuestro lúgubre baño con la energía renovada.



—Calla, despierta. —Me sacude el hombro con suavidad. Gimo. Me duelen todos los músculos del cuerpo—. Vamos. Tienes que ver esto.

—¿La aurora boreal otra vez?

Se ríe.

—Son casi las nueve. Ya está amaneciendo. Vamos.

Abro los ojos y veo que Jonah está vestido y tiene en la mano la bata que sme compré en el supermercado de Wasilla.

—Más te vale que valga la pena. —Con un escalofrío, salgo de la cama y sigo a Jonah por las escaleras. El borboteo suave de la cafetera de mi padre resuena en la desierta planta principal. Han pasado siete días y ya hemos llevado al vertedero, a la tienda de empeños o a la hoguera todas las cosas de Phil que no vamos a quedarnos. Hasta las cabezas de animales han encontrado un hogar temporal en el taller porque ya no podía aguantar que me miraran. Y después de pasar tres días jugando a identificar todas las cosas que en algún momento se han derramado en la alfombra verde musgo, Jonah accedió a enrollarla y quitarla. La dejó junto al viejo sofá que también le hice quitar para dejarle espacio libre al nuevo, que llega el viernes.

No esperaba encontrar nada en la tienda de muebles de Wasilla el día que fuimos, pero resulta que tenían el sofá esquinero perfecto, moderno pero inspirado en el estilo de mitad de siglo, de tweed gris oscuro. Por supuesto Jonah se quejó del precio. Tardé dos días en ablandarlo hasta que acabé pasando mi tarjeta de crédito y le dije que se hiciera a la idea. Estoy mucho más entusiasmada de lo que creía que podía estar por un sofá.

En la casa solo quedan pilas de cosas para limpiar y organizar, muebles que usaremos hasta poder reemplazarlos y miles de reparaciones y mejoras por hacer: suelos de madera que pulir, baños que remodelar, agujeros de clavos que rellenar, tapas de enchufes rotos que cambiar, pomos de puertas que ajustar, bisagras que engrasar, electrodomésticos que cambiar. La lista continúa y, por momentos, me resulta abrumadora, pero tenemos tiempo. Lo más importante es que esta cabaña de madera por fin empieza a sentirse nuestra y no de Phil.

Me giro hacia la cocina y la cafetera, pero Jonah pasa un brazo por mi cintura y me lleva en dirección opuesta, pasando junto al fuego hacia el ventanal de la sala de estar.

—Oh, guau… —Hay dos alces a la orilla del lago helado, a no más de diez metros de distancia, alimentándose de la vegetación muerta. Toda la escena es maravillosa: la vasta extensión cubierta de nieve fresca, recién caída el sol que lleva días oculto detrás de nubes por fin se deja ver y está reascendiendo, su brillo amarillo rebota contra la rigidez del paisaje blanco y su intensidad se vuelve cegadora. Hasta que no nos mudamos no pude aprecia

yla ubicación de la casa: está en una especie de península, desde la que epodemos ver el sol salir por las mañanas y ponerse por las tardes.

s —Seguro que desaparecen en cuanto arranque el tractor para quitar la enieve —susurra en mi oído como si pudieran escucharnos. Y puede que sea ıasí.

e —El de la izquierda es enorme. —Solo había visto alces desde el aire.

s —Sí, pero es hembra. Debe pesar unos cuatrocientos… Quizá ıcuatrocientos cincuenta kilos. Los machos pueden llegar a pesar ochocientos.

e —¿Cómo sabes que es hembra? Quiero decir… —Inclino la cabeza, pero no consigo ver nada desde aquí.

e Jonah se ríe.

ɔ —Esa es una forma, pero también puedes darte cuenta porque no tiene ,cornamenta. Los machos la pierden en invierno, pero les vuelven a crecer éenseguida.

ɔ —Bueno, sí que eres un sabelotodo.

—Todo esto está en el libro de vida salvaje que te regalé por Navidad. E sque me dijiste que ya habías leído.

s —Te estaba poniendo a prueba —miento, pero la risa me delata.

e —Ajá. —Sonríe—. El más pequeño es un becerro. Probablemente nació sel verano pasado.

ɑ Los dos enormes animales siguen masticando, imperturbables y ɔaparentemente ajenos a nuestra presencia, aunque la madre mueve las orejas eun par de veces.

—Tengo que echarles una foto antes de que se vayan. —Hago además de imoverme, pero las manos de Jonah en mis caderas me mantienen donde lestoy.

—No te preocupes, suelen vivir en un radio de ocho kilómetros, así que evolverás a verlos. Pero no te acerques demasiado. —Me roba un beso en el ɑcuello.

, Me recuesto sobre el pecho de Jonah, mirando a la madre y su bebé.

á —Me sorprende que Phil no los sumara a la pared.

ɑ —Nah. Seguro que le gustaba estar cerca de la vida salvaje.

r A mí también me gusta. Acabo de descubrirlo contemplando esta escena

etan pintoresca.

—Vale. Está bien. Tienes permitido despertarme para esta clase de cosas.

a Su carcajada atraviesa el silencio de la mañana y el alce vuelve a mover las
aorejas.

á

o

e

r

l

ó

y

s

e

e

e

l

a

tan pintoresca.

—Vale. Está bien. Tienes permitido despertarme para esta clase de cosas.

Su carcajada atraviesa el silencio de la mañana y el alce vuelve a mover las orejas.

Capítulo 12



—¿Entrará una bañera más grande aquí?

—De ninguna manera.

Apago la luz del baño cuando salgo, fresca por un largo baño para calma mis músculos doloridos después de diez días de fregar arrodillada y levanta cosas.

—Bueno, entonces deberíamos convertir el dormitorio pequeño en otr baño e integrar este al nuestro.

—Nos quedaríamos con solo dos dormitorios. —Jonah tiene la espald apoyada en el respaldo de la cama y la atención puesta en la pantalla de m portátil. Me distraigo un poco cuando veo la forma en que las mangas de l camiseta se ajustan a sus bíceps.

—¿Y? En serio, Jonah, ¿cuántos invitados vamos a tener al mism tiempo?

—Lo decía más por los niños.

—Ah. Claro. —Pienso en el dormitorio que está al fondo de la cas mientras me siento en la cama. Corre un viento frío a pesar de la calefacció y los leños que Jonah echó en la chimenea antes de venir a acostarse Cambiar las ventanas podría ayudar, aunque sea un poco—. Pondremo literas.

—Así resolvemos dos. ¿Y los otros seis? —dice con tono solemne y frunce el ceño mientras mira la foto en la que sale con mi padre que puse en la sección «Sobre nosotros» de la página web de El Yeti.

—No sé. Deberías preguntarle al animal con el que piensas tenerlos Quizá tenga una guarida en alguna parte donde quepan todos. —Su carcajad llena nuestra habitación—. ¿Ya hay reservas? —pregunto en broma. Hac

solo tres días que la página está operativa.

—¿Cómo voy a saberlo? No me has enseñado dónde verlas.

Me acerco y apoyo la barbilla en su hombro.

—Es cierto, no lo he hecho. Tengo que convertirme en imprescindible de alguna forma.

Los ojos azules de Jonah recorren mi rostro.

—Eres imprescindible. En serio. Sin ti no habría hecho algo ni la mitad de bueno.

—Espera a ver la plantilla de itinerarios que acabo de terminar —digo arrastrando las dos palabras con tono seductor. Agnes me enseñó varios ejemplos de formularios y me dio su visto bueno (un correo electrónico con una carita feliz).

Su risa hace que la cama tiemble. Se inclina para deslizar sus labios por mi mandíbula.

—Gracias. Por todo.

Inhalo el aroma del gel de ducha en su piel.

—Esto es solo el principio. Cuando termine con mi plan de marketing cada alaskeño y alaskeña, niño o adulto, habrá oído hablar de El Yeti — prometo, otra vez con tono seductor.

—¿Puedes dejar de decirlo así?

—¿Así cómo? El Yeti… ¡Ah! —gimo y siento sus dientes mordisqueando mi garganta. Con un beso suave y una sonrisa de satisfacción, Jonah vuelve a la posición anterior, con toda su atención en mi ordenador—. Hoy he llamado a Chris. Ha aceptado promocionarnos en su mostrador. Ya he encargado los folletos. —Pasé las semanas previas a la mudanza diseñándolos y, ahora que tenemos un domicilio oficial, nada me impide imprimirlos.

—Por favor, dime que no hay fotos mías semidesnudo.

—¡No! Por supuesto que no. Eso sería muy poco profesional. —Hago una pausa—. Esas son solo para el calendario. Le he mandado uno a Andrea. Me ha dicho que tenía un lugar perfecto para colgarlo en la recepción.

Jonah aprieta los dientes.

—Más te vale que sea una broma.

—Tendrás que ir a verlo. —Lo miro y alzo las cejas—. Oye, ¿cuándo

crees que funcionará el avión de Phil? Quiero hacerle unas fotos para incluirlo en la página de la flota.

Sacude la cabeza.

—Quién sabe. Esta mañana ni siquiera he podido encender el motor. De todas formas, no quiero pensar en eso ahora, sobre todo porque tenemos dos aviones fiables para elegir. Bueno, bastante fiables. El medidor de combustible de Veronica está fallando. —Ve la mirada preocupada en mi rostro y se apresura a agregar—: No pasa nada. Solo hay que prestarle más atención. Lo repararé en cuanto encuentre un mecánico de confianza que pueda echarle un vistazo.

Intento ignorar el miedo que me provoca pensar en el motor de Jonah deteniéndose en el aire.

—Hablando de mecánicos, la moto de nieve azul hace un ruido como si estuviera a punto de romperse.

Jonah suspira.

—Tendremos que arreglar eso también.

Me acurruco a su lado para absorber su calor corporal.

—Mañana quiero ir de compras a Wasilla, así que podemos preguntar por algún mecánico.

—¿Más compras? ¿Qué falta?

—Cosas.

Arquea las cejas.

—¿Cosas?

—Cosas para la casa. —Me encojo de hombros—. ¿Tal vez algo que haga juego con el sofá? Lo sabré cuando lo vea.

Sacude la cabeza.

—No estaré en casi todo el día. Tengo que ir a Unalakleet.

Frunzo el ceño. Si no recuerdo mal, eso está lejos, hacia el oeste.

—¿Para qué?

—Un posible brote de tuberculosis.

—¿Tuberculosis? —Me alarmo—. ¿No es muy contagioso? —¿Y no estaba erradicada?

—Puede serlo. El médico que está haciendo la ronda me ha llamado

amientras estabas en el baño para preguntarme si podía ir a buscar una máquina de rayos X a Anchorage. Aro está tardando y en Nome no tienen una extra. Le han dicho que no podrán hacer el viaje hasta dentro de una esemana. Hay dos niños enfermos que lo tienen preocupado y media docena sde adultos que tampoco están muy bien. —No suena ni un poco inquieto.

e —¿No puedes llamar a Howard y pedirle que le dé prioridad? —Según mi ipadre, esa es la especialidad de Jonah: insistir hasta morir.

s —Podría, pero conozco al médico de hace mucho, y es trabajo. Se esupone que tendremos un día más de buen tiempo antes de que vuelva a nevar. Es el momento perfecto para ir. —Pero conozco lo suficiente Alaska apara saber que la situación puede cambiar de un momento a otro—. Creía que ibas a concentrarte en esta parte del estado.

i —Con el tiempo. Ahora tengo que aceptar todo lo que aparezca. Además, los aldeanos me conocen y confían en que les ayudaré. Y así será siempre que pueda.

—¿Y por qué no voy contigo?

Niega con la cabeza.

r —Puede que tenga que llevar a los niños al hospital.

—Claro. Bueno… Parece que las compras van a tener que esperar. —Será la primera vez que Jonah vuele desde que nos mudamos. Me invade un inesperado anhelo. Desearía que existiera un botón para adelantar el tiempo. Tengo que pedir fecha para el examen de conducir. Jonah cierra el portátil y lo deja sobre la mesilla de noche. Salvo por el colchón, estamos usando los amuebles viejos y desparejos de Phil y Colette hasta que encuentre un juego que me guste para reemplazarlo. Dejo escapar un suspiro hondo y dramático —. Parece que me quedaré aquí… sola.

Jonah se estira para quitarse la camiseta y deja al descubierto la compleja red de músculos que conforman su espalda, su amplio y sólido pecho y las crestas de sus abdominales cincelados. Lanza la camiseta a un rincón. Sé que antes de dormir se levantará para ponerla donde va porque es un maniático odel orden.

—No estarás sola. Te quedas con Zeke y Bandido. —Dejo de admirar su ocuerpo para fulminarlo con la mirada. Jonah se ha estado ocupando solo de

ınuestro problema con los animales. Ni siquiera me he arrimado al granero n
ıhe establecido alguna clase de vínculo con mi enemigo de la infancia. Desat
ıel lazo de mi albornoz y, con un preciso movimiento de muñeca, lo abre d
ıpar en par. Siento el peso de su mirada encendida recorrer mi piel desnuda
como si me estuviera tocando con las yemas de los dedos—. Tienes mucho
ıcon lo que entretenerte aquí.

—¿Como qué? —Me estremezco por el frío a pesar del fuego que invad
ɛmi cuerpo por la promesa de lo que está a punto de ocurrir.

ı Retira el edredón y me cubre la mitad inferior del cuerpo.

ı —Oh, ya sabes… —Se pone encima de mí y presiona su cuerpo sobre e
ıamío; la sensación de su piel caliente me arranca un suave gemido. Llev
puesta la ropa interior, pero enseguida solucionaré ese problema—. Ocupart
.de que la casa esté limpia y caliente para cuando regrese… —Me acaricia l
ámandíbula con los labios—. Lavar y doblar mi ropa… —Sus labio
encuentran mi cuello—. Hacerme la cena…

Controlo mi expresión (Jonah sabe que la sola mención de atenderl
como una ama de casa de los años cincuenta me va a hacer reaccionar) y l
respondo:

- —Quizá encargue esas mesas. Las que te enseñé ayer, ¿te acuerdas?

ı —Nop. No me acuerdo —murmura, pero una breve expresión en s
.rostro antes de que baje la cabeza a un pezón erecto dice lo contrario.

ɣ Inhalo hondo, su lengua juguetona llena de calor mi entrepierna.

s —De la tienda de Seattle. ¿Las rústicas de una sola pieza que cuestan mi
ɔdólares cada una y que dijiste que había que ser idiota para pagar esa cantida
ɔpor un trozo de madera? —Sonrío y lo cito textualmente mientras lo pein
con los dedos y él pasa a ocuparse de mi otro pezón. Desde aquí puedo ver l
ıamueca que intenta ocultar mientras lo molesto—. Me he quedado sin crédit
sen la tarjeta con el sofá, ¿te parece bien que use tu Visa o tu MasterCard
ɛ¿Cuál tiene más crédito…? ¡Ah!

ɔ Chillo entre risas mientras él se mueve rápido y encaja su enorme cuerp
entre mis muslos.

ı —Es un puto trozo de madera que pulieron y al que le atornillaron cuatr
ɛpatas. —Se apoya sobre los codos y sus fuertes brazos enmarcan mi rostr

i—. Te haré una gratis.

a No tengo ni idea de si puede o no hacerla, pero verlo así de molesto me eresulta demasiado divertido.

, —Nos hacen descuento en el envío si encargamos las dos mesas de ocomedor y la mesita de café juntas. Me parece que salía a doscientos dólares el envío por las tres cosas. Por supuesto elegiría el envío exprés, así que va a eser un poco más.

—Ni se te ocurra, Calla. Es una estafa —me advierte, sus ojos brillan divertidos cuando me mira fijamente.

l Una parte de mí quiere extender un poco más el juego previo. Lo único aque nos separa es su ropa interior y puedo sentir cuánto me desea en su erección apretada contra el interior de mis muslos. Además, este tipo de ajuegos siempre acaban con un sexo furioso, y eso es exactamente lo que stengo ganas de hacer.

Mis caderas se mueven por propia voluntad y lo incitan a hacer el osiguiente movimiento.

e Con una sonrisa, se quita los calzoncillos con una mano y me penetra sin más preámbulo mientras estrella sus labios en los míos.

Grito desatada en la fría y oscura noche, una y otra vez, lo araño con las uñas afiladas en cada embestida, tiro de su pelo, enrosco las piernas en sus caderas.

Aprovecho que no hay nadie cerca que pueda escucharnos.

l

l

o

a

o

p

o

o

o

—. Te haré una gratis.

No tengo ni idea de si puede o no hacerla, pero verlo así de molesto me resulta demasiado divertido.

—Nos hacen descuento en el envío si encargamos las dos mesas de comedor y la mesita de café juntas. Me parece que salía a doscientos dólares el envío por las tres cosas. Por supuesto elegiría el envío exprés, así que va a ser un poco más.

—Ni se te ocurra, Calla. Es una estafa —me advierte, sus ojos brillan divertidos cuando me mira fijamente.

Una parte de mí quiere extender un poco más el juego previo. Lo único que nos separa es su ropa interior y puedo sentir cuánto me desea en su erección apretada contra el interior de mis muslos. Además, este tipo de juegos siempre acaban con un sexo furioso, y eso es exactamente lo que tengo ganas de hacer.

Mis caderas se mueven por propia voluntad y lo incitan a hacer el siguiente movimiento.

Con una sonrisa, se quita los calzoncillos con una mano y me penetra sin más preámbulo mientras estrella sus labios en los míos.

Grito desatada en la fría y oscura noche, una y otra vez, lo araño con las uñas afiladas en cada embestida, tiro de su pelo, enrosco las piernas en sus caderas.

Aprovecho que no hay nadie cerca que pueda escucharnos.

Capítulo 13



El motor de la moto de nieve se queja mientras avanzo por la carretera hacia el avión, con la esperanza de que no muera en el camino y que Jonah me vea antes de despegar.

Cuando se abre la puerta y veo que sale, suspiro aliviada.

Freno al borde de la pista y espero a que llegue hasta mí con zancadas rápidas y el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Apago el motor.

—No te has despedido. —Se fue antes de que abriera los ojos.

—Sí que me he despedido. Estabas medio dormida.

—Entonces no cuenta.

Acerca las manos para bajar los lados de mi gorro y que me cubra las orejas. Según la estación de radio local, la temperatura está unos grados por encima de la media esperada en este momento del año, pero de todos modos corre un viento helado.

—Encontré tu formulario de itinerario, lo he dejado completo sobre el escritorio.

—Genial. Gracias. —Agnes me dijo que me asegure de que Jonah jamás se vaya sin haber completado el itinerario. Tiene el destino y el plan de vuelo. Es la única forma de saber adónde enviar ayuda si no regresa—. ¿A qué hora vuelves?

—Alrededor de las cinco. Está lejos y he tardado un buen rato en encender esa mierda para poder barrer la nieve. —Señala el tractor con la barbilla, la máquina rojo cereza tiene varias abolladuras. Otra cosa que necesita un mecánico—. Te llamaré con el teléfono satelital cuando llegue a

Unalakleet.

—¿En cuanto llegues? —Le lanzo una mirada amenazante. Agnes me advirtió de que uno de los defectos de Jonah como piloto es su incapacidad para informar a tiempo y con precisión. Es una dificultad extraña para un hombre como él, que se regodea de sus habilidades para comunicar.

—Sí, sí. —Sonríe y se inclina para robarme un beso rápido, obviamente con prisa por despegar. Lo cojo por el cuello antes de que pueda alejarse e intento prolongar esa sensación de sus labios sobre los míos. Frunce el ceño con curiosidad cuando lo suelto—. ¿Te vas a despedir así cada vez que tenga que volar?

—Sí —digo con más seriedad de lo que quería—. Ni se te ocurra irte sin despedirte. Por favor.

—No me voy a estrellar, Calla. Te lo prometo. —Su voz es suave y arrulladora.

—No puedes prometerlo. —Aunque estoy desesperada por creerle.

Se inclina para volver a besarme, esta vez más profundo.

—Bueno. Pero siempre encontraré el camino que me lleve a ti —susurra contra mis labios—. Te quiero. Nos vemos en unas horas.

—Yo también te quiero. —Mi corazón se estremece de alegría cuando lo veo ir hacia el avión con ese andar que tiene Jonah cuando está a punto de volar: contento, enérgico, pero también tranquilo. Hoy parece más entusiasmado de lo normal. Probablemente sea porque no ha volado desde que llegamos, hace casi dos semanas. Anoche, recostados desnudos y sin aliento en el paraíso postcoital, cayó en la cuenta de que es el lapso más largo que ha pasado sin volar desde que se mudó a Alaska.

De pronto se da la vuelta para mirarme y vuelve sobre sus pasos.

—Por cierto, ¿qué es esa cosa que hay en los táperes del frigorífico?

—Pudin de chía. Los preparé para desayunar. ¿Te ha gustado?

—No. —Frunce la nariz—. Para nada.

Me encojo de hombros.

—Son muy sanos.

Ignora mis palabras y me da la espalda.

—¡Deberías salir a correr! —exclama por encima del hombro—. Tanto

tiempo encerrada en la cabaña te va a dar claustrofobia.

—¡Sí! ¡Gracias a ti ahora soy claustrofóbica! —Aunque salir a correr no es tan mala idea.

Vuelve a subirse al avión. Unos segundos más tarde, lo enciende y Veronica despega.

Me entierro en la parka y le apunto con mi Canon para capturar el primer viaje oficial de nuestra aerolínea. Las alas de Veronica bajan y se mecen mientras sube al cielo, hasta que el avión no es más que un punto en la distancia y me quedo sola, rodeada de árboles, nieve y un silencio espeluznante.

El motor de la moto de nieve ruge y se queja un par de veces antes de cobrar vida. Regreso a nuestra casa vacía con la vista panorámica del cordón montañoso contra el profundo azul del cielo que me acompaña durante todo el camino.



Bajo el ritmo y camino. El calor de mi respiración provoca una nube en el aire helado. Tengo el cuerpo templado gracias a las tres capas de ropa que llevo puestas, pero siento que los pulmones me queman por el frío.

Seis kilómetros.

Eso he tenido que correr (cruzando carreteras clausuradas y cabañas sin humo) para encontrar señales de vida.

Me detengo para beber un corto sorbo de agua de la botella hermética mientras leo los carteles que tengo delante. Están clavados en un abeto semimuerto a la derecha de la carretera que lleva al complejo Trapper's Crossing y anuncian las comodidades: cabañas totalmente equipadas para dos o cuatro personas y espaciosas zonas para acampar; excelente sitio para pescar e ir de paseo en trineo; wifi gratis; desayuno caliente; y un pequeño taller mecánico.

Phil alardeó de la pesca en la red fluvial cercana. Me imagino que será algo estacional. Ahora, las cabañitas rústicas de tejados rojos permanecen

imperturbables entre los árboles pelados, con las cortinas bajadas y el suelo a su alrededor cubierto de nieve.

Sin nada de vida.

El edificio principal se extiende hacia la izquierda (una cabaña de madera larga y sencilla, con un tejado rojo que hace juego con el resto de las reconstrucciones del complejo). Una vieja guirnalda de luces navideñas multicolores, muy parecidas a las que puse en el porche de mi padre, cuelgan de un extremo a otro. Sobre una puerta verde hay un letrero colorido con forma de pez que dice «Casa Ale». En la ventana parpadea un cartel de neón con la palabra «Abierto». Hay una sola camioneta de color burdeos en el aparcamiento, cubierta de polvo.

El dibujo de unas herramientas junto a una flecha que señala al garaje que está al otro lado del edificio principal despierta mi interés y me hace salir disparada hacia la puerta verde de la Casa Ale. Quizá sea el lugar indicado para reparar las motos de nieve antes de quedarnos en la estacada.

Me sacudo el calzado (unas deportivas especiales para correr en la nieve que me regaló mi madre para Navidad) en el delgado felpudo que dice «Aceptamos perros, toleramos humanos» y entro.

Me envuelven el calor y el olor a café recién hecho mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad. La única luz proviene de una lámpara encendida sobre el mostrador en el que un hombre grandote con gorra de béisbol y un grueso suéter gris lee un periódico.

—Hola —digo con la voz ligeramente temblorosa, todavía recuperando el aliento. Desde que dejé Toronto en diciembre, habré salido a correr una docena de veces, así que estoy un poco desentrenada.

El hombre me recorre de pies a cabeza, midiéndome con la mirada mientras el ruido de una radio se oye de fondo y llena el salón (por lo demás tranquilo y silencioso) con el pronóstico meteorológico para este fin de semana.

—¿Necesitas algo? —A diferencia de Roy, este hombre tiene un acento que es claramente de aquí. Pero, igual que Roy, no muestra ningún rastro de amabilidad.

Mi estómago se retuerce ante la posibilidad de que Jonah y yo hayamos

aacabado rodeados de cretinos.

—Sí. He salido a correr y he visto el letrero del taller mecánico. —Señalo con el pulgar hacia el sendero—. Y, bueno, me preguntaba si reparar amáquinas de nieve. Perdón, motos de nieve. Todavía no me acostumbro a los stérminos —murmuro para mí misma—. Nos acabamos de mudar a unos skilómetros de aquí y había una en la propiedad, pero nos va a dejar tirados en cualquier momento. —Como frunce el ceño, aclaro—: ¿Conocías a Phil aGorman?

—Ah, sí, claro. He escuchado que vendió la casa. —Se pasa un pulgar lpor la barba castaña y corta. Diría que está en la treintena—. Eso lo explica todo.

—¿Explica el qué? —Me atrevo a preguntar sin saber si de verdad quiero rque responda.

De repente, su cara se transforma por una gran sonrisa que le suaviza los rasgos tensos y lo hace parecer cinco años más joven.

—Los cuatro cascabeles para osos. No eres de por aquí, ¿no?

No puedo evitar reírme, aunque mis mejillas heladas se encienden de vergüenza y casi por instinto cubro el cascabel que tengo atado a la muñeca eTambién me he puesto uno en cada pie, y otro en la funda del espray para aosos que llevo cruzado al pecho.

—En realidad, soy de Toronto. Pero debo decir que me los regaló una persona nacida y criada en Alaska, y me hizo prometerle que nunca saldría a ocorrer sin ellos.

—Sin duda deberías usar al menos uno. En especial durante el próximo mes, que es cuando los osos salen de hibernación. —Se aleja del mostrador ,(tiene barriga y solo mide unos centímetros más que yo), rodea la barra y me sofrece una mano áspera, con las cutículas negras. Manos de mecánico. Está eclaro que es él quien se ocupa de las reparaciones que prometía el letrero— Me llamo Toby McGivney. —Me alivia ver que ha cambiado por completo ode actitud.

—Calla. —Vuelvo a mirar el interior: la chimenea en un rincón, las mesas pequeñas, cubiertas por manteles de vinilo de diferentes estampados, los sletreros recargados, peces disecados e innumerables fotos de personas con su

pesca colgadas en la pared. Si tuviera que adivinar, diría que lo compraron todo en una venta de garaje o en una tienda de segunda mano. Quizá hasta lo sacaron del vertedero. Hay un tablón de corcho en la pared junto a la puerta Está llena de folletos y trozos de papel de todos los colores con números de teléfono troquelados en la parte de abajo, listos para que la gente los arranque y llame. Puede que sea el lugar correcto para promocionar la nueva compañía de viajes aéreos del pueblo. Entre un servilletero y una botella de kétchup hay unos menús plastificados. Parece que también sirven comida—. ¿Eres el dueño?

Se levanta la gorra de béisbol y deja a la vista un descuidado pelo castaño antes de volver a colocársela.

—Sí. Bueno, es de mi familia. Vivimos aquí al lado. —Señala una pared supongo que para indicar la otra parte de la cabaña de madera—. ¿Qué te parece Trapper's Crossing hasta ahora?

—Es muy… —No encuentro las palabras para describir el pueblo— ¿Qué hacéis para divertiros?

—¿Irnos? —dice con una sonrisa—. Nah, es broma. Hay muchas cosas que hacer si eres la clase de persona correcta. Casi todo es al aire libre. Mucha pesca, caminatas… Pero la caza no es muy buena.

—Qué pena. —Intento mantener a raya el sarcasmo, pero no puedo evitar notar su elección de palabras: «la clase de persona correcta». ¿Toby ya se ha dado cuenta de que no encajo en Trapper's Crossing?

Se ríe con un sonido cálido y tranquilo.

—El verano es más entretenido. —Coge una jarra de café y pregunta— ¿Quieres? La casa invita.

——Estoy bien. Pero gracias. —Sobre la cafetera hay una foto de Toby y otro hombre, parados a ambos lados del cadáver de un alce. Tienen la misma sonrisa. Deben ser primos o hermanos.

—¿Algo más fuerte? —ofrece Toby con dulzura mientras se sirve una taza de café y señala con la barbilla las cinco latas de cerveza que hay sobre el mostrador.

Me río.

—No, y te pido un favor: si en algún momento vengo hasta aquí para

ıbeber, eso quiere decir que Alaska ha podido conmigo. Te pido por favo:
ɔque pongas fin a mi agonía. Átame una soga al cuello y cuélgame de un árbo
.para que se ocupen los osos.

e Abre los ojos con repentina sorpresa.

e —Eh… Y entonces, ¿qué es lo que te ha traído aquí?

ɑ —Una pista de aterrizaje. —Frunce el ceño y me río—. Mi novio es
ypiloto y quería tener su propia pista. Y yo quería estar a una distancia
lrazonable de Anchorage. —Me encojo de hombros—. Se enamoró de la
propiedad de Phil y me acabó convenciendo. Desde entonces, todo ha sido
ɔuna gran aventura.

—Claro. —Toby asiente y agrega por lo bajo—: Me imagino.

, —¡Ha llamado Sarah! —exclama una voz grave desde un sitio que no
ealcanzo a ver—. ¿Te has enterado de que un alce ha pisoteado a Jax? —Un
segundo más tarde, aparece a través de una puerta un hombre regordete con
.barba larga y tupida, vestido con un mono color mostaza. Se para en seco
cuando me ve… y cuando nota el gesto de espanto que debo tener en el
srostro—. Lo siento, querida, no quería asustarte. Jax es un perro.

ɑ —Ah. —No estoy segura de que eso me haga sentir mejor.

—Sí. Se encontró con una madre y su bebé en el Iditarod. Y enseguida se
ɔcomplicó.

ɑ —Papá, esta es Calla. Se ha mudado a la casa de Phil. Calla, él es mi
padre, Teddy.

—Toby y Teddy. Creo que lo recordaré.

: —Todos los años hace de Santa Claus en la cena navideña del pueblo. Te
imaginarás por qué. —Teddy le da golpecito juguetón en la cabeza y luego se
yacerca para ofrecerme su mano.

ɑ —Phil me dijo que se lo iba a vender a una pareja encantadora. Eres
canadiense, ¿verdad?

ɑ Sonrío.

l —Así es.

—Por lo que he escuchado, tu marido es un piloto increíble.

No le corrijo porque se me hincha el pecho de orgullo. Ya sabía que
ɑJonah era de los mejores de la zona; mi padre siempre lo decía. Pero oírlo de

rla boca de completos desconocidos hace que parezca más importante.

l —Lo es. Voló durante diez años para Alaska Wild y ahora estamos empezando con nuestra propia empresa de viajes. —Todavía suena surrealista. ¿Yo, dueña de una aerolínea?

—Alaska Wild. —Teddy se frota la barba y piensa. Debajo de esa mata de spelo blanco y duro hay unas mejillas rosadas con diminutas líneas de aexpresión—. Se hundió, ¿no?

a —No —digo más tajante de lo que quería, pero ni Wild ni Wren Fletcher ofracasaron—. Mi padre tenía un cáncer terminal y decidió vender.

Los ojos azules de Teddy se llenan de empatía.

—Bueno, por aquí pasa todo tipo de gente. Mencionaremos tu empresa opor si alguien necesita un viaje.

a —Eso sería maravilloso.

a —Ningún problema. Y Toby también sabe de aviones. Si en algún omomento necesitáis un mecánico, tienes uno justo aquí.

l —¿En serio? —Correr seis kilómetros ha valido la pena—. Tenemos el Beaver de Phil, pero le hacen falta unos arreglos para volver a volar. — Oculto la sonrisa idiota que me provoca darme cuenta de que ya hablo de los eaviones por sus modelos, como si fuera algo normal. Me acuerdo de cuando escuchaba a los demás hablar así y me parecía extraño.

i —Muy bien, me alegra que podamos ayudarnos mutuamente. Así funcionan las cosas por aquí.

Esto va tan bien que decido arriesgar un poco más.

e —Si no os molesta, me gustaría traeros unos panfletos cuando los tenga eO tal vez solo poner uno en el tablón de anuncios.

—Claro, claro. Tráelos, querida. Para eso está. —Teddy lo señala con una smano y luego se dirige a Toby, golpeteando el mostrador—. Ha llamado Hunter. Va a traer la moto. Se le paró el motor en medio del lago. Lo tuvieron que remolcar hasta casa.

—Creo que iré a encender el fuego en el garaje para que se vaya calentando. —Toby se mira las manos—. ¿Seguro que no quieres un café eCalla?

e —No. Debería volver ya. —Pronto llamará Jonah.

—Vale. Ven mañana y así reviso ese motor. Es probable que necesite e
smantenimiento periódico. Phil no los llevaba al día.

a Teddy levanta la comisura de los labios con una sonrisa jovial.

—Pásate cuando quieras, querida. A Muriel le encantará conocerte
ePasaba mucho tiempo con Colette, trabajando en el huerto. ¡Y trae a tu
epiloto el viernes por la noche! Quiero saludarlo. —Teddy alza las cejas—. Es
noche de damas.

r —Noche de damas —repito mientras miro el enorme pez disecado que
cuelga en la pared junto a un cartel que dice «Me gustan las cosas grandes» y
miro a Toby.

a —Con eso se refiere a cuatro viejos borrachos —confirma muy serio—
Nada de damas.

—Una dama —corrige Teddy con las cejas en alto—. Tu madre siempre
nestá aquí.

—Pero no es ninguna dama —lo contradice Toby—. Ella misma te lo
ldiría.

- —Sí, bueno. Sin damas —concuerda Teddy con una carcajada—. Así sera
shasta mayo, cuando este pueblo se despierta. De todos modos, eres
obienvenida cuando quieras. Y toma… —Coge un trozo de papel y un
bolígrafo, lo pone frente a su hijo y clava el índice en el mostrador—. Llévate
ínuestro número de teléfono, por si acaso. Somos una comunidad muy
cercana. Contamos los unos con los otros para cualquier cosa. No te olvides
de ir a conocer a tus nuevos vecinos.

. —Ya hemos conocido a Roy. —Reprimo el escalofrío lo mejor que
puedo.

a —Oh, por Dios. —Teddy me mira comprensivo—. Tratar con ese
ohombre es como tirar una moneda al aire y que salga el lado incorrecto nueve
ode cada diez veces. Pero recuerda: perro ladrador, poco mordedor.

—Pero ladra bastante —dice Toby mientras escribe su número.

a —Sí, Muriel se ha peleado con él varias veces. Todavía no se han
,disparado, pero nunca es tarde para eso. No le gusta mucho la industria
turística y… —Teddy señala a su alrededor—. Nosotros vivimos de eso.

No me sorprende que hayamos empezado con mal pie. Gran parte de

lnegocio de El Yeti será traer turistas. Phil le debe haber contado nuestros planes a Roy.

Cojo el trozo de papel que me extiende Toby con una sonrisa.

—Gracias.

—Ajá. Llamadnos si tenéis algún problema, o para cualquier cosa que snecesitéis, querida. —Teddy mira el espray para osos y asiente como para sí mismo—. Nunca se toman demasiadas precauciones.

—Lo sé. —Le echo un último vistazo a la Casa Ale en toda su gloria con una sonrisa radiante por este agradable y ventajoso encuentro. Ahora este lugar me parece mucho menos vacío e incómodo que la primera vez que entré. Aunque están a seis kilómetros de distancia, estos vecinos compensan con creces al cascarrabias—. Vendré mañana por la mañana con una de las motos de nieve —prometo, yendo hacia la puerta, y desvío la mirada hacia la cornamenta que cuelga de la pared. Se me ocurre una idea—. Oye, ¿sabéis qué os vendría bien? —Teddy y Toby fruncen el ceño; aunque no se parecen en nada, no hay duda de que hay un aire familiar en ese gesto. Sonrío—. ¡Unas cabezas de animales para las paredes.

negocio de El Yeti será traer turistas. Phil le debe haber contado nuestros planes a Roy.

Cojo el trozo de papel que me extiende Toby con una sonrisa.

—Gracias.

—Ajá. Llamadnos si tenéis algún problema, o para cualquier cosa que necesitéis, querida. —Teddy mira el espray para osos y asiente como para sí mismo—. Nunca se toman demasiadas precauciones.

—Lo sé. —Le echo un último vistazo a la Casa Ale en toda su gloria con una sonrisa radiante por este agradable y ventajoso encuentro. Ahora este lugar me parece mucho menos vacío e incómodo que la primera vez que entré. Aunque están a seis kilómetros de distancia, estos vecinos compensan con creces al cascarrabias—. Vendré mañana por la mañana con una de las motos de nieve —prometo, yendo hacia la puerta, y desvío la mirada hacia la cornamenta que cuelga de la pared. Se me ocurre una idea—. Oye, ¿sabéis qué os vendría bien? —Teddy y Toby fruncen el ceño; aunque no se parecen en nada, no hay duda de que hay un aire familiar en ese gesto. Sonrío—. Unas cabezas de animales para las paredes.

Capítulo 14



Me congelo, el corazón me late desbocado en el pecho mientras trato de entender qué es lo que se mueve entre los árboles. Es la segunda vez que capto que algo se mueve con el rabillo del ojo. La primera vez lo he ignorado creía que me lo estaba imaginando porque estoy intranquila. Pero cuando ha vuelto a ocurrir…

Hay algo cerca, a plena luz del día, moviéndose entre las sombras, y se me eriza hasta el último pelo de la nuca.

Busco el espray para osos, lo saco de la funda con las manos temblorosas y me aferro a él con firmeza. Avanzo por la carretera hacia la casa; los cascabeles suenan a cada paso, la sangre se me agolpa en los oídos, mi mente da vueltas mientras dirijo la mirada en todas las direcciones. Me contengo de correr por si lo que sea que me acecha está de ánimo para una persecución.

Estoy tan tensa que grito por la sorpresa cuando me suena el móvil, que llevo en el bolsillo del abrigo.

—¡Jonah! —le grito al teléfono.

—Hola. He aterrizado en Unalakleet. ¿Qué haces? —Su voz suena distante y distorsionada. Y no sé si alguna vez me he alegrado tanto de oírla.

—Creo que algo me está persiguiendo —digo bien alto, deseando que el sonido de mi voz lo ahuyente.

—¿Qué? —Puedo imaginármelo con el ceño fruncido y la mano en la cadera.

—Hay algo entre los árboles. He salido a correr y… —Le doy una explicación de treinta segundos hablando a toda velocidad mientras camino hacia la casa.

—Vale. Relájate, Calla.

—¡Eso intento! —Pero estoy aquí, en medio de la nada, sola, siendo e objetivo de innumerables animales salvajes.

—¿Dónde estás?

—A mitad de camino entre el hangar y la casa. —Puedo distinguir e verde de nuestro tejado más adelante. Esta mañana Jonah ha llevado la camioneta hasta los aviones. Ojalá haberme subido y haber conducido e último tramo.

—Vale, no estás lejos. Sigue caminando. Me quedaré contigo hasta que llegues a casa.

—Gracias. —Aunque no pueda atravesar el teléfono para protegerme hablar con él tiene un efecto tranquilizador.

—Seguro que es ese zorro. Debe tener la madriguera cerca.

—No. El pelaje no era naranja. Era color café o gris, algo así. —Una ráfaga difusa de color oscuro—. Y era grande.

—Entonces probablemente sea el alce.

—Ah, sí. Genial. ¿Sabías que a las madres alces les gusta pisotear?

—Cuéntame dónde has ido. —Intenta distraerme de esa idea. Es una estrategia de manipulación, pero me entrego a ella encantada.

Jonah me escucha mientras hablo, camino y lo pongo al tanto de complejo turístico que hay al otro lado de la carretera, de Toby y su padre Teddy, con la voz temblorosa y avanzando a paso firme. Para cuando llego a la puerta de nuestro sótano, de alguna forma el miedo ha desaparecido.

—Vale, estoy en casa.

—¿Estás bien?

—Sí. —Y me siento un poco avergonzada de haber tenido miedo de algo que ni siquiera he visto—. Sé que había algo, Jonah.

—Quizá era un Yeti.

—No es gracioso.

—Sea lo que sea, ya debe estar a kilómetros de distancia.

—Eso espero.

Su suspiro atraviesa el teléfono.

—Pero tienes que acostumbrarte, Calla. Vives en las afueras de Alaska Vas a ver animales, en especial si sales a correr. Pero mientras no los

lmolestes, no te molestarán.

—Lo sé. Es que… No sé. —Vivir en casa de mi padre no se parecía en nada a esto. La probabilidad de que hubiera animales peligrosos ldeambulando cerca era muy baja. Había que ir río arriba para encontrar osos ıpardos o alces.

l —Bueno. Me tengo que ir. Nos vemos en unas horas.

Guardo el teléfono en el bolsillo, ansiosa por entrar. Ya había metido la ellave en la cerradura cuando escucho crujir la nieve a mis espaldas. Siento cómo se me eriza el vello de la nuca cuando me doy la vuelta de golpe, con ,un nudo en la garganta.

Zeke está parado a unos metros.

—¡Oh, por Dios! —exclamo, apoyada contra la puerta, y siento que me ainvade el alivio—. ¿Cómo te has escapado? —le pregunto con tono acusatorio. Responde con un fuerte balido y avanza hacia mí. Sus pezuñas dejan huellas redondas en la nieve—. No. ¿Qué ha…? ¡Fuera!

Ignora los gestos bruscos de mi mano y se acerca para mordisquear el ıcascabel que cuelga de mi muñeca derecha. Lo alejo y retrocedo. Continúa vuelve a intentarlo y me muestra sus dientes oscuros y torcidos, el olor de su lpelaje me hace fruncir la nariz.

e Aunque me encantaría entrar y dejarlo aquí fuera hasta que vuelva Jonah ıy se encargue, existe la posibilidad de que se aleje y se lo coman. Me imagino a Jonah llegando a casa y encontrándose el cadáver de la cabra tirado en la carretera, y entonces sé lo que tengo que hacer.

—Uff… Vamos. —Voy hacia la parte de atrás de la casa, cerciorándome ovarias veces de que Zeke me está siguiendo. Para cuando llego a la puerta del granero (que está bastante lejos) tengo los tobillos congelados por la nieve y se me han vuelto a erizar los pelos de la nuca por la inquietante sensación de que hay alguien mirándome. Echo un vistazo a los árboles, pero no veo nada —. Relájate, Calla —digo en voz alta mientras abro la puerta, esperando que le llegue mi voz. Pero no ayuda en nada a mis nervios.

Escucho un ruido unos segundos antes de que Bandido asome su carita .triangular por la puerta que lleva al gallinero. Se ha acostumbrado a su nueva scasa y a la compañía más rápido de lo que esperábamos, aunque habrá que

ver si le sigue pareciendo tan buena idea estar encerrado cuando llegue e
ıclima más cálido.
s —Has sido tú quien lo ha dejado salir, ¿verdad? —acuso a Bandidc
smientras vuelvo a meter a Zeke, esquivando las montañas de caca de cabra
que asoman entre la nieve acumulada. Cierro la puerta y tardo unos minutos
en descifrar cómo funciona el cerrojo. Si no lo conociera, pensaría que
ıBandido es incapaz de hacer algo así. Con la cabra a salvo en su lugar, hago
ɔuna pausa y me tomo un momento para contemplar las dos caras que me
ımiran fijamente. Sacudo la cabeza—. ¿En esto se ha convertido mi vida? ¿Me
pasaré los días hablando con un mapache y una cabra?

Zeke lanza un balido, patea el cerco y hace temblar toda la estructura.

e Me apresuro a entrar con la mirada puesta en el bosque.

ɔ

s



l

,Jonah empuja la puerta y trae consigo una ráfaga de aire helado. La
ıtemperatura ha bajado por la inminente tormenta.

—Hola, amor.

ı Miro el reloj, aunque sé exactamente qué hora es, con minutos y
ɔsegundos. Las siete y cuatro de la tarde. Dos horas más tarde de lo que se
ısuponía que iba a llegar. Solo una hora antes del anochecer.

—Hola —digo con la mandíbula apretada. Cuando he escuchado e
eavión, el alivio ha recorrido cada fibra de mi ser. Ahora hace treinta minutos
lque estoy cocinando mi furia a fuego lento.

y Cuelga su abrigo en un perchero y se quita las botas.

e —Algo huele muy bien.

ı —Sopa.

e —¿Es la mezcla que compraste el otro día?

Vacilo, intentando que la cordura gane a la irritación. Me enteré de que
ıJonah detesta la sopa enlatada, así que cuando vi estas mezclas ya preparadas
ı(especias e ingredientes secos a los que solo hay que agregarles carne y
everduras, como si las hicieras desde cero), metí tres en el carrito.

—Sí —respondo secamente.

—Qué bien. Justo lo que pensaba. Parece que va a nevar mucho esta noche. Tengo que ir a buscar leña. —Vacía sus bolsillos sobre el escritorio un fajo de billetes que debe de ser del viaje de hoy, una factura de combustible, el teléfono satelital y su iPhone. Se acerca para darme un beso Le pongo la mejilla. Creo que es la primera vez que lo hago. Por fin parece captar el mensaje—. ¿Te pasa algo?

—¿En serio? —Miro sus ojos azules y su ceño fruncido. ¿No se da cuenta?—. Se suponía que estarías aquí a las cinco.

—Me quedé hablando con Bo Sterling y acabé llevándolo a Talkeetna. Me pillaba de paso.

—¿Y no se te ha ocurrido llamarme?

—Te llamé cuando aterricé en Unalakleet. ¿Te acuerdas? Estuvimos hablando como diez minutos mientras volvías a casa.

—¡Jonah! ¡He estado a dos segundos de llamar a la policía para denunciar tu desaparición! —Se me quiebra la voz.

—Oh, por favor —gruñe y se pellizca el puente de la nariz—. Estás exagerando…

—¡No estoy exagerando y lo sabes! ¡Es el primer día que llegas una hora y media tarde! —Se me escapan unas lágrimas de rabia y siento su calor cuando ruedan por mi piel—. Tienes un itinerario que cumplir y un teléfono satelital para llamarme si cambias de planes. ¡Es así de simple! Y es la única forma que tengo de saber que no te ha pasado nada. —Me limpio la mejilla con la palma de la mano, molesta conmigo misma por no poder mantener mis emociones a raya—. No conozco a nadie a quien acudir para seguirte el rastro. ¡He tenido que llamar a Agnes!

Fue a la primera persona a la que he llamado cuando seguían pasando los minutos y no tenía noticias de él, no sabía si debía preocuparme o no. Me dijo que esperase mientras investigaba y me confirmó que Jonah había salido de la pista de Unalakleet una hora más tarde de lo previsto con Bo. Después habló con un piloto en el aeropuerto de Talkeetna (porque conoce a Bo y sabe de dónde es) y me confirmó que Jonah había aterrizado allí.

Pero yo no conozco a Bo. Yo no conozco a nadie que trabaje en e

aeropuerto de Unalakleet ni a ningún piloto que pueda haber estado en aTalkeetna al mismo tiempo que Johan. Solo sé que Jonah tenía que estar aquí :a las cinco en punto y no ha sido así, y no me ha llamado para avisarme.

e —Puede que te acostumbrases a hacer esto cuando volabas para mi .padre, pero aquí solo estamos tú y yo, y solo yo cuando tú te vas, y no sé a equién llamar o cómo saber dónde estás y tampoco puedo estar llamando a Agnes todo el tiempo para que te siga el rastro cada vez que no apareces a la ahora acordada. No puedo quedarme aquí sentada preguntándome si debería preocuparme, si debería llamar a alguien o hacer algo. ¡Imaginándote edestrozado sobre una pila de metales en medio de la nieve! —El reproche sale de mi interior con fuerza—. ¡Sabes perfectamente que no puedes cambiar los planes sin llamar! —Me lo dijo el día que dejamos la cabaña de sseguridad y salimos a buscar a los montañistas perdidos. Sabía que Agnes y mi padre no estarían contentos, pero lo hizo de todos modos.

r Ahora que soy yo quien espera junto al teléfono a que informe de su situación (y la única que tiene el registro de sus idas y venidas) me doy cuenta sde lo imbécil que es cuando hace esas cosas.

Jonah aprieta la mandíbula y contengo la respiración, esperando a que me ydiscuta por qué él tiene razón y por qué yo estoy equivocada.

o —Lo siento. No me he dado cuenta de la hora que era. —Sus palabras lreducen considerablemente mi furia. Una inesperada ola de alivio me recorre emientras se desploma en la otra silla y se arrastra más cerca de mí—. Mírame aCalla. —Miro sus ojos azules, sinceros—. Estoy bien…

s —No se trata de eso.

e —Lo sé. —Coge mi mano entre las suyas—. He estado hablando con Bo Dirige una empresa de excursiones. Quería saber si me interesaría hacer unos sviajes para él durante el verano, para llevar y traer gente del Glaciar Ruth. El epiloto con el que trabajaba tiene problemas de salud y se enteró de que yo oestaba formando mi propia empresa. Nos conocemos desde hace mucho.

s —Conoces desde hace mucho tiempo a media Alaska —musito.

y —¿Qué quieres que te diga? Me emocioné. Bo es un buen hombre y está cerca. Serán unos buenos ingresos para el verano. —Suspira—. Me estresa lmucho la incertidumbre de no saber si tendremos suficientes viajes como

ıpara conseguir un sueldo decente.

í —¿En serio? —No lo ha mencionado, ni siquiera lo ha insinuado— Pero, Jonah, te va a ir bien. Todos te adoran.

i —Pueden adorarme todo lo que quieran. Pero hasta que no vea un flujo ıde ingresos estables, eso no significa nada. Mantener los aviones es caro y ısiento que he estado gastando los ahorros más rápido de lo que esperaba.

ı —Bueno, sí. Acabamos de comprar una casa.

ı —Ya. Y sé que eso conlleva muchos gastos: ventanas nuevas, mejoras en eel baño, muebles. Todo cuesta dinero. Y ahora, con la empresa, tengo que epreocuparme por un montón de cosas que antes, cuando trabajaba para sWren, no tenía en cuenta. O sea, no es que no me importasen, pero no eran ecosas que salieran de mi bolsillo. Lo que pasa es que… Es mucho a lo que yacostumbrarme y a veces me pregunto si no te he arrastrado hasta aquí para verme fracasar. —Noto como hunde los hombros cuando dice esas palabras ıtan sinceras: no sé si es por el alivio de confesarme sus angustias o por lo ımucho que le pesan. En cualquier caso, es la primera vez que reconoce tener dudas sobre El Yeti o sobre la compra de la casa de Phil. Es la primera vez eque demuestra algo diferente a confianza ciega en su plan. Inclina la cabeza —. La cuestión es que me quedé tan enfrascado en la conversación con Bo y sesta nueva oportunidad que perdí la noción del tiempo. No debería haberlo ehecho y te pido perdón. No es justo para ti y haré todo lo posible para que ,no se repita.

El silencio se instala en esta diminuta oficina con vista privilegiada al lago helado y a la cadena montañosa. Estoy pensando qué decir, cómo reducir sus .preocupaciones. Esta versión de Jonah inseguro me desconcierta. Él es el sconsistente y estable de la relación.

l —Antes que nada, tú no me has arrastrado aquí. Vine porque quise. Y, si ɔEl Yeti fracasa, fracasamos los dos. Tú y yo. Pero eso no pasará. —Le aprieto la mano—. Recuerda que te debo la mitad de lo que ha costado todo esto Pronto tendrás el dinero. Y, cuando reciba la herencia, puedo pagar…

á —No. —Niega con firmeza—. Ya te lo he dicho, ese dinero es tuyo ıWren no te lo dejó para que me mantengas. Además, ya me ha dejado más ɔque suficiente.

Lo miro muy seria.

—Eres un cabezota.

—Puede ser, pero no me importa. Necesito estar seguro de que puedo mantenernos. Es importante. Si no puedo hacerlo con lo que me dejó Wren entonces quizá no debería tener mi propia compañía. —Coge un bolígrafo y lo deja caer.

—Debes tenerla. —Lo creo con todo mi corazón. He visto trabajar a Jonah en Wild y lo he visto volando por toda Alaska ayudando a la gente. Su lugar está en el aire. Pero también sé que una buena parte de todo esto se debe al orgullo masculino tan arraigado que vuelve a Jonah quien es. Insistirle con que lo que me dejó mi padre podría mantenernos durante un tiempo no eva a servir de nada. Cojo un bolígrafo y un cuaderno—. ¿Cómo se llama la empresa de Bo?

—Expediciones Alaska. —Hace una pausa—. ¿Por qué?

Lo apunto.

—Tendré que llamarlo para pedirle sus datos de facturación y así poder emitirle las facturas como corresponde. Y también necesito la información del doctor de Unalakleet para poder incluirlo en los registros. No puedes venir y tirarme el dinero en la mesa al anochecer. Así no es cómo funciona un negocio serio.

Jonah apoya su mano sobre la mía y detiene mi garabateo.

—Lo siento.

Me trago lo que quedaba de ira.

—Todo va a salir bien, Jonah. No vas a fracasar. No creo que seas capaz de fallar.

Me aparta un mechón de la frente.

—Y tú no puedes estar todos los días pensando que me voy a estrellar Calla. Vas a volverte loca.

—Lo sé. —Eso fue lo que volvió loca a mi madre y el motivo principal por el que acabó huyendo—. Creo que necesito un poco de tiempo para acostumbrarme.

—Y lo de hoy no ha ayudado, ¿verdad? —Le fulmino con la mirada. Se ríe mientras me da un beso—. ¿Te ha perseguido algún otro animal después

de que habláramos?

—Sigue sin ser gracioso —le advierto—. Por cierto, Zeke se escapó Bandido debe de haber descubierto la forma de abrir el cerrojo.

Sacude la cabeza.

—Maldito animal. Voy a tener que añadir algo más.

—Sí, mucha suerte. —Tim y Sid, los mapaches de mamá y Simon se han ametido en el contenedor de compostaje tantas veces que ya no creo que haya algo que pueda ganarle a la determinación de un mapache por entrar. O, en este caso, salir.

—Y… —Jonah me acaricia el muslo con cariño—. ¿Cómo te has librado del ataque de la cabra? Debe de haber sido una experiencia espantosa.

Ya estoy sonriendo.

—Cállate.

Me sienta sobre su regazo.

—¿Sabes qué? No estoy acostumbrado a las reprimendas. En especial si rson de un Fletcher. —Desliza sus fríos labios por mi clavícula y hace que un escalofrío me recorra el cuerpo entero—. Pero viniendo de ti me parece sexy.

Me deleito en la sensación de los brazos de Jonah envolviéndome, toda mi furia se ha desvanecido en cuestión de minutos y ahora es como si jamás hubiera existido. Es irónico pensar que hubo una época en la que me resultaba extraño no querer estrangular a Jonah. Ahora, estar disgustada con él hace que todo mi mundo se tambalee.

—Tienes que encontrar otro modo de excitarte.

—Conozco uno muy bueno. Siempre funciona. —Sus manos congeladas se cuelan debajo de mi suéter y me hacen chillar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Para! ¡Estás helado! —grito mientras lucho para liberarme. Pero Jonah me sujeta con firmeza y sonríe mientras sus dedos trepan por mi columna y me desabrochan el sujetador. Entonces le suena el móvil y el nombre de Agnes aparece en la pantalla—. Tienes que contestar.

Gruñe.

—No quiero. Me va a gritar.

—¿Agnes? ¿Gritar? —Esa mujer es la persona más calmada que conozco No sé si es capaz de cabrearse incluso. Sin duda yo nunca lo he visto.

—A su manera. —Mete las manos en mi sujetador y agarra mis pechos .Sigue teniendo las manos frías, pero mucho menos que antes.

—Una pena. Es hora de pagar por tus errores. —Agarro su teléfonc antes de que pueda detenerme, presiono «Responder» y se lo acerco a l oreja.

Se queda mirándome.

—Hola, Aggie… Sí… Ajá… Lo sé. —Deja caer las manos (posponiendc nuestro momento), coge el teléfono y me aparta de su regazo. Con un palmadita en mi trasero, sube las escaleras.

Respiro aliviada porque todo haya vuelto a la normalidad entre nosotros.

Tardo unos minutos en terminar la publicación de Calla&Dee en la qu estaba trabajando (sobre Zeke y la perturbadora, aunque posiblemente imaginaria, experiencia con el animal que he tenido hace un rato), lo guardo y lo cierro.

Sintiendo una corazonada abro el correo de El Yeti y me encuentro co un mensaje sin leer. Cuando veo el asunto, hago clic para saber más.

Acto seguido, se me escapa un grito de emoción cuando me encuentro con los detalles de nuestra primera reserva.

—A su manera. —Mete las manos en mi sujetador y agarra mis pechos. Sigue teniendo las manos frías, pero mucho menos que antes.

—Una pena. Es hora de pagar por tus errores. —Agarro su teléfono antes de que pueda detenerme, presiono «Responder» y se lo acerco a la oreja.

Se queda mirándome.

—Hola, Aggie… Sí… Ajá… Lo sé. —Deja caer las manos (posponiendo nuestro momento), coge el teléfono y me aparta de su regazo. Con una palmadita en mi trasero, sube las escaleras.

Respiro aliviada porque todo haya vuelto a la normalidad entre nosotros.

Tardo unos minutos en terminar la publicación de Calla&Dee en la que estaba trabajando (sobre Zeke y la perturbadora, aunque posiblemente imaginaria, experiencia con el animal que he tenido hace un rato), lo guardo y lo cierro.

Sintiendo una corazonada abro el correo de El Yeti y me encuentro con un mensaje sin leer. Cuando veo el asunto, hago clic para saber más.

Acto seguido, se me escapa un grito de emoción cuando me encuentro con los detalles de nuestra primera reserva.

Capítulo 15



ABRIL

—Muy bien, señorita Fletcher, gire a la derecha. —La mujer de pelo castañ
me mira con perspicacia a través de las gafas con una carpeta en la mano y e
bolígrafo listo para completar las casillas del informe mientras enciendo e
intermitente y conduzco por una calle secundaria de Wasilla. Cuando me h
levantado esta mañana (el día del examen práctico de conducir) y he visto
caer los gruesos copos de nieve y la capa que se había formado durante l
noche, he entrado en pánico. Pero ya habían pasado las quitanieves
despejar las carreteras. El examen ha empezado hace quince minutos y, hast
ahora, no me he saltado ningún stop ni he cometido ningún otro error—
¿Ve ese Ford que está delante? —Señala una camioneta verde aparcada a u
lado de la calle—. Me gustaría que aparcase detrás de él.

—De acuerdo —digo mientras agradezco para mis adentros. Es amable
ha escogido una calle tranquila y un coche que no tiene nada detrás. M
acerco a la camioneta mirando por los espejos retrovisores. Es pronto y n
viene nadie.

Aprieto con fuerza el volante para tranquilizarme. ¿Phil no podí
habernos dejado un sedán pequeño? Respiro hondo, vuelvo a mirar por lo
espejos, meto la marcha atrás y empezamos a retroceder.

Percibo un destello de movimiento en el espejo derecho y la camioneta s
sacude.



—¿Por qué es culpa mía? —Miro el suspenso que tengo en la mano, a punto de echarme a llorar.

—En el examen práctico no puedes chocar con nada. Es un suspenso automático. —Jonah se levanta la gorra de béisbol para peinarse y se la vuelve a poner—. ¿Cómo no has podido ver a un alce?

—¡Ha salido de la nada! —exploto.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Guaaau… Vale. Solo quiero entender qué ha ocurrido —dice.

—¡No sé qué ha pasado! Me dijo que aparcara detrás de la camioneta. Había una carretera, una acera amplia y un árbol… —balbuceo intentando comprender cómo puede ser que un alce adulto haya cruzado la calle para acabar justo detrás de mi camioneta cuando estaba retrocediendo sin que yo lo viera—. Estaba nerviosa y buscaba coches, no alces.

—Tiene sentido —dice Jonah, pero intuyo que no termina de creérselo.

—La examinadora tampoco lo ha visto. —Me asalta una idea—. ¿Y si sí lo ha visto? ¿Son así los exámenes prácticos en Alaska? ¿Sueltan un alce en el pueblo para que se te cruce como parte del examen?

Jonah se ríe y coge mi mano entre las suyas.

—No, mi amor. Solo ha sido una extraña casualidad.

—¿Por qué a mí? —Estaba lista. Llevo practicando con Jonah desde que me dieron la fecha para el examen. ¡Y ahora soy una mujer de veintiséis años que ha suspendido el examen de conducir porque ha chocado con un alce! ¡Apuesto a que es la primera vez que ocurre una cosa así en la historia de los exámenes de conducir! Apuesto a que la gente de la oficina de tráfico se lo está pasando en grande con mi historia. Mas allá del enfado y la desilusión estoy avergonzada.

Arranca el motor.

—Por lo menos ibas despacio y nadie se ha hecho daño. —Se ha roto una luz trasera de la camioneta de Phil, pero el alce se ha alejado caminando —. No es para tanto. La gente suspende el examen de conducir todo el tiempo. En una semana pides una nueva fecha y lo vuelves a intentar.

¿Y si vuelvo a suspender?

¿Cuánto tiempo más estaré encerrada en casa, confiando en que pase la

›quitanieves para poder ir al pueblo en una moto de nieve mientras Jonah trabaja?

› Jonah sale del aparcamiento.

a —No se lo digas a nadie, por favor.

—No lo haré.

—Y no te atrevas a burlarte de mí —advierto con severidad.

Alza las comisuras de los labios.

—Jamás. —Se acerca para apoyar la palma de la mano sobre mi muslo— .No te preocupes. Algún día te reirás de esto.

› —Ya tengo muchas cosas de las que reírme más adelante… —musito.

a

›

í

l

e

s

!

s

›

,

›

›

l

a

quitanieves para poder ir al pueblo en una moto de nieve mientras Jonah trabaja?

Jonah sale del aparcamiento.

—No se lo digas a nadie, por favor.

—No lo haré.

—Y no te atrevas a burlarte de mí —advierto con severidad.

Alza las comisuras de los labios.

—Jamás. —Se acerca para apoyar la palma de la mano sobre mi muslo—. No te preocupes. Algún día te reirás de esto.

—Ya tengo muchas cosas de las que reírme más adelante… —musito.

Capítulo 16



—Mark Sheppard me ha dicho que le está dando trabajo a Jonah.

—Mark Sheppard, John McGee, Nathan Minesult… Jonah ha volado cas todos los días que ha hecho buen tiempo. —Le doy la vuelta a la vasija de cerámica color crema para mirar el precio.

Y mientras él volaba, yo me he dedicado a hacer una lista de contacto por toda Alaska, para ofrecerles nuestros servicios, pero también por s vuelve a cambiar la ruta sin llamarme. Hasta ahora, ha cumplido su palabra.

—Me lo imaginaba. Conoce a mucha gente y todos los días entra alguier a Aro preguntando por él.

Puedo oír la sonrisa en la voz de Agnes, suena como una madre orgullosa.

—No me puedo creer que estuviera tan preocupado. También entrar reservas por internet. La semana que viene llevará a una periodista de viajes Y el equipo de localizaciones para una película quiere reservar una semana entera a principios de mayo. —Es genial que los días se estén alargando porque necesita tanta luz como sea posible. También significa que pasamos menos tiempo juntos cuando no puedo acompañarlo.

Esos días intento mantenerme ocupada.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta.

—Voy a preparar una tarta de chocolate por el cumpleaños de Jonah aunque no quiere cogerse el día libre.

—Nunca he conseguido que celebrara su cumpleaños.

—Yo no sabía que no lo celebraba, pero tengo dos días para convencerlo —Vuelvo a dejar la vajilla en su sitio: está cascada por el borde—. Y estoy haciendo unas compras. He pensado en echar un vistazo a la tienda de

segunda mano del pueblo. —Un lugar que está a diez minutos de nuestra casa. Cuando Jonah se marcha, tengo que limitarme a distancias cortas o pagar una gran suma de dinero por un Uber hasta Wasilla.

Estoy deseando tener el carné de conducir. El próximo examen es dentro de tres semanas.

—¿Tú en una tienda de segunda mano? —Agnes no consigue ocultar la incredulidad de su voz.

Me río.

—Estoy intentando abrazar la idea de reciclar y reutilizar para la decoración de la casa. —Desde que Jonah me contó su preocupación sobre nuestros ingresos, me estoy conteniendo y no estoy gastando tanto para no estresarlo—. Es un desafío y me mantiene ocupada. —Y también mantiene entretenida a la mujer canosa que está al otro lado del mostrador y que me mira fijamente (como si fuera a robar algo de una tienda de segunda mano). Quizá sería más amable si hubiese acompañado a Jonah el día que trajo todo lo que donamos de la casa—. ¿Cómo va todo en Aro?

—Bueno… Bien. No es lo mismo, pero nada es para siempre. —Agnes suspira—. ¿Y qué sabes de Diana? ¿Cuándo vendrá a visitarte?

—Está intentando venir en agosto, pero Aaron le ha dicho que lo tiene complicado y ella no quiere venir sola. —Intento que el fastidio no se refleje en mi voz. No debería sorprenderme. Nunca hemos salido sin que él apareciera en algún momento de la noche o por lo menos la llamara.

—Agosto es una buena fecha y hay menos insectos —reflexiona Agnes—. ¿Y tu madre?

—Dicen que para Navidad. —Otra decepción que intento ignorar aunque entiendo el razonamiento de mi madre: dos Navidades separadas no es una opción—. Pero la madre de Jonah quiere que vayamos a Oslo.

—Tal vez deberías invitar a la familia de Jonah a Alaska, entonces.

Me estremezco ante la idea.

—Sí… No sé. —Contamos con tres dormitorios, así que habría sitio de sobra para tener a nuestros padres bajo el mismo techo. Pero aguantar mental y emocionalmente sería otra historia.

—¿Has conocido ya a Astrid?

—No, creo que no han vuelto a Alaska desde que se fueron. —Deambulo por el pasillo y me detengo cuando veo la batidora de mano que encontré enterrada en las profundidades de nuestro armario—. La he saludado mientras hablaba con Jonah por teléfono, pero eso es todo. — Hablan una vez al mes porque es difícil sortear las diez horas de diferencia horaria. Parece agradable, es una mujer de voz suave con un marcado acento noruego y que suele cambiar abruptamente a su lengua materna mientras habla, algo que frustra mucho a Jonah porque con el tiempo ha ido perdiendo el idioma.

Pero ¿y si me odia? ¿Qué pasa si piensa que no soy lo suficientemente buena para su hijo? ¿A él le molestará? Sé que a mí sí me molestaría. Llegados ea ese punto, Jonah y yo llevaremos un año de convivencia. ¿Habremos hablado ya sobre matrimonio?

¿Estaremos comprometidos?

Un revoloteo inesperado se instala en mi pecho solo con pensarlo.

—Bueno, una Navidad con toda la familia en una cabaña parece un plan sestupendo. —No hay rastro de sarcasmo en el tono de Agnes—. ¿Has encontrado algo que valga la pena?

—¡Sí! Una escalera antigua que voy a usar para colocar las mantas. Y un emarco de fotos grande y muy decorado que creo que voy a pintar para usar lcomo bandeja. —Tendré que volver con Jonah para cargarlo todo en la camioneta.

—Estoy deseando ver vuestra casa.

Sonrío y asiento, aunque no pueda verme.

—¿Cómo está Mabel?

—Ah… —Hace una larga pausa—. Está bien.

Una alarma suena en mi cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada de lo que debas preocuparte. Son cosas de adolescentes.

—¿Por ejemplo? —insisto.

Agnes vacila.

—Dejó su trabajo en Whittamore's la semana pasada, sin previo aviso. Y sale con un grupo de chicos que preferiría que evitara.

—Sí parecen cosas de adolescentes —coincido. Pero no creo que Agnes tenga el carácter para lidiar con una chica en su etapa rebelde, menos estando sola—. ¿Cuándo venís de visita? —Hace más de un mes que nos mudamos.

—¿En un par de semanas? George me ha dicho que tiene un vuelo por la zona. Ya veremos. Pero ahora tengo que dejarte. Me está llamando Howard. Que te diviertas reciclando.

—Hablamos pronto. —Cuelgo y me dirijo al mostrador con la intención de pagar mis hallazgos y pedirle a la señora que me los guarde hasta que pueda venir a buscarlos.

Me llama la atención una mesa baja y me detengo en seco. Me inclino y paso el dedo por la madera para confirmar que es lo que creo que es antes de apartar la caja con lámparas y objetos de porcelana que tiene encima. Debajo hay una preciosa mesa de madera lacada con un veteado fascinante. Tiene algunos arañazos, pero nada que no pueda pulirse o disimularse. Es un mueble igual de bueno que los que había encontrado por internet y solo lo están usando para sostener una pila de basura polvorienta.

—¿Está a la venta? —pregunto entusiasmada.

La dependienta se acerca cojeando, como si tuviera problemas de cadera y se detiene junto a mí.

—¿Cuál? —Rebusca entre las lámparas oxidadas.

—No, esas no. La mesa baja.

—¿La mesita? —La mira por encima de las gafas—. Bueno, supongo que podría venderla y poner estas cosas en algún estante… —Su voz va muriendo mientras mira a su alrededor. La pequeña tienda está llena.

Si no le hubiese insistido a Jonah para que tirara las mesitas de Phil se las habría ofrecido. Pero ahora es tarde para arrepentirse. Se me retuerce el estómago del entusiasmo que me provoca la idea de hacerme con este objeto.

—¿Cuánto quieres por ella?

—No lo sé. —Frunce el ceño, indecisa, no sé si por el precio o porque no sabe si le conviene venderla—. ¿Cuánto estás dispuesta a pagar?

Probablemente mucho más de lo que ella sospecha.

—¿Cuarenta dólares? —pregunto y contengo la respiración.

Tuerce el gesto y piensa.

—¿Qué tal cincuenta?

—¡Hecho! —exclamo. Tal vez demasiado rápido, porque la mujer vuelve a mirar la mesa y entrecierra los ojos. Seguramente se está preguntando si tiene algo que vale más de lo que ella cree.

—Bueno, no lo sé. La verdad es que es bastante útil…

—Mi madre tenía una igual —miento, controlando la expresión de mi rostro lo más rápido que puedo—. Le hará muchísima ilusión cuando se la de para su cumpleaños.

La mujer me mira con perspicacia.

—¿Y qué le pasó a la suya?

—¿Un incendio? —Asiento con solemnidad, aunque mi respuesta suena dudosa. No me puedo creer que haya recurrido a inventarme una horrible tragedia. Iré al infierno, y todo por una mesita.

Tras otra larga pausa reflexiva, la mujer se da la vuelta y vuelve cojeando al mostrador.

—Tendrás que llevártela tú misma. No puedo moverla con la cadera así y Kent no está.

—No hay problema. —Aprieto los labios para contener la alegría (porque he estado a punto de gastarme diez veces más) y saco el dinero. Alzo la pesada mesa y me escurro por la puerta como un ladrón afortunado.

Hasta que salgo.

—Mierda —maldigo entre dientes mientras miro la vieja moto de nieve aparcada.

Estaba tan eufórica que he olvidado cómo había llegado aquí.

Me paso cinco minutos maldiciendo a Jonah por estar trabajando y al alce por cruzarse en mi camino durante mi examen de conducir mientras intento colocar la mesa en mi regazo de forma que yo pueda conducir. Finalmente acepto que no hay manera de que pueda llevarla a casa sin que me pare la policía o me estrelle.

Considero volver a dejarla dentro y pedirle a la señora que me la guarde pero enseguida descarto la idea porque temo que entre en razón y cambie de idea. Me lo merecería por haberle mentido.

Faltan horas para que Jonah vuelva.

Llamo a la única persona que conozco en Trapper's Crossing.



¡La camioneta de Toby entra en el aparcamiento quince minutos después de que le llamara. Hace dos semanas que no lo veo, desde que le llevé la segunda moto de nieve a revisión.

Yo sigo en el asiento de mi moto de nieve, abrazada a mi precioso hallazgo. Apaga el ruidoso motor y se baja de un salto.

—Hola. Muchas gracias por venir. Y tan rápido.

—Sí. No hay problema. Ese motor puede esperar. —Se rasca la barba que le ha crecido aún más desde que lo conocí, mientras mira con curiosidad la mesa baja en mi regazo—. ¿Has dicho que necesitabas mi ayuda con algo importante?

Le doy unos golpecitos a la superficie y bajo la voz en un tono conspirador.

—Esta mesa vale una fortuna y se la he comprado por cincuenta dólares. ¡Una locura. Pero no puedo llevarla yo sola y no confío en que la mujer se lo piense de nuevo y no quiera vendérmela.

—Mover una mesa. Para eso necesitabas ayuda —dice despacio.

—Sí. —Sonrio con timidez y espero a que el fastidio aparezca en su rostro.

Sacude la cabeza.

—¿Por qué no has traído la camioneta?

Gimo.

—Porque choqué con un alce cuando estaba aparcando y suspendí el ¡examen de conducir y, te lo juro por Dios, si se lo cuentas a alguien, ya no somos amigos! —Aunque sospecho que eso sería un castigo más para mí que para él dado que lo considero mi único amigo en Trapper's Crossing y en realidad no es más que un conocido.

—Chocaste con un alce. —Baja la voz y sus rasgos se transforman con una sonrisa—. Oye, ¿alguna vez has visto Schitt's Creek?

—¿No? ¿Es una serie de televisión? —El nombre me resulta familiar— ¿Hay alguien que choca con un alce en su examen de conducir? Por favor dime que sí.

—No. Qué va. Por algún extraño motivo toda esta situación me recuerda a ese programa. —Vuelve a mirar a la mesa—. ¿Puedo ponerla en la parte trasera de la camioneta o hay que envolverla con plástico de burbujas y mantas?

—¿Tienes plástico de burbujas y mantas? —Es una broma a medias.

Se ríe.

—No, pero quizá Candace sí. Es la dueña de la tienda.

—¿Por qué no intentamos meterla en el asiento trasero? —La culpa que me genera la mentira aumenta, en especial ahora que sé su nombre.

Abre la puerta y me quita la mesa de encima.

—¿La has traído hasta aquí tú sola? —Cuando asiento, me estudia con curiosidad—. Eres mucho más fuerte de lo que pareces.

—Es que estaba muy motivada. Encontré una mesa como esta en internet por mil dólares y me moría por comprarla, pero Jonah no quería ni escucharme.

Deja salir un silbido lento y largo.

—No lo culpo. En especial porque es probable que alguien se la haya donado a Candace. Eso o la encontró en la basura. —Me sorprendo y mi gesto lo hace reír. Toby mete la mesa con cuidado, no sé si lo hace para proteger el mueble o su camioneta. Entra perfecta—. Candace me regaló mis primeros patines cuando tenía nueve años. Los encontró en un vertedero. A partir de ahí, año tras año aparecía en mi puerta con un par una talla más grande. Lo hizo hasta que cumplí diecisiete años. Siempre ha sido buena conmigo.

—Bueno, ahora sí que me siento mala persona —musito.

Toby cierra la puerta con un portazo.

—¿Por qué?

Me pongo el casco.

—Por nada.

Abre la puerta del conductor.

—¿Nos vemos en tu casa?

—¡Ve con cuidado!



Encuentro a Toby sentado en los escalones de la entrada cuando llego con la moto, solo unos minutos más tarde que él. Ya ha sacado la mesa, que espera junto a la puerta principal.

Zeke está quieto a unos metros de distancia, mirando a Toby y emoviéndose sobre las pezuñas, como si estuviera listo para embestir al primer movimiento brusco.

Gruño mientras apago el motor. Jonah debe haberse olvidado de pasar el alambre por la traba cuando fue a darle de desayunar. Es lo único que Bandido no ha podido descifrar.

Justo cuando me quito el casco, la vieja cabra viene trotando hacia mí ichillando a todo pulmón.

—¡He intentado atraparlo, pero no me hace caso! —exclama Toby.

—Sí, odia a los hombres. —Me bajo de la moto de nieve.

—No deberíais dejar suelta a una cabra. Es presa fácil para lobos y osos.

—No la dejamos suelta. Es nuestro mapache, que le abre el cerrojo. —Frunzo el ceño mientras me aparto para que Zeke no me mordisquee el sabrigo. Al menos ya no siento esa repulsión cuando lo veo. Se fue disipando y ahora solo ha quedado un fastidio generalizado.

Toby arquea las cejas.

—¿Vuestro mapache?

—Por desgracia. Ahora vuelvo.

—Si abres la puerta, puedo ir metiendo esto —se ofrece Toby.

Le lanzo mis llaves y me doy la vuelta regañando a Zeke mientras trota detrás de mí dando saltitos. Cuando la cabra vuelve a estar segura en su granero (por ahora) voy hacia dentro de la casa, feliz de recibir algo de calor.

Toby está parado en la sala de estar con las manos en las caderas contemplando el espacio relativamente vacío.

Siento cómo se apodera de mi rostro una sonrisa tonta cuando miro la mesa. Es aún mejor de lo que me imaginaba. La alfombra que tengo añadida en el carrito de una tienda a la espera de ser comprada completará el salón.

—Muchas gracias por ayudarme.

—No hay de qué. Dios mío, este lugar ha cambiado mucho.

—Ese es el objetivo. —Hemos pulido el suelo de la planta principal (un proceso muy complejo, que duró seis días e implicó alquilar una pulidora a conseguir rodilleras que no nos quitaban el dolor, y litros de tinte y poliuretano que, a pesar de los guantes, me siguen pelando la piel. Pero valió la pena por el resultado. Nuestros suelos de nogal oscuro le dan al cuarto una sensación fresca y renovada)—. Debería ir más a las tiendas de segunda mano. O quizá a los vertederos. —Dejo mi bolso sobre la encimera de la cocina—. Jamás pensé que diría esas palabras. —Toby se ríe y aparecen dos hoyuelos en la parte alta de sus mejillas, debajo de sus ojos—. ¿Crees que podría encontrar unas mesas auxiliares que hagan juego?

Se encoge de hombros.

—Nunca se sabe. Pídele a Candace que esté atenta. —Hace una pausa— O puedes ver si Roy te hace unas.

—¿Roy? —Frunzo el ceño—. ¿Mi vecino viejo y gruñón que tiene un arma y dos perros lobo? ¿Ese Roy?

—Sí. Es carpintero profesional. Hace los muebles en ese granero enorme que hay en su propiedad. Seguramente no le cueste nada hacer unos así. No es complicado.

—Por eso estaba cubierto de serrín —murmuro para mí misma.

—He oído que es muy bueno, pero no acepta encargos. Construye lo que le da la gana y los envía adonde quiere.

—No me sorprende. —No me lo imagino haciendo equipo—. ¿Qué narices le pasa? —Aparte de odiarnos a Jonah y a mí.

Toby sacude la cabeza.

—Nadie lo ha averiguado. Vive ahí desde hace años. Es retraído, hace muebles y cría cabras y gallinas. Además, es bastante tacaño. Cuenta cada centavo y no es amable con los vecinos. Algunas veces ha ido a las reuniones del ayuntamiento, cuando había que votar algo importante y casi siempre

acaba peleándose a gritos con mi madre en el aparcamiento. Hace unos años en medio de una de esas peleas, cayó redondo por un infarto. Lo llevamos corriendo al hospital y tuvo suerte de que no estuviera solo cuando le pasó —Toby sonríe—. Aunque no creo que se ponga así si no está mi madre para provocarlo.

Cuanto más escucho sobre la madre de Toby, más curiosidad tengo por conocerla.

—¿Siempre ha estado solo?

—Hasta donde yo sé, sí. Mi madre dice que estuvo casado antes de venir aquí, pero su esposa lo abandonó. No me preguntes por qué ni cómo se enteró.

Suspiro.

—Seguro que fue porque es un imbécil.

Toby me da la razón con un gruñido.

—Por cierto, ¿cómo van las motos? El otro día mi padre me preguntó por ti. No hemos vuelto a verte desde que viniste a revisar los motores.

—Sí, lo sé. Me da miedo salir a correr, incluso con el espray para osos —admito avergonzada—. Cuando estoy fuera tengo la impresión de que hay algo observándome. —Por suerte hoy no he tenido esa inquietante sensación pero la he sentido más de una vez—. Sé que es una locura.

—Imagino que tendrás que acostumbrarte.

—¿Te refieres a no preocuparme porque me persiga un oso o me aceche un lobo o me pisotee una madre alce cada vez que salga a hacer ejercicio? Sí —Toby se ríe—. En cualquier caso, estoy deseando sacarme el carné para volver al gimnasio. Ojalá no estuviera a media hora de distancia. —Su mirada recorre la chimenea. No parece tener ninguna prisa por volver al trabajo— ¿Venías mucho por aquí?

—Sobre todo, para reparar el avión de Phil. —Camina hacia la estantería en la que puse las fotos familiares enmarcadas: las que tenía Jonah en su casa y algunas mías—. Colette y mi madre eran muy amigas. Me llamaba para que los ayudara, en especial durante los últimos años, cuando Phil ya no podía con todo.

—¿Y por qué trabajas con máquinas pequeñas cuando sabes arreglar

,aviones? —pregunto con curiosidad. Jonah y Toby tienen que conocerse y srápido.

. Se encoje de hombros.

a —El complejo no es el mejor lugar para trabajar con aviones. Estuve trabajando un poco con Sid Kesslar, en el kilómetro sesenta y ocho de la rcarretera, pero, entre tú y yo, estafa a sus clientes. No lo soporto. Pero tampoco estaba planeado que yo volviera.

—¿Y por qué lo has hecho?

r —Porque a veces las cosas salen mal. —Levanta la foto de Diana—. ¿Tu ehermana?

Me distraigo un momento.

—Mejor amiga. Soy hija única. —Aunque durante cinco minutos de verano pasado estuve convencida de que mi padre tenía una hija secreta Mabel—. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

ó —Un hermano. Deacon.

Recuerdo la foto de caza que hay colgada en la pared en la Casa Ale.

- —¿Más mayor o pequeño?

y —Es más pequeño. Dos años menos.

, —¿También ayuda en el complejo? —Si es así, no me lo he cruzado aún.

—Lo hacía —dice Toby y deja la foto en su sitio—. Antes de desaparecer.

e Frunzo el ceño y repito sus palabras en mi mente por si he escuchado .mal.

a —¿Con desaparecer te refieres a algo así como que se mudó a Miami y ya ano os habláis?

. Toby me mira y en sus ojos grises hay un rastro de humor mezclado con nostalgia.

a —Más bien como que se fue a cazar un día hace cinco años y no hemos avuelto a saber nada.

e Me recorre un escalofrío.

a —Oh, Dios mío. ¿Está…? Quiero decir… ¿Crees que puede estar en algún lado?

r —Nah. No vivo, al menos. Estuvimos meses buscándolo. Policías

yestatales, la patrulla de búsqueda y rescate, voluntarios.

Mi estómago se desploma. Me siento una cotilla (y la verdad es que no conozco tanto a Toby), pero no puedo evitar preguntar.

e —¿Qué ocurrió?

a —Bueno… —Se apoya en el respaldo del sillón y cruza los brazos como si se estuviera preparando para contar una historia—. Fue con dos amigos a cazar a un sitio en las afueras de Fairbanks. Yo me había roto el ligamento cruzado anterior hacía unos meses y me estaba recuperando de la operación asino también hubiese ido. En fin, hacía un tiempo horrible y no estaban teniendo suerte. Sus amigos querían volver al campamento, pero el cabezota de Deacon siguió fuera, solo. Les dijo que volvería en un par de horas y que lles avisaría por walkie-talkie si cazaba algo para que lo ayudaran a cargarlo :Cuando anocheció y no había vuelto ni respondía a la radio, salieron a buscarlo. Encontraron su quad en el mismo sitio en el que lo había dejado Intentaron avanzar, pero ya se habían alejado un par de kilómetros de la ruta y estaba oscuro. Ahí fue cuando informaron de su desaparición. Siguieron buscando al amanecer, pero no encontraron nada.

—¿No encontraron nada de nada?

—No, solo la radio tirada en el suelo y huellas. —Alza las cejas y me mira ea los ojos. Vacila—. Suyas y de un oso pardo. —Siento una presión en la boca del estómago—. Había algunos casquillos en el suelo. Al parecer le odisparó un par de veces. Siguieron las huellas hasta en río, donde desaparecían.

a —¿Y entonces? —No quiero saber la respuesta.

—Barrieron la zona, pero no encontraron ni a Deacon ni al oso. Todo nindica que tropezaron en el precipicio, cayeron al río y se los llevó la corriente. Fue eso o el oso lo cazó cuando intentaba cruzar. Aunque, cuando spasa algo así, suelen encontrar los restos.

—¿Cuando? —Repito con la voz un poco estrangulada.

—Si pasa —me corrige sonriendo, como para calmar mi pánico.

n —Yo… —Niego con la cabeza sin saber bien qué decir—. Lo siento mucho.

s Asiente despacio.

—No es tan raro que la gente desaparezca por aquí. Pasa más de lo que piensas. En especial si no son muy inteligentes. Y Deacon no era inteligente. No puedes salir solo.

El silencio se asienta mientras busco las palabras adecuadas. He pensado varias veces en lo que sintió Agnes cuando el padre de Mabel no llegó a su destino. Siempre me preocupo cuando me despido de Jonah con un beso antes de que suba al avión. Pero jamás he pensado que un día Jonah pueda salir y desaparecer sin dejar rastro. Se me retuerce el estómago de solo pensarlo.

—Debe de ser difícil no tener respuestas después de tanto tiempo. —No hay cierre. No hay paz.

—Sí. —Toby se rasca la barba—. Mi madre sigue saliendo a buscarlo todos los veranos. Creo que ya ha aceptado la realidad, pero es demasiado terca como para darse completamente por vencida.

—Es su hijo.

—Y Deacon sabía lo que hacía. Hay gente que no tiene ni idea de supervivencia y se aventura en medio de la nada. Piensan que salir en Alaska es como hacerlo en cualquier otro sitio.

—No sé cómo alguien podría pensar eso. —Y añado—: Siento mucho lo de tu hermano.

—Sí… Por eso he vuelto a Trapper's Crossing. Deacon era el que quería hacerse cargo del negocio familiar. Yo trabajaba en una tienda en Anchorage con la idea de independizarme. —Se encoge de hombros—. Y ahora estoy aquí otra vez.

Al igual que mi padre volvió a Alaska Wild. Aunque en su caso siempre fue el plan; que, con el tiempo, se hiciera cargo del negocio familiar. Pero una tragedia le obligó a volver antes de lo que esperaba.

Está claro que Toby siente la misma responsabilidad por el legado de su familia. Pero ¿lo hace porque quiere o porque es lo que se espera de él?

A veces me pregunto qué hubiera hecho yo si mi padre (en esas últimas semanas cuando ya habíamos reconstruido nuestra relación) me hubiese pedido que me hiciera cargo del negocio familiar de los Fletcher. Mas allá de que no hubiese sabido cómo hacerlo (sin duda Agnes y Jonah me habrían

eayudado), ¿qué me hubiese hecho sentir la presión de seguir la huella de m
.familia en lugar de poder elegir mi propio camino?

Toby se aleja del sofá.

› —No quería contártelo porque ya estás bastante nerviosa, pero creo que
ıte ibas a enterar de todas formas. —Y pensar que el día en que nos
›conocimos estuve bromeando sobre que me colgaran con una soga al cuello
ıy me entregaran a los osos. No me sorprende que me mirara con esa cara
›Ojalá poder tragarme mis palabras de vuelta—. ¿Me haces un favor? —Toby
camina hacia la biblioteca y coge el libro sobre la vida salvaje de Alaska, e
›mismo que Jonah me regaló para Navidad. Cuando vuelve a hablar, susurra
—. Prométeme que no saldrás al bosque creyendo que lo sabes todo solo
›porque has leído esto de principio a fin.

› —Ni siquiera puedo caminar hacia el granero para encerrar a la cabra
porque pienso que hay algo entre los árboles listo para perseguirme y
matarme.

e Se ríe y guarda el libro en su sitio.

ı —Tienes mucha imaginación, ¿no?

Y las historias como las de Deacon definitivamente no ayudan. Pero eso
›no se lo digo.

Estoy a punto de ofrecerle algo de beber a Toby cuando un duro golpe
ıen el cristal de la puerta principal me sobresalta.

e —¿Ves? No te preocupes. ¡No iré sola al bosque!

y La risa de Toby me acompaña mientras voy a abrir la puerta. Fuera hay
un cartero muy abrigado. Lleva consigo una máquina para firmar y un grueso
esobre de la oficina de abogados de mi padre.

ı Me invade una extraña sensación mientras firmo y agarro el sobre
balbuceando un «gracias».

ı Sé lo que es.

En los meses que siguieron a la muerte de mi padre, atravesé un amplio
sabanico de sentimientos cuando hablaba de la herencia (sorpresa, culpa
etristeza, incomodidad, arrepentimiento), pero en ningún momento estuve
e«entusiasmada». Me parecía fatal ansiar el día en que el dinero llegara a m
ıcuenta bancaria, considerando lo que representaba: la vida de mi padre, e

ilegado de mi familia.

Pero ahora he vuelto a Alaska, estoy viviendo una vida que creo que haría feliz y orgulloso a mi padre, y se debe en parte al dinero que nos dejó.

La alegría me corre por las venas frente a las nuevas posibilidades.

legado de mi familia.

Pero ahora he vuelto a Alaska, estoy viviendo una vida que creo que haría feliz y orgulloso a mi padre, y se debe en parte al dinero que nos dejó.

La alegría me corre por las venas frente a las nuevas posibilidades.

Capítulo 17



—¡Encontraron al oso encima del alpinista, comiéndoselo! —El espanto me hace abrir los ojos exageradamente mientras leo en voz alta el resto de artículo—. ¡Y después atacó y destrozó a tres montañistas! —El zumbido de cepillo eléctrico de Jonah me llega a través de la puerta entreabierta del baño pero sé que puede oírme. Sigo explorando la lista de ataques mortales de osos, incapaz de quitarme la sensación que me acecha desde que Toby me contó la desaparición de su hermano—. Y este otro oso arrastró a un hombre fuera de la tienda de campaña durante la noche, ¡y mató a otras dos personas hasta que alguien le disparó! —Sigo leyendo—. Oh, por Dios, ¿y este? Se metió en la cabaña y…

—Ya basta. —Jonah aparece de la nada, cierra el portátil y me lo quita en un solo movimiento. Lo deja encima del armario, fuera de mi alcance.

—Ni se te ocurra pedirme que duerma contigo en una tienda de campaña, Jonah. No me importa si tienes tres armas cargadas debajo de la almohada, no lo haré.

Suspira y su espalda amplia y desnuda golpea el colchón cuando se desploma sobre la cama.

—No te va a devorar un oso.

—Apuesto a que todos ellos pensaban lo mismo. —Señalo mi ordenador con tono acusatorio.

—¿Cuántas personas hay en esa lista? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿En diez años? ¿En todo Norteamérica?

—¡Que se sepan! Y es Wikipedia, no son las sagradas escrituras.

Se coloca de costado para mirarme.

—¿Sabes cuántas personas mueren al año en accidentes de tráfico solo en

Estados Unidos? Treinta mil. Como mínimo.

—Sí, pero prefiero mil veces morir en un accidente de coche que devorada por un oso.

Pone los ojos en blanco.

—Eres una dramática.

—¿Tú crees? El hermano de Toby nunca volvió. ¿Cómo pudo ocurrir una cosa así?

—¿Toby te ha contado que a su hermano lo mató un oso?

—No lo ha negado. Definitivamente había un oso involucrado.

Jonah vuelve a apoyarse sobre su espalda y mira el techo.

—Alaska puede matarte de cien formas diferentes.

—Eso no me tranquiliza.

—Muchas personas desaparecen cada año.

—Dos mil personas. Lo he buscado. El doble de la media nacional de tu país. Repito, no me tranquiliza.

—Ahora también es tu país.

—¡Y el hermano de Toby tenía un arma!

—Recuérdame que le dé las gracias por contarte todo esto —musita Jonah.

—Él no quería, pero me iba a enterar de todos modos.

—Y ahora, gracias a él, vas a entrar en pánico cada vez que tengas que salir.

—¡Ya me pasaba!

Gruñe.

—Calla, ni siquiera has visto lo que te tiene tan asustada. Ni siquiera has visto al zorro y está por aquí siempre.

—A eso me refiero. ¿Quién sabe las cosas que podría haber aquí fuera! Esta tarde he investigado y quiero poner cámaras.

Me mira serio.

—¿Cámaras?

—Sí. Cámaras con sensores de movimiento. Mucha gente las usa para ver lo que entra en su propiedad. Incluso en Alaska. —Y ahora que mi cuenta bancaria tiene tantos ceros que no sé qué hacer con ellos (me quedo

boquiabierta cuando fui a comprobar que se hubiera realizado la transferencia porque, aunque sabía que iba a pasar, verlo fue impactante), ya no tengo que preocuparme porque a Jonah le estrese el dinero.

Se pellizca el puente de la nariz como si sintiera dolor. O, más probable fastidio.

—¿Se ha quemado algo en la cocina? Huele a humo.

—Eh… sí. Estaba intentando hornear una cosa, pero algo falló. —Sonrío avergonzada. Lo que entró en el horno era una prometedora tarta de cumpleaños para Jonah. Lo que salió fue un desastre plano y pegajoso que chorreó por los lados y se quemó en el suelo del horno.

Se ríe.

—No tengo que volar hasta mañana por la tarde. Se me ha ocurrido que podríamos ir a Talkeetna.

—¿En Talkeetna venden cámaras?

Me agarra por la cintura y, con un poco de esfuerzo, empuja mi cuerpo contra el suyo. Mis codos encuentran su lugar natural a los costados de la cabeza de Jonah.

—Ni idea. Pero si eso te hace sentir más segura, compra cámaras. Por mí puedes estar todo el día viendo a los alces cruzar frente a los sensores de movimiento. Créeme que no vas a ver un oso por esta zona.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si aparece uno y no estás?

—Por eso no paro de repetirte que tienes que aprender a usar un arma —Me besa la mandíbula. Un gesto muy contradictorio con lo que está diciendo.

—Y yo no paro de repetirte que odio las armas.

—Muy bien. —Sonríe—. Entonces Zeke te protegerá.

—A esa estúpida cabra se la van a comer en cualquier momento.

—Mejor que sea a él y no a ti. —Su mano me acaricia la espalda y se detiene en mi cintura, me da un apretón y me empuja aún más cerca. Empiezo a notar su erección.

—Contrataremos a Toby como mecánico —digo antes de perder la oportunidad de hablar del tema esta noche—. Ha vuelto para ayudar con el complejo porque su hermano murió…, desapareció…, lo que sea. Su pasión

ıes arreglar aviones, pero la ha dejado de lado para volver y ayudar a su famili
ay, no sé, me parece una buena idea que se ocupe de los aviones.

—Tiene que ser bueno como mecánico. No quiero perder el tiempo cor
,un payaso y acabar teniendo un accidente.

—Las motos de nieve están funcionando muy bien.

—Pero no son aviones. —Jonah suspira—. Bueno, tendré que ir a
›conocer a este hombre en cuanto pueda.

e —Sí. Sin duda. Te va a caer bien.

e —¿Tú crees? Gracias a él, estás a punto de convertir nuestra tranquil
cabaña en una jodida base militar con toda esa seguridad que quieres instalar
así que no ha empezado con buen pie. —Cuela el pulgar bajo la cinturilla de
elos pantalones de mi pijama, empieza a bajarlos y pone fin a nuestra
conversación.

›
ı

í
e

.
á

e
.

ı
l
ı

es arreglar aviones, pero la ha dejado de lado para volver y ayudar a su familia y, no sé, me parece una buena idea que se ocupe de los aviones.

—Tiene que ser bueno como mecánico. No quiero perder el tiempo con un payaso y acabar teniendo un accidente.

—Las motos de nieve están funcionando muy bien.

—Pero no son aviones. —Jonah suspira—. Bueno, tendré que ir a conocer a este hombre en cuanto pueda.

—Sí. Sin duda. Te va a caer bien.

—¿Tú crees? Gracias a él, estás a punto de convertir nuestra tranquila cabaña en una jodida base militar con toda esa seguridad que quieres instalar, así que no ha empezado con buen pie. —Cuela el pulgar bajo la cinturilla de los pantalones de mi pijama, empieza a bajarlos y pone fin a nuestra conversación.

Capítulo 18



MAYO

—El lunes vendrán a hacernos un presupuesto.

Jonah cierra el catálogo sobre la encimera de la cocina.

—Ya te lo he dicho: puedo encargarme del cerramiento del porche. No son más que unas columnas y unos cuantos rollos de tela mosquitera.

—¿Y puedes hacer que quede así? —Señalo la fotografía de la cabaña (muy parecida a la nuestra, pero mucho más bonita) con el porche cerrado.

—¿A quién le importa el aspecto? Impedirá que entren los bichos. Eso es lo que quieres, ¿no? Y costará una décima parte de lo que te cobrará ese hombre.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Hola? ¿Es que no me conoces? A mí me importa cómo sea. Y además, ¿cuándo piensas hacer todo eso? ¡Te has ido todo el día todos los días de la semana! —No debería quejarme porque es estupendo para la empresa y todo el papeleo me ha mantenido ocupada, pero tengo la sensación de que solo lo veo cuando se mete en la cama por las noches.

—¡No lo sé! La próxima vez que haya un clima de mierda y no pueda volar. Se supone que el lunes va a estar muy nublado.

—Esto lleva más que un día de trabajo. ¿Estará terminado antes de que llegue el jacuzzi? —pregunto dubitativa—. Porque estará aquí en dos semanas.

—¿Me estás vacilando? —Jonah gime—. No me digas que ya lo has encargado.

—¡Te dije que lo iba a hacer! —Lo incluí en mi lista de condiciones para mudarme: un repertorio que no para de aumentar con cosas que he ido

encontrando en la etiqueta «cabaña en el bosque» de Instagram que buscaba para encontrar inspiración.

—¡Eso cuesta nueve mil dólares! —Su voz grave retumba por toda la casa.

—¿Y qué? ¡Podemos pagarlo! —Es lo mismo que le dije cuando me metí en el expositor de la tienda y nos imaginé relajándonos en el porche mientras contemplábamos el lago y la cadena montañosa—. Lo que no podemos permitir es que yo me vuelva loca encerrada en esta casa cuando llegue el Armagedón de los mosquitos. —Por lo que me dijo la señora del supermercado, llegará pronto. Agnes ya me había advertido que, por muy malos que me parecieran los insectos en Bangor, aquí, cerca del lago y entre los árboles, son mil veces peor.

Jonah sacude la cabeza.

—¡Wren no te dejó todo ese dinero para que lo malgastes en mosquiteras de diseño, jacuzzis y putas lámparas de cornamentas falsas que cuestan tres mil dólares! —Señala con gesto acusatorio la enorme caja que llegó la semana pasada. El electricista del pueblo vendrá mañana a colgarla—. ¡Dijiste que no querías que esto se pareciera a un coto de caza!

—¡Los cotos de caza no tienen lámparas de tres mil dólares! —exclamo muerta de indignación—. No estoy tirando el dinero. Y me lo dejó a mí Jonah. ¡No necesito tu permiso para gastarlo!

—No digo que necesites mi permiso. —Jonah aprieta la mandíbula como si estuviese luchando por controlar su genio. Alguien llama a la puerta trasera e interrumpe nuestra pelea a gritos. Jonah mira hacia allí—. ¿Es otro paquete? Por Dios, mujer, ¿qué más has comprado?

—¡No lo sé! ¡Vamos a averiguarlo! —No tengo ni idea de qué tenía que recibir a las ocho de la mañana ni de por qué llaman a la puerta trasera. La cafetera profesional que compré no puede haber llegado tan rápido. A lo mejor es la nueva ropa de cama. Pero la actitud de Jonah me está haciendo arder por dentro. Salgo disparada por el pasillo con él detrás y abro la puerta de golpe, sin preocuparme por el hecho de que estoy en pijama. Una mujer bajita y corpulenta con el pelo gris rizado y expresión severa espera fuera. Por la forma en que nos mira a uno y otro, apuesto a que ha escuchado los gritos

a—. Hola. ¿Puedo ayudarla? —pregunto en un tono falsamente amable.

—Tú debes de ser Calla. —Su voz es más ronca de lo que esperaba— aEres todavía más guapa de lo que me han contado los muchachos. —En e momento en que sonríe (con una sonrisa ancha, que le transforma la cara y l íllega a los ojos grises), sé exactamente quién es.

s —Eres la madre de Toby —digo antes de que pueda presentarse. E sparecido es innegable. Y ahora me avergüenzo aún más de que haya sid ltestigo de nuestra pelea.

l Extiende una mano áspera y vendada. Una mano que se nota que trabaj ya diario.

e —Muriel. —Se gira hacia Jonah y lo estudia con una mirada astuta—. Y tú eres el piloto.

—Así es. Adelante. —Jonah me apoya una mano en la cintura (como s sno nos hubiésemos estado gritando) y abre la puerta para que pase. Avanz spor el estrecho y largo pasillo sin detenerse para quitarse las botas, por lo qu adeja un rastro de barro en nuestra madera recién pulida—. Así que le h pestado diciendo a su madre lo guapa que eres —me susurra Jonah.

Lo ignoro y avanzo, por el momento mi furia se ha convertido en un lev ,burbujeo.

, —Se nota que habéis estado ocupados. —Muriel contempla nuestra cas mientras avanza hacia la cocina. Tiene el dobladillo de los vaqueros recogid para adaptarlos mejor a su corta estatura. Parece cómoda en nuestra casa, l aque tiene sentido, ya que Toby dijo que era amiga íntima de Colette. Debe d ser extraño que haya dos desconocidos invadiendo el espacio de tu amig más cuando falleció de un modo tan repentino—. Me puedo imaginar el cao eque os dejó Phil.

a —No se llevó muchas cosas —confirma Jonah.

o «No se llevó nada», lo corrijo en silencio.

o Ella niega con la cabeza.

a —Le ofrecí mi ayuda, pero el muy terco se negó. Nunca fue mu rsentimental. Era todo de ella. —Vuelve a hacer una pausa, perdida en su rpensamientos y luego se saca una hoja del bolsillo—. Toby me ha dicho qu ste da miedo salir a correr sola, así que te he traído los contactos de do

muchachas que salen a correr los sábados por la mañana: Jodi y Emily .Conocen bien la zona. Reúnete con ellas mañana en la puerta de Burge lShack a las ocho. Te estarán esperando —remata con una sonrisa que s econtradice con la severidad de su tono.

—Gracias. Es muy amable por tu parte… —tartamudeo. Es atrevid lasumir que no tengo planes y que me gustaría sumarme a un grupo par ocorrer.

—No puedes vivir en Alaska oculta como un topo. Te volverás loca — adice con arrogancia—. ¿Cómo tienes el huerto?

—Yo… ¿No tengo?

—Claro que sí. ¡Ese enorme campo cercado de allí detrás! No puede desperdiciarlo. Tienes que preparar el suelo para plantar. Los días son largos ipero los veranos son cortos. —Levanta las cejas como si estuviera esperand auna respuesta.

No puedo evitar escuchar lo que ocultan sus palabras y esa mirada.

«Si no puedes superar tu miedo a la vida salvaje y dedicarte al campo deberías reconsiderarte el vivir aquí».

—Sí, hemos estado tan ocupados con la casa y la empresa que hac mucho que no vamos por allí. —Pero ¿me atreveré a confesarle a esta muje aque no tengo ningún interés en la jardinería?

—Bueno, venga. Vamos a ver en qué estado está. —Avanza hacia l opuerta lateral, haciendo ruido con sus pesadas botas y dejando más huellas d ebarro.

—¿Ahora? —Bajo la vista hacia mi pijama—. Pero no estoy vestida.

—¿A quién tienes que impresionar? ¿A la cabra? —resopla.

—Eh… Yo… —Me quedo momentáneamente pasmada, no sé qu responder. Pero recuerdo que es la madre de Toby, una de mis pocas vecina y una mujer cuyo hijo desapareció. Puede que en algún momento necesite s ayuda.

Ese pensamiento frena mi fastidio.

Solo tengo que asentir y seguirle la corriente hasta que se marche.

Le dedica una sonrisa a Jonah.

—Encantada de conocerte. Llama a Toby si tienes algún problema co

.los aviones. Es el mejor mecánico de la zona, y no lo digo porque sea su
rmadre.

e —Pienso llamarlo pronto —promete Jonah.

—Muy bien. Venga, vamos, Calla. ¡No tengo todo el día! —Enfatiza sus
palabras con un movimiento de mano que indica que voy a seguirla me guste
ıo no.

Fulmino con la mirada a Jonah (que sigue sonriendo; divertido por la
-severidad de Muriel, mi notoria incomodidad o ambos) y voy a buscar mis
botas.

s

,



—Buen chico. —Muriel saca algunos trozos de cáscara de plátano y los lanza
sobre la cerca de Zeke—. Estás un poco flaco. ¿Tus nuevos dueños no te
,cuidan?

Zeke suelta un balido y se apresura a engullir como si se hubiese pasado
esemanas sin comer.

r —Jonah viene todas las mañanas y todas las noches a verlo y a
alimentarlo —digo, un poco a la defensiva.

a —Bueno, no me sorprende que no esté comiendo. ¿Sabes que a Zeke no
le gustan los hombres? —Otra vez ese tono arrogante.

—No le importa que sea un hombre quien lo alimente. —Algo me dice
que la pesadilla de mi infancia no ayudará a mi causa.

Se aclara la garganta, quizá para darme la razón, quizá para demostrar
écuánto la decepciono (no entiendo a esta mujer), pero luego dice:

s —Puede ser por el estrés del cambio. Primero se fue Colette, luego Phil
ıaunque a Zeke nunca le gustó… —Sus palabras se van apagando y abre
exageradamente los ojos, fijos en el rostro triangular que nos mira desde una
diminuta rendija—. ¿Hay un mapache en tu gallinero?

Se me retuerce el estómago. El desagrado en su tono es inconfundible.

—¿Sí? —Se ha acostumbrado a su nueva casa. Aunque puede salir por
ıtodo el corral, prefiere quedarse dentro del gallinero.

—No puedes tener un mapache en el gallinero. ¿Dónde pondrás las gallinas?

«En ningún lado», quiero decir, pero, en cierta forma, admitirlo sería como tener otro punto en mi contra. Así que digo lo primero que se me viene a la cabeza porque ya no soporto la desaprobación de Muriel y sigo enfadada con Jonah.

—Bandido es la mascota de Jonah.

Quizá así lo regañe a él también.

Aunque es probable que el muy capullo lo disfrute.

Se vuelve a aclarar la garganta y continúa caminando por el césped, como si el lugar le perteneciera, hasta el enorme claro cercado, de aproximadamente mil metros cuadrados, que hizo Phil.

—Este es el invernadero. —Señala una estructura pequeña y derruida en el otro extremo del corral. Le faltan algunas partes y la lona de plástico cuelga, rasgada—. El verano pasado hubo una gran tormenta que lo destruyó y nunca se llegó a arreglar—. Abre la tapa de un panel y acciona un interruptor de encendido—. Esto es un voltímetro —explica mientras saca una caja negra y rectangular del bolsillo de su abrigo.

—Creo que encontré uno de esos. —Lo dejé en el armario del pasillo con el resto de cosas que Jonah dijo que no podíamos tirar, pero no tengo ni idea de para qué son.

—Por supuesto que sí. Harías bien en hacerte un kit de jardinería para tenerlo a mano para cuando vengas todas las mañanas. —Reprimo una mueca. ¿Cuándo venga todas las mañanas?—. Y revisa constantemente los cercos. —Apoya el aparato sobre el cable y mira la pantalla. No aparece nada —. ¿Ves? No funciona. Hace años que falla, este y el del granero. Recuerdo un invierno que se les colaron los zorros en el gallinero y masacraron a la mayor parte de las gallinas. Otro año fue un lobo. Jonah tendrá que repararlo pronto o tendréis intrusos. No es agradable perder el trabajo de todo el verano en una noche. —¿Jonah sabrá reparar una valla electrificada? ¿Debería darme vergüenza haberme mudado a la otra punta del continente por un hombre y no poder responder a eso? Se guarda el aparato en el bolsillo—. En septiembre coseché y limpié el terreno lo mejor que pude

sEnterré lo que quedaba para hacer un buen abono. Colette era muy buena manteniendo a raya la mala hierba, así que al menos no había muchas. No allegué a remover la tierra, pero podemos hacerlo cuando se caliente un poco eEste año la primavera se está tomando su tiempo.

o Mi atención se dirige a los montículos de nieve que hay entre los matorrales del huerto, que resisten a pesar de que las temperaturas van subiendo. Los últimos rastros del invierno, aferrándose con toda su fuerza.

—¿Y cuándo crees que será?

—En una semana o así, si no llueve mucho. —Se dirige a la puerta y se odetiene para inspeccionar un alambre—. Antes de que instales ese bendito ejacuzzi en el porche cerrado.

Seguro que ha estado un buen rato escuchando detrás de la puerta antes nde llamar.

o Hago como que miro de cerca la valla, pero en verdad quiero ocultar el ócalor de mis mejillas.

n —No sé nada de jardinería —admito, deseando que mi madre estuviera aaquí para guiar la conversación y no sentirme tan estúpida.

—Para cuando acabe el verano, sabrás todo lo necesario —me asegura nMuriel, enfatizando su determinación con un movimiento firme de cabeza acomo si hubiera hecho de esta su misión personal—. Tienes que comprar las semillas en el vivero del pueblo y para la siembra del año que viene tendrás alisto tu invernadero, pero para este año tengo algo de lechuga, pimientos acebollas y tomates de sobra. Ah, y repollo para el chucrut. Has guardado los stáperes de la despensa, ¿no?

a —Así es —confirmo. Lo cierto es que no estaba segura de qué hacer con ellos, así que los volví a guardar en la despensa después de que Jonah los avaciara. Pero ahora, bajo el escrutinio de Muriel, me alegra haber hecho algo obien.

l —Muy lista. Bien. Así será más fácil cuando empieces a hacer tus ?conservas. —Me acuerdo del día que fui a casa de Agnes cuando preparaba econservas con las verduras de Whittamore's (el pago por el trabajo de Mabel) lSu cocina era un campo de batalla lleno de táperes y cuencos sucios, y tenía la .piel y la camiseta manchada de púrpura por las remolachas, a pesar de los

aguantes. El olor a vinagre de la mezcla me hacía arrugar la nariz. Recuerdo
ohaberme preguntado por qué alguien se tomaría tantas molestias si puede ir a
.mercado a comprarlo directamente—. Por allí están las fresas de Colette
debajo del mantillo. Ese es el truco. Necesitas unos diez centímetros de
smantillo para proteger las plantas del invierno.

a Sigo la dirección de su dedo rechoncho.

—Parece que hay muchas fresas. —Su zona ocupa al menos un cuarto de
todo el jardín.

e —A Colette le encantaban sus fresas. ¡El verano pasado vendió casi
ocuarenta cuartos en el mercadillo! —dice Muriel orgullosa.

No tengo ni idea de cuánto son cuarenta cuartos, pero puedo asegurar
sque es mucho más de lo que una persona como yo (que no le gustan las
fresas) puede querer.

l —¿Así que sí hay un mercadillo para comprar productos frescos? —
¿Puedo ahorrarme todo ese trabajo?

a —Sí. Todos los viernes por la tarde desde finales de junio a septiembre en
el centro comunitario. Venden de todo. Verdura, miel, mermeladas. Colette
ahacía una mermelada maravillosa. En la Casa Ale la servíamos en el desayuno
,y la gente no podía parar de comer. Si la cosecha de este año es buena, te
saviso que te pasarás unas tres semanas con las manos metidas en una cacerola
sde fresas hechas puré. —Muriel mueve la cabeza de arriba abajo—. Pero no
,te preocupes. Te ayudaré con la primera tanda, así aprendes.

s —Gracias —murmuro, aunque no me siento ni remotamente agradecida.
Una vez más, Muriel asume que tengo intenciones de pasarme todo el verano
nen el huerto y haciendo comidas.

s No nota mi reticencia. O quizá sí, pero se niega a reconocerlo.

o —Tenemos que asegurarnos de que los cultivos sigan creciendo. —
Frunce el ceño mientras vuelve a contemplar el terreno árido. El jardín de su
smejor amiga, que quedó abandonado después de que ella descansara en paz.
aTal vez esa es la raíz de la férrea determinación de Muriel por convertirme en
.una jardinera hecha y derecha: lealtad—. Me tengo que ir. Le prometí a
aTeddy que le haría una tortilla. —Se aleja un poco, pero luego se detiene y
stuerce los labios en un gesto que acentúa las arrugas de su boca—. No es

asunto mío… —Me esfuerzo por no reaccionar. Las frases que empiezan as
nunca acaban bien—. Pero me parece que a Jonah le gusta tener el control.

Oírla usar la palabra «control» para referirse a Jonah me irrita. Un hombre
controlador no es atractivo.

—Le gusta tener voz y voto. No tiene nada que ver con el control —la
corrijo. Jonah es determinado y sabe lo que quiere. Esas cualidades sí son
atractivas.

Tuerce la cabeza en un gesto de «pobre chiquilla inocente».

—A los hombres como él no les gusta no poder opinar sobre el dinero
—Me recuerdo a mí misma que es la madre de Toby mientras me muerdo la
lengua y fuerzo una sonrisa—. ¿Has estado en el complejo? ¿Todas esas
hectáreas? —Apunta en dirección al complejo Trapper's Crossing—. Es la
propiedad de mi familia. Ahora también es de Teddy porque nos casamos
-Pero el día en que le dije que o nos casábamos o debía dejar de hacerme
perder tiempo, sabía que sería tan suya como mía. Todavía me cuesta ceder y
ver que su opinión vale tanto como la mía. Tardé unos años en
acostumbrarme a esa idea, no es fácil para una cabezota como yo. Déjame
decirte que fueron unos años difíciles. —Sacude la cabeza—. Pero una vez te
casas, desaparecen las etiquetas de «tuyo» y «mío».

—No estamos casados.

—Y nunca lo estaréis si permitís que el dinero se interponga. —Señala la
casa—. Ya os habéis comprometido mucho comprando una casa aquí. Los
.anillos y la ceremonia… eso es un espectáculo. Las cosas cotidianas son las
que conforman un verdadero matrimonio. Y aquí, con estos inviernos largos
y fríos, lo mejor es estar tranquila con tu otra mitad, créeme. Le vas a
necesitar. —Sonríe comprensiva—. En el complejo siempre consigo lo que
-quiero. Teddy piensa que está al mando y yo dejo que el tonto se lo crea. As
todos ganamos. —Me da un golpecito, firme pero reconfortante, en e
.hombro—. Hazme un favor y escucha a esta sabia anciana que aprendió a
golpes.

Asiento como una tonta.



—¡Tenéis que venir a Casa Ale a fin de mes! —grita Muriel mientras se sube a su quad. Detrás va sujeto un tráiler de metal, donde lleva un rifle. Es una imagen inquietante—. Es la fiesta anual del chili y es una buena forma de conocer a los vecinos. También es cuando llegan los primeros habitantes de temporada a ventilar sus cabañas.

—Me gusta el chili —declara Jonah desde el porche, apoyado contra un poste, con los brazos cruzados.

—Te mandaré a Toby con una lista de todo lo que necesitas para preparar la tierra. Ve a comprarle todo a Calla. Este verano tendrá mucho trabajo.

Jonah sonríe, lo está disfrutando demasiado.

—Estaré encantado de ayudar a Calla con su huerto en todo lo que pueda.

Me señala con un dedo.

—Y no te olvides, mañana a las ocho en el Burger Shack. Estarán… —El rugido grave del vehículo tapa el resto de sus palabras, y entonces se marcha acelerando por nuestro camino de entrada.

—Apuesto a que podría dispararle a un ciervo en plena carrera a mi metros de distancia y con vientos huracanados —dice Jonah con la misma cantidad de diversión y admiración.

—O directamente le ordena que se muera. —Suspiro abatida, con la mirada perdida en la enorme extensión de agua. La nieve se derritió hace unas semanas y dejó tras de sí una superficie helada que brilla bajo la luz del sol y los habitantes ya no se animan a ponerla a prueba con sus motos. Parece ser que el deshielo primaveral se ha producido de la noche a la mañana. Empezó con placas de hielo negro y opaco, y luego los sonidos de hielo al romperse y chocarse entre sí como coches de choque que flotan hacia la orilla. Allí se disolvieron para conformar el frío lago azul que se extiende ante mí. A primera hora del día, la superficie es vidriosa, y refleja a la perfección el cielo y las montañas. Pero, ahora, una leve brisa crea ondas en la superficie.

Últimamente me siento en el porche con un café a admirar la vasta extensión de agua, tierra y montañas. Nunca me había visto como una

epersona de agua, pero en esta tierra salvaje y aislada empezar aquí el día me atransmite una calma incomparable.

e Esta mañana, sin embargo, no encontraré la ansiada calma porque ha sido einterrumpida. No tengo energía para enfrentarme a Jonah después de haber lidiado con Muriel.

ı Subo los escalones del porche y atravieso la puerta principal, me quito las botas de lluvia y voy hacia donde guardamos la fregona.

a —Ey. —Jonah me alcanza y pasa un brazo por mi cintura.

o —No estoy de humor…

—Sé que el dinero es tuyo. Solo intento… —Me gira para que lo mire— Mierda, no sé ni lo que intento. Siempre que tengo algo de dinero de sobra elo guardo en el banco.

—Pero yo ya he ahorrado la mayor parte. —El asesor financiero de Simon (creo que ahora también es el mío) lo ha invertido de mil formas ldistintas, a corto y largo plazo, alto y bajo riesgo.

, —Sé que lo has hecho. —Apoya su frente sobre la mía antes de alejarse para que vea sus ojos serios—. Perdón por haberme comportado como un lidiota.

a —Un completo idiota —le corrijo mientras siento la furia que quedaba (y también el dolor, ahora que lo pienso) desintegrarse.

a —Bien. Me lo merezco. Supongo que mis prioridades son diferentes. No etengo ni idea de cómo nos irá dentro de cinco años y me gusta tener una red lde seguridad. No me han criado para gastar el dinero de ese modo.

. Rodeo su cintura con los brazos.

a —Para tu desgracia, a mí sí.

l Sacude la cabeza, pero sonríe.

ı —Simon no parece un hombre derrochador.

e —Su coche es más viejo que yo. —Está en perfectas condiciones porque alo mima y lo usa poco. La ropa se la compra mi madre cuando se cansa de ıverlo con las mismas cinco camisas. Lleva diez años intentando convencerlo de que redecore su oficina y él se niega. Creo que es la única discusión que ha aganado—. Simon es muy… agarrado con su dinero. —Igual que Jonah, por alo que estoy descubriendo.

—Y entonces, ¿cómo lidia con Susan?

—Llegaron a un acuerdo con un presupuesto mensual para «gastos innecesarios». —Suelto a Jonah un momento para hacer las comillas en el aire—. Ella se mantiene dentro de ese presupuesto y él no puede ni pestañear por sus compras, sin importar lo que sea. Ni una palabra.

Jonah se muerde el labio y vacila.

—¿Deberíamos considerar nosotros hacer algo así? ¿O al menos hablarlo antes de comprar cosas que superen una cierta cantidad de dinero para asegurarnos de que ambos estemos siendo razonables?

Le fulmino con la mirada.

—Cuando dices ambos, te refieres a mí. —Jonah sonríe. El consejo de Muriel (que no le pedí) resuena en mi cabeza—. Estoy dispuesta a discutir cualquier compra por encima de mil dólares.

—Quinientos —replica.

—¿Dos mil? —Frunce el ceño—. Estoy atrapada en una cabaña en medio del bosque con una cabra, un mapache y sin carné de conducir. Una mujer loca con un arma me acaba de decir que este año haré mermelada y cultivaré repollo. ¡La única felicidad que me queda son los gastos innecesarios!

Su carcajada rompe la quietud.

—De acuerdo. Mil dólares, pero solo si también plantas coles de Bruselas.

—¿En serio? —Hago una mueca—. Vale. Pero no puedes discutir conmigo solo porque para ti no es importante.

Me mira.

—Una mesa de comedor de cinco mil dólares es una tontería, Calla. ¡La usaremos una vez al año como mucho!

—De acuerdo. —Acepto a regañadientes.

Me abraza con fuerza.

—Aunque eventualmente tendremos que hacer acuerdos más razonables.

—Eventualmente —asiento con fingida inocencia mientras le acaricio la barba con la yema de los dedos. Por fin tiene el largo que tenía cuando me fui de Alaska por primera vez.

—Odio discutir contigo. —Se inclina para darme un beso.

—Entonces deja de ser insufrible. —Recorro la línea de sus labios con m llengua.

—¿Quieres ver qué es ser insufrible? —La sonrisa maliciosa que aparec en su rostro me acelera el pulso. Con un movimiento, me baja los pantalone de pijama. La ropa interior también cae y, antes de que pueda darme cuenta me agarra por detrás de los muslos y me sube a la encimera de la cocina.

—Odio discutir contigo. —Se inclina para darme un beso.

—Entonces deja de ser insufrible. —Recorro la línea de sus labios con mi lengua.

—¿Quieres ver qué es ser insufrible? —La sonrisa maliciosa que aparece en su rostro me acelera el pulso. Con un movimiento, me baja los pantalones de pijama. La ropa interior también cae y, antes de que pueda darme cuenta, me agarra por detrás de los muslos y me sube a la encimera de la cocina.

Capítulo 19



—Necesitamos una camioneta nueva —me quejo, aferrándome con ambas manos al volante con los bíceps tensionados mientras giro para entrar en el aparcamiento de Burger Shack. No hay coches, pero está lleno de baches.

—Nah. Solo hay que arreglar la dirección asistida —dice Jonah desde el asiento del copiloto, concentrado en el periódico que tiene en la mano—. Les diré que lo revisen cuando arreglen las luces traseras.

—Es muy antigua.

—Tiene ventanillas automáticas. —No como la camioneta que Jonah conducía en Bangor. Pero allí tenía una excusa. En un sitio donde hay que transportar los vehículos nuevos en barco, te quedas con lo que puedes encontrar hasta que el motor exhale el último aliento. En Anchorage hay concesionarios de todas las marcas, aunque es cierto que los coches son más caros.

Sin embargo, no hay excusas para conservar este cacharro agujereado, que chirria y que está pegado con cinta adhesiva.

Me detengo en lo que sería una plaza de aparcamiento, si estuvieran las líneas pintadas en el asfalto. No hay ni rastro de las corredoras de las que me habló Muriel, pero hemos llegado diez minutos antes para que yo tuviera tiempo de calentar.

—Estaba pensando en algo más grande, más masculino.

Jonah deja de leer y frunce el ceño.

—¿Has pasado de querer un Mini Cooper a algo más masculino?

Pongo los ojos en blanco.

—No para mí. Sería para ti.

Vuelve a su lectura.

—Ya te lo he dicho. Estoy bien con esta.

—Por supuesto que sí. —Dejo vagar la mirada. Un hombre mayor y delgado pasa caminando y un labrador negro con correa le sigue el paso Quizá eso es lo que necesito: un perro que me haga compañía cuando salgo —. Vale. Pero yo quiero conducir algo bonito.

—¿Como qué? —Baja el periódico—. Y no me digas que un puto Min Cooper porque te juro por Dios, Calla, que te mandaré más fotos de accidentes. —No hay rastro de humor en su tono.

—Pensaba en un Jeep. Un Wrangler. Se supone que son buenos para la nieve.

Jonah lanza un gruñido, podría ser de aprobación o no.

—Con techo, ¿verdad?

—En realidad no, con lona. Dicen que es más fácil de quitar…

—Los osos pueden desgarrar la lona.

—Entonces con techo.

Sonríe.

—¿Cuánto cuestan?

Aprieto los labios y pienso si me conviene responderle, considerando la conversación que tuvimos ayer sobre mis gastos.

—Más que el jacuzzi. —En especial con el interior de cuero y todos los extras que me dejaba agregarle la página web.

Me estudia un largo rato y contengo la respiración a la espera de sus quejas.

—Primero sácate el carné y después tal vez podamos ir a echar un vistazo al concesionario. Deberías probarlo antes de tomar una decisión.

—Sí. Tienes razón. —Dejo las llaves puestas y me bajo del coche respirando hondo. Está nublado, pero no llueve. El aire matutino es fresco pero puro. Es un buen día para correr. La puerta del copiloto se cierra y Jonah arrastra las botas por la grava, haciendo rodar las piedras a su paso— ¿Qué vas a hacer mientras tanto? —pregunto, estirando las piernas.

—Unos recados.

Miro por encima del hombro y lo veo apoyado contra el capó de la camioneta con los pulgares metidos en los bolsillos y la mirada fija en m

culo. Me doy la vuelta para mirarlo y pongo fin al espectáculo.

—Pervertido.

—No sabes cuánto…

Me dedica una sonrisa maliciosa que me acelera el corazón y hace que me ruborice mientras un escalofrío me recorre entera. Hace casi cinco meses que ivivimos juntos y mi cuerpo todavía reacciona de forma instantánea a una sola emirada suya. Ahora mismo sería capaz de cancelar esta carrera con desconocidas para ir a buscar un lugar privado en el que profanar la vieja acamioneta.

Me aclaro la garganta.

—¿Recados?

Sonríe, como si pudiera leerme la mente.

—He pensado en conseguir todo lo necesario de la lista de Muriel.

Gimo.

—¿Cómo me he metido en esto? —Anoche Toby nos envió un mensaje con una lista detallada de cosas (estiércol, fertilizante y semillas para cultivar desde zanahorias hasta calabazas) que Muriel quiere que tenga en casa antes adel lunes. También se disculpó porque su madre es un poco controladora Me hizo reír que eligiese esa palabra.

—Fuiste tú la que mencionó lo de probar la jardinería, ¿no? —me recuerda Jonah.

Cambio la postura de estiramiento.

—Me refería a tener una maceta de albahaca en la repisa de la ventana.

—Bueno, puedes tener una selva de albahaca. —Jonah se ríe—. Mira está dispuesta a ayudar, así que déjala.

—Es una mandona y me hace sentir tonta e ignorante.

—Entonces demuéstrale que está equivocada —me desafía.

—Pero es que sí soy tonta e ignorante para la jardinería.

Sacude la cabeza con firmeza.

—Aprenderás. Y no creo que tenga malas intenciones. Organizó esta salida para que tal vez hagas nuevos amigos.

—Sí, supongo que sí. Sin duda, me vendrían bien.

Jonah se aparta de la camioneta y se acerca para agarrarme del hombro y

abrazarme.

—Siento lo de Diana —dice con tono conciliador.

—Estoy muy decepcionada. —Aprieto la mejilla contra su pecho, la sensación de su suave camiseta de algodón y el aroma amaderado de su cuerpo me reconfortan—. De verdad esperaba que viniera este año.

Diana me llamó anoche para darme la noticia de que, entre la boda de la hermana de Aaron y los días que necesita cogerse para preparar los exámenes, no le quedarán días de vacaciones para visitarme. No pude insistir mucho: estoy compitiendo contra una boda y su carrera. Pero, de todas formas, me siento desolada.

—Vendrá el año que viene.

—Sí. Ya veremos. Han pasado cinco meses desde la última vez que vi a mi familia y a mi mejor amiga. Habrá pasado un año para cuando vengan mi madre y Simon, en Navidad. Y como mínimo un año y medio para Diana.

A mi lado egoísta le hubiese gustado que venir a verme en mi nuevo entorno fuera su prioridad, aunque yo podría volar a Toronto para verlos cuando quiera.

—Mi madre decía que esa era una de las cosas más difíciles de vivir en Alaska: lo poco que podía ver a su familia y amigos. Todos le decían que iban a venir, pero nunca lo hacían. Claro que la mayoría vivía en Oslo, que está mucho más lejos que Toronto. —Jonah me acaricia la espalda para consolarme—. Pero no te preocupes. Vendrán.

Siento un dolor punzante en el pecho.

—Muriel dijo a las ocho de la mañana, ¿verdad? —Miro el reloj. Son las ocho y cinco—. ¿Y si no vienen? —No recuerdo ni sus nombres.

—Van a venir.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la misma razón que yo iré hasta Wasilla para comprar estiércol y tú plantarás un huerto.

Levanto la vista hacia el precioso rostro de Jonah.

—¿Porque a todos nos aterra Muriel?

Se ríe.

—Más bien diría que le tenemos un respeto saludable. Mira, deben de ser

ellas. —Señala con la barbilla la carretera a mis espaldas. Miro por encima de hombro y veo a dos mujeres entrar al aparcamiento, trotando una junto a la otra. Llevan conjuntos deportivos fluorescentes combinados de la cabeza a los pies (una en amarillo, la otra en morado) y no puedo evitar preguntarme si se vestirán así porque quieren o para que las vean bien—. ¿Estás bien? ¿Quieres que me quede hasta que estés segura de que quieres hacerlo? —pregunta Jonah.

—Estoy bien. Solo vamos a correr. —Y lo necesito. Siento que estoy perdiendo resistencia—. Media hora como máximo.

Se inclina para darme un largo beso; su barba me hace cosquillas.

—Te veo más tarde en el supermercado.

—Vale. No tardes mucho. ¡Ayy! —grito (de sorpresa, no de dolor) cuando Jonah me da un azote en el culo y vuelve a meterse en la camioneta.

—¿Calla? —pregunta la mujer más mayor, que va vestida de amarillo (debe rondar los cincuenta años).

Sonrío, pero me ruborizo. Y estoy segura de que lo notan.

—Sí. Hola.

Disminuyen la velocidad para recorrer los últimos metros.

—Soy Jodi. —Se gira hacia la mujer regordeta de pelo oscuro que debe tener mi edad—. Esta es mi hija, Emily. —Mi mirada va de una a otra para intentar encontrar el parecido; lo encuentro en los ojos y la fina nariz. Emily me devuelve una sonrisa cálida. Hasta ahora, me siento como cuando llegas a comer a casa de unos desconocidos sin invitación previa—. ¿Has calentado? —Jodi observa el repelente para osos que llevo en la cintura y el cascabel de mi muñeca. Hoy solo me he puesto uno.

—Sí.

—Genial. El carril bici está por allí. —Señala un estrecho sendero entre los árboles detrás del aparcamiento y empieza a guiarnos en esa dirección— ¿Has ido por aquí alguna vez? —Niego con la cabeza como respuesta— Llega hasta Wasilla, pero obviamente no vamos a ir tan lejos.

Sigo sus pasos y un silencio incómodo se instala entre nosotras. Me pregunto si esto les parece igual de extraño que a mí.

—Gracias por dejarme venir.

—La seguridad está en la manada, ¿no? —dice Emily con voz dulce y atímida.

Igualo su ritmo mientras nos acercamos al camino.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

Las dos asienten, pero no continúan la conversación, así que me rindo y -dejo que mi vista se pierda al frente, donde aparecen las señales de precaución que advierten de la presencia de los ciclistas y corredores.

Y alces.

Y osos.

Mi ansiedad aumenta.

—Llevamos años corriendo por este sendero y nunca hemos visto un osc)—dice Jodi cuando ve donde se han posado mis ojos. Muriel le habrá contado sobre mi paranoia. Me imagino la versión que le dio: la chica de ›Canadá que le teme a su propia sombra.

—¿Hasta dónde vamos a ir?

—Los sábados hacemos quince kilómetros. Muriel dijo que no tendrías problema. —Las dos me miran expectantes.

¿Ha dicho…? ¿¡Quince kilómetros!? En marzo apenas aguanté seis y no ehe vuelto a correr desde entonces.

Echo un vistazo rápido para confirmar que Jonah se ha marchado y¡Demasiado tarde para arrepentirme.

Recuerdo que soy la desconocida que interrumpe este momento de ?madre e hija y me fuerzo a sonreír, mientras digo:

—Claro. Ningún problema.

—La seguridad está en la manada, ¿no? —dice Emily con voz dulce y tímida.

Igualo su ritmo mientras nos acercamos al camino.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

Las dos asienten, pero no continúan la conversación, así que me rindo y dejo que mi vista se pierda al frente, donde aparecen las señales de precaución que advierten de la presencia de los ciclistas y corredores.

Y alces.

Y osos.

Mi ansiedad aumenta.

—Llevamos años corriendo por este sendero y nunca hemos visto un oso —dice Jodi cuando ve donde se han posado mis ojos. Muriel le habrá contado sobre mi paranoia. Me imagino la versión que le dio: la chica de Canadá que le teme a su propia sombra.

—¿Hasta dónde vamos a ir?

—Los sábados hacemos quince kilómetros. Muriel dijo que no tendrías problema. —Las dos me miran expectantes.

¿Ha dicho…? ¿¡Quince kilómetros!? En marzo apenas aguanté seis y no he vuelto a correr desde entonces.

Echo un vistazo rápido para confirmar que Jonah se ha marchado. Demasiado tarde para arrepentirme.

Recuerdo que soy la desconocida que interrumpe este momento de madre e hija y me fuerzo a sonreír, mientras digo:

—Claro. Ningún problema.

Capítulo 20



Escucho el rugido distante del quad de Muriel mucho antes de verla desde la ventana, acercándose por el camino de entrada.

Toby me ha mandado un mensaje hace veinte minutos para advertirme de que su madre ha decidido que hoy es el día perfecto para que empecemos con el huerto porque el suelo ya debe estar tibio y seco.

Con un quejido, presiono la tecla de guardado en el borrador de mi última publicación para Calla&Dee titulado «La jardinera reacia». El original, «La jardinera hostil», me pareció demasiado… hostil.

Hago una mueca de dolor cuando me pongo de pie. Todavía tengo los músculos entumecidos por la carrera del sábado. Cojo mis notas de jardinería (una lista de consejos básicos que me dio mi madre y notas que cogí de una web llamada Jardinería en Alaska para principiantes), me pongo las botas de lluvia y me obligo a salir para enfrentarme a la determinación de mi vecina.



—¿Has acabado? —grita Muriel desde la otra punta del huerto y se pasa el dorso de la mano enguantada por la frente.

—¡Eso creo! —Me duelen la espalda y los hombros, pero paso el rastrillo una vez más. Llevamos horas trabajando incansablemente: integrando la tierra antigua con las pilas de sustrato fresco y estiércol que trajo Jonah hasta conseguir una mezcla equilibrada y homogénea. Me ruje el estómago, tengo el cuerpo cubierto de sudor y puedo sentir las manchas de tierra en las mejillas.

Muriel camina entre las largas y uniformes filas de sustrato que ha formado con una azada y las marca con las huellas de sus botas.

—Necesitas agua. Toma. —Busca una botella en la nevera portátil— Bebe. Vamos. —Acepto la botella y me bebo casi la mitad en veinte segundos, ya no me intimida la forma en la que me acusa, conversa y ordena —. ¿Mejor?

—Ajá —consigo decir entre jadeos.

—Estás agotada —resopla—. ¡Creía que eras deportista!

—Esto es diferente… a correr. —Aunque cuando acabé los quince kilómetros con Jodi y Emily (dos mujeres educadas que, según he aprendido hablan poco y sonríen aún menos), sonaba más o menos igual. Ya he rechazado educadamente su invitación a unirme a ellas el próximo fin de semana.

Preparar la tierra me ha roto la espalda. Y esta mujer, que tiene veinte o treinta años más que yo y ha venido porque ha querido, respira sin dificultad El único rastro de sudor que tiene son los rizos grises pegados a la frente.

Se apoya en la verja del huerto y deja ver unos bíceps con los que sin duda la mayoría de los tíos con los que he salido no podrían competir en un pulso. Detrás, Zeke pasta hierba recién brotada. Muriel ha insistido en que le permitiéramos pasear por aquí mientras trabajábamos. Mientras tanto Bandido salió disparado al bosque y trepó a un árbol.

—Has conseguido un buen primer huerto, Calla —dice y asiente satisfecha—. Mañana podemos empezar a plantar.

—Mañana vienen a instalar las mosquiteras del porche. —Gracias a Dios Los insectos aún no han aparecido, pero sé que lo harán pronto porque los días son cada vez más largos y calurosos.

—¿Y los vas a ayudar? —Frunce los labios en un gesto dubitativo.

—Bueno, no, pero…

—Muy bien, entonces traeré las semillas por la mañana. Deberíamos tener todo listo para el mediodía. —No tiene sentido explicarle que no quiero estar lejos mientras haya un desconocido trabajando en mi casa. ¿Y si tiene que hacerme alguna pregunta? ¿Y si necesita mi opinión? Estoy segura de que también sabrá qué responderme a eso. Pero ahora solo quiero que se marche

apara poder darme una ducha, comer y descansar hasta que vuelva Jonah—
¿Conoces toda tu propiedad ya? —pregunta Muriel de repente.
. —Eh, no. Tiene más de cuarenta hectáreas. —No he ido más allá de
ecamino de la entrada y el granero, y creo que nunca la recorreré por
acompleto.

Levanta la barbilla como hace algunas veces. Como si fuera a confesarme
un secreto, algo que sabe que no sé (sin duda tiene mucho dónde elegir).

—Apuesto a que Phil no te enseñó la antigua cabaña.

e Rebusco en mi memoria, pero no encuentro nada.

, —¿Qué cabaña?

e La enorme sonrisa que aparece en su rostro hace que enseguida me
earrepienta de haber preguntado.

—Vamos. Daremos un paseo.

o

.



a

aMuriel tiene los vaqueros y el abrigo salpicados de barro cuando se baja de su
easiento en medio de la espesura.

, Miro hacia abajo y confirmo que mi ropa está igual de sucia. El sendero
estrecho y húmedo que atravesamos para llegar hasta aquí estaba pantanoso y
ecedía al peso de nuestros quads.

Estamos rodeadas por abetos altos y frondosos y abedules prácticamente
.desnudos, aunque veo algunos brotes en las puntas de las finas ramas. Hay
sramas caídas en todas las direcciones, muchas de ellas secas y cubiertas de
musgo verde. El suelo del bosque está cubierto por una manta de hojas
marrones de la última caída del otoño, parecen papiros que esperan a
descomponerse por completo.

s —¿Aún estamos en mi propiedad? —Me siento una imbécil por
opreguntarlo, pero el camino se me ha hecho eterno.

e —Ya lo creo. —Se desabrocha el casco y lo cuelga del manillar, después
ecoge el rifle que lleva en el tráiler detrás del quad—. Con el ruido que hemos
ehecho no creo que ninguna criatura en su sano juicio se haya quedado cerca

.Pero me gusta estar preparada, por si acaso. —¿Y qué pasa con las que no están en su sano juicio? Tengo ganas de preguntarle. ¿Y el oso pardo asesino lque arrastró a un hombre fuera de su tienda en mitad de la noche? ¿Y la rmamá alce sobreprotectora que pisoteó a un perro solo porque se cruzó con ella y su bebé? Hace semanas que no veo a nuestro alce. Jonah cree que el eruido de los aviones que despegan a diario ha podido hacer que se buscase otro sitio. Muriel revisa el arma antes de colgarse la correa al hombro— Jonah te ha enseñado a disparar, ¿verdad?

—No me gustan las armas.

—Da igual si te gustan o no. Aunque es cierto que mucha gente adora sus earmas. —Avanza entre las ramas caídas, pateando con las botas montañas de hojas—. Es por seguridad.

—Por eso mismo. No me hacen sentir segura. —Incluso estar cerca de la que sostiene me pone incómoda—. No he crecido con armas cerca.

—¿Cómo? ¿Tu padre nunca te llevó de caza por el bosque cuando venías a visitarlo?

Toby y Teddy saben que soy de Toronto y que mi padre era el dueño de ıAlaska Wild, así que asumo que ellos son la fuente de información de Muriel.

—Nunca vine a visitarlo. Con mi padre… no nos hablábamos hasta el overano pasado. Estuve veinticuatro años sin verlo.

y Se queda en silencio por unos segundos y me preparo para un sermón que no he pedido, la enseñanza de una mujer sabia, la opinión que nadie ha epedido.

y —Bueno, ¿sabes qué es más peligroso que un arma? Vivir en Alaska y no etener una cuando la necesitas —dice en cambio. La sigo mientras avanza sentre los arbustos dando fuertes pisotones. Me pregunto por el interior de aesta mujer, por lo que esta señora (ninguna dama, según sus seres queridos) esconde bajo su áspero exterior y cuánto piensa en que su hijo desapareció de run día para otro, hace cinco años. ¿Es en lo primero que piensa cuando se despierta por las mañanas, en ese preciso momento en que se disipa la niebla sde la ensoñación?—. El valle Mat-Su tiene muchísima historia. Me imagino sque no sabes nada.

. —Tienes razón. No sé nada —admito.

—Cuando tengas hijos se lo enseñarán en la escuela. Claro que en genera
el enfoque se centra en los pioneros. Se quedan con toda la pompa. Los
desfiles y las fiestas y toda la admiración es para ellos. Pero aparecieron justo
después de la Gran Depresión. Antes, aquí había muchas personas que los
ayudaron a establecerse. Granjeros, mineros y gente que quería vivir en
libertad, de lo que le diera la tierra. Empezaron a venir para esta zona cuando
se permitió la construcción de viviendas, a finales del siglo pasado, cuando
éramos un distrito de Estados Unidos. Así llegó mi familia. Eran oriundos de
Montana. —Empuja hacia atrás una rama y la sostiene para que yo pueda
pasar. Rodeamos una zona de muchos árboles y aparece una pequeña cabaña
derruida.

—¿Qué es este lugar? —Miro el tejado hundido y cubierto de musgo y las
cuatro paredes de troncos de madera. Hay tablones clavados en lo que asumo
que eran las ventanas, para sellarlas. Me recuerda a la cabaña de seguridad en
la que Jonah y yo nos refugiamos a esperar que pasara el temporal.

—Es la primera construcción del terreno. —Muriel pisa un tronco
podrido y patea otro—. ¿Has oído hablar del arrendamiento estatal?

—¿Cuando el gobierno entregaba tierras gratis? Sí, vi un documental. —
Cuando volví a Toronto vi todo lo que encontré de Alaska mientras pasaba el
duelo por mi padre y por Jonah, desesperada por aferrarme un poco más.
Con cariño, mi madre me dijo que era masoquista.

Muriel abre exageradamente los ojos, sorprendida.

—Exacto. Te cedían un terreno y en cinco años tenías que construir una
vivienda y cultivar una cierta cantidad antes de que la propiedad fuera total y
completamente tuya. Un hombre llegó aquí en algún momento de los años
sesenta, durante la primavera, para instalarse con su esposa y sus dos hijos.
También era de Montana. Rellenó la solicitud, pagó los impuestos y se
marchó, creyendo que se forraría como un ladrón de bancos. Se dedicaba a la
reconstrucción de casas, así que supuso que no iba a tener problemas; estaba
dispuesto a demostrarle a todo el mundo cómo se hacían las cosas. Recuerdo
que mis padres decían que era un tonto ignorante. Pero no tenía ni idea de lo
que significa sobrevivir aquí, de lo que es formar parte de una comunidad.
Bueno… —Mira por encima del hombro mientras camina y me lanza una

lmirada cómplice—. Uno de los niños falleció antes de Navidad. Enfermó de salgo que no pudo curarse porque estaba medio desnutrido y vivía en esta casa ofría y llena de agujeros. Un mes más tarde, la mujer salió durante una stormenta de nieve y jamás volvió. Tardaron varios días en encontrar el ıcuerpo. El hombre recogió sus cosas y se fue con el hijo que le quedaba antes ode que se derritiera la nieve. No duró ni un año. —Me quedo boquiabierta omirando la diminuta cabaña, tan sorprendida como horrorizada por esta eoscura historia. ¿Por qué la familia McGivney siempre me cuenta historias ıespantosas?—. Todo hubiera sido muy diferente si hubiesen estado ıdispuestos a ayudar y dejarse ayudar. ¡Ni siquiera sabían construir un cobertizo para que no se les pudrieran las verduras! —Sacude la cabeza— sMás tarde, llegaron los Beakers con dinero para invertir. Eran los años osetenta y la zona empezaba a crecer porque habían terminado la Autopista ıParks y había rumores de que esta sería la capital estatal. El gobierno estaba vendiendo terrenos, así que los Beakers compraron uno y se instalaron al otro lado del lago; ellos construyeron la cabaña en la que vives. Se quedaron durante más de una década y luego decidieron que querían algo más -accesible, así que vendieron el terreno a Phil y Colette, quienes de verdad lo lhicieron crecer. —Cierra su historia con una sonrisa orgullosa, de esas que le .transforman la cara y suaviza el tono—. Ahora te toca a ti dejar tu marca.

«Las cosas han cambiado», quiero decirle. Incluso en Alaska. No hemos venido a trabajar la tierra y definitivamente no tengo ninguna intención de ıvivir de ella. Pero este paseo me ha ayudado a empezar a entender a Muriel ySu familia no solo sobrevivió, sino que prosperó en lo que el documenta sdescribía como las peores condiciones: suelo árido y veranos cortos que .amenazaban los cultivos, animales salvajes que acechaban el ganado, un frío eimplacable, inviernos largos, el asedio permanente de los mosquitos entre los ıamatorrales y el agotador trabajo diario. Está en su ADN. Está orgullosa de ısus raíces, de lo que su familia consiguió.

o Solo conoce una forma de vivir en Alaska.

o Me lleva hacia una esquina, donde la puerta de madera aún se mantiene .en pie, y señala el agua que se ve entre los árboles.

a —Este es tu lago. Vives al otro lado.

—¿En serio? —He pasado incontables horas mirando hacia la otra orilla Nunca he visto ni un indicio de la cabaña que se ocultaba entre los árboles Ni siquiera se ve desde el cielo con todo tan cubierto por la maleza.

—Muy bien, vamos a ver si esto se mueve. —Gira el pomo y la vieja puerta se abre con un crujido que me pone los pelos de punta. Muriel parece impresionada mientras empuja—. ¿Podrías traer esa roca? —Señala con la cabeza una piedra que está a unos metros. Mi espalda y brazos se quejan a gritos por el trabajo anterior en el huerto, mientras lucho por arrastrarla. La coloco en un extremo de la puerta para que no se cierre—. Hace años que no entro aquí —admite mientras me guía hacia una habitación pequeña que huele a madera mojada. Está oscura y la única luz que hay es la que se cuela por la puerta y entre los tablones que tapan las ventanas. Solo hay polvo amugre y cristales rotos. Doy una vuelta lenta intentando imaginarme dónde dormían y comían cuatro personas, dónde estaba la cocina. Una tubería me da una idea del espacio que ocupaba una estufa de leña, pero ya no queda nada de ella—. Los vecinos vaciaron el lugar en cuanto se corrió la voz de que la familia se había ido —explica Muriel como si pudiera leerme la mente.

—¿Cuántos años decías que tenía este lugar?

—Bueno, lo construyeron en los sesenta, así que más de cincuenta años —Camina lento, en círculo—. Puede que el hombre fuera un ignorante, pero construyó una cabaña sólida. Con los años, Phil le hizo algunas reparaciones un poco de mantenimiento y se aseguraba de que todo estuviera bien tapiado para no encontrarse un oso durmiendo aquí cuando llegara el invierno Thomas solía venir con sus amigos a hacer sus travesuras. Es su hijo. De vez en cuando lo acompañaban los míos. —Es la primera vez que menciona tener más de un hijo—. Y, por supuesto, Thomas también traía a su novia Los adolescentes no pueden resistirse a los sitios vacíos para darse un buen revolcón. —Levanta una ceja—. Pero bueno, me ha parecido que podría gustarte conocer la historia de tu propiedad.

Aunque al principio haya sido reticente, ahora se lo agradezco.

—No tenía ni idea. En las escrituras no había registro de la cabaña.

—Es probable que la hayan olvidado. —Me empuja hacia la puerta sacudiendo una mano, y luego le da una patada a la piedra. Cierra la cabaña y

.lidera el camino de vuelta—. El sitio en el que tienes el huerto no estab
.mucho mejor que este cuando lo compraron Phil y Colette. Por supuesto, lo
Beakers tenían un jardincito, pero Colette quería uno más grande y Phil l
ahizo realidad. Por Dios, cómo la quería ese hombre, que Dios los bendiga
eAún así, tardó unos cinco años en llegar a su tamaño definitivo. Por eso ha
aque seguir usándolo. —Muriel mete el arma en el tráiler y se vuelve a subir
asu quad—. Muy bien. Iré delante, así que déjame rodearte y abriré paso.

a Un fuerte sonido a metal chocando seguido por un aullido de dolo
prompe el silencio del bosque, el eco hace que incontables aves abandonen s
epuesto entre los árboles y alcen el vuelo.

a —¿Qué ha sido eso? —pregunto inquieta.

, —¡Shh! —Muriel levanta una mano para callarme, con la cabeza alzada e
ela dirección de la que ha venido el sonido. Otro aullido, menos agudo per
eagonizante, nos llega unos segundos después. Viene de la derecha y est
acerca. Demasiado cerca—. Algo ha caído en una trampa. Probablemente se
eun lobo. —El estómago me da un vuelco al pensar que había un lob
merodeando tan cerca y no teníamos ni idea—. Bueno, vamos —dice con u
suspiro—. Tenemos que ocuparnos. —Enciende el motor y arranca e
.dirección al animal herido. Me obliga a apresurarme para seguirla.



zMuriel ya se ha bajado del quad y camina hacia una pila de árboles caído
acuando yo llego y apago el motor.

. —¡Una trampa de suelo! ¡Tan grande como para un oso! —anuncia
nasintiendo para sí, como encantada por haberlo adivinado—. Mierda, qu
abuena soy.

Diviso una mata de pelaje gris. Me acerco con cautela.

—Oh, Dios mío. —Los dientes metálicos clavados en la pierna traser
del lobo me dan escalofríos.

, —Me he enterado de que ya has tenido el placer de conocer a tu vecin
y—dice con algo de malicia.

—¿Quién? ¿Roy? Sí. ¿Por qué…? —Mi pregunta muere cuando veo el rostro de la pobre criatura, sus ojos llenos de miedo y dolor que siguen nuestros movimientos mientras gime—. Es el perro de Roy. —El que medía mi yugular el otro día.

Resopla.

—Perro y una mierda. Jura y perjura que son malamutes, pero nadie le cree. Por suerte para él, nunca han causado ningún problema que requiera una denuncia. —Sacude la cabeza consternada—. Roy se va a cabrear. Estos animales son como su familia. —Mira a su alrededor—. Me pregunto dónde estará el otro. Suelen ir juntos a todas partes.

Las ramas se quiebran bajo sus pies cuando camina hacia el vehículo y me deja con el animal herido. Por mucho miedo que me den las amenazantes bestias de Roy, el sonido de su agonía me provoca la respuesta natural de querer ayudarlo.

—¿Hay alguna forma de abrirlo?

—No sin que esa piel tan bonita que tienes se gane unos puntos. Lo que está ahí no es un perrito amistoso. Además, aunque pudiéramos sacarlo de la trampa, la pierna está tan machacada que me temo que no podrá conservarla.

Vuelvo a estudiar la trampa, hecha para un animal como mínimo el doble de grande: los gigantes dientes de metal se clavan en la carne sin piedad cortando a su paso tendones y músculos, llegando hasta el hueso. Me estremezco de imaginarla clavada en mi propia pierna.

—Por cierto, ¿qué coño hace aquí una trampa para osos? ¡Podría haberla pisado una persona!

—¿Quién sabe cuánto tiempo lleva allí? Recuerdo que hace unos años, Phil tenía problemas con un oso, así que quizá es suya. No veo carnada fresca por ningún lado.

Me inclino y busco a tientas la cadena. El perro me muestra los dientes y emite un gruñido grave, de advertencia. Muriel tiene razón: si intento ayudarlo me va a atacar.

Me pongo de pie y suspiro, frustrada.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Oigo un chasquido que me eriza el vello de la nuca. Es un sonido que solo he escuchado un par de veces, cuando

lJonah carga su rifle—. ¿Qué estás haciendo? —pregunto con cautela mientras siento un temor helado que se asienta en mi estómago mientras miro a Muriel acercarse con su arma. Sé exactamente lo que quiere hacer.

Me mira, seria.

—Pondré fin a su sufrimiento.

—¡No puedes dispararle sin más!

Sacude la cabeza sin poder creer lo que le estoy diciendo. Estoy segura de que tengo el rostro desencajado por el horror.

—No podemos dejarlo aquí. ¡Acabará arrancándose la pierna a mordiscos para liberarse de la trampa y luego se desangrará sobre los arbustos! ¡Es un acto de piedad, Calla!

—Bueno… —Hago una pausa mientras busco una respuesta que no incluya meterle una bala en la cabeza al pobre perro—. ¿No deberíamos avisar a Roy? Es su perro.

—¿Y qué crees que hará Roy por la condenada criatura? ¿Cantarle una nana? —resopla—. Esto es por compasión. Ahora, aléjate. —Tiene el arma bien sujeta en su mano áspera y callosa. Está lista para apuntar y disparar.

—No. —La palabra sale antes de que pueda pensarlo. No puedo mover los pies del sitio.

Arquea las cejas.

—¿Cómo qué no?

—¡No te voy a dejar dispararle al pobre perro sin darle una oportunidad!

Suspira.

—Mira, Calla, sé que esto puede parecerle cruel a una chica como tú pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Cómo vamos a ayudarlo aquí? —Señala a nuestro alrededor haciendo énfasis en el hecho de que estamos en medio del bosque—. No podemos ni sacarlo de la trampa sin sedarlo. Yo no tengo un sedante. ¿Y tú? —me pregunta.

Un sedante.

Por supuesto. Cojo el móvil y miro la cobertura, tengo una barra. Puede que sea suficiente.

—Sí, en realidad sí tengo.

Capítulo 21



Jonah baja la velocidad y detiene el quad. El sendero se extiende entre los árboles. Alguien ha pasado con un vehículo grande por la carretera de Roy ha destruido el follaje y lo ha dejado todo empantanado.

—Recuérdame por qué nos estamos tomando tantas molestias por este imbécil —grita Jonah por encima del rugido del motor.

Me acurruco en mi abrigo, congelada.

—No es por él.

Jonah me mira por encima del hombro, observa mi rostro serio y cansado y sus ojos azules se suavizan. Agarra una de mis manos, la apoya en su cintura y luego grita:

—¡Agárrate fuerte!

Me aferro al cuerpo de Jonah con los dientes apretados mientras rebotamos, nos sacudimos y nos hundimos en los charcos. Tengo la ropa llena de salpicaduras de barro.

Y me recuerdo que esto es lo correcto, aunque la ansiedad que me provoca tener que decirle a este viejo cascarrabias que su querido perro va a morir me provoca un nudo en el estómago que hace que me retuerza de dolor.

Marie contestó al tercer tono y, cuando me apresuré a explicarle la situación, me dijo que se acercaría de inmediato. Muriel, que no paraba de sacudir la cabeza cada vez que nuestras miradas se encontraban, se puso en contacto con Toby, le dijo «ciento ochenta metros al sudoeste de la cabaña vieja» y que esperara a Marie en nuestra casa con un remolque.

Pasó casi media hora hasta que escuchamos el familiar rugido del motor de un quad acercándose por el bosque. Fue la media hora más larga de m

vida, con el pobre perro intercalando los llantos de dolor con gruñidos amenazantes cada vez que Muriel intentaba acercarse a la trampa. Marie se puso a trabajar de inmediato: le clavó un dardo en el hombro al perro y, tan pronto como se le cerraron los párpados, lo liberó de los dientes metálicos con una habilidad impresionante. Toby y yo ayudamos a levantar al animal inconsciente (Toby decía que debía de pesar cincuenta y cinco kilos) y lo subimos a una vieja camilla que Marie había traído; luego le vendó la pata herida, sin aflojar ni por un segundo el ceño fruncido.

Nuestra caravana de vehículos salió del bosque justo cuando Jonah aterrizaba, Marie iba en el remolque, con las piernas cruzadas, sosteniendo la cabeza del animal lo mejor que podía.

No se quejó ni una sola vez. Ni cuando el remolque golpeó bache tras bache con una fuerza capaz de romper huesos, ni cuando la sangre del perro traspasó las gasas y las mantas y le manchó los vaqueros, ni siquiera cuando Muriel intentó explicarle dónde debía poner el sedante, cuál era la mejor forma de abrir la trampa o con cuánta fuerza tenía que colocar las vendas.

La mujer que en secreto seguía pensando en Jonah fue, a falta de un mejor término, inspiradora. Y su temperamento y habilidad me resultó intimidante.

Lo menos que puedo hacer es lidiar con este idiota mientras Marie intenta salvar una vida.

Roy está fuera cuando nos acercamos a la cabaña, bajando trozos de madera de la parte trasera de su camioneta. La puerta del granero está abierta lo que me permite ver todas las herramientas y mesas de trabajo que hay dentro.

Su camioneta está cubierta de barro seco y, en los lados, hay incontables arañazos. Me imagino que los hicieron las ramas de los árboles. Esas ruedas gigantes sin duda han sido las responsables de destrozar el camino.

El otro enorme perro está cerca, gruñendo.

—¡Tranquilo! —grita Roy. De inmediato, se calma y se sienta. Me pregunto si responde de inmediato por el tono o por la orden en sí. ¿Roy intimidará al perro tanto como a mí?

Estiro la espalda mientras Jonah apaga el motor.

—Hola, Roy. ¿Cómo estás? —Esta vez no se molesta en acercarse a darle la mano. Roy gruñe, o hace un sonido que quizá sea un saludo. Sus vaqueros gastados y el abrigo a cuadros (probablemente el mismo conjunto que llevaba puesto la última vez que lo vimos) están cubiertos de serrín. Por suerte ahora el rifle no está a la vista—. Escucha, encontramos a tu perro en una trampa para osos, en el bosque. Hemos llamado a una buena amiga, que es veterinaria, para que nos ayude. Lo ha llevado a su clínica para ver si puede hacer algo —dice Jonah poniendo fin a toda pretensión de charla trivial.

—Maldito animal… Hace semanas que anda deambulando. —Su mandíbula apretada es el único indicio de que la noticia tiene algún efecto en él—. ¿Va a perder la pierna? Porque un perro lisiado no me sirve de nada.

Jonah suspira pesadamente.

—No lo sé, Roy. —Saca una de las tarjetas de Marie del bolsillo de su camisa—. Aquí tienes el número de mi amiga. Te informará de las novedades y así podrás decidir qué quieres hacer.

—¿Qué significa eso? ¿Qué hacer con qué? —susurro. Jonah me dispara una mirada por encima del hombro que me dice que significa exactamente lo que pienso. Mi ira se desata: contra Roy por su actitud insensible y contra Jonah por su indiferencia—. He estado una hora conteniendo a Muriel y su gatillo. Marie está intentando salvarlo. No puedes ir y decirle que lo sacrifique —siseo con la intención de que solo me escuche Jonah, pero aparentemente lo hago demasiado alto.

Roy entrecierra los ojos.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. —Apunta con una mano hacia la bestia negra que no nos quita el ojo de encima—. Si quisiera podría dispararle sa él también y vosotros no podríais decir ni mu. —Me quedo boquiabierta smientras intento encontrar una respuesta adecuada, pero no se me ocurre ninguna. ¿No dijo Muriel que estos animales eran como su familia?— Muriel. —Por la forma en que pronuncia su nombre es obvio que el desagrado es mutuo. Frunce los labios, pensativo. El silencio se alarga ymientras mira a su otro perro—. Deberías haber dejado que le disparara. Por supuesto que una joven pija y estirada como tú no tendría las agallas para hacer una cosa así.

Le fulmino con la mirada. Es como si se estuviera esforzando por llevarme la contra.

—Bueno, pues no la dejé, así que ahora tienes que ser un humano decente e ir a cuidar a tu lobo. Por supuesto que un miserable como tú no tiene las agallas para eso.

Roy inclina la cabeza, parece sorprendido por mi respuesta.

Jonah está igual de sorprendido.

—En fin… —Todavía tiene la tarjeta de Marie en la mano—. ¿Quieres el contacto de Marie o no? Tengo cosas que hacer.

Contengo la respiración. ¿Y si Roy dice que no? ¿Qué le pasará al animal?

Roy se acerca, acepta la tarjeta y la examina mientras retrocede.

—¿Me va a dar problemas?

—Nah. Si no muerde a nadie, no. —Jonah enciende el motor.

—¡De nada! —le grito, incapaz de contener el fastidio que me provoca este hombre, en especial después del día que he tenido gracias a su animal merodeador. Roy mueve las comisuras, como si estuviera a punto de sonreír pero ese efímero momento pasa y se me queda mirando mientras Jonah avanza por el sendero pantanoso—. Espero que ese perro lo muerda a él —digo para mí misma, asumiendo que Jonah no puede escucharme por encima del ruido del motor.

Su cuerpo se estremece por la risa.



—¡Oh, no! —me quejo cuando Jonah gira hacia el hangar en lugar de seguir hacia casa. Estoy desesperada por comer algo y darme una ducha.

Aparca junto a Archie, el Piper que le dejó mi padre, que está cubierto con una lona y espera junto a la puerta a que Jonah pueda mover el viejo avión de Phil, porque en el hangar solo caben dos aviones.

—Dame dos minutos. No me dio tiempo a cerrar bien.

Dos minutos nunca son solo dos minutos cuando Jonah está con sus aviones.

En contra de mi voluntad, suelto su cintura. Pasa una pierna a un lado y se baja. Siempre me ha sorprendido la gracia con la que se mueve para ser un hombre tan corpulento y alto.

—De acuerdo. Estaré por aquí comiéndome mi propio brazo —le digo con un tono seco.

—Como habría hecho el perro de Roy si no lo hubieras encontrado.

Me estremezco.

—¡Jonah!

—¿Demasiado pronto?

—¡No tiene gracia!

—Quién hubiera dicho que tendrías esta debilidad por los animales salvajes. —Me llega su risa mientras desaparece por la puerta del hangar y me deja sola para procesar los giros que ha dado mi día.

Después de cinco minutos sin rastro de Jonah, me debato entre caminar a la casa o entrar para pedirle que se dé prisa. Finalmente, apago el motor y avanzo hacia la puerta, molesta. Está exactamente donde esperaba encontrarlo, dando vueltas alrededor de Veronica con su carpeta, repasando toda la lista de comprobaciones y haciendo la revisión de seguridad con un gesto de profunda concentración.

—Creo que ha estado viniendo por aquí.

—¿Eh? —murmura Jonah, ausente.

—Lo que ha dicho Roy, de que el perro ha estado deambulando mucho últimamente. Creo que ha estado merodeando por aquí. Y creo que hoy nos ha seguido hasta la cabaña. —¿Por qué si no iba a estar allí?

Por fin Jonah levanta la vista de su carpeta.

—¿A qué te refieres con merodear?

—A que creo que ha estado entre los árboles, vigilándome. —Un escalofrío me recorre la espalda de solo pensarlo—. Ya te he contado que a veces sentía que había algo fuera. ¿Y cuando vi que había algo entre los árboles? Me apuesto lo que quieras a que era él. —Tenía el mismo color y tamaño.

Jonah niega con la cabeza.

—Lo dudo, Calla.

—¡Lo digo en serio!

—Yo también. Zeke se sigue escapando. ¿No crees que el perro lo hubiese masacrado a la primera oportunidad?

Jonah tiene razón.

Vuelve a su carpeta y mi mirada recorre el hangar. Me pregunto por qué Phil necesitaba un lugar para guardar dos aviones si solo tenía uno.

—Sigo pensando que tengo razón. —Jonah no responde, demasiado absorto en la lista. O quizá solo me ignora. Camino hacia el Beaver azul y blanco de Phil que descansa sobre un remolque en el extremo opuesto. Tiene el motor desconectado. Nos contó que llevaba tres años sin volar. ¿Qué efecto tiene en un avión tanto tiempo sin arrancarlo?—. ¿De qué año era? ¿1969?

—Cincuenta y nueve.

—Aún mejor. —Uso la escalera que llega hasta la puerta del piloto, abro la puerta y entro. Dejo las piernas colgando a un lado mientras contemplo los trozos de cinta adhesiva que sostiene el tapizado rojo de los asientos. Phil y su cinta. En mi opinión, los interruptores del panel de control son una réplica de los de Veronica, pero estoy segura de que Jonah podría señalar mil diferencias entre ambos con solo una mirada—. ¿Qué crees que es lo que no funciona?

—Para empezar, necesita un nuevo propulsor. Phil me dijo que es probable que el motor aguante unas trescientas horas más, pero le dejaré la última palabra a Toby. —Hoy por fin se han conocido, en circunstancias para nada ideales, y han intercambiado unas palabras rápidas antes de separarnos. Al menos Jonah parece dispuesto a darle una oportunidad, satisfecho con cómo han quedado los motores de los quad desde que Toby los arregló.

—Deberíais salir a tomar una cerveza algún día. —A Jonah le vendría bien salir con algún amigo. En Bangor parecía que todos lo conocían (y lo querían), pero mi padre y Max eran los únicos con los que se veía fuera de y trabajo. Ahora que mi padre no está y Max ha vuelto a Portland con Thor, su bebé, no tiene a nadie más. Jonah gruñe como respuesta. Paso un dedo por los controles del avión y arrastro una gruesa capa de polvo. Cuando lo arreglemos, va a necesitar una buena limpieza. Es entonces cuando caigo en

la cuenta—. ¡Tenemos que ponerle un nombre! —exclamo. Era la tradición de mi abuelo y más tarde, de mi padre. Ahora, tiene que ser la nuestra. No me puedo creer que no lo hubiera pensado antes.

Jonah ya ha terminado con las revisiones y está con medio cuerpo colgando fuera de Veronica, estirado para coger algo del interior. Sus botas golpean fuerte contra el suelo cuando sale del avión. En una mano lleva una bolsa de papel arrugada y otro paquete envuelto en periódico.

—Ya lo he hecho.

—¿En serio? —Una desilusión inesperada se agita en mi interior— ¿Cómo has podido ponerle nombre sin…?

—Wren. Lo he llamado Wren. —Jonah se acerca a acariciar el fuselaje.

—Ah. —Me muerdo el labio y una sonrisa aparece en mi rostro al mismo tiempo que burbujeo de emoción—. Es un buen nombre.

—Sí. Yo también lo creo. —Los ojos azules de Jonah están tristes. Me recuerda, una vez más, que no soy la única que perdió (y a quien todavía le duele) a mi padre.

—¿Me ayudas a bajar?

Jonah obedece, estira los brazos y abre su ancho pecho.

Me inclino y, enroscando los brazos en su cuello, me dejo caer, sabiendo que puede soportar mi peso.

Se queja, pero casi no se mueve, y me apoya en el suelo con un brazo en mi cintura.

Le robo un beso mientras me deslizo hasta abajo.

—Toma. —Me entrega el paquete, envuelto en periódico y atado con un hilo—. Un regalo de parte de Ethel.

—¿Ethel? ¿Cuándo la has visto?

—Hoy.

Frunzo el ceño.

—¿Qué estaba haciendo en Crooked Creek?

—He parado en su aldea de camino a casa. Quería ver cómo habían pasado el invierno.

—¡Qué narices, Jonah! —Ethel y su familia llevan una vida de subsistencia en una aldea al norte del río Kuskokwim. No sé a cuánta

ıdistancia del norte de Bangor está, pero estoy segura de que no es para nadı
›cerca de Crooked Creek—. ¿Recuerdas lo del itinerario? —Ha llegado a casa
media hora más tarde de lo previsto, pero he estado tan ocupada con todo e
›tema del perro que ni lo he pensado.

s —Estoy aquí y estoy bien, ¿de acuerdo? Vamos, relájate.

ı Enseguida se me ponen los pelos de punta.

—¡No me digas que me relaje!

Odio que me digan que me relaje.

. Me mira y luego señala el paquete con la barbilla.

—Venga, ábrelo.

Suspiro.

› —Esta conversación no ha terminado. —Pero estoy demasiado cansada y hambrienta como para discutir con él. Quito el hilo que ata el paquete— ¿Cómo está? ¿Sigue amenazando a su hijo con cortarle las extremidades?

e Jonah sonríe.

—Todavía tiene las dos manos. Por ahora.

—¿Y su nieto?

Mencionar al niño que hoy está vivo por el coraje de Jonah (o por su ›locura, según a quién le preguntes) hace que aparezca en mi rostro una sonrisa enorme que frena mi irritación.

ı —Enorme y correteando por todos lados.

—Debe de ser por toda la rata almizclera que le da su abuela. ¿Y esto que es? —Rompo una capa de periódico y encuentro otra debajo. Está duro, eso ıes todo lo que puedo decir.

Espero que no sea algo muerto. Esa mujer tiene un extraño sentido de humor.

Jonah saca una larga tira de charqui de la bolsa marrón y me la ofrece.

Sacudo la cabeza. Ya he aprendido por las malas que eso no es carne.

—Entonces no tendrás tanta hambre. —Se burla mientras desgarra un ıtrozo con los dientes.

—No volverás a besarme hasta que te laves los dientes. —Quito lo que ɛqueda del papel y descubro una escultura. Necesito dos manos y unos ısegundos de admirarla desde varios ángulos para poder identificar las dos

aves enroscadas entre sí—. Guau. ¿Está hecho a mano? —pregunto acariciando la superficie con el pulgar. Es suave.

—Sí. Ethel lo talló durante el invierno —dice con la boca llena—. Es marfil.

—¿Marfil? —Siento la sorpresa transformar mi rostro.

—Marfil de morsa —se corrige Jonah—. Los nativos alaskeños tienen permitido cazarlas. Y no te preocupes, hasta el último trozo de ese anima ayudó a la familia de Ethel a pasar el invierno.

—No lo dudo. —Analizo las dos aves. Están modeladas a la perfección —. El cuervo y su esposa ganso. —Sonrío con ternura y la levanto para que la observemos bien.

Jonah sacude la cabeza.

—A esa mujer le encantan los mitos.

—Con este se equivocó. —No soy la esposa ganso de Jonah. O quizá sí pero una esposa ganso que ha sobrevivido para ver florecer la primavera y que está determinada a prosperar junto a su cuervo.

—Es preciosa. —Ya sé dónde lo voy a poner: en el último estante de la vitrina que compré la semana pasada. Y de la que Jonah aún no sabe nada.

Pero Jonah no está mirando la escultura. Me está mirando a mí y en su rostro hay una expresión de desagrado.

Siento una presión en el estómago

—¿Qué pasa? —Por su mirada, definitivamente algo malo.

—No sé cómo decírtelo, Calla, pero… —Vacila durante unos instantes lo suficiente para que mi ansiedad se dispare—. Necesitas una ducha urgentemente. Nunca te he visto tan sucia. —Una sonrisa aparece en su rostro.

—¡Cállate! —Le golpeo el pecho y me invade una cantidad similar de alivio y rabia—. Créeme, es lo que llevo intentando todo este tiempo, ¡pero no me dejáis volver a casa! ¡Primero Muriel y ahora tú!

—Tienes tierra por toda la cara. —Me pasa el pulgar por la mandíbula y ese aleja para mostrarme la mancha de barro marrón—. Parece que has estado esquivando fuego enemigo.

Genial. ¿He ido a la casa de Roy con aspecto de haber estado jugando a la

›guerra?

—¿Tienes alguna idea de cómo ha sido mi día?

s —¿Ha incluido bañarte en un charco de barro? —pregunta con falsa inocencia y se acerca para quitarme una ramita del pelo—. ¿Qué intentaba hacer? ¿Camuflarte con el bosque?

ı —De acuerdo, ¿sabes qué, listillo? Me voy. —Paso junto a él con el regalo en la mano—. Si quieres volver en el quad, será mejor que te des prisa.

—Prefiero ir andando, gracias. —No puedo evitar reírme, aunque le muestro el dedo corazón—. Pero, en serio, espérame fuera de casa, llego en diez minutos y te doy un manguerazo. Más te vale que no entres así.

—¿Sabes qué? ¡Os vais a ir a la mierda tú y tus coles de Bruselas! —grito mientras empujo la puerta.



ıEstoy frotándome con fuerza el champú (el dolor por el trabajo de hoy ya se ha instalado en mis hombros y brazos) cuando alguien abre la puerta del ıbaño. Un segundo más tarde, Jonah corre la cortina y entra en la ducha.

—¿Necesitas ayuda? —No espera a que le responda, me agarra de la cadera y me da la vuelta. Me entrego a la sensación de sus caricias mientras me masajea la espalda con sus dedos fuertes y habilidosos—. Ha llamado ,Marie.

ı Mi corazón se detiene, el nerviosismo rompe este momento de paz.

ı —¿Y?

—Sobrevivirá.

e —Oh, ¡gracias a Dios! —Me desplomo sobre el pecho amplio y desnudo ›de Jonah, el suave pelo rubio me hace cosquillas en la mejilla. Me sorprendo a mí misma por sentir tanto alivio por un animal que no es mío y que estoy ybastante segura de que lleva dos meses atormentándome—. ¿Y su pata?

› Las manos de Jonah siguen a lo suyo y se deslizan hasta las puntas de mi pelo.

ı —Sigue con ella. Pero no sabe de cuánto va a servirle. Sin duda tendrá

una cojera permanente.

—Es maravillosa —murmuro, por más inquietante que me resulte esa idea—. Roy dijo que no quería un perro cojo.

Jonah resopla.

—Roy es un mentiroso. Ha llamado a la clínica treinta segundos después de que nos fuéramos de su casa y le ha pedido que hiciera todo lo necesario para salvarlo. Que no se preocupara por el dinero. Y cuando Marie lo ha llamado para contarle las novedades, se lo ha agradecido.

Levanto las cejas mientras intento unir lo que me cuenta con el anciano amargado con el que hemos lidiado hace un rato.

—¿Le ha dado las gracias? ¿Conoce acaso la palabra gracias?

—Varias veces. Y después le ha preguntado cuándo iba a poder ir a buscarlo.

Sacudo la cabeza.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —Teddy ya me advirtió de que Roy Donovan suele mostrar su lado hostil, pero ¿ser así de difícil solo porque queremos poner una compañía de viajes? No tiene sentido.

—No lo sé. —Las manos enjabonadas de Jonah me recorren la espalda —. Pero hoy has hecho lo correcto, Barbie.

—La verdad es que sí. Muriel le iba a disparar. —El perro ahora estaría muerto.

—Estaba haciendo lo que creía correcto. Y si Marie no hubiera estado allí, hubiera estado en lo cierto. —Jonah me aprieta el hombro y suelto un gemido—. ¿Es por trabajar en el huerto?

—Sí. Muriel no es solo una torturadora, es una tirana. Me sorprende que no trajera un látigo.

—La parte de atrás ha quedado genial. Habéis hecho un trabajo increíble —Jonah frota mi hombro para relajarlo.

Me estremezco, aunque sus manos parecen las de un masajista profesional.

—Vas a necesitar mucho más que palabras bonitas para convencerme de que plante tus estúpidas coles de Bruselas, Jonah.

Su carcajada llena el pequeño baño por encima del ruido del agua que

corre.

—Créeme que ni he empezado con las palabras bonitas.

corre.

—Créeme que ni he empezado con las palabras bonitas.

Capítulo 22



—Calla. —La voz de Jonah me despierta.

Abro un ojo y lo veo de pie a mi lado. Tardo un momento en registra que ya está vestido para salir, con el cuello de la camisa de lana azul marinc que le regalé para su cumpleaños dado la vuelta. Está sexy e intuyo que se h esmerado.

—Me prometiste que no ibas a trabajar hoy. —Hasta con la vo adormilada se me nota la decepción. Esperaba poder pasar un día entero cor él.

—Así es. —Me acaricia la sien con un dedo áspero y me aparta u mechón rebelde de la frente—. Vamos a salir. Vístete.

—¿Adónde vamos?

—Fuera. —Una mirada indescifrable aparece en su rostro—. Le h cambiado los esquíes a Archie y lo quiero llevar a dar una vuelta, así lo dej listo para la temporada. Lleva parado mucho tiempo.

—Vale —digo y bostezo—. ¿Me das una hora?

Sonríe.

—¿Para dormir un rato más? —Me conoce demasiado bien, porque es es exactamente lo que quería hacer. Y pensar que en una época hubiera usad hasta el último de esos minutos para prepararme—. Te doy veinte minutos.

Miro el reloj.

—¡Son las siete de la mañana! ¿Qué te pasa? ¿En Alaska la gente n duerme hasta tarde cuando tiene un día libre? —Me levanto todos los días las seis de la mañana para ver a Jonah antes de que salga a llevar provisiones las aldeas más alejadas. He ido con él dos de esos días para conocer a gente hacer fotos de los paisajes para las redes sociales, mías y de El Yeti. Pero vin

el carpintero a acabar el porche, así que tuve que quedarme. Si tengo que se
sincera, no me molestó. Por mucho que adore pasar tiempo con Jonah, l
entrega de provisiones se está volviendo repetitiva y cotidiana. Soy má
productiva en la oficina con el papeleo y la publicidad que atravesand
turbulencias y repartiendo cajas con paquetes de café en un páramo remot
para la temporada turística.

El verano pasado era diferente: todo era nuevo y emocionante, el relo
corría en contra porque me quedaba poco tiempo en Alaska. Sigue siend
emocionante estar en el aire con él, pero ahora que voy a quedarme siempr
aquí, no siento la necesidad de embarcarme en todos los vuelos.

Pero, si nos vamos pronto, podré librarme de Muriel. Fiel a su palabra, a
día siguiente del desastre de la trampa para osos, escuché el rugido de su quad
avanzando por el camino de entrada a las siete de la mañana. Llegó con
macetas de diferentes plantas y un mapa que indicaba dónde había qu
plantar cada cosa. Una réplica del huerto de Colette.

Desde entonces, llueva o truene, llama a nuestra puerta todas las mañana
y me arrastra a revisar la valla electrificada, los montones de tierra y los brote
diminutos, asegurándose de que no haya cambiado nada, salvo las mala
hierbas que aparecen por aquí y por allá. Nunca se olvida de abrir la puert
del granero para que Zeke y Bandido puedan salir.

—Vamos, hace horas que ha amanecido. Hace un buen día. —Par
enfatizar sus palabras, Jonah abre las cortinas de par en par.

Tengo que entrecerrar los ojos para no quedarme ciega con tanto brillo.

—Media hora —suplico.

—He hecho café.

—¿Un latte? —La cafetera profesional (igual que la que tiene Simon
llegó ayer.

—Ya sabes que no tengo ni la más remota idea de cómo usar eso. —
Jonah arrastra el edredón de la cama y deja mi piel desnuda completament
expuesta a la fría mañana.

Gruño mientras estiro los brazos por encima de la cabeza.

—Basta de estar tan activo por las mañanas. Es horrible. —Abre la boc
para responder, pero se detiene. Sus ojos azules clavados en mi cuerp

rdesnudo. Todavía puedo ganar esta batalla—. Entonces… ¿Una hora? —Lo atiento arqueando la espalda lo suficiente para que su mirada encendida se sdesvíe a mi pecho.

Maldice entre dientes, se da media vuelta y sale por la puerta gritando:

—¡Veinte minutos!

—Estás en modo Yeti. Genial. —Miro el techo de madera. Jonah no cae jfácilmente en mis trampas cuando está en este estado. Con mis intentos de oseducción frustrados, arrastro mi cuerpo cansado hasta el baño.

e



l

l

aLa emoción me atraviesa cuando Jonah apaga el motor de Archie y econtemplo el valle que me resulta familiar: las paredes rocosas que trepan hasta el cielo en ambos lados, el río que serpentea, el agua que surca sobre srocas, árboles caídos, riachuelos que se bifurcan y vuelven a unirse.

La última vez que estuvimos aquí fue porque teníamos que rescatar a una spareja que había salido a caminar por las montañas, pero la inclemencia del atiempo nos obligó a refugiarnos. Ahora solo interrumpen el azul del cielo unas nubes blancas y esponjosas.

Jonah se acerca el micrófono de los auriculares a la boca.

—¿Ha valido la pena sacar tu culo de la cama?

—Absolutamente. —Le agarro las mejillas con las manos, atraigo su rostro hacia el mío y le planto un beso en los labios—. Es la mejor de las sorpresas. En serio. —Los flotadores de este avión anfibio hacen que me)resulte difícil bajarme. Espero a que Jonah aparezca a mi lado y me estiro para apoyarme en sus hombros y saltar hacia él. Detiene mi descenso para -darme un profundo beso y me deja con los pies colgando en el aire antes de eapoyarlos sobre el suelo de la pista polvorienta—. Estás raro. —No puedo identificar exactamente por qué, pero sea lo que sea, está así desde esta mañana.

Frunce el ceño.

—¿Porque te acabo de besar?

—Sí. No sé. Pareces… ¿más alegre de lo normal? ¿A qué se debe?

—¿No puedo estar de buen humor? —Saca una pequeña neverita naranja del asiento trasero.

Frunzo el ceño.

—¿Pasaremos la noche aquí?

—Nah. Es algo para comer. —Sonríe—. Me he imaginado que no querrías volver a comer charqui.

Arqueo las cejas.

—¿Has preparado la comida tú solo? Estaba casi segura de que no sabías cómo hacerlo. —Me he acostumbrado a prepararle sándwiches para que coma cuando viene o se va. Es más fácil que lidiar con el malhumor que tiene cuando está hambriento y se para delante del frigorífico, mirando mis ensaladas y pudines de chía, quejándose de que nunca hay nada para comer.

—Muy bien, listilla. —Se coloca el rifle en el hombro (el recordatorio de que, aunque no haya nadie cerca, nunca estamos completamente solos), coge mi mano y me guía entre los árboles.

Siento un vuelco en el estómago cuando atravesamos el arco decorado con cornamentas. Los alrededores no son tan frondosos como en pleno verano. Todo sigue durmiendo por el sueño invernal: las ramas de los árboles desnudas, el follaje apenas emergiendo. No hay más sonidos que el peso de nuestras botas contra el sendero.

—¿Y si hay alguien usándola?

—Pues lo echo —responde con un brillo pícaro en la mirada.

La cabaña de seguridad está exactamente como la dejamos; un refugio rústico y tranquilo erigido en medio del bosque, esperando a ocupantes que no necesiten protección.

—Es tan extraño. —Me invade una ola de nostalgia cuando entramos en su lúgubre interior. Los rayos de sol más pequeños llegan a colarse entre los tablones que sellan la ventana y apenas consiguen iluminar algo. Aunque es suficiente para distinguir los detalles importantes (el sitio en el que inventamos una cama; la cuerda en la que Jonah colgó mi ropa empapada por la tormenta; la cocina diminuta con los cacharros abollados donde me ordenó que me desnudara; la chimenea en un rincón que calentó el aire y nuestros

cuerpos entrelazados durante toda la noche). Hasta huele igual (a madera
húmeda y hollín).

Fue la noche en que estalló la tensión que crecía entre Johan y yo.

Jonah recorre el interior con la mirada. Me pregunto qué recuerda de esa
noche y qué tan vívidos tiene esos recuerdos. ¿Yo? Ahora que estoy aquí
recuerdo cada caricia, cada beso, cada temblor de mi cuerpo. Al menos así
me lo parece.

Deja la neverita sobre la mesa.

—Dame un minuto para ventilar un poco. —Guía mi mano a su boca
para besarla, respira hondo y exhala despacio con la mirada fija, pensativa y
con un rastro de algo (¿preocupación o miedo?).

—Jonah, en serio, me estás asustando. ¿Estás a punto de decirme que te
vas a morir o algo así?

—Jesús. —Suelta una carcajada entrecortada y sacude la cabeza mientras
sale por la puerta.

—Vale, al parecer no —murmuro y agrego más alto—: ¡No vuelvas a
cortarte! ¡Me gusta demasiado esa camisa como para que la llenes de sangre
—Camino hacia la mesa rústica de la cocina para abrir la neverita, curiosa por
saber qué ha traído. En su interior hay envases con uvas, queso, galletas y un
termo con la sopa que hice ayer—. Guau. Ha hecho sándwiches de verdad
—Miro dentro del pan y veo una gran cantidad de jamón. También hay dos
botellas pequeñas de champán. Hasta se ha acordado de traer copas.

—¿No has desayunado? —pregunta Jonah desde la puerta. Con una
ventana abierta a cada lado, ahora sí entra suficiente luz.

—Estaba espiando. —Levanto una botella—. ¿Qué celebramos?

Se encoge de hombros.

—¿Qué te parece estar aquí otra vez?

—Me parece bien. —Acaricio la superficie áspera de la mesa sonriendo
como una tonta—. ¿Te acuerdas de esto?

Cierra la puerta de golpe con la bota y camina hacia mí.

—Recuerdo todo lo que hicimos esa noche. —Me acaricia la mejilla con
un dedo y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Me siento sobre la mesa con las piernas colgando a un lado.

—¿Tienes ganas de recrearlo? —Levanto las cejas.

Espero a que se ría, pero, en cambio, una mirada contemplativa atraviesa su precioso rostro.

—¿Alguna vez has deseado poder rebobinar el tiempo y volver a vivir esa noche?

Contemplo la sala diminuta y analizo su pregunta…, recordando todo lo que vino después. Niego con la cabeza.

—Fue una noche maravillosa. Pero después ocurrieron muchas cosas que no quiero volver a vivir. —Tanto dolor. Me reencontré con mi padre y volví a perderlo para siempre. Y durante meses creí que también había perdido a Jonah. Esa fue una agonía diferente.

Engancho mis talones alrededor de sus muslos y tiro de él hacia mí, encajando su cadera entre mis piernas. Levanto la mano y dejo que mis dedos recorran su barba. Sonrío al recordar la noche en que se la recorté por primera vez, como venganza mientras él dormía tras el accidente que destruyó su avión. Aún puedo oír la carcajada de mi padre a la mañana siguiente, cuando se dio cuenta de lo que le había hecho.

Han cambiado tantas cosas entre nosotros.

La noche en que acabamos aquí, Jonah era un enigma para mí. Ese hombre sexy pero intimidante, que decía lo que pensaba, aunque eso no era lo que yo quería escuchar. La mano derecha de mi padre, el piloto de montaña que jamás se iría.

Iba a durar en mi vida el tiempo que me quedara en Alaska.

Ahora… todavía me deja sin aliento y ocupa mis pensamientos, pero es todo mío. Ya no me intimida porque lo conozco de principio a fin. Sé la historia de cada una de las cicatrices de su imponente cuerpo. Sé que lo irrita pasar mucho tiempo sin volar y la emoción que le genera el ruido de propulsor. Sé que odia cuando la ropa recién lavada pasa mucho tiempo en la lavadora y que no tolera el pollo con piel. Sé que tiene el sueño ligero y que ronca mucho. Sé que le gusta tener el control de casi cualquier situación, pero que se quitaría la camiseta para dársela a alguien que la necesite. Sé que se siente culpable por no ver a su madre más a menudo, pero cada vez que la llama, la voz condescendiente de su padrastro de fondo hace que se le cierren

los puños.

Sé que Jonah me quiere. Quizá tanto como yo lo quiero a él.

—Ahora estamos en el momento perfecto —le digo. Es casi demasiado perfecto.

—Así es. —Jonah traga con dificultad, su mirada busca mi rostro y se detiene en mi boca antes de seguir hasta posarse en el avión de oro y diamantes que tengo entre las clavículas. Lo uso todos los días. Lo coge entre sus dedos y lo estudia—. Recuerdo que esa noche pensé que me iba a enamorar perdidamente de ti.

—¿En serio? Porque recuerdo que estabas dispuesto a acabar con esto para que me quedara. —Así no complicábamos las cosas.

—Nah, quería ser amable. —Su sonrisa fugaz desaparece—. Si de algo estoy seguro, Barbie, es de que esto nunca iba a terminar. No mientras yo pudiera evitarlo —susurra y coloca las manos a ambos lados de mi rostro— Y en el año que hace que te conozco…

—No ha pasado ni un año. Solo han sido nueve meses —lo corrijo. ¿Cómo puede ser que solo hayan pasado nueve meses? Siento que llevamos años viviendo juntos.

—Casi diez, para ser más precisos. Ya ha pasado más de la mitad de mayo. Y deja de interrumpirme. —Frunce el ceño mientras me da un beso Respira hondo—. En todo este tiempo, jamás he dudado de que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

«Ya ha pasado más de la mitad de mayo».

En mi mente suena una alarma (la certeza de que me he olvidado de algo importante) y siento cómo la sangre se agolpa en mi cabeza mientras me alejo repentinamente de él.

—Oh, por Dios.

Jonah hace una pausa.

—¿Qué pasa?

—¿Qué día es? —pregunto mientras saco el móvil para mirar el calendario. Hago las cuentas—. No, no, no, no… —Mi estómago da un vuelco mientras caigo en la cuenta de lo que significa—. Tengo un retraso.

—¿De qué?

Le fulmino con la mirada.

—Un retraso.

Afloja el ceño fruncido cuando por fin lo entiende.

—Ah.

Menos mal que estoy sentada porque de pronto me invade el pánico y siento que pierdo el equilibrio.

—¿De cuánto? —me pregunta.

—Cuatro días.

—No es…

—Nunca he tenido un retraso, Jonah. Nunca. Mi ciclo funciona como un reloj. Oh, por Dios, ¿cómo ha podido pasar? —Me llevo las manos a la frente como si eso fuera a aplacar el impacto—. O sea, me he olvidado de una pastilla este mes, pero me la tomé al día siguiente. Eso no puede haberlo arruinado todo.

—Tranquila, Calla. —Coge mis manos entre las suyas y las aprieta con dulzura—. Vamos a estar bien. Podemos con esto. Es un poco antes de lo que habíamos planeado…

—¿Un poco? ¡No tengo ni veintisiete años! ¡Estoy siguiendo al pie de la letra los pasos de mi madre! —Claro que ella se quedó embarazada antes de tomar la decisión de mudarse a Alaska, pero no me cabe duda de que un embarazo no estaba en sus planes en ese momento. Jonah me mira en silencio mientras entro de lleno en una crisis, hasta que su silencio solo empeora la situación—. Por favor, di algo.

—No sé qué decir, Calla —empieza con voz calma—. No es una locura tener un hijo a los veintisiete años. Y yo tengo treinta y dos. Para mí es muy diferente pensar en esperar cinco o seis años. —Se muerde el labio— Vivimos juntos, tenemos una casa y dinero más que suficiente para sobrevivir.

—Sí, pero un bebé lo cambia todo, Jonah. Es permanente. Es para toda lla vida.

Jonah aprieta la mandíbula.

—¿Y nosotros no?

—No, no me refería eso. Es que… —Busco las palabras correctas—

Acabamos de llegar. Todavía estoy intentando descifrar qué tipo de vida quiero tener. ¿El Yeti va a crecer lo suficiente como para justificar que yo trabaje a tiempo completo en la empresa? ¿Me hará feliz hacer esto el resto de mi vida? ¿Volveré a estudiar? ¿Nos quedaremos mucho tiempo en Alaska? ¿Y qué hay de viajar? Quiero irme de vacaciones al menos una vez antes de estar atrapada en casa entre pañales y biberones. Es que… no estoy nada lista para empezar a parir bebés. —Las preguntas, deseos y dudas salen disparadas de mi boca como una ráfaga y Jonah… bueno, parece desinflado—. No estoy diciendo que no quiera tener hijos. Quiero tener uno o dos en algún momento…

—No, lo entiendo. —Suelta mis manos y levanta las suyas en un gesto de rendición—. Está bien, Calla. En serio. Tienes razón. Es cierto que solo han pasado unos meses. —Su voz dice esas palabras, pero su expresión dice algo diferente.

—Lo siento.

—No te disculpes. —Sacude la cabeza—. Siempre te estoy insistiendo para que seas sincera respecto a lo que quieres hacer. O, en este caso, lo que no quieres hacer.

—Entonces… ¿Qué vamos a hacer? —Una oleada de pánico me invade cuando proceso la situación y bajo la vista a mi abdomen.

¿Hay un ser humano creciendo dentro de mí?

—Creo —hace una pausa para buscar las palabras— que primero tenemos que estar seguros. No tiene sentido preocuparnos hasta que lo sepamos.

Como suele ocurrir, Jonah tiene razón.

Me haré la prueba en cuanto lleguemos a casa.

Un silencio incómodo invade la cabaña, la nostalgia anterior ha quedado eclipsada, y ha sido reemplazada por algo amargo. Jonah se ha alejado un poco (¿quizá para darme espacio?) y tiene las manos guardadas en los bolsillos de su abrigo.

Estoy buscando las palabras correctas para retomar nuestra conversación anterior, cuando Jonah suspira pesadamente.

—Quizá deberíamos volver. Creo que ninguno de los dos va a poder

apensar en otra cosa.

Probablemente sea lo mejor.

Él ya está saliendo por la puerta cuando yo asiento.



Vuelvo a mirar hacia atrás, pero solo veo cumbres montañosas.

Jonah ha estado charlando con otro piloto por la radio. No llego a discernir si disfruta de la conversación con un extraño o si está evitando hablar conmigo.

Por ahora, me viene bien cualquiera de las dos.

Un bebé.

Respiro hondo, intentando reconciliarme con la idea de convertirme en madre a los veintisiete años. Sin duda, no formaba parte del plan. Pero tampoco lo era mudarme a Alaska.

Aunque, si hay alguien con quien quisiera tener un hijo, es con Jonah. Será un padre excelente; una cualidad que ni siquiera consideré en los otros hombres con los que salí. Todo me indica que, con el tiempo, llegaremos a eso.

Pero solo hace cinco meses que vivimos juntos y ni tres en esta casa. Es demasiado pronto. Todavía nos estamos descubriendo como pareja. Las cosas entre nosotros son perfectas.

Un bebé lo cambiaría.

Pienso en Sharon, sentada detrás de la recepción con veintitrés años, su vientre creciendo, los tobillos hinchados, acunando al recién nacido de un pasajero. Una vez me confesó que estaba esperando tener un bebé desde los diecisiete, después de salir por primera vez con Max. El hecho de que no sienta nada más que pánico y conmoción me indica que, sin importar cuánto quiera a Jonah, no estoy lista para eso.

Una mano tibia me acaricia el muslo. Me doy la vuelta y me encuentro con el ceño fruncido de Jonah. Me ofrece una sonrisa apretada, pero no dice rnada. No parece odiarme por la evidente falta de entusiasmo que me ha

producido nuestra charla, pero no puede ocultar la decepción.

Jonah sí está listo.

—¿Cuándo tienes que volver a trabajar? —pregunto ansiosa por encontrar un tema de conversación.

—Pasado mañana. Había pensado en ir a Bangor. Visitar la tumba de Wren y ver a Aggie. Gritarle un poco a Mabel, ordenarle las ideas.

—Sí, porque los adolescentes rebeldes suelen responder bien a esa estrategia —digo con sarcasmo y me doy cuenta de que ha dicho «había apensado», como si ya no pudiéramos hacerlo.

—Puede que no, pero necesito decirle algo antes de que arruine su vida… —Deja de hablar de golpe y mira con el ceño fruncido los controles.

—¿Qué pasa? —Maldice entre dientes—. ¿Jonah? —Su mirada va entre el cielo y los controles, de arriba abajo. Sin responder. Mi pulso empieza a acelerarse—. Jonah, ¿qué pasa?

—Hay, eh…, un problema con la presión de aceite —dice con un tono extrañamente calmado y desinteresado que solo hace que sus palabras suenen más ominosas.

—¿Y eso qué significa?

—Que vamos a aterrizar.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Más o menos.

Contemplo los alrededores. Solo hay montañas y árboles en todas las direcciones.

—¿Dónde?

Se muerde el labio pensativo mientras mira el río sobre el que volamos.

—Si no recuerdo mal, hay un lago más adelante. Cerca de ese valle.

—¿Si no recuerdas mal? —Por aquí todo parece igual. La gente se pierde siguiendo el río equivocado o se estrella porque confunde las cumbres y hace un giro incorrecto.

Saca un mapa y me pide que lo abra mientras inclina el avión para bajar la altitud.

—¿Puedes encontrar Rainy Pass?

—Yo… Eh… —Forcejeo con el papel—. No lo sé. —En nuestra

oficina, con el mapa estirado, me he vuelto bastante buena leyéndolos ¿Apretujados en un avión diminuto mientras descendemos entre los árboles rNo estoy tan segura.

—Por aquí. Déjame ver. —Uno de sus ojos sigue firme al frente mientras esigue el curso del río entre las montañas—. Sí, ahí. Creo que está adelante.

Es la segunda vez que vacila.

a Tengo un pico de adrenalina mientras me golpea la imagen mental de ametal enroscado e hilos de sangre recorriendo la frente Jonah. Un día de terror que no quiero repetir, y sin embargo aquí estamos. Esta vez, en las .montañas, donde podemos golpearnos con cosas mucho más grandes que algunas rocas esparcidas.

e —Jonah, ¿nos vamos a estrellar? —Escucho el pánico en mi voz.

a —No, Calla. Vamos a aterrizar. —Empieza a avisar de nuestra ubicación por radio mientras descendemos.

o

a



—No estamos muertos —lanzo un suspiro largo y tembloroso mientras flotamos sobre el agua tranquila en el más absoluto silencio.

Jonah se ríe mientras se masajea la frente.

s —No tienes mucha confianza en mis habilidades de vuelo, ¿no?

—Sí. Pero también he pensado que nos íbamos a estrellar contra esos árboles de allí. —Jonah ha planeado tan cerca de las copas que no he podido evitar que se me escaparan unos gritos de pánico. Incluso ahora tengo la nuca cubierta de sudor frío y hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que evomite.

e —No estaba seguro de cómo de grande era el lago y no me quería arriesgar a hacer una segunda vuelta para tener suficiente pista. —En especial aporque ya había apagado el motor cuando los flotadores han tocado el lago Las conversaciones que ha tenido por la radio me han permitido entender la esencia de lo que estaba pasando. Ha dicho cosas como «en rojo», «quemado» ay «clavado». Es mucho peor de lo que Jonah me ha dicho. Señala con la

.cabeza hacia mi pecho—. Ya puedes soltarte.

? Bajo la vista y veo mis manos enroscadas con tanta fuerza en el cinturór de seguridad que tengo los nudillos blancos. Lo suelto y miro por la sventanilla.

—¿Dónde estamos? —Aparte de en medio de la nada.

—Aquí. —Jonah señala un lago en el mapa, rodeado de montañas y lejos ede cualquier pueblo o punto turístico. No podríamos caminar, aunque equisiéramos.

s —¿Ese señor va a venir?

e Como si me hubiese escuchado, la voz del hombre suena por los auriculares, preguntando si estamos bien.

Jonah responde con nuestras coordenadas y luego se quita los auriculares.

ı —Debería llegar pronto. Necesito que escuches y respondas a sus mensajes.

—¿Adónde vas? ¡Estamos en medio de un lago!

—Tengo que ver cómo de grave es. —Busca la caja de herramientas detrás de mi asiento. Su boca está a pocos centímetros de la mía Normalmente ya me hubiera robado un beso. Lo hace siempre que busca salgo detrás de mi asiento. Pero esta vez no. Quiero creer que es porque está demasiado concentrado en nuestro problema técnico, pero no puedo evitar preocuparme. Presa de un impulso, me inclino para capturar sus labios con los míos. Me responde con un beso brevísimo, con un suspiro que me sacaricia la mejilla cuando se aleja—. Estate atenta a este tal Sam, ¿vale?

› —No te caigas. —Quién sabe lo profundo que es el lago y los flotadores ıson muy resbaladizos.

e Abre la puerta y se baja.

Me deja sola con la preocupación retorciéndose en mi interior.

ı

l

.

ı



»—¿Qué clase de avión es? —Estudio el monoplaza color mostaza que viene ahacia nosotros flotando sobre el lago. Parece un avión de guerra pintado de

color estridente con la pequeña escotilla del piloto en el techo.

—Un Fire Boss. —Jonah lo observa acercarse quieto sobre un flotador—. Los usan para apagar incendios forestales. Los pilotos vuelan bajo, cargan agua y después la sueltan sobre el incendio. Es increíble. —Las palabras de Jonah no coinciden con su voz y su expresión seria. Lo que sea que haya encontrado en el motor lo ha hecho insultar a Bart, el mecánico de AlaskaWild.

El silencio se instala mientras esperamos.

—¿Es muy malo? —Por fin me atrevo a preguntar.

—Todavía no lo sé. Necesito que venga Toby.

El avión amarillo se detiene a unos metros y Jonah se sujeta con fuerza mientras nos mecen unas sutiles olas. Se abre la escotilla y un hombre calvo nos saluda.

—Un mal día, ¿no es cierto?

No tienes ni idea.

—Gracias por venir, Sam —grita Jonah.

—Ningún problema. ¿Necesitáis que os lleve? Puedo volver con otro avión, pero tardaré un poco. O tengo un amigo que no vive muy lejos a quien podría llamar.

—Cualquiera de las dos está bien. Te lo agradezco mucho.

—Voy a llamar a mi amigo. Será lo más rápido.

Jonah golpea el fuselaje con el puño.

—Voy a empezar a atarlo.



—¿Lo has hecho bien?

—¿Cuántas formas hay de hacer pis en un palo?

—Según esto, más de una. —Mira las instrucciones de la prueba de embarazo con el ceño fruncido—. Volar un puto avión es menos complicado.

Miro fijamente la prueba, la giro hacia un lado y hacia el otro bajo la luz

de la bombilla desnuda que tengo encima, buscando la segunda línea rosada que, se supone, debería aparecer en los dos primeros minutos. Han pasado cinco y no hay ni rastro. Según esta prueba, no estoy embarazada.

Me invade una ola de alivio, aunque sé que todavía no es concluyente.

Jonah estruja las instrucciones y las tira al cubo de basura.

—¿Y ahora qué? —Su humor no ha mejorado desde que el amigo de Sam nos ha traído a casa. Dejamos a Archie en la orilla del lago asegurado con anclas y rocas, y sé que eso lo está consumiendo.

—Me haré otra prueba mañana por la mañana para estar seguros. Quizá este mes tengo las hormonas desequilibradas. —No puedo ocultar la alegría en mi voz.

Igual que Jonah no puede ocultar la decepción en su rostro.

Asiente despacio.

—¿Has llamado a Toby?

—Sí. Ha dicho que puede ir hoy si tú quieres.

—Hoy sería lo ideal. —Vacila—. ¿Quieres quedarte en casa o venir con nosotros?

No puedo evitar sentir que Jonah preferiría que eligiese la primera de esas opciones. No lo culpo después de la enorme crisis que he tenido en la cabaña.

Sonrío, aunque me duele pensar que quiere estar lejos de mí.

—Creo que ya he tenido suficiente adrenalina por hoy. Vete a hacer lo que tengas que hacer. —Mira la segunda prueba de embarazo, la que todavía está cerrada en la caja. Abre la boca para decir algo, pero decide no hacerlo. Se inclina, me da un beso rápido en la frente y se gira hacia la puerta—. ¿Jonah?

Se detiene, dándome la espalda.

—¿Sí?

—¿Estamos bien?

—Por supuesto que sí. —Se vuelve a girar y me muestra una sonrisa que pretende ser reconfortante, pero no llega hasta sus ojos.

Capítulo 23



A pesar de los fuertes calambres, a la mañana siguiente prácticamente salgo saltando del baño y bajo las escaleras flotando por la alegría de que la crisis haya pasado. Sin lugar a dudas, no estoy embarazada. No sé qué ha causado el retraso, pero jamás volveré a olvidarme de una sola píldora.

Son solo las seis y media de la mañana, y en casa reina la calma. He escuchado a Jonah salir por la puerta principal cuando me estaba despertando, es probable que pensara que faltaban una o dos horas para que me levantara. Supongo que está en el hangar, ansioso por ir a buscar a Archie.

Toby dejó lo que estaba haciendo para ir a ayudarlo. Fueron con Veronica hacia el avión para que pudiera evaluar el daño y confirmó las sospechas de Jonah: no se ajustaron bien algunas tuercas y tornillos cuando se le hizo el mantenimiento y eso ha ocasionado una filtración de aceite. Todos los indicios señalan a Bart o a quien sea que estuvo haciendo su trabajo, porque el mecánico de Alaska Wild es famoso por delegarle el mantenimiento a empleados rasos que juran saber lo que están haciendo. Normalmente, revisa lo que hacen, pero, quizá, con todo lo que ha pasado en Wild, se olvidó de ese paso.

Los chicos volaron a Anchorage para comprar los repuestos necesarios y volvieron a la montaña para intentar reparar a Archie en el lugar… ¿Qué otra cosa se puede hacer con un avión estropeado sobre un lago? Definitivamente no puedes llamar a la grúa.

El sol se estaba poniendo en el momento en que los flotadores de Veronica interrumpieron la calma de nuestro lago. Los chicos tenían cara de cansados, pero se reían de las cosas que Jonah decía que le diría a Bart la

próxima vez que lo vea. Toby parecía seguro de que el motor no ha sufrido daño permanente. Jonah no tanto, pero ya ha contratado a Toby para que haga un servicio completo, de pies a cabeza, y así asegurarse de que no surja nada nuevo.

Algo tan simple como el mantenimiento básico podría habernos matado si no hubiésemos encontrado un lugar para aterrizar, si Jonah no hubiese tenido tanta suerte, si el motor se hubiese roto antes de descender.

Pero no fue así, y el avión ya está reparado, y yo no estoy embarazada, y las cosas entre nosotros tienen que volver a cómo eran.

Se me pone la piel de gallina mientras le escribo un mensaje.

Calla: ¿Estás en el hangar?

Me preparo un latte mientras espero una respuesta.

Jonah: Sip. Sam me va a llevar a la montaña a buscar el avión. Llega a las ocho. Pasaré por casa antes de irme.

Jonah parece haber establecido un buen vínculo con el bombero calvo y eufórico que respondió a nuestra llamada de auxilio.

Calla: ¿Ya está listo para volar?

Jonah: Espero que sí. Si no, Toby es un mecánico de mierda.

Sonrío. Al menos está empezando a hacer bromas.

Calla: Por cierto… Falsa alarma.

Miro los tres puntos suspensivos que indican que hay una respuesta en camino. Tarda un minuto en aparecer.

Jonah: Ok.

No sé qué respuesta esperaba de él.

«Debes estar muy aliviada».

«Tendremos más cuidado».

«No te preocupes, te quiero y, la próxima vez, los dos estaremos listos».

Pero ahora mismo no parece que nada esté bien.

Vuelvo a tener esa sensación carcomiéndome el estómago: que ayer nuestra relación sufrió un gran revés por el susto del embarazo. Pero también podría atribuirlo a que Jonah no sabe comunicarse por mensaje. Y es fácil malinterpretar pensamientos y sentimientos por un mensaje. Es demasiado fácil que nuestras propias inseguridades encuentren más de lo que hay en una

simple palabra.

Lo que sé es que no puedo permitir que despegue así. Tengo que hablar con él cara a cara.

Voy hacia el pasillo, cojo mi abrigo rojo a cuadros (el que Jonah me compró el año pasado, después de manchar con sangre mi jersey favorito) con la intención de ir al hangar y dedicar la siguiente hora a resolver la tensión como pueda antes de que llegue Sam. A mi paso, tiro sin querer el abrigo de lana de Jonah.

Se cae una pequeña caja del bolsillo.

Miro confundida el pequeño estuche de joyería mientras lo levanto del suelo. Tardo unos segundos en procesar lo que podría ser.

Con el pulso retumbando en mis oídos, echo una mirada furtiva hacia la puerta para asegurarme de que Jonah no entre y me encuentre espiando; y abro la tapa.

Suspiro cuando veo el anillo de diamantes y por fin logro unir las piezas.

Ayer Jonah llevaba este abrigo. El viaje sorpresa a la cabaña…, el almuerzo…, la botella de champán…, su extraño comportamiento.

Me iba a proponer matrimonio.

Antes de que sus palabras me provocaran una crisis, estaba hablando de pasar el resto de su vida conmigo. Recuerdo (vagamente) una mano que se despegaba de mi rostro e iba hacia su bolsillo.

Estaba literalmente a punto de pedirme que me casara con él cuando entré en pánico por el retraso.

—¿En serio? —Siento mariposas en el estómago. ¿Sin aviso? ¿Sin charla previa sobre el matrimonio? O sea, ¡solo hace cinco meses que estamos juntos! No hace ni un año que nos conocemos y, sin embargo, aquí está el anillo (este impactante anillo con forma de copo de nieve, lleno de diamantes de distintos tamaños).

Se iba a declarar. Y tengo la absoluta certeza de que le hubiera dicho que así.

Al principio me hubiese quedado muda de la sorpresa, pero le hubiera dicho que sí, como le dije que sí a Alaska y sí a esta casa, porque estar con Jonah no es una opción. Porque, aunque no hace tanto que lo conozco, ya no

puedo imaginarme mi vida sin él. No quiero volver a estar sin él nunca más.

Hubiera dicho que sí.

Llevaría puesto este anillo. Estaríamos comprometidos.

En cambio, entré en pánico por la posibilidad de estar embarazada de una forma que sin duda no gritaba «¡Casémonos!».

Siento un dolor en el pecho cuando vuelvo a pensar en la expresión de Jonah: dolor y desilusión. Había planeado el día entero: el lugar, el almuerzo. Hasta había comprado champán. Y yo, completamente desprevenida, no fui capaz de sumar dos más dos.

Oh, por Dios.

¿Y si ya no quiere casarse conmigo?

«Sí, pero un bebé lo cambia todo, Jonah. Es permanente. Es para toda la vida».

«¿Y nosotros no?».

¿Puede ser que, sin quererlo, mi verborrea haya creado una fisura entre nosotros?

Cierro la caja y la devuelvo a su escondite. Coloco el abrigo lo mejor que puedo para no dejar indicios de que he descubierto su secreto.

Y luego voy hacia la puerta, esperando que la caminata hasta el hangar me dé el tiempo necesario para descifrar qué narices le voy a decir.



Frunzo el ceño cuando veo una camioneta plateada aparcada junto al hangar. No tengo ninguna duda de quién es. Un letrero magnético con el nombre de su clínica veterinaria cuelga de la puerta.

Pero ¿qué hace Marie en nuestra casa a las siete menos cuarto de la mañana? ¿Tiene algo que ver con Oscar? Hasta donde sé, el perro volvió a casa con Roy y se está curando poco a poco de las heridas.

—… y a partir de ahí todo cayó en picado. —La voz de Jonah me llega por la puerta entreabierta del hangar y hace que me pare en seco.

—¿Entonces no has podido preguntárselo? —pregunta Marie con voz

suave y empática.

—¿Me estás vacilando? No había forma de llevar la conversación hacia e matrimonio después de eso.

Está claro que están hablando de lo que ocurrió ayer. Jonah le debe habe contado a Marie que iba a proponerme matrimonio. Supongo que no deberí esorprenderme. Es su mejor amiga. Y, sin embargo, siento una sensació .desagradable en la boca del estómago porque es obvio que también le h icontado la crisis del embarazo. Es como si hubiera traicionado mi confianza Es algo privado que no hemos acabado de discutir y, no obstante, ahí está hablándolo con ella.

Por eso ha venido Marie. Jonah debe haberla llamado. Necesitaba habla acon alguien que no fuera yo.

Siento una punzada de dolor en el pecho y me acerco más, para escucha su conversación.

Jonah suspira.

—Nunca la había visto así. O sea, créeme que la he visto perder el contro evarias veces, pero esto ha sido diferente.

—Solo tiene veintiséis años, Jonah. Y este último año ha pasado po emuchas cosas. La vida se le ha puesto patas arribas varias veces. Es obvio qu todavía no está lista para que eso vuelva a ocurrir. Ten paciencia.

—No me digas —resopla él—. ¿Pero cinco o seis años? Tendré cas cuarenta.

—No eres tan mayor —le reprende Marie.

—Lo seré si se convierten en ocho o nueve. Y podría ser. Tendrías qu .haberla visto, Marie. Era como si la idea de estar embarazada fuera igual a euna pena de muerte.

Siento el calor en mis mejillas. Sé que es algo importante para Jonah, per me dijo que no pasaba nada si no estaba lista, que no tenía que disculparme.

¿Me estaba mintiendo?

—O pueden convertirse en dos o tres una vez que se adapte y su aprioridades cambien —argumenta Marie—. No te olvides de que cuando l conociste vivía con sus padres. Su prioridad era estar guapa y salir a bailar zAdemás, Jonah, ni siquiera habéis empezado a buscar un hijo. ¿Y si no s

puede quedar embarazada? ¿Qué vas a hacer entonces? ¿Divorciarte? —Hay
lun tono acusador en la voz de Marie, casi una provocación para que admita
que se ha comportado como un imbécil, y mi corazón vuelve a ablandarse.
r —¡Joder, claro que no! Es que… —Estira la última palabra—. Quizá s
ame estoy precipitando.
ı «¡No! ¡No es cierto!».
a Quiero gritar. O sea, vamos rápido, pero estoy lista para esto, para
.nosotros. No me había dado cuenta hasta que he visto el anillo.
, —Sí. No tienes fama de paciente —dice Marie y puedo oír su sonrisa—
Pero no puedes evitarlo. Eres tan apasionado con las cosas y con las personas
rque te importan de verdad. —Hace una pausa y, cuando vuelve a hablar, hay
algo de nostalgia en su dulce voz—. Es una de las cosas que siempre me han
rgustado de ti, Jonah.

Aunque antes parecía que Marie me estaba defendiendo, me invade una
ola de celos cuando la escucho recordarle de una forma muy poco sutil que
lsí, puede que ahora sean solo amigos, pero ella sigue esperando entre las
sombras la oportunidad para ser algo más. Estoy segura de que Marie estaría
rmás que feliz de parir al bebé de Jonah ahí mismo, en el suelo del hangar
ejusto ahora, si él se lo pidiera. No estar lista parece un punto en mi contra
como una ventaja que tiene sobre mí, aunque el anillo de diamantes que tenía
iJonah en el bolsillo era para mi dedo.

—Marie, sabes lo que siento por Calla…

—Por supuesto. No quería… —Sus palabras mueren—. Me preocupo
epor ti y solo quiero que seas feliz.
a —Lo sé. Y soy feliz.

—¿Sí? ¿Por completo? ¿Te hace feliz rechazar trabajos porque te da
omiedo dejar sola a tu novia?

¿Jonah está rechazando trabajos por mí? ¿Qué trabajos?

—No es así. Le prometí a Calla que no la arrastraría hasta aquí y luego me
siría durante días.
a —¿Y cuánto tiempo vas a seguir así?
. —¡No lo sé! Supongo que hasta que ella se sienta segura.
e —Odio tener que decírtelo, pero me preocuparía más por cuánto tiempo

yva a llevarle eso que por cuándo estará preparada para tener hijos. Jonah, ¡le
aaterra poner un pie fuera!

—No te preocupes por Calla. Está resolviendo algunas cosas y le está
íyendo muy bien con la administración de la oficina y las cosas de casa. ¿Has
visto el huerto?

—No es ella quien me preocupa, Jonah. Me preocupas tú. —Y así, sin
ámás, todas las cosas buenas que pensaba de Marie se marchitan—. Querías
ser libre para volar adonde quisieras cuando quisieras. ¿No fue por eso por lo
.que no aceptaste Wild cuando Wren quería dejártela? ¿Te acuerdas?

s —No me correspondía.

y —Eras como un hijo para él, Jonah. Nadie hubiese pensado nada malo de
ıti por aceptar su oferta. Podrías tenerlo todo. —Frunzo el ceño. ¿Qué quiere
decir con eso? Mi padre le preguntó a Jonah si quería comprar Wild en un
ámomento dado, pero Jonah no tenía el dinero—. Y aquí estás, rechazando
,trabajos que de verdad quieres para estar todo el día entregando provisiones
smientras ella se gasta el dinero decorando. —No hay forma de ignorar el
ıtono crítico en su voz.

, —Te estás pasando, Marie —le advierte él con firmeza.

, —Lo siento —suspira—. Me cae bien. Por favor, no pienses lo contrario.
ıEs solo que odio verte renunciar a lo que te apasiona. —Mi corazón late con
fuerza mientras analizo si debería entrar de golpe, gritarle a Marie y exigirle a
Jonah que me diga qué narices es eso de que ha estado rechazando cosas.
ɔPero al final mantengo los pies clavados en el suelo porque quiero ver hacia
dónde va la conversación. El silencio se alarga—. Tengo que irme. Le dije a
Roy que estaría a las siete para ponerle las vacunas a Oscar… —La voz de
ıMarie suena más alta mientras se acerca a la puerta del hangar. Retrocedo
porque no quiero que me descubra espiando.

Pero no tengo adónde ir.

e El taller.

Salgo disparada hacia el pequeño edificio anexo al hangar y agradezco que
la puerta esté abierta. Entro justo cuando aparece Marie.

Hay incontables herramientas viejas y envases llenos de tornillos y todo lo
ɔque alguien puede necesitar para sobrevivir, pero también hay basura

ematrículas viejas y oxidadas, llantas abolladas colgadas en la pared del fondo una nevera antigua a la que le falta la puerta, por lo que es inservible, sillas en áuna esquina; latas de pintura viejas y usadas mezcladas con provisiones en suna estantería. Es otra enorme tarea de limpieza que ambos estamos evitando.

Me acerco a la pequeña ventana llena de mugre justo a tiempo para ver a sJonah coger la mano de Marie para impedirle que se suba a la camioneta. M oira se desata porque parece que la está consolando: ¿se merece el consuelo después de lo que ha dicho de mí? ¿Tengo derecho a decir algo considerando que estaba escuchando una conversación privada?

Intercambian unas palabras que no llego a oír. Con un abrazo rápido, se emete en la camioneta y se aleja, dejando a Jonah solo, masajeándose las sienes ıcomo si ya hubiera tenido suficiente por hoy.

De golpe, se da la vuelta y avanza hacia la casa.

Va a verme.

Mierda.

No hay forma de evitarlo, salvo correr entre los árboles para intentar llegar antes y mentirle diciéndole que he estado ahí todo el tiempo: un .movimiento definitivamente inmaduro y arriesgado del que no quiero formar ıparte.

Respiro hondo, salgo por la puerta y grito:

—Estoy aquí. —Jonah se da la vuelta con el rostro deformado por la ısorpresa. Y luego lo entiende. Frunce el ceño mientras se acerca. No tengo ninguna duda de que está repitiendo en su mente la conversación que ha etenido con Marie, preguntándose qué habré escuchado—. Lo siento, he ovenido a verte y estabas hablando con Marie y… —¿Y qué? ¿Le digo que se lo del anillo?

Se apoya contra el marco de la puerta, tan cerca que puedo oler la embriagadora fragancia del jabón en su piel.

—¿Qué has escuchado exactamente? —me pregunta.

Vacilo.

—Lo suficiente para saber que has estado rechazando trabajos. ¿Y que :pasa con lo de que mi padre iba a dejarte Wild? —Maldice entre dientes—

,¿Qué trabajos?

ı —Da igual.

ı No estoy segura de qué me molesta más: no saberlo o que Marie sí lo shaga.

—¿Qué trabajos has rechazado?

ı Se muerde el labio inferior.

i —Una empresa de caza quería que trabajara con ellos en septiembre. No ›es para tanto y ni siquiera sé si quiero hacerlo.

› —No parecía así por lo que ha dicho Marie.

Frunce el ceño.

ɛ —No sabe de qué habla.

s Es eso o Jonah no me lo quiere contar.

Decido dejar el tema por el momento.

—¿Y lo de que mi padre quería dejarte Alaska Wild?

—No sé por qué estamos haciendo esto…

—Porque quiero saberlo. ¡Marie no debería saber cosas de tu vida que yo rno sé! —Sobre todo porque yo soy la mujer con la que quieres casarte—. Lo ıúltimo que sabía era que mi padre quería venderte Wild, pero tú no tenías e rdinero.

Suspira y sacude la cabeza.

—Hubo un momento en el que Wren estaba pensando en cómo hace: ıque Wild siguiera funcionando después de su muerte. Me preguntó si quería ›comprárselo por lo que fuera que yo pudiera pagar, que no era ni de cerca lo ıque valía. Me lo sugirió una semana antes de que aparecieras tú. Ahí fue ɛcuando supe que le pasaba algo. No tenía sentido que rechazara la cantidad éde dinero que podía ganar si se la vendía a Aro, que ya estaba interesado en comprarla.

ı —¿Y por qué no aceptaste? —Mi padre dijo que Jonah era la persona correcta para Alaska Wild.

Se encoge de hombros.

—No me parecía bien aprovecharme de una situación como esa éBásicamente me lo estaba regalando. Además, sabía que tenía una hija .aunque no os vierais. Hubiese sido como robarte lo que te correspondía. De

todas formas, cuando apareciste, Wren entró en razón y se dio cuenta de que era hora de dejar ir a Wild. Hasta me ofrecí a dirigirlo si quería dejártelo a ti. Y lo hubiera hecho.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque él no quiso. No quería cargarnos con esa presión. Significaba atarte a Alaska y a algo que os había alejado durante tantos años. Así que descartó esa opción y se la vendió a Aro. —Jonah me mira—. Dijo que se podría morir en paz sabiendo que ibas a estar bien. Económicamente, al menos.

¿Y si mi padre hubiera accedido a la propuesta de Jonah de que me dejara la empresa y él la dirigiera? Para empezar, me hubiese metido en un problema si Jonah en algún momento decidía que no quería seguir. No me iba a mudar a Bangor para dirigirlo. ¿Y cuánto tiempo habría podido sostenerlo? ¿Y si quería vender? Estaría vendiendo el legado de mi familia (que mi padre amaba y por el que renunció a todo) al mejor postor.

La culpa de esa decisión me hubiera pesado. Sería mil veces peor que si Agnes hubiera firmado para que demolieran la casa. ¿Hubiese acabado resentida con mi padre por ponerme en esa posición, por atarme a esa vida?

Jonah seguiría atado a Alaska Occidental (para toda su vida o por todo el tiempo que yo dependiera de él). No viviríamos aquí.

Quizá no viviríamos juntos.

Probablemente Jonah no tendría un anillo en el bolsillo.

Al final, mi padre tomó la decisión correcta. Me puso por delante de Alaska Wild. Algo que no hubiese sido capaz de hacer antes.

—Deberías habérmelo dicho.

—No importa. —Puede que no. Pero, si en algún momento necesito demostrarle a mi madre que Jonah no me quiere por mi dinero, puedo hacerlo. Jonah apoya una mano en mi cintura y me acerca a él—. ¿Cómo te sientes?

Me acerco a él. Acaricio con la palma la curva de su pecho, clavículas y hombros hasta llegar a sus bíceps.

—Estoy bien. Un poco dolorida. —Siempre me pasa el primer día del ciclo.

e —¿Cuánto tiempo has estado escuchando exactamente?

. —Lo suficiente como para saber que ya no me cae muy bien Marie.

Sonríe.

—Me estaba desafiando. Eso es lo que hacen los buenos amigos. —Lo amido con la mirada—. No me digas que Diana no hubiera sido igual de dura econtigo si estuviera preocupada por ti.

e No puedo decírselo porque Diana hubiera destruido a Jonah si creyera lque estoy sacrificando mi felicidad por él.

—Pero Diana no está enamorada de mí.

a Suspira, pero no lo niega.

a —¿Qué más has oído? —Está intentando recolectar información. En rparticular, si sé algo de la propuesta frustrada.

i Nunca he sido capaz de mentirle a Jonah.

e —¿Qué más debería de haber escuchado? —le pregunto a cambio.

Aprieta la mandíbula mientras recorre mi rostro con la mirada, como si estuviera decidiendo si se atreve a admitir sus verdaderas intenciones.

o —Que te quiero mucho y que no debemos tener nada de prisa.

¿Qué significa «nada»?

l Asumo que habla de los bebés.

¿Pero estará postergando también la idea del matrimonio?

Vacilo.

—Por favor, dime que estamos bien, porque siento que no lo estamos…

e —Estamos bien, Calla, te lo prometo —dice mientras me aparta un mechón de pelo de la frente. Su voz se vuelve seria—. Más que bien. Perdóname si te he hecho pensar que no.

o —Tenía tanto miedo —admito en un susurro con los dedos aferrados ocon fuerza a su cintura.

e —Lo siento. —Me agarra de la nuca, se inclina para besarme y me acaricia la lengua con la suya de ese modo profundo y desesperado que suele yreservar para el dormitorio, cuando estamos sin ropa y con los cuerpos enredados. Sin querer, se me escapa un suave gemido—. Falta un rato para lque llegue Sam —susurra entre jadeos, mientras con una mano me coge del pelo y la otra baja, me presiona la espalda y me empuja contra su erección—

¿Quieres volver a casa y nos metemos en la ducha?

Por el momento han desaparecido los calambres, la promesa de sentir e cuerpo de Jonah en el mío es un antídoto para cualquier malestar. Pero l idea de caminar hasta casa no me resulta muy excitante y siento l abrumadora necesidad de darle placer. Cojo su labio inferior entre mi dientes y le doy un mordisco juguetón.

—No puedo esperar tanto. —Deslizo una mano debajo de su suéter. Lo músculos de su abdomen se endurecen debajo de mis dedos helados cuand le desabrocho el cinturón, bajo la cremallera, meto la mano por la rop interior y lo cojo con firmeza.

—Por mí vale —gime—. Siempre he querido hacerlo en el… —La siguientes palabras mueren cuando me arrodillo frente a él y le bajo lo pantalones y los calzoncillos—. Mierda —sisea con los ojos azule encendidos mientras me mira. Se apoya contra el marco de la puerta con u igemido gutural, su mirada salta de mí a la vastedad del paisaje que nos rodea.

¿Quieres volver a casa y nos metemos en la ducha?

Por el momento han desaparecido los calambres, la promesa de sentir el cuerpo de Jonah en el mío es un antídoto para cualquier malestar. Pero la idea de caminar hasta casa no me resulta muy excitante y siento la abrumadora necesidad de darle placer. Cojo su labio inferior entre mis dientes y le doy un mordisco juguetón.

—No puedo esperar tanto. —Deslizo una mano debajo de su suéter. Los músculos de su abdomen se endurecen debajo de mis dedos helados cuando le desabrocho el cinturón, bajo la cremallera, meto la mano por la ropa interior y lo cojo con firmeza.

—Por mí vale —gime—. Siempre he querido hacerlo en el… —Las siguientes palabras mueren cuando me arrodillo frente a él y le bajo los pantalones y los calzoncillos—. Mierda —sisea con los ojos azules encendidos mientras me mira. Se apoya contra el marco de la puerta con un gemido gutural, su mirada salta de mí a la vastedad del paisaje que nos rodea.

Capítulo 24



—Guau. No bromeaba —digo cuando llegamos a la Casa Ale. E aparcamiento está lleno de vehículos: camionetas con manchas de barro todoterrenos, un sedán extrañamente impecable. Y hay más coches en l explanada de césped que hay detrás.

Jonah gruñe mientras baja la velocidad para buscar un sitio vacío.

—¿Tenemos que hacer esto?

—¿Te crees que para mí no es agotador tener que lidiar con Muriel? — Aunque esta semana solo ha venido dos veces a asegurarse de que no hay olvidado mis quehaceres. Por extraño que resulte, incluso sin sus órdenes, h acabado yendo todas las mañanas porque me daba curiosidad ver qu novedades iba a encontrar. Es pronto, pero ya están creciendo brotes de do hojas donde sembré semillas de remolacha. Hoy he comparado las plantas d tomate con las fotos que les hice el día que los planté y me he dado cuenta d que están notablemente más altas gracias a los largos días alaskeños—. Me h dicho que estará lleno de pescadores y cazadores y gente que alquila su cabañas a los turistas que quieren conocer todo esto. Tenemos que conoce gente si queremos conseguir más negocios en la zona, ¿no?

—¿No te quejabas de que me voy mucho? —Da marcha atrás hacia u sitio entre otros dos vehículos.

—En realidad me he quejado de que pasas demasiado tiempo jugand con tus aviones en el hangar. —Hago lo mejor que puedo para no quejarm de las horas que trabaja—. ¿Desde cuándo eres tan antisocial?

—¿En serio, Calla? —Los ojos azules le brillan divertidos—. Siempre h sido así de antisocial. —Señala con la cabeza hacia la puerta principal, dond dos hombres con abrigos negros y sombreros de camuflaje han salido

charlar mientras sacan unos paquetes de cigarrillos. Son las siete de la tarde y el sol sigue bien alto. Hoy se pondrá pasadas las once y el cielo estará oscuro hasta que vuelva a salir, a las cuatro y media. No estaba muy acostumbrada a eso el verano pasado, cuando estuve en casa de mi padre—. No me gustan esta clase de eventos.

Una pareja de mediana edad, con camisas a cuadros a juego, corre por el aparcamiento como si llegaran tarde. La mujer lleva una olla a presión.

—Eh… Solo para que te quede claro, tampoco es mi clase de evento. Pero necesito una noche de salir y hablar con alguien que no seas tú, una cabra o un mapache, así que te fastidias. Hazlo por mí, por favor.

—Vale —Jonah refunfuña, pero se inclina para presionar sus labios contra los míos—. Por cierto, estás muy guapa esta noche.

—Tú también. —Paso las uñas (que he pasado una hora arreglando y pintando después de rastrillar la tierra, aunque eso lo hice con guantes) por su barba recién cortada.

Ha pasado una semana desde el viaje al refugio y el susto del embarazo y para mi alivio, las cosas entre nosotros vuelven a estar bien. En realidad, más que bien. Estamos todo el día pegados: caricias frecuentes, besos largos, duchas que duran tanto que vaciamos el calentador del agua. Es como si ambos estuviéramos intentando tranquilizarnos y asegurarnos de que todo va bien. O quizá esa dura bofetada de realidad (dos si cuento el fallo mecánico del avión) nos ha unido aún más.

En cualquier caso, todo vuelve a ser perfecto.

Pero no hay señales de una pedida inminente ni mención al matrimonio. Cuando fui a echarle otra miradita al anillo, ya no estaba en el bolsillo. He tenido que morderme la lengua más de una vez para no confesarle que lo había visto.

Antes de ese día no había pensado seriamente en el matrimonio y ahora me encuentro mirando de reojo a mi dedo anular desnudo y deseando que las cosas hubieran sido diferentes. Pero sigo diciéndome que me lo pedirá cuando sea el momento adecuado.

Jonah me acaricia el muslo y se acerca. Su boca encuentra el hueco de mi cuello.

—¿Quieres saltarte esto e ir a probar nuestro carísimo jacuzzi? Ya debe estar caliente.

—Qué curioso que de pronto te interese tanto —susurro y me estiro para apagar el motor y quitar las llaves. Los instaladores se han ido cerca de las cuatro, después de montar el lujoso objeto en el porche, llenarlo y probarlo —. Cuanto antes entremos, antes nos podremos ir. —Salgo de la camioneta y me detengo para acariciar con el dedo el vinilo con el logo de El Yeti que le pegué en la puerta. Oigo un zumbido molesto—. ¡Date prisa! ¡Ya han salido los bichos! —Es como si todos los mosquitos y moscas se hubieran despertado al mismo tiempo.

Toby me prometió que se calmarían pronto. Hasta entonces, intento que no me afecten, pero termino ocultándome dentro de casa y rezando por que llegue una arrasadora ola de calor o una plaga que los mate a todos.

Para mi fastidio, Jonah se toma su tiempo.

—Te dije que te pusieras el repelente.

—¡No quería oler a repelente la única noche que salimos!

—¿A qué crees que huelen todos aquí? —Me atrae hacia él cuando dos hombres salen por la puerta principal. Voces altas y estridentes, el murmullo de la música antigua y el penetrante olor a carne hervida y especias llenan todos los espacios.

Arrugo la nariz y admito por lo bajo:

—La verdad es que no me gusta el chili.



A los pocos minutos de sentarnos en los dos últimos taburetes libres de la barra, Muriel se acerca contoneándose entre las mesas.

—Vaya, qué guapa estás esta noche, Calla —exclama en un tono que apodría o no ser un halago. Me cuesta descifrar a esta mujer—. Creo que deberíamos ponerte a ti detrás de la barra en lugar de a ese feo. —Señala con la barbilla a Toby, que está muy ocupado sirviendo una cerveza del tirador.

—Definitivamente venderíamos más. —Toby me guiña un ojo. No

epuedo superar lo mucho más joven (y parecido a Muriel) que parece sir
barba. Lo he visto esta mañana, cuando ha venido al hangar a trabajar er
aArchie y todavía tenía barba. Me ha explicado que todos los años se la afeita
spara este fin de semana y cuando nos hemos encontrado esta noche me he
oquedado boquiabierta.

y —Jonah, ¿has conocido ya a Jack Thomas? —pregunta Muriel a modo de
esaludo.

o —Creo que no —dice Jonah despacio.

n Muriel señala al señor de escaso pelo gris y grueso bigote que está sentado
en una mesa.

e —Deberías ir a hablarle. Creo que os llevaríais bien.

e —¿Y por qué crees eso? —Hay una leve sonrisa en el rostro de Jonah
Probablemente se está preguntando lo mismo que yo: ¿cómo puede saber
Muriel con quien se llevaría bien Jonah? Han hablado tres veces contadas
desde que se conocen. No sabe nada de Jonah.

—¡Porque está buscando un piloto! —dice con énfasis y quizá algo de
sfastidio—. Es dueño de Big Game Alaska. Lo que Toby te contó el otro día.

o —Cierto. —Jonah me mira de reojo.

n Debe de ser la empresa de caza que quiere que vuele con ellos en otoño.

—Vale, venga, ¡pues ve a conocerlo! —le ordena y no puedo evitar
sonreír, aliviada de, por una vez, no ser el blanco de su tenacidad.

Por más testarudo que pueda ser Jonah, me he dado cuenta de que tiene
mucha paciencia para las Agnes, Ethel y, aparentemente, Murieles de este
mundo. Así que no me sorprende cuando murmura:

—Sí, señora. —Y se baja de un salto del taburete. La mano que antes
tenía sobre mi muslo se desliza alrededor de mi cintura y me acaricia el
acostado con el pulgar. He sentido su contacto permanente desde que
atravesamos la puerta y nos adentramos al bullicio de este salón repleto
eEmpiezo a pensar que tiene menos que ver con el cariño y más con la
eatención que estoy despertando. Siento las miradas. Destaco en esta marea
ainformal de franela, vaqueros y gorras de pesca y caza. Algunas miradas son
de simple curiosidad. Otras son lascivas. Y Jonah parece querer marcar su
oterritorio—. ¿Estarás bien? —Se inclina para besarme.

—¡Claro que estará bien! —Muriel responde por mí y lo aleja con un movimiento de mano—. Estos hombres… ¡Es como si creyera que no apuedes arreglártelas sola!

Y, si no la conociera mejor, viniendo de ella, eso sería casi como un cumplido.

—Invita la casa. —Toby apoya una jarra de cerveza frente a Jonah.

Él murmura un agradecimiento, la coge y se va.

Muriel sigue a Jonah con la mirada, como si necesitara atestiguar la presentación. El hombre que asumo que es Jack Thomas se pone de pie y le estrecha la mano, señala una silla vacía y Jonah se sienta con esa posición de piernas abiertas tan propia de él.

—Bien. Sí, va a ir bien. —Muriel asiente satisfecha, como quien marca un rcasillero en su lista de tareas. Después, centra su atención en mí—. Soy la spresidenta del comité de planificación del Carnaval Invernal y creo que serás un buen miembro. Ya lo he hablado con el grupo. Nos juntamos el segundo ejueves de cada mes en el centro comunitario.

—Ah… Yo… Vale —tartamudeo sin entender si es una invitación o una orden. De todos modos, si así lo quiere Muriel, no tengo muchas opciones —. ¿Con qué clase de cosas necesitarías ayuda? —Más le vale que no sea una rlocura como hacerme saltar a un tanque de agua en medio del invierno alaskeño.

—Ya se nos ocurrirá algo. Paige se ha mudado a Kansas con su nuevo enovio, así que la carrera de contenedores está vacante. Eres perfecta para eso

—Lo siento, ¿has dicho carrera de contenedores? ¿Qué me hace perfecta?

—Porque sabes hacer que las cosas parezcan bonitas —dice como si la lrespuesta fuera obvia.

—¡Muriel! —grita Teddy desde la larga mesa que han puesto en la otra .punta del salón donde seis ollas a presión hierven a fuego lento y una horda hambrienta espera con su plato desechable. Con la mano le hace un gesto adesesperado de «ven aquí».

—Te juro por Dios que ese hombre no puede ni limpiarse el culo solo si no estoy a su lado dándole instrucciones. Después seguimos hablando de carnaval.

—No veo la hora —murmuro. Se abre paso entre la multitud a toda velocidad para llegar junto a él cuanto antes.

De pronto, un tanque de agua no me parece tan mala opción.

Toby se apoya con los codos en la barra y mira a sus padres.

—Si no la llama, lo vuelve loco porque debería estar allí. Si la llama, es que no puede vivir sin ella.

—Es un callejón sin salida —agrego, sombría.

Toby me sonríe y aparece su hoyuelo, que destaca aún más con el rostro redespejado.

—¿Qué quieres tomar?

—Algo fuerte, así estoy borracha para cuando vuelva tu madre.

Se ríe.

—Solo tengo estas —dice y señala los logos que hay en los tiradores de cerveza—. Y esas en botella. —A su espalda, en una pequeña pizarra, hay una lista de cinco cervezas. Reconozco la letra de Muriel por el plano de huerto que me dibujó. Todo está en mayúsculas. Hasta su caligrafía es imperativa.

—¿En serio? ¿Nada de vodka escondido en algún lugar? —Pone dos posavasos en la barra. Uno tiene publicidad de Bud y el otro de la IPA de Trapper's Crossing—. ¿Qué clase de bar es este? —Suspiro con dramatismo —. Entonces supongo que una Corona.

Es la única marca que reconozco, además de Budweiser.

—Enseguida te la traigo. —Estudio la enorme y abarrotada sala mientras me trae la cerveza del frigorífico blanco que está en la cocina de la esquina. La energía de esta noche es relajada, pero agobiante. Parece una reunión familiar en la que todo el mundo se conoce. Y me doy cuenta de que la mayoría son caucásicos. Como casi todos los residentes de esta área. Es una gran diferencia respecto de Bangor, donde más de la mitad de los habitantes son nativos alaskeños, una mezcla de Yupiks, Atabascanos y Aleutas—. Esta un poco más lleno que la primera vez que viniste, ¿verdad? —me pregunta Toby.

—Un poco —respondo con una sonrisa—. ¿Quién es toda esta gente?

Abre la botella y la desliza por la barra. Sin lima por lo que veo. No los

aculpo, considerando el precio que tienen aquí.

—Muchos son de aquí, pero también ha llegado algo de gente por la temporada.

—Sí. Me he dado cuenta cuando veníamos. —Las cabañas muestran sseñales de vida: ya no tienen puestos los cerrojos, hay coches aparcados cerca. Una mujer clavaba un nuevo letrero de «Bienvenidos» en un árbol a final del camino de entrada de su cabaña.

o —El resto se quedan en el complejo. Tenemos casi todas las cabañas ocupadas para el fin de semana. Hasta hay algunas personas acampando. —Me estremezco solo de pensarlo. Anoche estuve a punto de congelarme— Así será hasta que vuelva a nevar. Espera a ver la temporada fuerte de salmón en julio, cuando el complejo está lleno y no queda ni una sola cabaña evacía. Hay mucho movimiento y pescan de sol a sol. Tú pescas, ¿no? No yrecuerdo… —Le lanzo una mirada furibunda y lo hago reír. Pasa un trapo lpor la barra, aunque no parece que se haya derramado nada—. ¿Y cómo va e shuerto?

—¿Sabes qué? Sorprendentemente… bien.

s —Mi madre me dijo que estabas tan aburrida que también has empezado ea decorarlo.

o Puedo imaginarme el tono de Muriel cuando hizo ese comentario.

—He puesto nuevos cartelitos para las plantas. —Las etiquetas que había hecho Muriel con cartones de zumo de naranja reciclados para identificar las sverduras eran pequeños y feos. Los he cambiado por unos más grandes y .bonitos hechos con unos viejos palos para revolver la pintura que encontré nen el taller: una idea que se me ocurrió cuando vi unos parecidos en Pinterest

a También he pintado «El jardín de Calla» con letras blancas en una pala aoxidada que encontré tirada en el invernadero y la he colgado de la puerta spara darle uso a la vieja herramienta y para generar algo de contenido para áInstagram. Fue muy sencillo, pero a mis seguidores les ha gustado tanto que aDiana me ha estado escribiendo todos los días para que hagamos una publicación semanal de mi huerto alaskeño. Por supuesto que Muriel, con el ceño fruncido, me dijo que la pala aún era útil y que los cartelitos blancos se siban a ensuciar cada vez que lloviera.

La mirada de Toby viaja hacia donde está Muriel, que está quitando a Teddy a codazos para reemplazarlo en la tarea de servir el chili.

—Sé que puede ser un poco entrometida. E insistente también.

—No me digas —digo con fingida sorpresa, pero agrego una sonrisa para hacerle saber que no guardo ningún sentimiento negativo hacia ella.

Se ríe.

—Pero le caes bien. Habla de ti todo el tiempo.

—¿En serio? —Esta vez la sorpresa es genuina—. Estoy convencida de que cree que soy una idiota.

—Sí, entiendo el sentimiento. Me pasa a mí, y soy su hijo. ¿Pero tú crees que perdería el tiempo contigo si eso fuera así?

—¿Sinceramente? Creo que no puede evitarlo. —Muriel es la clase de persona a la que les gusta tener todas las respuestas.

Un hombre enjuto agita su botella vacía en el aire y Toby la reemplaza con destreza y sin mediar palabra.

—Le gusta estar ocupada con proyectos y tareas, eso es todo. Siempre ha sido así. Y después de la muerte de Deacon… —Mi atención se centra en los dos rostros de la fotografía rodeada por el marco dorado. Toby sacude la cabeza—. Digamos que abarca más de lo que puede aguantar, pero nunca lo va a admitir.

—¿Y yo soy su último proyecto?

—Eso creo. —Hace una pausa—. Lo que pasa es que ahí tiene mucho que abarcar.

—¡Qué gracioso! —Cojo un posavasos y se lo tiro.

Lo atrapa sin dificultad.

—Nuestra familia lleva viviendo aquí desde hace más de cien años y cree que le corresponde a ella hacer que esto sea una verdadera comunidad. Por eso es presidenta del consejo municipal y tiene un ojo puesto en todos los ecomités que existen. Por eso organiza estas noches, para que la gente salga

Es difícil porque los inviernos son largos, la mitad de la población viene por lla temporada y los residentes tienen que salir del pueblo para ir de compras y etrabajar. De todas formas, no cree que seas idiota, Calla. Le ha impresionado todo lo que has trabajado. Me dijo que no te has quejado ni una sola vez.

—En voz alta. —Me sorprende la comparación entre mi interpretación de los gestos y comentarios de Muriel y lo que me está diciendo su hijo—. Es importante para ella que ese huerto siga vivo, ¿verdad?

Asiente.

—Es leal hasta los huesos, y era muy amiga de Colette. Era una de las pocas personas que le decía las cosas a la cara. —Observa a sus padres por unos segundos—. Además, está convencida de que tú y Jonah os moriréis de hambre antes de que termine el invierno.

Me río.

—¿Porque no hay supermercados cerca?

—Exacto. —Se ríe—. Tiene su manera de hacer las cosas y no parará hasta convencerte de que su forma es la correcta, pero… —Se encoge de hombros—. Tiene buen corazón.

—Lo sé. —Es probable que sea por eso por lo que la tolero más de lo que me creía capaz. Observo a Muriel, que saca un cucharón lleno de la olla amarcada con el número dos y le da un plato a una mujer con una amplia ssonrisa; luego pasa a su siguiente cliente. Apuesto que se sabe los nombres y adirecciones de todos, y los que no sepa los averiguará antes de que acabe la onoche—. Sabes que va a ser una pesadilla para cualquier chica que lleves a casa, ¿verdad?

—¿Por qué te crees que estoy soltero? —Se ruboriza mientras coge el ovaso vacío de un hombre que se ha acercado a la barra y lo rellena. Parece que usar vasos limpios para cada nueva bebida es un lujo en un sitio como este.

—¿Sabes quién más está soltera? —Espero a que su mirada vuelva a mí e—. Marie, la veterinaria.

Toby sonríe y su rostro se sonroja aún más.

—Parecía maja.

—E inteligente, y guapa… —Y quizá si empieza a salir con alguien deje rde jugar a la querida y atenta amiga con Jonah mientras espera que nuestra yrelación llegue a su fin. Estoy convencida de que esa es su misión. O sea, eso oes lo que yo haría si estuviera enamorada de un amigo y creyera que la mujer con la que está no es adecuada para él.

Por mucho que Jonah valore la relación que tienen, después de la escena de la semana pasada no me quedaré tranquila si está a solas con ella, tenga o no malas intenciones conmigo.

Por suerte, confío en él.

El estruendo de la risa de Jonah me llega entre la multitud. Lo conozco lo suficiente como para saber que no está fingiendo. No puede fingir ninguna sonrisa. Ese hombre pone la peor cara de póquer que he visto cuando alguien no le cae bien.

Significa que se lo está pasando en grande con sus nuevos conocidos…

—¿Crees que Jonah volará para Jack? —pregunta Toby mientras sirve una ronda de cervezas para un señor que podría ser el doble de Teddy: otro hombre con una indiscutible barba de Santa Claus.

—Todavía no estoy segura. ¿Qué es eso de Big Game Alaska? ¿Caza?

—Sí. La gente paga mucho dinero para salir con Jack. Me refiero a veinte o treinta mil dólares por vuelo, coto y guía.

Un silbido se escapa de mis labios.

—¿Para cuántas personas?

Me mira.

—Eso es por persona.

—Joder. —Automáticamente hago el cambio a moneda canadiense en mi mente. Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que deje de hacer esas cuentas.

—Sí. Y acaba de perder a uno de sus pilotos porque se fue a trabajar con una aerolínea en el sur. Mi madre le ha hablado de Jonah. El chico tiene buena reputación porque Jack ya había oído hablar de él. —Se me infla el pecho de orgullo al escucharlo—. Así que… —Toby se inclina hacia delante y apoya los codos sobre la barra—. Si Jonah llega a un buen acuerdo con Jack, puede hacer mucho dinero todos los septiembres, es un buen colchón antes de que la temporada empiece a decaer.

—No sé si querrá hacerlo. —¿Aunque por qué se negaría? Tener un trabajo en el que puede cobrar mucho dinero durante septiembre es exactamente lo que está buscando.

—Sin ofender, estaría loco si dice que no a lo que le paga Jack. Pero lo

aentiendo… Hay gente que no está dispuesta a pasar tanto tiempo en
›McGrath.

—¿McGrath? —No recuerdo haberlo visto en el mapa.

—Sí. Por supuesto, le darían una vivienda. No es de lo mejorcito, pero
›serviría.

a —Vivienda. Así que estaría fuera todo el mes. —O sea, estaría sola en
›casa un mes entero. La conversación que escuché entre Marie y Jonah
empieza a tener sentido.

Jonah piensa en no aceptarlo por la promesa que me hizo a mí, pero se lo
eha contado a Marie y, si lo ha hablado con ella, entonces debe de estar
›interesado a pesar de lo que me dijo.

Llega otra carcajada de Jonah, acompañada por la de los otros hombres
de la mesa. Creo que no lo oía reírse así desde… Bueno, desde que bromeaba
econ mi padre.

Siento una punzada de culpa cuando me vienen a la cabeza las palabras de
Marie.

Estoy impidiéndole a Jonah hacer algo que quiere, ¿y por qué? Porque yo
(una mujer de casi veintisiete años) no quiero quedarme sola en casa. Y por
supuesto que él cumplirá con su palabra, porque así es Jonah. Pero ¿mis
irazones están justificadas?

s Me he dado cuenta de que los días en que Jonah no puede volar porque
hay mal tiempo está irritable e inquieto, mirando con el ceño fruncido a las
nubes como si así fuera a ahuyentarlas. Odia que lo limiten. Agnes me dijo
equе siempre ha sido así: como un niño nervioso que necesita una dosis diaria
lde ejercicio al aire libre para regular su estado de ánimo. Me reí cuando hizo
eesa comparación, pero empiezo a darme cuenta de que no se equivoca.

n ¿Cuánto tiempo tardará a estar resentido conmigo?

n —Ah, mierda… —Toby baja la cabeza y con la mano pasa un trapo por
la barra.

n —¿Qué pasa?

s Sus ojos grises se dirigen hacia la puerta y veo un extraño fastidio en su
rostro.

› —No mires, pero la mujer que acaba de entrar… ¡He dicho que no mires

—¡Lo siento! Ha sido una reacción involuntaria. —Me estremezco avergonzada—. ¿La que lleva un top con estampado de leopardo?

—Sí. Si con eso te refieres a una camiseta corta. —Se acerca más—. Es Jessie Winslow. Su marido trabaja en la cumbre norte.

—¿Qué es eso? ¿Como un centro de esquí?

—Nah. Así llamamos al extremo norte de Alaska. Mucha gente de por aquí va a trabajar en las plataformas petrolíferas. En cualquier caso, se marcha durante las dos semanas que dura su turno, y cada vez que le toca trabajar, ella sale de juerga. Acaba viniendo aquí, se emborracha y luego mi padre me obliga a llevarla hasta su casa. ¡Siempre me mete mano!

Vuelvo a mirar por encima del hombro para ver mejor a la mujer. Debe rondar los cuarenta años: es unos diez años mayor que Toby.

—Es guapa. —Está claro que le ha dedicado tiempo a su aspecto, aunque los vaqueros son demasiado ajustados y el top no es lo más favorecedor para su figura; pero si lo que busca es atención, sin duda va a encontrarla en esta sala.

—¿Sabes quién no es guapo? Su marido, que mide dos metros y pesa ciento cincuenta kilos. —Me echo a reír—. ¡No tiene gracia! —declara Toby pero se esfuerza por no devolverme la sonrisa.

—Tienes razón, no tiene gracia. —Pero verlo tan incómodo sí es gracioso.

—Hoy no voy a llevarla a su casa. Que coja un taxi —dice con firmeza pero algo me dice que no es la primera vez que hace esa declaración.

Le robo otra mirada a la fiestera casada que se ha arrimado a un hombre alto y robusto con la nariz torcida, de esas que se han roto varias veces. A juzgar por sus mejillas sonrosadas y el meneo lento de sus caderas, apuesto a que ya está un poco borracha, lo que me hace preguntarme cómo ha llegado hasta aquí.

—Tal vez encuentre a alguien que la lleve esta noche —sugiero.

Se oye el crujido de la puerta (se ha convertido en música de fondo entre el ruido que hay esta noche en la Casa Ale) y Toby arquea las cejas.

—Oh. Creo que esto es una primera vez.

Miro por encima del hombro para ver quién ha entrado.

Y me sobresalto al encontrarme con Roy Donovan de pie en la puerta contemplando a la multitud.

—¿Qué hace aquí? —Miro el sombrero vaquero de ala ancha que lleva en la cabeza, su camisa de franela a cuadros roja y azul, muy limpia, vaqueros azules que parecen nuevos y las botas recién lustradas.

—No tengo ni idea. —Toby mira a la mesa de chili y a su madre, que está demasiado ocupada charlando como para notar al recién llegado.

Pero otros sí se han dado cuenta. Varias cabezas se giran hacia la puerta con expresiones curiosas.

La mirada severa de Roy se cruza con la mía y, quitándose el sombrero camina hacia mí.

—Oh, mierda —murmuro entre dientes, me giro hacia la barra y busco refugio en el amable rostro de Toby. Por desgracia, me ha abandonado para atender a otra persona.

—¿Este sitio está ocupado? —pregunta Roy con ese acento texano que ahora me resulta familiar y apoya la mano en el taburete que Jonah ha dejado vacío.

Roy Donovan no solo está aquí, sino que quiere sentarse a mi lado.

—Eh… —Me giro para buscar a Jonah, esperando que responda a mi súplica, pero está ocupado hablando con Jack. Muy a mi pesar, le digo— No. Está libre.

—No pareces muy contenta de verme. —Roy cuelga su sombrero de vaquero en un gancho antes sentarse en el taburete. Traba el tacón de su bota texana en la madera del asiento—. Me preguntaba si estarías aquí. —Le doy un largo sorbo a mi cerveza, sobre todo para evitar responder—. Estás más limpia que la última vez que te vi.

—Tú también —le respondo.

Toby vuelve y me salva de la réplica de Roy.

—¿Qué te pongo?

—Una botella de cerveza. No me importa cuál, pero que sea barata.

—Muy bien. Una Coors entonces. —Le lanzo a Toby una mirada de pánico que grita «ayúdame»—. ¿Cómo está tu perro, Roy? —pregunta Toby mientras coge la botella de la nevera.

—Bastante bien. Se ha levantado y ya camina.

—Gracias a Calla. —Roy gruñe. Toby le da la botella de Coors a Roy y me pone una nueva Corona enfrente; me guiña un ojo—. Me ha parecido que ya estabas lista para otra.

Creo que voy a necesitar veinte más para poder sobrevivir a la noche si esta conversación se alarga.

—Toma. —Roy estampa un billete de veinte dólares contra el mostrador. Sus manos son un desastre: cutículas destruidas, piel arrugada, nudillos resquebrajados—. Por las dos.

—Oh… Gracias. —Echo un vistazo rápido a Toby, que parece sorprendido mientras va hacia la caja registradora. Creía que Roy no daba nada por amabilidad.

Roy mira fijamente la botella que tiene en la mano.

—¿Cómo está esa cabra vieja?

¿Estamos intentando tener una charla trivial?

—Sigue viva.

Roy me sonríe.

—¿Ya le has recortado las pezuñas?

—¿Deberíamos hacerlo? —Me estremezco de solo pensar en tocar esas patas sucias.

Gira de un lado a otro la botella, pero no bebe.

—Tienes que mantener cortas las pezuñas de las cabras o pueden infectarse. Por las bacterias y eso.

—Ah. Genial. Avisaré a Jonah. —Puedo llegar a tolerar que Zeke me siga, pero pongo el límite en limpiar a la cabra.

Roy mira las fotos clavadas con chinchetas en la pared del fondo, parece absorto.

¿Tenía una esposa, como dice Muriel? No me puedo imaginar a Roy teniendo un lado tierno que lo llevase a tener una relación amorosa. Pero tampoco entendía que alguien pudiera encontrar algo atractivo en Jonah nada más conocer al Yeti furioso.

—¿Ha merodeado algo por tu zona últimamente? —pregunta de repente.

—¿Te refieres a tu malamute?

Entrecierra los ojos y, por un segundo, me pregunto si he fastidiado su buena voluntad.

—Nah. De momento está encadenado para que así se pueda curar bien. Además, no le va a hacer nada a esa vieja cabra. —Mira a la gente por encima del hombro y dice—: Esta gente viene a acampar y no cierra bien la comida ni la basura y nos traen problemas al resto. Será mejor que guardéis vuestra basura en el interior —me advierte.

—Jonah ha crecido en Alaska. Sabe qué hacer. —Y yo he crecido en Toronto, con Tim y Sid acechando nuestros cubos de basura, atentos a cualquier oportunidad, así que no soy una completa inepta en lo que a vida salvaje se refiere—. La dejamos en el taller.

—¡Calla! —La voz ronca de Muriel me llega por encima del ruido. Agita un delantal en el aire hasta que sus ojos encuentran a Roy y se entrecierran.

—¿Por casualidad mi madre te ha mencionado que tenía trabajo para ti? —me pregunta Toby con una sonrisa.

—Eh… no. ¿En serio?

—Nunca bromea cuando se trata de trabajo.

Gruño mientras me levanto de mi asiento. Quizá Muriel está haciendo esto para librarme de mi vecino. Una «cordialidad» como suele decir: acabar con el sufrimiento de las criaturas agonizantes.

—Gracias por la cerveza —le digo porque, a diferencia de Roy, no soy una maleducada.

Inclina lentamente la cabeza, concentrado en la botella que sostiene.

Asumo que esa es la mayor respuesta que conseguiré, así que empiezo a darme la vuelta.

—Sé que puedo ser un verdadero fastidio —me dice—. Pero gracias por lo que hiciste por Oscar. —Su mirada se encuentra brevemente con la mía, lo suficiente para demostrarme que sus palabras son sinceras, y luego vuelve a su botella.

Parece que hoy me ha tocado la cara buena de la moneda.

—Espero que te guste el chili —grita Toby, y su risa me sigue mientras atravieso la multitud.

Capítulo 25



—¿Qué cojones, Jonah? ¡Me has prometido que me ibas a esperar!

En el tiempo que he tardado en cambiarme la ropa por la bata, cepillarme los dientes para quitarme el regusto de las seis clases diferentes de chili (que Muriel me ha obligado a probar a pesar de que le he dicho que no me gustaba) coger dos toallas y volver al porche, Jonah se ha quitado la ropa, se ha metido en el jacuzzi y se ha puesto cómodo.

—¿En serio? —Tiene los brazos musculosos estirados a ambos lados del borde y la cabeza echada hacia atrás deja ver los pronunciados ángulos de su garganta. Los vapores del agua caliente mezclados con el aire frío provocan una bruma etérea a su alrededor—. Lo siento. Has tardado mucho.

—Han sido diez minutos. —Dejo las toallas sobre una pequeña mesa auxiliar y, antes de soltar también mi móvil, le hago una foto robada a este paisaje: Jonah, con su pecho amplio y desnudo recortado entre la bruma y la cadena montañosa de cumbres nevadas en el horizonte.

Con una sonrisa de satisfacción (esta le gana a la infame foto cortando leña tanto en sensualidad como en capacidad para irritarlo) me muevo hacia el borde del jacuzzi, sujetando la bata con ambas manos.

Jonah levanta la vista para mirarme de pies a cabeza con malicia. Y ansias.

Son innumerables las veces que me he desvestido frente a él. Conoce cada peca, surco, cicatriz y, sin embargo, cada vez que voy a hacerlo vuelvo a sentir esa misma erupción de nervios y excitación en la boca del estómago como si fuera la primera. Está claro por qué ha roto la promesa que me había hecho.

—Cierra los ojos, capullo. No te mereces un espectáculo.

La risa pícara que sale de lo profundo de su pecho y retumba en e

silencio y la quietud del lago hace que un escalofrío me recorra la espalda.

—Es probable que no, pero ni muerto cierro los ojos. —Echo un vistazo rápido a los alrededores para asegurarme de que estamos solos, lo que genera un resoplido en Jonah porque «¡mira dónde vivimos!», me doy la vuelta y, a propósito, deslizo la bata por mis hombros todo lo lento que puedo, la bajo centímetro a centímetro, descubro mis omoplatos, mi espalda, la curva a final de mi columna y ahí me detengo, mientras el aire helado de la noche trepa por mi piel desnuda. Desnudarse, así, fuera, al aire libre, con el lago tranquilo y el bosque en silencio, con los últimos rayos del sol muriendo por el lado oeste a las diez y media de la noche sin duda le agrega cierta emoción al momento—. Ven aquí ya, Calla. —La voz ronca de Jonah baja una octava.

Dejo caer la bata junto a la pila de su ropa y luego doy un paso hacia atrás para trepar por el borde del jacuzzi. Paso las piernas con tanta gracia como puedo y entro al agua caliente y tentadora. Gimo.

—Qué bien sienta.

—Debo admitir que… —empieza a decir Jonah mientras se acerca para colocarme entre sus brazos. Inclina su cuerpo hacia delante, lo que le da el ángulo perfecto para recorrer mis clavículas con los labios—, este jacuzzi vale cada centavo.

—Espera un momento. ¿He oído bien? ¿Has dicho que soy la persona más inteligente del mundo y que sientes mucho haberme cuestionado? ¡Ah —Chillo cuando Jonah mordisquea mi piel y luego la lame—. Míralos. —Señalo el cerramiento y la horda de enormes insectos chupasangres que tiene pegados y ven frustrados todos sus intentos por entrar. No pueden. El carpintero fue muy meticuloso con su trabajo. No hay ni una sola rendija, lo que nos da refugio de semejante estorbo.

—Lo sé. Menos mal que te insistí para que contrataras a ese hombre para hacer el cerramiento.

—Mmm… Sí, fue exactamente así.

Tira de mi cuerpo y lo coloca encima de su pierna doblada. Mis pechos sobresalen justo por encima de la línea del agua.

—Sí, definitivamente ha sido una idea brillante comprar este jacuzzi. —La barba de Jonah me hace cosquillas mientras su boca juguetea con un

pezón erecto. Bajo el agua, su mano se desliza descaradamente entre mis
omuslos.

a No me quedan dudas de las intenciones de Jonah y normalmente estoy
ámás que dispuesta a satisfacer las necesidades de su cuerpo (y del mío), pero
oesta noche debemos tener una conversación para que mi atención no esté
ldividida.

e Apoyo la mano sobre la suya y la dejo allí.

o —Parece que te lo has pasado bien en la Casa Ale.

r Como yo, para mi sorpresa. Mientras Jonah hablaba con Jack Thomas
aMuriel se ha encargado de presentarme a todas las personas que se acercaban
a la fila del chili y todos me han preguntado por El Yeti, cuyo logo llevaba
sbien visible en el pecho. Me he asegurado de que todos sepan lo fiable y hábil
oque es Jonah, por si alguna vez necesitan un piloto. Muchos han acabado
interesados.

Resopla porque por fin ha captado la indirecta. Volvemos a movernos
ame bajo de sus piernas para sumergirme en el agua caliente. Jonah se recuesta
lcontra el borde del jacuzzi y la mano que estaba entre mis muslos encuentra
eun lugar más neutral sobre mi rodilla.

—¿Es por esa mujer? Porque yo no he tenido nada que ver.

a —No. No me importa Jessie Winslow. —Aunque casi le estampo la olla
!del chili número cuatro en la cabeza. No me sorprendió cuando, después de
-mirar una sola vez a Jonah, acercó una silla a su mesa y lo tocó todo lo que
epudo. Según Muriel, que debió haber visto cómo apreté el cucharón cuando
lJessie tocó el muslo de Jonah, la mujer tiene «problemas con la bebida».

o Por suerte para ella (y para Jonah), él se levantó de la mesa y se acercó a
probar la comida.

a Y yo le comí la boca para que ella lo viera.

—¿Qué te ha dicho Roy?

—Que sabe que es un fastidio y me dio las gracias por salvar a su perro.

s —No me digas. —Jonah alza las cejas, sorprendido—. ¿Qué quería de
Muriel?

- —No lo sé. —Roy se sentó en la barra, mirando la botella sin hablar con
anadie, hasta que Muriel fue a interrogarlo. Fue una conversación corta y

spareció civilizada, pero luego Roy cogió su sombrero y salió de la Casa Al
sin mucho más que una mirada general. Según Toby, su cerveza seguía llena
yMuriel no me dio más que una sonrisa apretada cuando le pregunté qué l
ohabía dicho. Pero no quiero hablar de mujeres solitarias que usan tops
éajustados ni de viejos gruñones. Necesito hablar de algo que me ha estad
rondando toda la noche. Paso una uña por la barba de Jonah y me deleit
con el sonido que hace—. Jack parece majo. —Lo he conocido brevemente
Es tímido y habla lento. Nada que ver con la imagen mental que tenía de u
,gran cazador.

n —Es un buen hombre —concuerda Jonah—. Inteligente y un cazador d
aputa madre.

l —¿Quiere que trabajes para él?

o Vacila.

—Sí.

, —¿Y?

a —Y… nada. No es para mí. —Jonah se mira las manos mientras mueve
ala superficie del agua con la palma.

—¿Cuál es el trabajo?

—Me quiere tres semanas durante septiembre. Siete días a la semana, co
aviajes todos los días y disponibilidad para lo que sea. Básicamente, llevaría d
eaquí para allá a políticos millonarios de los Cuarenta y Ocho del Sur.

e —Y te pagarían muy bien por hacerlo. —Jonah asiente, sombrío—. Per
otendrías que quedarte en McGrath.

—Parece que ya lo sabes todo. —Frunce el ceño—. ¿Te lo ha contad
aMuriel?

—No. Sospechosamente, es de lo único de lo que no me ha hablado. —
Me lo ha contado todo de todo el mundo (nacimientos, muertes, bodas
divorcios, escándalos, quiebras, desgracias)—. Ha sido Toby.

—Sí, bueno… —Jonah suspira—. Solo se puede hacer quedándose e
eMcGrath. Es demasiado lejos como para volar ida y vuelta todos los días y
Jack no se puede arriesgar a que el mal tiempo impida que sus pilotos lleguen
nLos cazadores pagan muchísimo dinero para tener todo a su disposición.

y Respiro hondo y digo lo que he estado toda la noche preparándome para

edecir.

. —Si quieres aceptar el trabajo, deberías aceptarlo.

e Ya está negando con la cabeza.

s —Te prometí que no iba a dejarte sola aquí.

› —Estaré bien. —Espero sonar más confiada de lo que realmente estoy ›—. Muriel vendrá todos los días, quiera o no. Y siempre puedo volver a casa.

. —Esta es tu casa —me dice con el ceño fruncido.

ı —Sabes a que me refiero. Puedo volver a Toronto un par de semanas.

Parece considerarlo.

e —¿Y qué pasa con Zeke y Bandido?

—No sé. Puedo pedirle a Toby o a Muriel que nos ayuden. —No me puedo creer que deba tener en cuenta a un mapache y a una cabra para tomar decisiones. Ahora que hace un poco más de calor casi no veo a Bandido porque anda por ahí, trepando—. Podemos hacerlo.

Jonah me quita el coletero. El pelo me cae por los hombros y las puntas ese sumergen en el agua.

—Si consigo impresionar a Jack, va a querer contratarme todos los septiembres de aquí en adelante. —Lo que disminuiría parte de la presión de ganar dinero durante los largos, oscuros e impredecibles meses de invierno —algo que sé que a Jonah le agobia.

—Por supuesto que lo vas a impresionar. —Pero entiendo lo que Jonah ›quiere decir en realidad: que esto no es cosa de una sola vez. Tendré que prepararme para pasar todos los septiembres sin él.

› Se muerde el labio inferior.

—Tampoco es que vayas a estar aquí encerrada. Podrás conducir adonde -quieras cuando quieras para visitar a la gente. —Asiento y sonrío mientras me ,pregunto a quién podría visitar. No conozco a nadie. Agnes y Mabel están en la otra punta del estado y no puedo ir en coche hasta allí. Pero tenía razón ıJonah quiere aceptar este trabajo. Agarra mi barbilla entre su índice y pulgar y ymе obliga a mirarlo—. ¿Estás segura de que te parece bien? Porque una vez .que me comprometa, será un hecho. Al menos por este año.

Le acaricio el pecho. Serán veintiún días sin poder tocarlo así ıPosiblemente aquí sola. Contemplo la vastedad imperturbable.

Pero esto es a lo que se dedica Jonah. Los aterrizajes sin aeropuerto son su especialidad y lo que más disfruta. No me parece bien retenerlo. No podría aguantar que me guarde rencor por esto.

—Son solo tres semanas. —Esta noche Muriel me ha presentado a un hombre que se va durante los meses de invierno a la ladera norte para construir carreteras en las plataformas petrolíferas y deja a su mujer e hijos en casa para que se las arreglen solos. Cuando escucho historias como esa, me siento tonta y débil por quejarme por tres semanas.

Me acaricia el muslo bajo el agua.

—Quizá yo no quiero pasar tanto tiempo sin ti. ¿Lo has pensado alguna vez?

El recordatorio de que no soy la única que sufre con este acuerdo me hace sonreír… Jonah también me va a echar de menos.

—Ya eres mayorcito. Sobrevivirás. Sobreviviremos. Vamos, el marido de Jessie Winslow la deja durante semanas y mira lo bien que lo lleva.

Jonah resopla.

—Sí, lo lleva bien con todos los demás. ¿Me estás diciendo que volveré y tú estarás bebiendo cerveza barata y ligando con Toby?

—Si eso pasa, no te cabrees con él, seguro que antes habrá intentado ahuyentarme.

—Sí, lo dudo —murmura.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Jonah, acepta el trabajo. Sé que lo quieres y yo no quiero que rechaces trabajos por mí. No me gusta.

Suspira y, podría equivocarme, pero percibo cierto alivio.

—Mañana llamaré a Jack. Tendrá que adaptarse a mi itinerario para que pueda cumplir con esas dos cacerías con las que ya me he comprometido pero se lo he comentado y me ha dicho que no habría problema. —La espina de culpa que he tenido clavada toda la noche empieza a desvanecerse porque sé que insistirle para que acepte esta oferta es lo correcto y, sin embargo, no me siento muy cómoda con la decisión. Pero así será siempre la vida con Jonah. Tengo que aprender a aceptar lo bueno y lo malo. Me inclino para recorrer su cuello con mis labios, lista para retomar lo que dejamos hace un

ırato. Pero sus ojos azules están contemplando el techo de cedro del porche ɔcon expresión reflexiva. Traga con dificultad—. He tenido una conversación interesante con Sam esta noche.

ı —Lo he visto. —El bombero es mucho más bajito de lo que parecía en ısu avión amarillo. Jonah lo miraba desde arriba—. ¿Sobre qué?

ı Vacila.

e —Quiere que vuele para él. Tiene cuatro Fire Boss y los bomberos de Alaska lo contratan para luchar contra los incendios forestales. Quiere saber si estaría dispuesto a trabajar para él este verano.

a —¿Haciendo qué? ¿Apagando incendios? —pregunto con recelo.

—Sí. El año pasado fue malo y esperan que este sea peor. Significaría ɛtener un trabajo estable hasta agosto, incluso hasta que me vaya en septiembre. Con todo el dinero que puedo llegar a ganar no tendré que ɛtrabajar durante el invierno si no quiero. —Me mira—. Siempre he querido probarlo.

—¿En serio? —Porque no me lo había mencionado antes.

y —Sí. —Frunce el ceño—. ¿Por qué me miras así?

—Nada. Solo que… ¿es seguro?

ɔ —Tan seguro como va a ser cualquier cosa que haga.

—Sí, pero volar un avión es una cosa. Apagar incendios es… No lo has hecho nunca.

—Por eso me entrenaría. Tengo experiencia más que suficiente volando ısasí que esa parte no será difícil.

Pero eso no me tranquiliza demasiado. ¿Y si Jonah tiene un problema técnico como el que tuvimos volando sobre un incendio fuera de control? ¿A ɛqué altura tendrá que volar? ¿Y si el humo es demasiado intenso y no puede ,ver? Pero otro problema más inmediato me viene a la mente.

a —Pero ¿qué pasa con El Yeti?

e —Lo de Sam será solo un contrato de verano.

ɔ —Sí, pero me imagino que tendrás que estar disponible cuando te ınecesiten. —Los incendios forestales no se rigen por un horario establecido a—. ¿Cómo voy a coger reservas si pueden llamarte en cualquier momento ınporque hay un incendio?

—No lo sé. Ya lo resolveremos. —Me acaricia el hombro con un dedo baja por el brazo y me pone la piel de gallina. Pero la expresión de su rostro no es hambrienta. Es reflexiva, como si estuviera sumido en sus pensamientos—. Creo que se me daría bien.

—Lo harías genial. —Cuando de aviones se trata, a Jonah no se le da mal nada—. Pero será el verano entero. —El momento de más trabajo para una empresa de viajes en Alaska—. ¿No te parece que deberías centrarte en la compañía? ¿Al menos hasta que esté establecida? Comprometerte todo el verano con otra persona no parece ser lo más sensato.

Se encoge de hombros.

—Antes de aceptar saldré con uno de los muchachos.

—Claro. —Pero se va a comprometer porque es lo que le parece mejor.

—¿Estás enfadada? —me pregunta.

—No, estoy… No sé cómo estoy. —Molesta tal vez. Yo hablándole de la empresa de viajes a todo el mundo y puede que al final él no esté para volar.

Pero también es como una bofetada de realidad. Hasta ahora, sentía que El Yeti era como un proyecto conjunto, pero ¿me estoy engañando? Tal vez siempre ha sido de Jonah y yo he estado revoloteando a su alrededor inventándome tareas para pasar el día e intentando convertirlo en algo que nunca será.

Quizá Agnes tenía razón y necesito encontrar mi propio lugar, fuera del mundo de los aviones de Jonah.

Pero ¿cómo? ¿Dónde?

Jonah me gira la cara para que lo mire.

—Acabas de decirme que no quieres que rechace trabajos que me interesan.

Acabo de hacerlo. Pero eso ha sido cuando creía que era para El Yeti Esto parece como si Jonah lo estuviera dejando de lado.

—¿Por qué esto?

Sus ojos azules buscan los míos.

—Cuando estaba en Wild hacía cosas importantes. Sentía que ayudaba a la gente y, no lo sé… Creo que aquí también necesito hacer algo importante No puedo limitarme a llevar turistas de un lado a otro y entregar paquetes de

,café a los hoteles. No me llena. Siento que me falta algo. ¿Y esta oportunidac
oque me ha ofrecido Sam? Es la clase de ayuda que me da el subidón que
snecesito. Además, hay incendios todo el tiempo en el interior. A veces
también aquí. Imagínate tener que evacuar y perder todo esto. —Hace un
lgesto a nuestro alrededor—. Si puedo impedir que eso ocurra, quiero
aintentarlo. —Asiente lentamente, como convenciéndose de que firmar este
acontrato con Sam sería lo correcto.

l Y debo admitir que probablemente lo sea. Mi piloto enorme y fuerte
necesita ayudar a la gente.

Ese fue el motivo por el que decidió mudarse al oeste de Alaska y no a
Anchorage, donde pasó buena parte de su infancia. Encontró sentido en
ayudar a los aldeanos que viven en la desolada tundra.

—Entonces tienes que hacerlo. Ya solucionaremos lo demás —digo con
auna seguridad que no siento.

—Espera a enero, cuando estemos metidos aquí por el mal tiempo y nos
etiremos de los pelos. Me suplicarás que me vaya adonde sea.

z —Es poco probable. —Este sitio se va pareciendo cada vez más a un
,hogar solo cuando Jonah está aquí—. Además, puede que necesite tu ayuda
econ la carrera de contenedores.

—¿La qué?

l —Muriel.

—No me digas más. —Se ríe a carcajadas—. Ha sido una gran idea ir a la
Casa Ale. Gracias por insistir. Eres una parte muy importante para que esto
suceda. —Me pasa un dedo por la mandíbula antes de inclinarse para
epresionar un suave beso sobre mis labios.

—Me alegra ser de ayuda. —Y es así, aunque el resultado me haga sentir
.una mezcla de alivio (porque insistirle es lo correcto) y una sensación de
inquietud que no consigo definir.

—¿Sabes qué idea es todavía mejor?

—No. ¿Cuál? —Me agarra por la cintura y me eleva para sentarme sobre
ael borde del jacuzzi—. ¡Hace frío! —me quejo mientras mi piel empapada se
.eriza inmediatamente. Intento volver a meterme en el agua, pero Jonah me
esujeta y, con destreza, separa mis piernas y coloca su pecho entre ellas.

Sus ojos azul hielo se clavan en los míos mientras enrosca los brazos en mis muslos e inclina mis caderas para tener un mejor acceso. A pesar del cambio de temperatura, siento un estremecimiento en el vientre. Me apoyo en una columna del porche y lo miro con avidez mientras planta suaves besos en el interior de mis muslos. Todos los pensamientos sobre el frío, los incendios y las tres semanas sin él se desvanecen en el momento en que su boca llega a su destino.

Sus ojos azul hielo se clavan en los míos mientras enrosca los brazos en mis muslos e inclina mis caderas para tener un mejor acceso. A pesar del cambio de temperatura, siento un estremecimiento en el vientre. Me apoyo en una columna del porche y lo miro con avidez mientras planta suaves besos en el interior de mis muslos. Todos los pensamientos sobre el frío, los incendios y las tres semanas sin él se desvanecen en el momento en que su boca llega a su destino.

Capítulo 26



JUNIO

—¿Se te ha ocurrido hacer una cuenta que sea exclusivamente de fotos de Jonah desnudo? Tendría millones de seguidores en un abrir y cerrar de ojos —Escucho el sonido de vajilla chocando de fondo porque Diana está limpiando la cocina con la llamada en altavoz. Nunca ha sido de las que se quedan quietas mientras hablan por teléfono.

Sonrío, no tanto por lo que dice sino por oír el sonido de su voz. No la escuchaba desde abril.

—¿Entonces dices que debería explotar sexualmente a mi novio para las redes? —Me inclino para limpiar el barro que ha salpicado el cartel de las zanahorias. Detrás hay una gran hilera de verduras bien regadas por la lluvia que ha caído por la noche—. Creo que no me enseñaron esa estrategia en las clases de marketing.

—Se llama darle a la gente lo que quiere, y no eres la única que lo hace. La diferencia es que tu chico es de esos sexys universales. O sea, ¡mira todas las interacciones que has conseguido con esta!

—No lo he mirado. He estado muy ocupada con el huerto. —Estoy aprendiendo que es una tarea sin fin. La verdad es que ni siquiera subí la foto de Jonah en el jacuzzi pensando en las interacciones, aunque sabía que iba a conseguir bastantes. Mis seguidores han crecido exponencialmente desde que empecé a compartir historias sobre Alaska y el Yeti. Y desde que escribo sobre esta aventura en la cabaña del bosque parece que la gente me encuentra todavía más rápido.

Quienes la ven desde fuera deben creer que mi vida es exótica. Parece un sueño envidiable, aunque cuento también las dificultades. Por supuesto que

me guardo las partes más oscuras. Nadie sabrá que en el segundo día en nuestra cabaña de madera «románticamente rustica», metida hasta el cuello en la basura de Phil, me encerré en el baño y lloré. Ni siquiera Jonah sabe ese secreto.

Y no deben tener ni idea, cuando admiran la foto de Jonah en el jacuzzi de que siento que casi no lo he visto desde el día en que hice esa foto, hace casi dos semanas. Sam Reed le llamó al día siguiente de la noche del chili y le dijo que fuera un día a ver qué le parecía el trabajo. No hizo falta insistirle mucho y, cuando Jonah llegó a casa esa noche, estaba loco de entusiasmo. Antes de que me lo confirmara, ya sabía que había aceptado el trabajo y se había comprometido a estar a disposición de Sam durante todo el verano.

Pese a lo que le había dicho la noche anterior, una parte de mí se sintió traicionada porque abandonara nuestra emergente compañía de viajes y me obligara a bloquear el calendario de reservas hasta octubre. Pero sonreí, le di la enhorabuena y me convencí de que Jonah está haciendo algo que le hace feliz, y eso me hace feliz a mí.

Lo que significa que no haré más que apoyarlo y alentarlo.

La gente que mira boquiabierta esa foto y lee la frase pícara y cariñosa que la acompaña no sabe nada de esto. No tiene ni idea de que últimamente tengo en la boca del estómago un sentimiento inexplicablemente extraño y desagradable; me esfuerzo por ser comprensiva, pero me está costando porque me gusta tenerlo cerca, porque lo echo mucho de menos cuando no está.

No saben que he subido esa foto de Jonah sobre todo por él, porque sé que le robaré una sonrisa cuando la vea y me ganaré una noche de amenazas juguetonas y juego previo. Estará concentrado solo en mí en lugar de estar absorto en los manuales de entrenamiento para bomberos y en los libros de texto.

Así que, en realidad, publiqué la foto para mí.

—¿Huerto? ¿Ha dicho el huerto? —Supongo que Diana se lo pregunta a Aaron—. Oh, por Dios. Ha pasado. Mi amiga se ha convertido en una pueblerina.

—Cállate. —Me río—. Tengo que mantenerme ocupada de alguna

ımanera. Los días son muy largos. —Oficialmente hay un amanecer y ur
ıatardecer, pero nunca oscurece del todo. Jonah se va antes de que yo siquiera
econsidere salir de la cama y me despierta lo suficiente como para despedirse
con un beso. He caído en una rutina predecible: revisar el correo electrónico
,con el café del desayuno, decidir lo que necesito comprar para la comida y la
ecena, echarme una pesada dosis de repelente para insectos, y salir. A veces
eaparece Muriel para controlar el huerto; y siento que también un poco a mí
eMe he fijado en que ya no me molestan para nada sus visitas. He empezado a
.esperarlas con impaciencia, incluso cuando me da sus opiniones no
esolicitadas y no bienvenidas.

He aprobado el examen de conducir (sin incidentes con alces) y he
ɔconseguido una libertad que antes no tenía. Me he apuntado al gimnasio de
eWasilla y ahora conduzco hasta allí para matar algunas horas haciendo pesas y
icardio, después me voy de compras. También he ido al concesionario y he
eprobado un Jeep Wrangler. Estoy esperando a que Jonah tenga un hueco en
la agenda para que me ayude a llevar la conversación y poder comprar lo que
quiero.

e Por las tardes me entretengo con diferentes proyectos. La semana pasada
eacabé el dormitorio de invitados del fondo: le puse ropa nueva de cama
ynuevas lámparas y unos cuadros modernos. En cuanto lleguen la colcha y el
ɔarmario que encargué para el dormitorio más pequeño, espero también poder
ɔterminarlo.

Conseguí a un contratista para que renueve el baño de la planta principal
éy le añada una ducha, empezará el mes que viene. Estuve todo un día
saprendiendo a decorar una estantería y otros dos experimentando con las
rcosas sorprendentemente rústicas y bonitas que encontré en la tienda de
esegunda mano: candelabros antiguos, cerámicas, marcos que llené con fotos
del verano pasado.

He estado una semana entera organizando la cocina como corresponde
aHe instalado más estantes (sola, con el taladro de Jonah) y ahora todo tiene
asu lugar, ya sea en un gancho o en un tarro etiquetado.

Con tanto tiempo libre entre manos, la casa empieza a parecer un hogar
aun hogar limpio y bien organizado. También he descubierto que disfruto

aprobando nuevas recetas.

a Pero los días son largos, mis comidas solitarias y al final acabo contando elas horas que faltan hasta escuchar el zumbido familiar de un avión que se bacerca.

a Y contando los meses que faltan hasta que Jonah acabe su contrato como sbombero y el trabajo con Jack Thomas y vuelva a tenerlo todo para mí.

. —¿Jonah está trabajando mucho? —me pregunta Diana.

a —Sí. Hay un incendio activo desde hace una semana en el sur. —bEmpezó con un rayo y, como la temporada es más seca de lo habitual, las llamas están avanzando por el bosque como si estuviera cubierto de gasolina eSegún las noticias, el hecho de que solo estemos a mediados de junio es una emala señal.

y —Oh, por Dios. ¿Es en serio? ¿Ahora también apaga fuegos? —Puedo eoír el entusiasmo en la voz de Diana—. ¿Te das cuenta de lo fuerte y sexy aque es tu novio, Calla?

e —¡Te estoy escuchando! —grita Aaron desde algún sitio en el fondo y me hace sonreír.

a Sé que Jonah es fuerte y sexy. También sé lo frustrante que puede ser ,tener que lidiar con él cuando se trata de volar sus aviones. Pero no voy a lahondar en eso con Diana.

r —¿Cuantos años más estudiarás en la facultad de Derecho? —pregunto para cambiar de tema.

l Gime.

a —No me puedo creer que esté haciendo esto, Calla. ¡Ni siquiera me caen sbien los abogados! ¡Dime que es una locura!

e —Es una locura. —Sonrío—. Pero vas a ser una abogada increíble. —La sgente suele tachar a Diana de superficial por la obsesión que tiene con conseguir las cejas perfectas, pero es una de las personas más inteligentes que .conozco. Sus notas le han permitido acceder a la mejor facultad de derecho ede Toronto. Es la primera asistente jurídica a la que su jefe, más conocido como Dedos de salchicha, le ha pagado la matrícula y los libros, lo que indica :que ve mucho potencial en ella.

o Estoy muy contenta y, sin embargo, también algo triste. Siento que ha

encontrado una vida nueva en la que ya no tengo lugar, sobre todo desde que estoy aquí.

—¿Y tú has decidido si volverás a estudiar? ¿O vas a vaguear y tumbarte sobre tu nueva riqueza? —se burla Diana.

Sacudo la cabeza.

—No lo sé. He estado mirando diferentes cursos, pero en Anchorage no hay nada que me interese. —Además, ¿de verdad quiero ir a clases presenciales? ¿Y si decido mudarme dentro de un año o dos?—. También he mirado algunos cursos en línea. Diseño gráfico y ese tipo de cosas. Algo en lo que podría trabajar de forma independiente. —Algo. Necesito… algo.

—Bueno… Tienes tiempo para decidir, ¿no? Tampoco es que os haga falta el dinero.

—Sí, supongo. —Aunque Jonah trabaja como si no fuera así—. Esta noche voy a la reunión del comité de planificación del Carnaval de Invierno —Toby me mandó un mensaje de parte de Muriel que decía que me pasaría a buscar a las cinco cuarenta y cinco en punto. Me encantaría preguntarle si no lo vuelve loco que su madre, que tiene un móvil que funciona a la perfección lo use como paloma mensajera.

—Tiene sentido. Ahora eres una dama con tiempo libre, así que es lógico que los actos benéficos y los comités de planificación sean parte de tu agenda.

Me río mientras me pongo de puntillas para pasar un puñado de hierba sobre el cerco de Zeke, que trota hacia mí para devorarlo.

—Muriel me lo ofre… Bueno, más bien me lo ordenó, así que no me quedaron muchas opciones.

—¿Qué se hace en el carnaval de invierno en Alaska?

—Cosas de carnaval en el invierno helado. Un desfile y quizá una carrera —Aparentemente, con contenedores. He intentado buscar información en internet para no parecer una completa ignorante en la reunión de esta noche pero en el sitio oficial no había más que patrocinadores, publicidad y unas pocas imágenes deslucidas de los últimos eventos, con gente apiñada en el lago helado—. ¿Quizá puedo hacer algo de marketing?

—Ah, oye, antes de que se me olvide, tu regalo se está retrasando, así que

epuede que no llegue hasta tu cumpleaños.

Mi cumpleaños. Es verdad. Cumplo veintisiete años en dos semanas. N elo había pensado. Por un lado, es el primero que paso con Jonah, lo que me entusiasma. Pero también será el primero sin mi madre y Simon viniendo a mi cama con un trozo de tarta, cantando el cumpleaños feliz, y el primero odesde que conozco a Diana en que no nos reiremos juntas hasta altas horas sde la noche.

e —Entonces vas a tener que venir y traerlo tú misma —digo, medio en obroma medio en serio.

—Calla…

a —¿No puedes dedicarme un par de días? ¿Venir un fin de semana largo! ¿Por favor? ¡Yo lo pago! —No tenía ninguna intención de rogarle a Diana n ade hacerla sentir mal, pero las palabras desesperadas se me escapan antes de .que pueda impedirlo.

a Hace un sonido estrangulado.

o —Lo siento. Te prometo que iré el año que viene. Escucha, te tengo que ,dejar. Hoy voy a la clase de spinning y tengo que prepararme mentalmente para Sergei.

o Miro el reloj y confirmo que faltan tres horas para su clase. Lo sé porque aíbamos juntas. Pero no me sorprende que Diana quiera escaparse de la llamada en el momento en que empieza a sentirse culpable. No gestiona bien aese sentimiento. Me esfuerzo por ocultar la desilusión de mi voz.

—Salúdalo de mi parte. —Solía odiar a Sergei y su clase militar. La mujer eque da spinning en el gimnasio de Wasilla tiene una voz suave y cree que esta en un musical.

—Hablamos luego. Sigue presumiendo de hombre guapo.

. Me río pese a mi mal humor.

a —No tienes vergüenza.

, —No, lo que no tengo es un potente vikingo desnudo y unas vistas sincreíbles para explotar.

l —¿Y yo qué coño soy? —le grita Aaron.

—¡Noruego no! —le responde con ese tono burlón que reserva para los epiques—. Bueno, me tengo que ir. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero. Adiós, Aar…

La llamada se corta antes de que acabe de hablar.

Lo guardo en el bolsillo y me centro en mi tarea, intentando no pensar en la tristeza que siento. Sabía que no podía esperar que mi familia y amigos volaran a Alaska todos los años: sin importar cuántas veces me digan que squieren venir. Pero ¿qué va a pasar cuando mis padres sean mayores y Diana esté inmersa en la abogacía? ¿Cada cuántos años nos veremos?

Echo más hierba sobre la cerca de Zeke y lanza un balido.

—Tal vez debería decirle a Jonah que quiero volar a casa para mi cumpleaños —digo en voz alta. Sé lo que me respondería: no puede irse en ?medio del verano, en especial después de haber firmado este contrato. Podría iir sola. Pero lo cierto es que, por mucho que guarde rencor a Diana por su ereticencia a dejar solo a Aaron, la idea de irme a pasar mi cumpleaños sin Jonah tampoco me hace mucha gracia. Zeke lanza otro balido. Me he acostumbrado lo suficiente a sus sonidos como para saber que este es de emiedo. Levanto la vista a tiempo para verlo correr lejos de la valla. De erepente, se desploma sobre el césped, con las patas rígidas—. ¿Zeke?

Me acerco a la puerta del granero y miro confundida cómo la cabra se esacude, luchando por ponerse de pie. Para cuando salgo del corral y llego ahasta él, ya está otra vez sobre sus pezuñas. Una inesperada ola de alivio me recorre entera. Me he acostumbrado a tener a esta tonta cabra como compañía, trotando detrás del quad cada mañana, mordisqueando el césped y rdevorando la hierba. Mientras que Bandido se pasa la mitad del tiempo átrepando, Zeke se ha convertido en mi fiel compañero, un oído para mi charlas.

Vuelve a lanzar un balido (con el mismo miedo), corre hacia delante y se vuelve a caer, esta vez de espaldas, con las patas tiesas y estiradas en el aire.

Lo entiendo de golpe.

—¡Dios mío! —He visto vídeos en YouTube de cabras que se desmayan Recopilaciones de cómo se desploman y se quedan temporalmente paralizadas cuando se sienten amenazadas. El hermano de Diana se sobsesionó durante un tiempo con eso. Pero esta es la primera vez que Zeke lo hace desde que estoy aquí—. ¿Qué es lo que te asusta tanto que…? —La

pregunta muere en mi garganta y la reemplaza un grito cuando veo a un lobo parado a tan solo unos metros, observándonos.

No, no es un lobo, no exactamente.

Es Oscar, el perro de Roy.

Mi corazón tarda diez segundos en recobrar su ritmo habitual y entonces me pregunto si, después de todo, debería preocuparme porque, en este momento, con sus ojos sagaces entrecerrados y la cabeza inclinada hacia delante, Oscar parece bastante amenazador y para nada domesticado.

Pero apenas mira a Zeke mientras la cabra se vuelve a incorporar, porque tiene los ojos clavados en mí. Ahora sé con certeza que todo este tiempo ha sido él quien me acechaba, merodeando entre los árboles, dándome un susto de muerte.

¿Me reconoce de ese día?

¿Por qué sigue viniendo?

Hay páginas enteras en el libro que Jonah me compró sobre qué hacer cuando te cruzas con un animal salvaje. Gritarles a algunos, hablarles con calma a otros; no luches con este, consigue palos y rocas para arrojarle a este otro. Nunca corras, nunca les des la espalda. Esos dos últimos parecen universales.

No recuerdo ningún consejo sobre qué hacer cuando el perro de tu vecino malhumorado te acecha en tu propiedad.

Oscar ni se ha inmutado y, cuando me atrevo a dar un paso al frente cojea hacia atrás.

Zeke sigue baliendo, huyendo y desmayándose, consciente del potencial peligro que representa este animal. Si Oscar no me pusiera tan nerviosa estaría riéndome y grabando con el móvil los desmayos de Zeke para mostrárselo a Jonah más tarde. Pero ahora tengo que devolver a la cabra a su granero, donde estará protegida por la valla electrificada, pero me da demasiado miedo darle la espalda a Oscar.

«Es un perro. Solo es un perro», recuerdo. Y le salvé la vida.

—¡Vete a casa! —le digo en voz alta, fingiendo autoridad. El perro casi no pestañea—. ¡Vete a casa! —repito. Estoy segura de que no sueno ni la mitad de amenazante que Roy.

Después de fulminarle con la mirada durante quince segundos, Oscar se da la vuelta y, cojeando despacio, desaparece entre los árboles.

Con un suspiro de alivio, recojo la bolsa con las cosas del huerto y llevo a la cabra desmayada a su granero, mirando varias veces por encima de shombro.

Después de fulminarle con la mirada durante quince segundos, Oscar se da la vuelta y, cojeando despacio, desaparece entre los árboles.

Con un suspiro de alivio, recojo la bolsa con las cosas del huerto y llevo a la cabra desmayada a su granero, mirando varias veces por encima del hombro.

Capítulo 27



—Algunos pueblos tienen una calle principal para los eventos. Este es e lugar que nosotros usamos en Trapper's Crossing —me explica Muriel y señala las puertas dobles del centro comunitario gris y azul mientras sostiene una carpeta azul debajo del brazo—. Lo hacemos casi todo aquí fuera. E carnaval es en diciembre y dura dos fines de semana, incluye una feria navideña y la cena de Navidad. En este lugar acogimos a unos evacuados que tuvieron que dejar sus casas con el incendio del año pasado. Hasta hay gente que lo alquila para celebrar bodas. —Agita una mano—. Sabes… Jonah y tú deberíais tenerlo en cuenta cuando llegue el momento. Tiene un lago de fondo y es muy bonito. Y, si juntamos suficiente dinero con el carnaval de este año, el año que viene podremos renovar los baños.

—Es… para pensarlo. —Reprimo una mueca y el horror que me provoca la idea de celebrar mi boda en el centro comunitario de Trapper's Crossing Pero no puedo ignorar las mariposas que siento en el estómago ante la sola mención del matrimonio. Me recuerda que hay un anillo escondido en algún lugar de nuestra casa. Aunque a saber cuándo volveré a verlo.

—Esa de ahí es nuestra nueva pista de hielo cubierta. —Señala con la cabeza a una estructura similar a un pabellón al otro lado del enorme y polvoriento aparcamiento asfaltado—. Nos costó casi medio millón de dólares y cinco años de arrastrarnos al ayuntamiento de Mat Su. Por fin los pobres niños no tienen que pasarse la mitad de su clase de hockey paleando la nieve. De todos modos, allí es donde ponemos el mercado todos los viernes por la tarde desde finales de junio hasta mediados de septiembre y debo decirte que ha sido una bendición tenerla los días de lluvia.

Dentro del centro hay un largo y vacío pasillo con algunas mesas

plegables que esperan a ser usadas. Hacia la derecha está la biblioteca de pueblo, una habitación beige con luz tenue y unas pocas estanterías cor libros. Hay una mujer sentada detrás del escritorio mirando a la pantalla de un ordenador. A la izquierda hay una puerta doble que asumo que lleva a centro comunitario. Me recuerda a una escuela de primaria: suelo gris moteado, el techo pintado de blanco, luces tenues fluorescentes y paredes pintadas de un amarillo limón nada favorecedor (de esos colores que pretenden ser alegres, pero casi nunca lo consiguen) forradas con fotos grupales. Hasta huele a una escuela: una mezcla de libros viejos con pegamento de manualidades y a lejía.

Las luces parpadean.

—El dinero que recaudamos todos los años en el carnaval lo destinamos a mantener este edificio, que necesita desesperadamente unas mejoras. —Un gesto de preocupación invade el rostro de Muriel—. Se ha celebrado durante cincuenta años y, si soy sincera, últimamente no viene mucha gente. Tenemos que encontrar la forma de atraer a más personas.

—¿Y quién se ocupa de la publicidad? —le pregunto de pasada. No quiero molestar a nadie.

—Emily. ¿La recuerdas? Fuiste a correr con ella una vez. —¿La mujer super tímida y sin personalidad? Vagamente—. Está trabajando en algo especial para el póster de este año.

—Un póster. —Dime que esa no es toda la publicidad que hacéis.

—¡Sí! Los pegamos por todo Mat Su. Entusiasman mucho a la gente.

Claro.

—¿Y si la ayudo? Creo que una nueva página web podría venir bien, una campaña para redes sociales y… —Mis palabras mueren cuando veo el gesto dubitativo de Muriel.

—Emily ya tiene todo eso bajo control. Además, ¿alguna vez has venido al carnaval invernal en Alaska?

—Bueno, no. Pero en Toronto hay una feria navideña…

—¿Cómo se supone que vas a convencer a la gente de que venga si tú nunca has estado? —Sacude la cabeza, pero luego me ofrece una sonrisa— Puede que eso de las redes sociales funcione en tu ciudad, pero aquí no

ltendrá ningún efecto. No te preocupes. Ya te encontraremos algo de lo que
ıte puedas encargar. —Me esfuerzo porque la amargura no se refleje en m
erostro y la sigo por un pasillo hasta un salón aburrido, estéril, rectangular y
lsin ventanas. Un grupo de nueve mujeres de diferentes edades y un hombre
scanoso charlan mientras forman una U con algunas mesas. Reconozco a una
sde ellas: Candace, de la tienda de segunda mano—. ¡Levantad esas piernas
emuchachas! —canturrea Muriel como para enmascarar que les está dando
suna orden—. ¿Os acordáis de cuando Sally rayó el suelo el año pasado por
ıarrastrar una mesa? El consejo se disgustó mucho.

—Tú estás en el consejo, Muriel —le dice Candace entre risas. Lleva el
mismo cárdigan bordado y las Crocs que usa en su tienda.

s —¡Exacto! Y no me hizo gracia gastar el dinero para arreglarlo. —Muriel
ıgolpea la mesa con la carpeta; noto que preside el centro de la «U»—. Busca
euna silla, Calla, y siéntate junto a mí.

. Algunas mujeres (Emily incluida) me sonríen cuando paso junto a ellas
hacia la pila de sillas que hay a un lado.

› —El otro día encontré un banco de iglesia y pensé en ti —me dice
Candace, caminando a mis espaldas.

r Siento que me ruborizo.

› —Anda, ¿de verdad? —¿Porque soy una mentirosa y tengo que ir a rezar
Volví algunas veces más a la tienda de segunda mano y, en una ocasión, me
preguntó si a mi madre le había gustado la mesita. Me negué a admitir la
mentira y le dije que no sabía que iba a ser tan caro enviársela, así que me la
quedé yo.

ı Se ríe.

› —Soy una cotilla y le pregunté a Toby qué hacías con todas esas cosas
viejas que me compras. Me contó que las usas en tu casa. Que las conviertes
›en otra cosa. Me dijo que eras buenísima haciéndolo. —Se encoge de
hombros—. En fin, es un buen mueble. Está muy gastado y le vendría bien
una limpieza, pero se me ha ocurrido que tú podrías tener alguna idea para
ialgo así.

. He visto algunos bancos de iglesia restaurados y tengo que admitir que
›definitivamente tienen potencial.

—Gracias por pensar en mí. —Y soy sincera—. ¿Me paso a echarle un vistazo mañana?

Sonríe ampliamente. Algo me dice que disfruta encontrando tesoros para la gente.

—¡Muy bien! —Muriel mueve la silla para hacerme sitio y da una palmada—. Empecemos. Tenemos mucho de lo que hablar hoy.

Echo un vistazo a los demás para observar la mezcla de gestos cuando todos ocupan sus lugares: van de sonrisas entusiasmadas a la sonrisa vacía de anciano. Puede que esa sea su expresión o una consecuencia a la tarea que le espera.

O puede que sea por el carácter mandón y dominante de Muriel. Toby me dijo que su madre se siente responsable de Trapper's Crossing, que tiene un ojo puesto en todos los asuntos del pueblo. Es concejala votada (y reelegida varias veces), así que la gente debe respetar su pasión y fortaleza.

Pero me pregunto qué piensan realmente sobre ella el resto de los vecinos.

Muriel se aclara la garganta.

—Lo primero de todo. Gente, esta es Calla y es nueva por aquí. —Once pares de ojos se posan sobre mí y me sonrojo. Me doy cuenta de que ya vi a algunas de las mujeres en la Casa Ale—. Vamos a hacer una breve ronda de representaciones. Calla, él es John. Se ocupa del presupuesto general. Gloria organiza el programa de los voluntariados. Ya conoces a Candace… —Presenta uno a uno a cada miembro de la mesa—. Ahora que ya hemos aclarado eso, ¿qué tal si empezamos con el seguimiento del último mes? John, nos ibas a confirmar la situación de los patrocinadores y a hacer algunos números para pensar cómo podemos mejorar el espectáculo de fuegos artificiales.

Muriel dirige la reunión repasando las actas del mes pasado y cada miembro cuenta sus novedades mientras que una mujer diminuta y tímida llamada Ivy toma nota. La situación me recuerda a mis días trabajando para una empresa, sentada en la mesa de una sala de reuniones discutiendo proyectos y planificaciones.

Durante la hora que sigue, los escucho hablar en silencio, esforzándome

por ocultar mi creciente enfado con Muriel por haber rechazado tan rápido mi propuesta de ayudar con el marketing. Claro que este carnaval suena tan apueblerino como me imaginaba (desde hacer tortitas para el desayuno a una noche de karaoke), pero, hasta ahora, lo único que se ha hablado respecto a la difusión ha sido del póster hecho a mano por Emily y que habría que reservar un cuarto de página en el periódico local un mes antes del carnaval.

Estoy intentando elaborar un plan para volver a sacarle el tema a Muriel cuando siento un golpe en la silla seguido por una sacudida que crece en intensidad. La voz de Muriel se apaga en medio de una oración y todos al mismo tiempo se levantan y buscan refugio debajo de las mesas.

—¡Vamos! —me grita mientras se sienta debajo de una mesa. Estupefacta, la sigo.

El temblor se detiene unos quince segundos después entre un coro de risas nerviosas. La gente empieza a levantarse lentamente.

—Ha estado cerca —dice alguien.

—Será mejor que vayamos a ver qué daños ha causado. —Muriel se pasa las manos por los vaquero, como si les estuviera sacudiendo el polvo— ¿Qué pensáis? ¿Cinco punto seis?

—Cuatro punto tres. —John señala con la cabeza al reloj colgado en la pared—. Apenas se ha torcido. ¿Quieres participar en la primera apuesta de la temporada? —Levanta la barbilla con la primera sonrisa que le veo -mientras me extiende la mano y luego me da un apretón—. Ojalá no te toque sotro peso pesado.

Están apostando sobre la magnitud del terremoto que acaba de sacudir la rtierra como si estuvieran en un hipódromo una tarde tranquila de domingo.

Los miro intentando entender su actitud. Solo se me ocurre una explicación.

—¿Son normales los terremotos en esta zona? —les pregunto.

Me responden con risas y miradas comprensivas.



Me sobresalto cuando el colchón se hunde por el peso de Jonah. Segundos más tarde, su cuerpo caliente y desnudo se amolda a mi espalda. Me acaricia el cuello con los labios y su mano se desliza hasta la parte delantera de mi ropa interior.

—El anillo de fuego —murmuro mientras mis ojos se acostumbran a tenue resplandor de la luz que ha encendido.

—¿Qué? —pregunta divertido mientras un dedo habilidoso se desliza en mí y acaricia mi centro.

Me giro para mirarlo de frente y echo un vistazo al reloj de la mesilla. Es casi la una de la madrugada.

—¿Por qué no me has dicho que vivíamos en el anillo de fuego? —Así se llama a la cadena de volcanes en forma de herradura que está sobre el océano Pacífico—. ¿Y que en Alaska se producen el once por ciento de los terremotos del mundo, y que se registra una media de diez mil terremotos por año, y que vivimos literalmente sobre una falla? —He estado horas viendo las noticias y luego me he puesto a leer artículos sobre la historia de los desastres naturales en Alaska.

Jonah suspira, retira la mano y se acuesta boca arriba. He conseguido apagar el fuego que él quería encender.

—¿Hay algún modo de bloquearte el acceso a Wikipedia?

—¡No tiene gracia! ¡Esta noche he tenido que refugiarme bajo una mesa del centro comunitario, Jonah! —Por lo menos no estaba sola en casa. No sé cómo lo hubiera gestionado.

—¿Ha sido cinco punto nueve en Denali?

—Sí. John le debe un pescado a Muriel. —Por supuesto que su intuición fue la que ganó la apuesta.

Frunce el ceño.

—¿Quién es John?

—Un señor del comité de planificación —le digo desdeñosamente— ¡Deberías haberme avisado! ¿Cómo iba a saber que había terremotos en Alaska?

—La mayoría son inofensivos.

—¡Sí! ¡Hasta que la tierra se abra y nos trague a todos!

Jonah se pellizca el puente de la nariz. Se está esforzando por tener paciencia.

—La verdad es que ni se me cruzó por la cabeza avisarte. Porque no es para tanto. Es algo a lo que te acostumbras. Ni siquiera los habías notado hasta ahora.

—Genial. Otra cosa más a la que tengo que acostumbrarme. —Como si no fuera suficiente con los largos y oscuros inviernos, el frío despiadado, los mosquitos sanguinarios, la amenaza de la vida salvaje y el aislamiento general ahora tengo que preocuparme también por los terremotos (y los potenciales tsunamis)—. ¿Por qué has llegado tan tarde?

¿Y por qué ha encendido la luz?

—He ayudado a llevar a algunos de los bomberos de tierra a su base. Han estado casi cuatro días fuera. —Claro. Esos locos que saltan de los aviones para apagar los incendios en páramos remotos. Al menos Jonah no me ha dicho que quiere probar eso. Por ahora—. Se supone que va a llover los próximos dos días.

—¿Eso quiere decir que te vas a quedar en casa? —Mi voz, que estaba adormilada, ahora suena esperanzada.

—Depende. ¿Voy a estar todo el día escuchándote hablar sobre terremotos y ataques de osos? —Jonah se gira y se acuesta de costado— Kim O'Keefe me ha pedido un vuelo privado para él y sus hijos si hay buen clima por la mañana. —Arrastra la punta de su lengua fresca por la mentón por mi labio inferior antes de besarme. Mi aliento no es agradable ni de cerca pero no parece importarle—. Te he echado de menos. —Mi pecho se infla con su confesión, la confirmación de que piensa en mí, aunque elija estar volando—. ¿Ha pasado algo más interesante aparte del terremoto? —me pregunta y desliza la mano por el reverso de mi braga para llenar su mano con mi carne. Aprieta un poco.

—Muriel ha pasado —gruño, aunque mi cuerpo responde a su contacto.

Se ríe. A Jonah siempre le parecen divertidas mis historias con esa mujer. Con ella tiene una cantidad exorbitante de paciencia que no logro comprender.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Básicamente me ha dicho que hacer publicidad no tiene sentido y que yo no sé nada. —Según nuestra última conversación.

—Dile que se equivoca. Debería considerarse afortunada de tenerte para ayudar a esta tal Emily.

——Me contó que había bajado la convocatoria y me habló de lo iimportante que era que esta edición fuera un éxito porque necesitan el dinero spara el centro comunitario y, sin embargo, es tan cabezota que no está ,dispuesta a probarlo. Ni que me tuviera que pagar.

—¿Le has dicho todo esto?

—Lo iba a hacer, pero entonces empezó el terremoto y eso me distrajo y luego, no sé, me puse a pensar en que quizá tiene razón. —Me encojo de ıhombros—. ¡No sé nada de la gente de aquí ni de organizar un carnaval sinvernal en Alaska! ¿Y si soy un completo fracaso? ¿O no consigo marcar ninguna diferencia?

—No vas a fracasar. Piénsalo, Calla. No sabías una mierda de aviones pero en cuatro días montaste la página web de Wild.

—Eso era solo una web. Y no sirvió de nada. —Mi padre vendió la empresa inmediatamente después de eso.

—Oye. Sí que sirvió de algo. Fue la primera vez que noté que tienes un .gran cerebro en esa bonita cabecita tuya. Me impresionaste. —Hace una pausa como para procesarlo—. Y has hecho la página de nuestra compañía de viajes entera en pocos meses.

—Me ayudó Agnes.

—Te ayudó un poco, pero no, lo has hecho porque eres muy inteligente y rpuedes conseguir cualquier cosa que te propongas. Así que, si esto es algo eque quieres hacer, ¡ve y dile a Muriel que lo harás! Fin de la discusión.

Me muerdo el labio inferior, pensativa.

La confianza que me demuestra es reconfortante.

—Sé mucho de marketing digital.

—Probablemente mucho más que Emily o Muriel, o cualquiera de los oque estaban en esa reunión.

—¡Usa Twitter para la difusión! —Acorralé a Emily en la puerta de la biblioteca después de la reunión mientras Muriel estaba distraída y se lo

epregunté—. Ya he visto muchos problemas.

—¿Sí? ¿Como cuáles?

a —Como… —titubeo porque Jonah me baja las bragas hasta las caderas y me obliga a ponerme de espaldas. El calor empieza a acumularse en m pinterior—. Como que no tienen más presencia online que en su página web poque es una basura, y el cronograma es confuso. Y deberían traer camiones de ácomida. Lleva camiones de comida a cualquier fiesta y la gente irá, te lo juro.

—¿Ves? Parece que sabes de lo que hablas.

—Ahora tengo que convencer a Muriel.

y —Ya encontrarás la manera. —Me quita la camiseta del pijama y me deja eal descubierto la barriga y el pecho. Levanto los brazos y bajo la cabeza para layudarlo a que me la quite por completo.

r La tela se enreda en mis muñecas y, antes de que pueda comprender lo que está pasando, tengo las manos atadas al cabecero de la cama.

, —¡Jonah! —Lucho en vano con la atadura—. ¿Qué estás haciendo?

Ya sé lo que hace.

a La foto del jacuzzi.

Oh, mierda.

a Con todo lo que ha pasado hoy, se me había olvidado por completo.

a Pero la mirada de Jonah me trasmite que sabe que lo he recordado por afin.

Por esto ha encendido la luz. Quiere verme mientras me retuerzo.

Una risa histérica se escapa de mi garganta antes de que apriete los labios ycon fuerza. Reprimo la necesidad de forcejear con las ataduras.

o —Hoy he hablado con Diana.

—Ah, ¿sí? —Aparta las mantas y se pone de rodillas, sus poderosos muslos cubiertos por una fina capa de vello, su erección en primer plano imperturbable en su desnudez—. ¿Qué te ha dicho?

Consigo despegar la mirada de su cuerpo para llevarla a sus ojos y lo veo ssonreír: me ha pillado mirándolo embobada.

—Le he rogado que venga para mi cumpleaños, pero me ha dicho que no apodía. —Decirlo en voz alta hace que mi tono se llene de melancolía a pesar ode la situación en la que me encuentro.

Jonah me analiza durante unos segundos y la maldad de sus intencione retrocede un poco.

—Te llevaré de viaje ese fin de semana.

—¿En serio? —Mi corazón se detiene y, por un momento, se me pasa l ,tristeza—. ¿Adónde?

—Es una sorpresa.

—¿Y si te llaman para trabajar? —Durante estos últimos días, las noticia solo hablan de la sequía.

—Me importas más que el trabajo, Calla —me dice serio. Siento e cuerpo más ligero, más relajado. Hasta ahora no sabía lo mucho qu necesitaba oír a Jonah decir esas palabras. Mete el índice en la tira de mi bragas y acaba de bajarlas—. ¿Hay algo más que quieras contarme? —m pregunta con un tono exageradamente tranquilo.

Recorre mi cuerpo con su mirada de acero.

Lucho por adoptar una postura relajada.

—Mmm… No se me ocurre nada. ¡Ah! —Me coge de las caderas y, co algo de esfuerzo, me acuesta boca abajo. Me muerdo el labio para ocultar l sonrisa (tampoco es que no pueda verla) y espero nerviosa y anhelante. ¿Qu habrá planeado esta vez?—. Ha venido Oscar.

—¿A darte las gracias?

Me estremezco cuando un dedo recorre suavemente mi espalda, empiez en la nuca y baja…, baja…, baja.

—No sé, pero Zeke se desmayó.

Su dedo se detiene un momento.

—¿Se desmayó?

—Sí, tenemos una cabra que se desmaya. Fue gracioso una ve ,comprendí que Oscar no iba a matarme.

Jonah suspira.

—¿Ves? Me hubiese encantado encontrar un vídeo gracioso del desmay de Zeke cuando entré a ver el Instagram de mi novia durante el descanso. — Su dedo pasa por mi coxis. Aprieto los dientes para no darle el gusto d reaccionar—. Pero en lugar de ese vídeo… —El colchón se mueve cuand Jonah se sube encima de mí, sus muslos aprisionan mis caderas, apoya la

smanos a ambos lados de la almohada, sus labios acarician mis hombros—
Me encontré con que subió otra foto en la que salgo desnudo.

—¡No estabas desnudo! —Técnicamente sí—. No se ve nada.

a —Y etiquetó a la cuenta de nuestra empresa.

Ya no puedo contener la risa cuando me giro y me encuentro con sus
ojos.

s —Es una publicidad excelente.

—¿Tú crees? Porque tengo el buzón lleno de mensajes directos de
lhombres y mujeres que no están interesados en reservar un vuelo conmigo.

e —Pero sin duda quieren algo contigo. —He visto los mensajes. Son tan
sdescarados como graciosos.

e Jonah tuerce los labios. Está luchando por ocultar la sonrisa.

—Me sorprende que te parezca tan gracioso considerando que el mes
pasado estuviste a segundos de tirarle chili a una mujer que me acarició la
pierna.

a —Confío en ti. —Y además bloqueé todas esas cuentas.

a —Es bueno saberlo. —La mirada intensa que aparece en su rostro hace
éque el estómago me dé un vuelco.

Se mueve y siento el aire caliente de un beso soplado en la columna
seguido por una suave caricia de su lengua.

a Me trago los nervios.

—¿Qué vas a hacer? —Su profunda risa llena nuestro dormitorio
mientras empieza a bajar, con las manos en mis caderas—. ¡Jonah!

z

o

-

e

o

s

manos a ambos lados de la almohada, sus labios acarician mis hombros—. Me encontré con que subió otra foto en la que salgo desnudo.

—¡No estabas desnudo! —Técnicamente sí—. No se ve nada.

—Y etiquetó a la cuenta de nuestra empresa.

Ya no puedo contener la risa cuando me giro y me encuentro con sus ojos.

—Es una publicidad excelente.

—¿Tú crees? Porque tengo el buzón lleno de mensajes directos de hombres y mujeres que no están interesados en reservar un vuelo conmigo.

—Pero sin duda quieren algo contigo. —He visto los mensajes. Son tan descarados como graciosos.

Jonah tuerce los labios. Está luchando por ocultar la sonrisa.

—Me sorprende que te parezca tan gracioso considerando que el mes pasado estuviste a segundos de tirarle chili a una mujer que me acarició la pierna.

—Confío en ti. —Y además bloqueé todas esas cuentas.

—Es bueno saberlo. —La mirada intensa que aparece en su rostro hace que el estómago me dé un vuelco.

Se mueve y siento el aire caliente de un beso soplado en la columna seguido por una suave caricia de su lengua.

Me trago los nervios.

—¿Qué vas a hacer? —Su profunda risa llena nuestro dormitorio mientras empieza a bajar, con las manos en mis caderas—. ¡Jonah!

Capítulo 28



—¿De quién es ese perro? —grito en el dormitorio vacío. Un ladrido incesante me ha despertado hace diez minutos—. ¿Jonah? —Lo llamo antes de recordar que me besó para despedirse hace una hora y me susurró que Sam lo había llamado para trabajar.

Cuando lo recuerdo me viene una sensación de vacío. Me estiro hasta su almohada y paso los dedos por el algodón blanco y suave. Está hundida en el sitio en el que Jonah apoya la cabeza, pero ya está fría. ¿Cuándo fue la última vez que me desperté y lo encontré durmiendo a mi lado? No me acuerdo. Ahora, cuando me despierto, ya está en el aire o preparándose para salir.

Me encuentro deseando los largos días de invierno, cuando nos pasábamos horas enredados en las sábanas, planeando nuestro futuro, sin prisa por llegar a ningún lado.

Desde fuera me llega un aullido como de lobo.

Con un suspiro de fastidio, me pongo la ropa y bajo las escaleras.

Oscar está quieto en la entrada lateral. Mueve la cola como si fuéramos viejos amigos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ladra (más agudo de lo que lo había escuchado antes), da unos pasos renqueando hacia delante, se detiene, gira la cabeza y vuelve a ladrar, como si me estuviera pidiendo que lo acompañe hacia el granero y el huerto.

Tengo el extraño presentimiento de que le ha pasado algo a Zeke. ¿Jonah se ha olvidado de cerrarlo? ¿Zeke se ha escapado?

¿Estoy a punto de encontrarme con el cadáver ensangrentado de una cabra en el jardín?

Miro hacia el camino con la vana esperanza de que Jonah aún no se haya

ido, pero Veronica ya no está.

Oscar ladra.

—Bueno, vale, ¡espera! —le digo, aunque no hay forma de que el perro pueda entenderme.

Una de las ventanas de la casa da al granero. Voy a mirar y me reclino de alivio cuando veo a Zeke mirando el heno que Jonah le ha dejado esta mañana, demasiado asustado como para comer. La cara triangular de Bandido se asoma a curiosear por la ventana del gallinero.

Si no son nuestros animales los que tienen así de exaltado a Oscar entonces ¿qué es? ¿Será que el otro perro está en apuros? ¿Habrá más trampas escondidas por nuestra propiedad, esperando atrapar patas desprevenidas? Y si es eso, ¿por qué Oscar no va a buscar a Roy?

Salvo que sea porque se imagina que Roy le va a disparar ahí mismo.

Sacudo la cabeza. Es un perro. No se imagina nada.

¿Y si es por Roy?

¿Habrá tenido otro infarto? ¿Estará tirado en algún lado muerto o agonizando?

—Mierda. —Por más gruñón que sea, no puedo ignorar a Oscar y seguir con mi día con eso en la cabeza. Mi instinto me dice que tiene una buena razón para comportarse de este modo.

Y ha venido hasta mí.

Intento llamar a Jonah para preguntarle qué piensa, pero no responde ni al móvil ni al teléfono satelital. Toby tampoco responde a la llamada. Lo intento con Muriel, desesperada porque alguien me aconseje. Pero es muy raro que lleve el móvil encima y no responde.

Los ladridos frenéticos de Oscar no cesan.

Me quedo indecisa otro segundo y luego me trago mi inquietud, me pongo las botas, el abrigo, cojo el repelente de insectos y salgo por la puerta hacia el quad, donde me espera Oscar.

Se adelanta, corriendo como puede con tres piernas.

Enciendo el motor y lo sigo, paso junto a Zeke, que no se acerca a la puerta como siempre, tiene sus espeluznantes pupilas horizontales clavadas en Oscar. Pero él no le presta atención, se escabulle por el huerto y gira hacia

la izquierda por un estrecho claro entre la zarza.

Bajo un poco la velocidad.

Lo suficiente para volver a pensar si esto es lo más inteligente. Podría usar las carreteras para llegar a casa de Roy en lugar de hacer un camino entre los árboles. Considerando que estoy sola, probablemente eso sea lo más seguro.

¿Y si Roy no está en su casa? ¿Y si ha salido a caminar y se ha caído?

Oscar se detiene y se gira para mirarme. Vuelve a ladrar.

Tampoco es que esté completamente sola. Es un perro grande… O un lobo… O lo que sea.

Le mando un mensaje a Toby como medida de seguridad porque es quien está más cerca y es probable que sea quien responda más rápido y sigo a Oscar por el bosque.

La adrenalina me acelera el pulso.



Sé que Oscar ha estado yendo y viniendo entre las casas.

La distancia entre la nuestra y la de Roy es menor cuando vas por el bosque en lugar de usar la larga carretera y el sendero. He tenido que mover con cuidado el quad entre viejos tocones y árboles caídos, pero Oscar se detiene cada dos por tres para asegurarse de que lo sigo por el camino que señala.

Me detengo junto a la pila de leña y contengo la respiración esperando (deseando) que el viejo cascarrabias aparezca en la puerta de la casa o en el granero. La camioneta de Roy está aquí, cubierta de polvo y aparcada junto a la leña. El perro negro me apresura con un ladrido frenético como cada vez que me he detenido.

Tengo un mal presentimiento cuando pasan los segundos y no hay señales de Roy. Oscar se acerca cojeando y mi preocupación se reafirma.

Apago el motor, me bajo y cojo mi móvil. Por suerte, Toby me ha respondido.

Toby: ¿Dónde estás?

Calla: Acabo de llegar a casa de Roy y creo que ha pasado algo.

Toby: Voy para allá.

Respiro hondo y sigo a Oscar por la puerta entreabierta del silencioso granero con el corazón a punto de atravesarme el pecho.

Debajo de una montaña de maderas de todas las formas y tamaños veo a Roy despatarrado boca arriba, con los ojos cerrados y un corte sangrante en la frente.

—Oh, Dios mío. —No es un infarto, pero podría ser igual de grave.

Marco el número de emergencias con las manos temblorosas. Oscar se acerca cojeando, acaricia el rostro de Roy con el hocico y lanza un aullido agudo. Es el comportamiento más propio de un perro que le he visto.

—No necesito ir a ningún puto hospital —gruñe Roy. Me sobresalto pero luego suspiro, aliviada de que esté vivo. Doy las indicaciones para que manden una ambulancia mientras hago una evaluación visual de la situación. Por encima de nuestras cabezas, en el lugar donde asumo que Roy guardaba las maderas, han cedido los estantes. Se le debe de haber caído todo encima. Roy tiene suerte de estar vivo. Mira fastidiado a Oscar, que ahora le está lamiendo la cara—. Vamos, vete. Tampoco necesito esto.

Cuando cuelgo, me concentro en liberarlo.

—A ver si puedo mover esto. —Empiezo a levantar y mover los tablones, algunos requieren todas mis fuerzas. Pero hay una enorme viga sobre el pecho de Roy que me parece que es la que lo tiene apresado. Está apoyada a ambos lados, sobre unos trozos de madera que evitan que todo su peso caiga sobre Roy.

—Ni te molestes —me advierte y se estremece.

—Al menos tengo que intentarlo. —Tenso los hombros y los músculos de los brazos para levantarlo. Casi no se mueve—. Quizá puedes ayudarme desde abajo.

—Tengo el brazo roto. Probablemente algunas costillas y Dios sabe qué más.

—Claro. Pero no necesitas ir al hospital —digo entre dientes. Idiota testarudo. Toby ya debe de estar cerca. Pero no sé si podrá levantarlo solo—

¿Te duele?

—Solo cuando respiro.

—Bueno, solo… quédate quieto, ahora te sacamos. —Me inclino para inspeccionar su frente y veo con el rabillo del ojo el arma apoyada contra la pared. Sus ojos azules me fulminan—. Al menos parece que la hemorragia se ha detenido.

Gruñe mirando los estantes rotos sobre su cabeza.

—El terremoto de ayer debe de haber aflojado algo. Estaba buscando un tablón y se vino todo abajo.

No tenía ni idea de que el mismo terremoto que torció el reloj del centro comunitario tenía el poder para hacer una cosa así, pero está claro que algo ha salido terriblemente mal.

—Tienes suerte de que no te haya matado.

—Quién sabe. Tal vez lo haga. —Se hace un silencio incómodo mientras esperamos, los minutos pasan demasiado lento. Miro el enorme espacio porque no puedo hacer nada más por Roy y siento curiosidad. El granero es enorme, pero está abarrotado: es un laberinto de innumerables sierras y herramientas, husos y desechos de madera, tablones apretados en caballetes. Hay montones de serrín que han sido barridos hacia las esquinas. El olor a madera húmeda se mezcla con el de las cabras del fondo. Pero no veo muebles terminados. A la derecha hay una escalera que lleva hacia un entrepiso con cuatro filas de heno que hacen de pared en los bordes—. ¿Por qué has venido? —me pregunta Roy y rompe el silencio con su voz ronca tensa por el dolor.

—Oscar me ha traído. No paraba de ladrar en mi puerta. Me imaginé que había pasado algo. Tal vez otro infarto.

—Déjame adivinar, la entrometida te lo contó.

Doy por hecho que se refiere a Muriel. No me molesto en corregir mi fuente de información, ya que no hay necesidad de que Toby se gane el resentimiento de Roy.

Los perros ocupan sus puestos en la entrada del granero, Oscar se sienta sobre su miembro herido como puede, con la mirada atenta y las orejas tiesas.

—Tienes suerte de que haya sobrevivido a esa trampa. —Si no hubiese venido a buscarme, ¿cuánto tiempo habría pasado hasta que alguien hubiese encontrado a Roy aquí, enterrado bajo esta pila de madera? ¿Tiene a alguien en su vida?

¿Alguien echará de menos a Roy Donovan?

—¿Qué? ¿Quieres una medalla por haber venido a ayudarme? —Suspiro profundamente con la intención de que interprete lo que quiero comunicar: fastidio—. Eventualmente habría venido Joy, del restaurante —dice después de una larga pausa—. Me compra huevos. Una vez a la semana sin falta. Si un viernes no voy, vendría a buscarme. —Suena casi como si quisiera convencerse.

Quizá tenga razón, pero eso significa que se hubiera pasado días atrapado bajo la madera.

Miro el arma.

—¿Siempre llevas esa cosa contigo?

—Tengo doce cabras y muchas gallinas en tierra de osos, ¿tú qué crees? —Se estremece de dolor, lo que me recuerda que no debería hacerle preguntas. Pero no puedo evitarlo: es la versión más normal de Roy que he visto desde que lo conocí.

Además, ahora tengo una preocupación apremiante:

—¿Cuántos osos has visto por aquí?

—Hace muchos años que perdí la cuenta. —Pienso en la distancia que separa este lugar de mi casa si se acorta por el bosque. Es demasiado cerca. El estómago se me retuerce por la ansiedad. Una cosa es acostumbrarse a un zorro escurridizo o a un alce, ¿pero osos en mi patio trasero?—. ¿Por qué esa cara, chica de ciudad? Por aquí no se puede criar ganado sin depredadores acechando el cerco y buscando la forma de atravesarlo. Así son las cosas. —Hace una pausa—. Muriel no te lo ha dicho, ¿verdad?

—¿Decirme el qué?

—Que hay uno dando vueltas por la zona y pronto podría convertirse en un problema. Un oso pardo.

Siento el sudor frío recorrerme la columna vertebral.

—No. No me lo ha mencionado.

—El cerco le da descargas, pero regresa una y otra vez. Ha venido durante el día también. Los perros lo ahuyentaron la semana pasada después de comer. En otra ocasión tuve que disparar para asustarlo. Pero sigue viniendo.

Miro hacia la puerta abierta del granero. ¿Cuándo decidirá volver a intentarlo? Los perros notarían si hay un oso cerca, ¿no?

—¿Le vas a disparar?

—¿Por qué? ¿Quieres evitarlo?

—En realidad no.

Sonríe.

—Todavía no ha hecho nada como para ganarse una bala. Es grandote pero joven. Seguro que perdió a su madre y está aprendiendo a conseguir comida. Me imagino que cuando llegue la temporada de salmones irá hacia el río, donde tendrá mejor suerte. —De esto hablaba Roy en la Casa Ale cuando me pregunto si había algo acechando a Zeke. No se refería a Oscar ¿Me preguntó si este oso también habrá venido a nuestra casa. Siento la mirada de Roy estudiándome—. Sabes… No perteneces aquí, niña. —Sus palabras son contundentes, pero precisas y afiladas como una navaja y meten todavía más profundo la espina de preocupación que tengo clavada: porque quizá tiene razón y haya demasiadas cosas a las que tengo que «acostumbrarme» para sentirme como en casa en Alaska.

Pero no permitiré que las palabras de Roy me afecten. Aprieto la mandíbula con determinación.

—Mi hogar es donde esté Jonah.

—Ah. Eres de esas. —No hay forma de ignorar el tono condescendiente El juicio. El desdén.

Incluso herido (posiblemente de gravedad) Roy es, como mínimo mordaz.

—Sabes, me alegra que Oscar me haya traído hasta aquí. Siempre es un placer hablar contigo. —Responde con un gruñido, pero noto que curva un poco las comisuras de los labios. Como si mi sarcasmo lo divirtiera. Los perros salen corriendo por la puerta, ladrando. El sonido de unos frenos anuncia que ha llegado un vehículo—. Debe de ser Toby. —Gracias a Dios

›Me pongo de pie y voy hacia la puerta, aliviada porque ha llegado un refuerzo
sy ya no tengo que soportar sola la amarga personalidad de Roy.
e —¡Vamos, volved! —ordena Muriel.

Ahogo un gemido. No estoy segura de si su presencia va a mejorar o
ıempeorar las cosas para el hombre que yace en el suelo con el cuerpo
destrozado.

Toby ignora el ladrido de Gus y el aullido de Oscar mientras camina en
mi dirección, pasándose un trapo sucio por las manos llenas de grasa de
motor.

—¿Es muy grave? —me pregunta serio.
, —No estoy segura. La ambulancia está de camino.
r —Van a necesitar bastante suerte para llegar hasta aquí. —Muriel entra a
lgranero como si fuera su casa—. Bueno, te has enterrado tú solito. ¿Cómo lo
ehas hecho?
. —Dios mío, ponle fin a mi agonía —murmura Roy con los ojos cerrados
a Muriel lo ignora y señala las tablas que yo ya he movido.
s —Vamos a alejarlas un poco más para tener espacio de sobra. —Nos
ıponemos a trabajar arrastrando la madera. Muriel mira la viga con el ceño
efruncido—. Toby, ayúdame con esto. —Lo agarran de ambos lados—
e¡Flexiona las rodillas! —le grita y Toby pone los ojos en blanco. Después de
algunos gruñidos, entre los dos consiguen alzar la viga y alejarla de Roy. Su
ıbrazo, que debe haber levantado para protegerse de las maderas, está doblado
de un modo extraño y no se mueve. Muriel se queda de pie junto a él con las
manos en las caderas, evaluando la situación con un gesto severo—. Pusiste
.demasiada madera ahí arriba.

—No.
, —¿Puedes mover los dedos de los pies?

—Si no puedo, ¿vas a dispararme como querías hacer con mi perro?
ı —Tienes el brazo derecho roto.
ı —No me digas.
s —¿Y el izquierdo?
s Como respuesta, Roy le muestra el dedo corazón y lo agita.
. Aprieto los labios para no reírme. Parece que ni el dolor ni haber sido

›rescatado de una situación desesperada lo ablandan. Miro de reojo a Toby y confirmo que él también se está esforzando por no reírse.

Roy se mueve como si estuviera intentando incorporarse, pero no ›consigue más que un gruñido.

› —Bueno, creo que me quedaré aquí un rato.

Muriel mira el corral vacío.

ı —Toby, échales un vistazo a las cabras. Calla, ve a buscar unas mantas ɛpara taparlo.

—¡No necesito una manta y ella no va a entrar en mi casa! —le responde Roy. Con la llegada de Muriel se ha ido cualquier rastro de civismo que había percibido antes.

l —¡Sí que la necesitas! ¡Deja de ser tan tonto!

› —Vamos. —Toby me tira de la manga y me lleva hacia la puerta.

—¿Siempre se pelean así? —La creciente tensión en el aire es palpable.

. —Más o menos. Para ellos es como un deporte. Después de un tiempo te acostumbras.

s —No sé cómo. —Miro la pequeña cabaña de Roy. ¿Con qué frecuencia ›recibirá gente?

. —Debes de ser la primera persona que entra a ese lugar… —me dice ɛToby como si pudiera leerme la mente.

ı Está claro que tampoco soy bienvenida.

› —¿Habrá puesto trampas?

s —Oh. Sin duda —me dice Toby con un gesto de fingida seriedad que se ɛconvierte en una sonrisa—. Grita si te atrapan. —Se dirige hacia la puerta que lleva al prado de detrás del granero.

—¡Oye, espera! ¿Sabes que hay un oso merodeando por aquí? —¿Se oculta entre los árboles a observar todos nuestros movimientos?

—Sí, mi madre mencionó algo. —No parece preocupado.

—¿No deberías llevar un arma? —¿Cómo puede estar tan tranquilo con la posibilidad de que haya un oso cerca, en especial después de lo que le pasó a su hermano?

Señala con el pulgar al granero donde Muriel sigue regañando a Roy por ›ser tan terco y él sigue rechazando cualquier ayuda sin importar que tenga

ytodos los huesos rotos y, posiblemente, una hemorragia interna.

—¿Te parece que puede haber un animal tan loco como para acercars
ocon todo el escándalo que hay ahí?

Sacudo la cabeza mientras subo los escalones que llevan al porche d
Roy. Oscar avanza detrás de mí, siempre a pocos metros. Entro muy
inquieta.

s Nunca me había planteado cómo sería por dentro la cabaña de Roy
Tiene un diseño muy sencillo, como cualquiera esperaría de un hombre qu
evive solo en el bosque (la cocina a la derecha, la sala de estar a la izquierda
ados puertas al fondo que, supongo, llevan a su dormitorio y al baño. Si es qu
tiene baño). Hay pocos muebles: una vieja mecedora verde y amarilla qu
debe de haber rescatado del vertedero o del lateral de una carretera junto a l
chimenea, una pequeña mesa rectangular para dos, pero solo tiene una silla y
un estante en la pared que sostiene tres armas. Apuesto a que todas están
ecargadas.

Pero lo que me sorprende son las tres paredes con estanterías de pies a
acabeza hechas a medida, cortadas e instaladas a la perfección. Son la clase d
estanterías con la que sueño para debajo de la escalera de nuestra casa y d
eesas que cuestan el triple de lo que estás dispuesto a pagar.

Las debe de haber hecho Roy.

Así como probablemente hizo las figuritas de madera que hay sobre lo
estantes. Venados, osos, lobos, peces, cerdos, ballenas… Los recorro con l
emirada, sin poder decidir dónde enfocar la atención. También hay personas
aIntrincados piratas y gnomos, ancianos con bastones, embarazada
abrazándose la barriga, niños correteando. Hay una balda entera dedicada a
euna niñita con cola de caballo: riéndose, saltando, durmiendo. Una tiene lo
brazos alrededor del cuello de un perro (o quizá es un lobo) que la dobla en
tamaño. También hay cuencos de madera y cucharas con mangos largos y
ndecorados.

ó Me quedo boquiabierta de asombro. Hay cientos. Tal vez miles. Y el nive
de detalle es maravilloso. Algunos incluso están pintados.

r Ese anciano miserable es un artista.

a De hecho, todos los detalles de madera que hay en la cabaña se ver

inmaculados. El marco de las ventanas está cortado con precisión, los etablones del suelo están colocados de forma uniforme, los estantes que sostienen la vajilla de la cocina y las latas de conserva como para sobrevivir edurante varias semanas parecen sólidos y firmes, bien aferrados a la pared yNo hay cortes irregulares ni descuidados en ninguna parte de la casa.

—¡No va a hacerle nada a tus putas cosas! —La voz ronca de Muriel llega .desde una ventana abierta y me recuerda que tengo una misión y que estoy einvadiendo la privacidad de Roy en contra de su voluntad. Cojo una manta ,de lana azul marino que está doblada sobre el sillón y voy hacia la puerta.

e Una foto enmarcada sobre un viejo baúl me hace detenerme en seco. Es eun retrato profesional de un hombre con sombrero de vaquero que envuelve acon un brazo a una mujer rubia muy guapa. Entre ellos hay una niña con cara yde muñeca de dos o tres años: mejillas sonrojadas y unos ojos azules muy nexpresivos. También está vestida como una muñeca: vestido azul acampanado, calcetines de encaje, merceditas blancas, y las trenzas castaño aclaro cogidas con un lazo azul en conjunto.

e Tardo un momento en darme cuenta de que el hombre en la fotografía es eRoy.

Está mucho más joven (con el rostro recién afeitado y con pocas arrugas) y tiene unos kilos menos, pero lo que más me desconcierta es la sonrisa storcida.

a No hay nada que indique la fecha en la que fue tomada, pero tiene una .pegatina que dice que costó nueve con noventa y nueve dólares, lo que sexplica a la perfección la mala iluminación y las poses rígidas. Roy tiene un aatuendo muy parecido al que llevaba en la Casa Ale: camisa, vaqueros y ssombrero de ala ancha. También lleva una corbata blanca, azul y roja con una nestrella que me recuerda al logo de la cadena de restaurantes Estrella Solitaria yBasada en el peinado de la mujer y los pantalones desteñidos, supongo que fue entre los ochenta y los noventa.

l Debe ser la mujer de Roy.

Pero no recuerdo que Toby mencionara una hija.

Miro a mi alrededor. Hasta donde puedo ver, es la única fotografía que nhay en la cabaña. Que la haya dejado delante de la mecedora me dice que

sestas personas debían ser importantes para él y que no las ve tanto como l
egustaría.

r ¿Qué les pasó?

. —¿Has encontrado la manta sobre el sillón, Calla? —El grito de Murie
me devuelve a la realidad. Me apresuro a salir, entro al granero y la encuentr
asobre Roy con el ceño fruncido—. Todavía no sabes qué te has roto. ¡Pued
yque pases semanas en el hospital! ¿Vas a ordeñar a las cabras con una mano
a¿O a disparar el arma? —Me pregunto si se da cuenta de que está regañand
a un hombre herido.

s —Con cuidado —gruñe Roy.

e —Sí, me imagino —resopla Muriel—. Ya que estás puedes dispararte e
apie.

y —Me dolería menos que esta conversación.

l —¿No quieres mi ayuda? Está bien. —Levanta una mano en el aire y s
oaleja para que pueda envolverle con la manta—. Tampoco iba a ofrecértela
No tengo tiempo para ocuparme de tus cosas. Ya tengo suficiente con l
smío. Pero no seas idiota. Alguien tiene que cuidar de tus gallinas, cabras y
perros salvajes. —Hace una pausa—. Calla puede venir a ayudarte hasta qu
)te recuperes. —Giro la cabeza y le disparo una mirada de «¿qué dices?» co
alos ojos bien abiertos. Sonríe para darme ánimos—. Es una buena chica
Inteligente y trabajadora.

a —No tengo ni idea de cómo se ordeña una cabra —tartamudeo
edesprevenida por el inesperado giro de los acontecimientos.

n —Tampoco sabías de jardinería, ¿verdad? Os podéis llevar bien. Tenéi
ycosas en común. —Quiero gritar que Roy y yo no tenemos nada en común
apero no encuentro las fuerzas—. Y aquí ayudamos a los vecinos. Así somos
.—Muriel asiente para sí como si ya hubiera dado su veredicto.

e ¿Aunque nuestro vecino sea un viejo carcamal amargado?

Contengo la respiración esperando a que Roy rechace mi ayuda y as
retirarme con elegancia.

Pero, por primera vez, no discute con Muriel y me mira atentamente.

e

e

e

l

o

e

p

o

l

e

.

o

y

e

n

.

,

s

,

.

í

Capítulo 29



Jonah entra pasadas las siete de la tarde, mientras me meto el último trozo de pollo en la boca.

—¿No podías esperarme? —Cuelga su gorra de béisbol en una percha.

—No. Tenía hambre. —Y estaba cabreada porque ha aterrizado hace cuarenta minutos, pero ha tardado todo este tiempo en venir a casa, a pesar de que le he enviado dos mensajes para avisarle de que la cena ya estaba lista.

Se inclina para besarme.

—¿Ha sido un buen día?

Huelo el rastro de humo.

—Ha sido horrible. Posiblemente el peor día desde que nos mudamos aquí.

Jonah se lava las manos en el fregadero mientras escucha los detalles de mi día.

—¿Cómo de grave es? ¿Sabes algo?

—Muriel llamó hace una hora. —Después de todas sus discusiones prácticamente persiguió a la ambulancia hasta el hospital de Palmer—. Lo ingresan, al menos esta noche, pero está mejor de lo que esperaban. Tiene tres costillas rotas, la clavícula fracturada, el brazo roto en tres partes, una leve conmoción cerebral y magulladuras en todo el cuerpo. Pero podría haber sido mucho peor. No te imaginas todo lo que le cayó encima.

—Entonces es apenas un rasguño. La gente muere por mierdas como esa —Jonah se sienta en el taburete. Frunce el ceño al mirar la tele, están echando las imágenes del incendio forestal que ha estado combatiendo en la península Kenai. Ya se dice que podría ser uno de los peores incendios de año si no lo controlan—. ¿Y qué pasará con sus animales? ¿Se las van a

arreglar solos hasta que vuelva? —Coge con las manos un trozo de pollo y se lo mete en la boca, como si estuviera demasiado hambriento como para respetar los modales básicos.

—¡Esa es la mejor parte! Adivina a quién ha encargado Muriel la responsabilidad de cuidar a sus doce cabras y a sus gallinas a partir de mañana a las seis de la tarde en punto. Bajo la supervisión de Roy, por supuesto —agrego con amargura. Al menos Toby y Teddy me cubrirán hasta entonces.

La cara de Jonah se transforma con incredulidad.

—¿Por qué no te has negado? —Percibo la acusación en su tono, como si de alguna manera fuera mi culpa haberme metido en esto.

—¿Cómo? Muriel empezó con eso de «ayudar a los vecinos» y el hombre estaba literalmente tirado en el suelo, sangrando.

—¿Por qué no lo hace Muriel?

—¿Estás de broma? —Resoplo—. Meter a los dos en la misma habitación es como mezclar lejía con vinagre. Los vapores tóxicos podrían envenenar a cualquiera que esté cerca.

Jonah sacude la cabeza.

—Aun así, deberías haber dicho que no. Ese capullo hubiera dicho que no. De hecho, lo hizo, ¿recuerdas? Cuando intentamos que se quedara con Zeke.

—Sí, bueno, me gusta pensar que soy mejor que Roy.

—Eres mejor. Más amable, más inteligente… mucho más guapa. —Se inclina y me da un beso en la mejilla—. Y también una enorme perdedora.

—No voy a ordeñar a sus cabras —digo más desafiante de lo que me siento.

—¿Se lo has dicho a Muriel? —Jonah tiene un brillo divertido en los ojos porque sabe muy bien que no lo he hecho.

—Tiene un brazo sano. Puede hacerlo él. —Aunque el tutorial que he visto en YouTube hace un rato sugería lo contrario—. O podrías hacerlo tú si me acompañas mañana por la noche.

Jonah está negando con la cabeza desde antes que acabe de hablar.

—¡Venga! ¡No quiero ir sola!

—¡Mira eso! —Apunta al televisor con el tenedor—. El pronóstico no da alluvias y todos los días va a peor. Tengo suerte de haber podido volver a casa esta noche. Hay cientos de personas luchando contra el fuego. Trabajan a acontrarreloj.

Miro la nube de humo que contamina el cielo. Es difícil discutir con eso rTambién puede ser un mal presagio para nuestros planes. Dudo si hacerle c ano la pregunta porque me da miedo la respuesta.

—¿Y este fin de semana? —Me mira confundido—. ¿Mi cumpleaños? —¿Se ha olvidado de mi cumpleaños?

—Sí, claro. Por supuesto que nos iremos. —Frunce el ceño—. Mira, s llego pronto a casa, iré contigo a casa de ese imbécil. Pero no te prometc enada. Hay miles de hectáreas en llamas y lo que Sam nos pide no parece se suficiente.

¿Todos los chicos de Sam trabajarán tan duro como Jonah? ¿Ellos atambién le dedicarán tantas horas? ¿O es Jonah obsesionado con una misión?

No pregunto. Sonrío y le digo:

—De acuerdo. Lo entiendo. —Aunque empieza a no gustarme. Rezc para que llueva mucho y no pueda volar—. ¿Y podrías encontrar un hueco epara acompañarme al concesionario? Quiero comprar el Jeep, pero necesito aque estés conmigo. No confío en el vendedor, siento que va a timarme.

—¿Hasta qué hora está abierto?

—Hasta las ocho. Todavía estamos a tiempo de llegar.

—Esta noche no, Calla. Estoy destruido. ¿Podemos intentarlo mañana?

—Claro. —Sonrío, intentando hacer a un lado mi frustración—. Deberías ever el interior de la casa de Roy. —Le describo la impresionante estantería hecha a medida y las incontables figuritas—. Puede que sea un imbécil, perc stiene muchísimo talento.

—Quizá después de ordeñar a sus cabras puedes pedirle que nos haga algo —me dice Jonah con una sonrisa.

—¡No ordeñaré a ninguna cabra!

—He oído que tienen unas ubres suaves. —Jonah se mete un bocado de pollo y ensalada en la boca. Pongo los ojos en blanco, recojo los platos y los llevo al fregadero—. ¿Ya has hablado con Muriel sobre la publicidad de

acarnaval?

a —No. No he tenido ocasión.

a —Que no te dé miedo decírselo, Calla.

—No me da miedo. —Meto un plato sucio en el lavavajillas—. No he encontrado la forma de sacar el tema de un modo en que no pueda volver a onegarse. —Y a convencerme de que no tengo nada que ofrecer aquí.

—Dile que lo vas a hacer y punto.

- —O sea, ¿tengo que ser tan encantadora y persuasiva como lo eres tú? —le pregunto con tono burlón.

i —Pero consigo lo que quiero, ¿verdad?

o —Vivimos aquí —murmuro—. Además, ¿por qué te interesa tanto? Solo res un carnaval.

Mastica despacio, como si estuviera decidiendo qué responder.

s —Porque me siento mejor sabiendo que conoces a más gente.

Sin duda, los días no me parecerían tan largos si tuviera sitios a los que ir amigos con los que quedar a tomar un café o a comer. Pero tampoco me oimagino saliendo con John o Candace o cualquiera del comité de oplanificación.

o —La próxima reunión es a mediados de julio, así que tengo tiempo. —Vuelvo y me apoyo sobre la encimera, dando vueltas a los acontecimientos del día en mi mente—. Creo que Roy tiene una hija. O tenía. He visto una foto donde aparece con una mujer y una niña pequeña. Era antigua, de hace mucho tiempo. Estaba sonriendo —agrego más para mí misma—. Me spregunto qué habrá pasado.

a —Muerte o divorcio —me dice Jonah con la boca llena—. Son las únicas odos opciones.

La última opción y el recuerdo de las mejillas sonrojadas de la niña hacen aque me recorra un escalofrío por la espalda.

—Tal vez por eso se mudó a Alaska.

—No sería la primera vez que alguien llega aquí escapando de algo. —eJonah se estira para tocar una tecla del portátil, que se ha puesto en modo sreposo. Frunce el ceño cuando ve a la bruja de tamaño real en la pantalla— lEs un poco pronto para las decoraciones de Halloween, ¿no?

—No es para Halloween. —Paso al vídeo y le doy a reproducir para que Jonah pueda ver como los ojos de la bruja se iluminan con una luz roja y lanza una carcajada espeluznante—. Hoy he leído un artículo que decía que una señora de Eagle River lo puso junto a los cubos de basura y hace tres años que no tiene problemas con osos.

—Nosotros tampoco tenemos problemas con los osos. Guardamos los cubos en el taller.

—No es para los cubos. Es para el granero. Roy me ha dicho que hay un oso pardo muy insistente que se quiere meter en su granero y, si atraviesas por el bosque, estamos mucho más cerca de su propiedad de lo que parece ¿Y si viene aquí también? —He comprado tres cámaras con sensores de movimiento, pero todavía no han llegado. Aunque tampoco es que vayan a hacer mucho para protegernos.

—Entonces, ¿la idea es poner a una bruja de un metro y medio con ojos rojos y rostro de calavera fuera del granero de nuestra cabra que se desmaya para espantar a este supuesto oso? —Sigue con el ceño fruncido, pero ahora parece divertido.

—No. —Aprieto la mandíbula, retándole a que me contradiga—. Quiero poner una en cada esquina.



Las ramas de los árboles arañan la pintura de la vieja camioneta cuando atravieso el estrecho sendero que lleva a casa de Roy a las seis de la tarde del día siguiente, después de haber esperado a Jonah todo lo que podía. Sabía que no tenía que esperarlo. Sé que está salvando vidas y haciendo un trabajo crítico, pero de todas formas estoy decepcionada.

Los perros ladran cuando aparco junto a la camioneta de Roy y apago el motor. Muriel le pidió a Toby que me mandara un mensaje para recordarme que estuviese a las seis en punto. A Roy le han dado el alta este mediodía, lo cual me resulta inexplicable. Esos dos tienen una relación extrañísima.

Siento un ramalazo de temor y duda, pero lo ignoro y salgo del coche

Los ladridos amenazantes de Oscar cesan y empieza a mover la cola. Se acerca para olisquearme las piernas y vuelve a toda velocidad. Supongo que es un avance. Hasta Gus está tranquilo, como si aceptara mi presencia.

La puerta del granero ya está cerrada y puedo escuchar los balidos de las cabras en el interior. Alguien se ha hecho cargo del gallinero también: las gallinas están reunidas alrededor de lo que asumo que es un comedero y el suelo está cubierto de serrín. Parece que ya han hecho todas las tareas de la tarde. ¿Habrá venido Toby?

No hay señales de Roy y no sé qué hacer, así que subo por los escalones del porche y llamo a la puerta. Se oye un crujido, un murmullo ininteligible y el sonido de unos pies arrastrándose por el suelo de madera antes de que se abra la puerta.

Ha pasado un día desde el accidente y, por algún motivo, Roy tiene peor aspecto que ayer, tirado en el suelo del granero, ensangrentado y enterrado debajo de las maderas. Aunque le han limpiado el corte de la frente, está camuflado entre moratones violetas y azules que se extienden hasta su ojo izquierdo. Tiene el brazo doblado con un cabestrillo. Debajo de la camiseta blanca puedo ver el vendaje en su torso.

—Hola… Muriel me dijo que viniera a las seis para ayudarte con las tareas de la tarde.

Gruñe.

—Ya lo he hecho todo.

Frunzo el ceño.

—¿En serio? —Recuerdo que, cuando tenía dieciocho años, Simon se resbaló con una placa de hielo y se rompió la clavícula. Estuvo postrado en la cama tragando analgésicos durante semanas. Supongo que Roy tolera mucho mejor el dolor que mi padrastro, pero no deja de tener varios huesos rotos.

—No tengo ganas de jugar a este juego en el que haces como si tuvieras algunas de estar aquí, Calla. —Mi nombre me parece extraño con su acento. Quizá sea solo el hecho de oírlo en su voz y que no me llame «chica de ciudad» o «chica». Ni siquiera estaba segura de que lo recordara.

—No se trata de querer estar aquí…

—Sí, sí, es Muriel. Lo entiendo. Así que hagamos un trato: si esa vieja

epregunta, le dices que está todo ordeñado, alimentado y regado. Será nuestro esecreto. Todos ganamos: tú te vas a casa y yo puedo cenar tranquilo.

Le echo un vistazo al cuenco que tiene sobre la mesa y a la lata de sestofado de carne abierta sobre la encimera junto a un frasco de smedicamentos. No hay duda de que son analgésicos. Pero aún no ha roto el precinto.

a —Mañana por la mañana…

—Como te he dicho, no necesito ayuda. He podido solo hasta ahora. Ya sme las arreglaré.

y Me preocupa la palidez de su rostro, pero no voy a ponerme a discutir econ Roy en su propia casa.

—Vale, entonces… Que pases buena noche. —Me empiezo a alejar.

r —¿Te gustan los huevos? —me pregunta.

o —Eh… ¿sí?

á —Odio los huevos.

o Frunzo el ceño.

a —¿Y entonces por qué tienes tantas gallinas?

—Espera un segundo. —Se gira despacio y llego a ver una sonrisa spasajera en su rostro. Cojea hasta la nevera, saca dos cajas y vuelve—. Toma. No me sirven. Ya están lavados.

—¿No se los vendías al restaurante?

—¿Los quieres o no? —me suelta.

Entonces lo entiendo: se supone que esto es un buen gesto. De eamabilidad o gratitud.

a De parte de un hombre que, según Toby, no da nada gratis.

o Cojo las cajas y noto que el viaje al frigorífico lo ha puesto un poco más pálido.

s —Gracias.

) —Ajá —agrega tras una larga pausa—. Buenas noches.

e —Igualmente. —Bajo del porche de Roy con mucho menos alivio de que debería sentir por haberme escapado de una lista de tareas que incluye tocar ubres y manipular estiércol.

a Pero solo puedo sentir pena por un hombre que no ha hecho nada para

merecerla.



Sonrío al oír el sonido de la cuchara chocando con un plato.

—¿Qué vas a hacer cuando mamá se entere de que te has estado dando atracones cuando ella se va a la cama?

—Negarlo rotundamente, por supuesto —balbucea Simon con la boca llena de puré. Por fin descubrí dónde oculta su reserva de puré de patata: en el armario con llave en el que guarda los informes de sus pacientes; el único lugar de la casa al que mi madre no tiene acceso. Son las once y media en Toronto, pero mi padrastro siempre ha sido un ser nocturno. Cuando volví de la casa de Roy y le escribí para que habláramos, sabía que iba a estar despierto y disponible—. ¿Y? ¿Qué vas a hacer con el cascarrabias de tu vecino?

—No lo sé. ¿Qué debería hacer?

—Repíteme tus opciones.

Suspiro. Simon sabe qué opciones tengo. Como siempre, quiere que haga el proceso por mi cuenta y no darme las respuestas que busco. No puedo evitarlo; es el psiquiatra que vive en él.

—O voy mañana por la mañana o no.

—Bueno. ¿Y si vas mañana qué va a pasar?

—Me mandará a casa. Y es probable que me grite.

—Y si no vas…

—Tendrá que hacerlo todo solo. ¿Y si se cae? ¿O se desmaya del dolor? ¿Y si aparece el oso y se lo come? —Repaso la lista de las horribles consecuencias que podría tener dejar solo a Roy y su cabeza dura—. Si lo hubieras visto hoy, Simon. Parecía que se iba a desplomar en cualquier momento. —Muriel tiene razón. Es un tonto por rechazar nuestra ayuda.

—¿Te sientes responsable por su bienestar?

—¿Responsable? No. Pero Muriel me pidió que lo ayudara. —Más bien me lo ordenó, porque Muriel no sabe pedir las cosas.

—¿Y no quieres defraudarla?

—No, no es eso. Es que… —Me fallan las palabras, ¿qué es exactamente?

—¿Qué puede pasar si llamas a esta tal Muriel y le dices que no te deja ayudarle?

—Me va a decir que no lo he intentado lo suficiente. Y que irá ella misma todas las mañanas y todas las noches, y yo sé que no tiene tiempo para eso. Tienen el complejo a rebosar. —Yo, por el contrario, tengo mucho tiempo.

—Y entonces ¿vas a sentir que, de algún modo, le has fallado?

—No, pero… Nos ha ayudado mucho. —Aunque no se lo pidiese.

—¿Y te importa lo que opine?

—No.

—¿Estás segura? —me pregunta Simon con ese tono incisivo tan propio de él.

—No lo sé. ¿Tal vez un poco? —«Es una buena chica. Inteligente y trabajadora». No puedo ignorar la chispa de orgullo que surgió en mi pecho cuando Muriel le dijo eso a Roy, a pesar de la sorpresa porque me hubiese mencionado como la persona indicada para ayudarlo. Así que quizá sí me importa lo que Muriel piensa de mí—. Además, sé que Roy se va a enfadar si lo obligo a estar con ella. —Según él, hicimos un pacto para dejar a Muriel al margen de esto. «Ganamos todos», dijo. Pero él solo parece estar ganando una recuperación mucho más lenta de lo que debería ser.

—¿Y la opinión de él sí te importa?

Resoplo.

—¿Estás de broma? No opina nada bueno de nadie. Pero es triste. Creo que no sabe dejarse ayudar. Y creo que es desagradable a propósito, para mantener a la gente a raya. O quizá hace tanto que está solo que ya no sabe comportarse de otra manera. —Y, sin embargo, la noche del chili en la Casa Ale hizo esa incómoda aparición para darme las gracias por haber salvado a Oscar y advertirle a Muriel del potencial problema con el oso. No se distinguir si lo hizo porque le carcomía la conciencia o por una preocupación genuina.

—Tal vez ambas sean verdad.

Suspiro.

—Puede ser.

—A medida que pasan los años es normal que los hombres se vuelvan adigamos, más gruñones. Tiene que ver con el descenso en los niveles de testosterona.

Me estremezco.

—No quiero hablar de los niveles de testosterona de Roy, Simon Además, según Muriel y Teddy, es así desde que vive aquí.

—Mmmm… ¿Me has dicho que ha estado casado?

—Sí. Y creo que tiene una hija. O tenía. —La curiosidad por el pasado de Roy ocupa mis pensamientos desde que vi ese marco de fotos. Me intriga saber qué pudo haber pasado y si fue eso lo que lo convirtió en la persona que es hoy.

—Bueno, querida, entonces creo que no te queda otra opción.

Simon tiene razón. Sea por culpa o por responsabilidad, o porque sé que es lo correcto, tengo que ir a casa de Roy y volver a ofrecerle mi ayuda. Aunque no se lo merezca.

—¿Cómo hago para que no quiera ir a buscar su arma? —Aunque tampoco está en condiciones de dispararme, gracias a Dios.

—Convenciéndolo, por supuesto. —Puedo oír la sonrisa en la voz de Simon—. Si ha pasado tanto tiempo aislado, a lo mejor conviene empezar porque se acostumbre a que estés cerca.

Sacudo la cabeza, aunque no pueda verme.

—No me creo que me esté esforzando en ayudar a ese imbécil a ordeñar a sus malditas cabras.

Simon se ríe.

—¿Te acuerdas de cuando te aterraban?

—Ya casi está superado. Comparadas con los osos, no parecen tan peligrosas.

—Sí, quizá es mejor no contarle esa parte de la historia a tu madre, ¿de acuerdo? Ya está bastante preocupada. —Hace una pausa—. ¿Y, quitando eso, cómo van las cosas?

—Bien. —La respuesta por defecto últimamente—. Jonah ha estado

trabajando mucho.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

Contengo el fastidio que me provoca la pregunta favorita de Simon.

—¿Sola? —Intento parecer despreocupada, aunque me preocupa bastante —. A veces parece que para Jonah es más importante el trabajo que pasar tiempo conmigo. —Es la primera vez que lo digo en voz alta y me siento como si lo estuviese traicionando.

—¿Lo has hablado con él?

—No con estas palabras. —En realidad, no lo hemos hablado—. Quiero apoyarlo.

—¿Te está generando cierto resentimiento hacia Jonah?

—No, quiero decir, ¿por qué lo haría? Yo le dije que aceptara el trabajo —Sobre todo porque me sentía culpable después de escucharlo hablar con Marie—. Y lo que está haciendo es importante. Los incendios forestales están descontrolados este año. —El humo es muy denso, ya no se pueden ver las Montañas Chugach desde Anchorage.

—Es importante —coincide Simon—. Pero también lo es reconocer tus sentimientos y decidir cómo quieres gestionarlos.

—Los gestiono manteniéndome ocupada y esperando cosas como mi cumpleaños. —Una escapada de fin de semana es exactamente lo que Jonah y yo necesitamos—. Además, quedan pocos meses. —Y luego se irá durante tres semanas a llevar a los ricos cazadores de Jack Thomas de aquí para allá Los días tranquilos son una cosa, pero se me retuerce el estómago de solo pensar en pasar todas esas noches sola, escuchando cada crujido de la casa con mi imaginación hiperactiva sacando conjeturas sobre lo que podría estar acechándome fuera. Tengo que empezar a buscar vuelos a Toronto. Hay una larga pausa al otro lado del teléfono, tan larga que empiezo a pensar que me ha colgado—. ¿Simon?

—Estoy aquí. Creía haber escuchado a tu madre.

Sonrío al imaginarme a mi padrastro ocultando torpemente su placer culpable.

Y me doy cuenta de cuánto los echo de menos.



La rueda delantera pasa por un profundo bache de la carretera de Roy y me sacude todo el cuerpo.

—¡Mierda! —Frunzo el ceño cuando veo la mancha de leche de soja sobre mi pantalón deportivo. Ya estaba molesta por haberme levantado tan temprano.

¿Por qué me estoy haciendo esto otra vez?

Roy aparece en la entrada del granero con un rastrillo en la mano sana. Tiene el rostro igual de abatido y gris que ayer.

Claro, por eso me estoy haciendo esto.

Oscar y Gus salen corriendo y ladrando. Pero se calman en el momento en que me bajo de la camioneta, se acercan a olerme la pierna y vuelven a salir disparados.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta Roy malhumorado.

Avanzo.

—¿Te gustan las fresas?

Baja la mirada hacia el envase que tengo entre las manos y entrecierra los ojos.

—Puede ser.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco.

—Es una pregunta de sí o no, Roy.

Alza una comisura de los labios.

—Hace mucho que no las como, pero sí, me gustan, ¿a quién no?

—A mí. Y tengo la planta de Colette repleta de ellas en mi huerto. Las he lavado, están listas para comer. —Le ofrezco el recipiente.

Vuelve a mirarlo. Apoya el rastrillo contra la pared para dejar libre la mano sana, coge el envase y lo deja sobre una mesita. Sin darme ni las gracias.

—Más te vale que te vayas, chica. Tengo cosas que hacer. —Se da la vuelta y se aleja arrastrando los pies hacia el granero de las cabras, que está vacío.

Respiro hondo para reunir algo de valor y lo sigo.

—¿Cada cuánto ordeñas a las cabras?

Me mira.

—Ya te dije que no necesito tu ayuda.

—Lo sé. Pero es obvio que algún día va a aparecer Muriel para ver cómo van las cosas y, si se entera de que me has echado, bueno… creo que la tendrás aquí dos veces al día durante uno o dos meses.

Roy gruñe.

—Esa maldita mujer.

—Es ella o yo, pero alguna va a ser, así que tú eliges. —Ayer por la noche me quedé mirando el techo de madera hasta que se me ocurrió un plan para convencer a Roy. Se me ocurrió que amenazarlo con Muriel iba a ser la opción ganadora.

Su aguda mirada se posa sobre mis botas de lluvia rojas.

—Ponte cómoda. Pero no me estorbes.

—No te preocupes. Solo voy a quedarme aquí. Y disfrutaré de tu encanto desde lejos. —Doy un sorbo largo y tranquilo de mi latte, en parte para ocultar cualquier rastro de temor que pueda haber en mi rostro.

Con Roy, ser sarcástica puede salir muy bien o muy mal. Espero que esta vez sea la primera.

La comisura de sus labios se alza antes de darme la espalda.

—Debes de estar muy aburrida.

Me concedo una pequeña sonrisa victoriosa.



—Bueno, bueno… —Desenrosco el alambre que traba la puerta del granero. Zeke ha empezado a patear el poste de la valla cuando me ha visto doblar la esquina y Bandido ha trepado al gallinero para esperarme sentado encima del techo—. Siento llegar tarde. Estaba en la casa de nuestro querido vecino. —Siguiendo a Roy mientras mascullaba y maldecía y se negaba a dejarme siquiera llenar un cubo con agua, todo estremeciéndose de dolor.

Trabo la puerta con un ladrillo y Zeke se acerca de inmediato a

mordisquear el cascabel de oso que tengo en el zapato. Bandido se escurre a toda velocidad. Con ambos libres, me vuelvo a subir al quad y voy hacia el huerto, seguida por una cabra y un mapache, con repelente de osos en la cintura. Ahora que sé de la existencia del oso pardo en la zona, estoy muy atenta para detectar a tiempo cualquier amenaza. Quizá por eso veo a Oscar enseguida, sentado entre los árboles, observándome a lo lejos, como si hubiese pasado mucho tiempo esperándome.

Estaba en casa de Roy cuando me fui. Debe de haber venido hacia aquí en el momento en que perdió de vista las luces traseras de mi camioneta.

Apago el motor del quad y me bajo, pero él no hace el amago de acercarse. Su atenta mirada se dirige hacia Zeke, pero enseguida la aleja, sin interés.

Es como un centinela, alerta a las amenazas silenciosas.

No puedo evitar sonreír. Es irónico que este perro me haya aterrorizado durante meses entre los árboles, y tenerlo aquí ahora me haga sentir tan asegura.

Sé el momento exacto en que Zeke ve a nuestro visitante porque empieza a gritar y se desmaya.



Roy está arrastrando una manguera cuando aparco junto a su camioneta a las cinco en punto.

Mira su reloj.

—¿Qué haces aquí tan pronto? Te dije a las seis.

—Y me mentiste, así ya lo tendrías todo hecho cuando yo llegara. —Oscar me deja rascarle un poco las orejas cuando paso junto a él. En la otra lmano llevo un táper—. Te he traído la cena. Son espaguetis caseros. —Caseros de verdad esta vez. Hasta le he puesto tomates en conserva y orégano fresco de la huerta.

—No necesito tu caridad —me dice, pero no parece cabreado.

—No es caridad. He hecho de más y no me gusta comer sobras. —A

aJonah sí, pero Roy no tiene por qué enterarse.

l Abre la boca y me preparo para una respuesta borde, pero entonces aparece cambiar de idea. Mira el envase.

y —No será el insípido estofado de lata que ceno todas las noches, pero rpeor es nada.

i Hace una mueca.

¿Roy acaba de hacer una broma?

í Contengo las ganas de hacer algún comentario sobre que, debajo de ese exterior hosco, a lo mejor tiene sentido del humor.

e —Te lo dejo en la cocina…

ı La pizca de humor desaparece de su rostro en un segundo.

—¡No me gusta que nadie entre a mi casa!

Me lo esperaba.

o —Ya he entrado, Roy, y no hice nada raro. Solo voy a dejar esto en la ınevera y volveré en cinco segundos para no ayudarte, te lo juro.

Sacude la cabeza.

a —Eres igual de insistente que Muriel.

—Los dos sabemos que eso no es verdad.

Avanza hacia el gallinero, quejándose.

—No sé por qué sigues viniendo. Hasta en mis mejores días soy una pésima compañía.

—Conocerse a uno mismo es el primer paso para cambiar. —Al menos seso dice siempre Simon.

Murmura algo incoherente, pero continúa avanzando.

Sin más objeciones, subo los escalones del porche y entro en la cabaña.

La última vez que estuve aquí, no me fijé en la cocina de Roy porque -estaba muy entretenida con las figuritas de madera. Es básica y funcional apero ordenada: está en una esquina de la cabaña, tiene un fregadero, un -horno blanco y un frigorífico. La cafetera y la tostadora son los únicos yobjetos que hay sobre la encimera.

En dos estantes hay algo de vajilla básica (uno de cada) y una selección de conservas y alimentos deshidratados.

ı Dos cacerolas y una sartén cuelgan de un gancho en una pared. En esta

cocina todo grita «una persona y nada más».

Veo el bote de pastillas (oxicodona recetada para Roy Donovan con e precinto aún puesto) sobre la encimera, junto a una lata cerrada de estofado La cena de esta noche. Y de todas las noches, por lo que puedo ver en su selección de latas. Secándose junto al fregadero está el cubo de metal que ha usado para recoger la leche de cabra esta mañana, un colador y unas botellas de cristal vacías. Incluso en este estado, Roy ha envasado la leche y luego lo ha limpiado todo.

Sacudo la cabeza mientras abro la nevera.

—Guau. —Miro con los ojos exageradamente abiertos los cartones de huevos y las botellas de leche que llenan las baldas.

No hay mucho más, algunos condimentos, una barra de mantequilla y las fresas que le he dado esta mañana. Sonrío al ver el envase casi vacío. Debían de ser unos dos kilos. Se ve que le gustan mucho más de lo que ha querido admitir.

Dejo el táper con espaguetis y vuelvo a salir. No puedo evitar echarle un vistazo al viejo baúl junto a la ventana.

La foto ya no está.

Y eso solo alimenta la curiosidad que crece en mi interior.

Roy está insultando a la manguera cuando llego a su lado porque no puede desenroscarla con la bota.

—¿Y cada cuánto les pones agua? —pregunto mientras me inclino para estirar la manguera, la cojo y la arrastro hasta el corral. La puerta está abierta de par en par, pero las gallinas no parecen muy ansiosas por salir con Oscar y Gus merodeando.

Roy frunce el ceño como si estuviera intentando descifrar un complejo rompecabezas.

—Todas las noches. A veces también por la mañana.

—Aquí, ¿verdad? —La tapa del bebedero ya está abierta.

—Sí, pero tengo que limpiarlo antes. Los sucios pajaritos hacen sus cosas por todos lados.

—¿Así? —Apunto con la manguera al fondo del bebedero y aprieto el gatillo; varias gallinas se alejan. Roy gruñe y doy por hecho que eso quiere

decir que sí. Una vez que queda limpio de polvo y suciedad, empiezo a llenarlo con la atención puesta en el alambrado y el gallinero de madera que seguro que construyó Roy—. Este es mucho más bonito que el nuestro. —Utilizó madera de verdad y no planchas de aglomerado como el que hay en nuestra casa. El tejado es de tejas de cedro.

—Eso es porque Phil no podía clavar bien dos trozos de madera no aunque su vida dependiera de ello. —Roy se mueve con el puño apretado junto a su cuerpo, como si estuviera reprimiendo las ganas de arrebatarme la manguera y hacerlo él mismo. Es como si no supiera qué hacer si no tiene algo entre manos. Empiezo a entender por qué tiene un ejército de criaturas de madera en casa. Apuesto a que es así como se mantiene ocupado en las frías noches de invierno.

—Sí, ya nos hemos fijado. Hay un tablón en el suelo del baño principal que es varios centímetros más corto de lo que debería ser. —El hueco estaba hábilmente cubierto con un revistero cuando fuimos a ver la casa por primera vez—. Y todas las estanterías de la cocina están torcidas. Una está tan mal hecha que no se puede guardar nada frágil porque se desliza. Jonah lo midió con un nivel y tiene una inclinación como de veinte grados. —Es probable que Phil los instalase estando borracho.

—¿Siempre hablas tanto?

Me río.

—Sí. Eso decía mi padre.

—¿Y qué le pasó? ¿Le hablaste hasta matarlo?

Supongo que Roy solo está siendo Roy y no tiene malas intenciones. ¿Cómo podría tenerlas? No me conoce. Y, sin embargo, siento la puñalada de sus palabras como si hubiese atacado de verdad.

—Falleció el septiembre pasado. De cáncer. —Instintivamente, mis dedos buscan el colgante mientras un nudo se me instala en la garganta. Lo acaricio para consolarme y darme fuerzas, porque si Roy dice algo más de mi padre, es muy posible que me ponga a llorar.

Me he sorprendido a mí misma preguntándome como hubiera sido tener a la Wren Fletcher sentado a mi lado en nuestro nuevo porche, mirando el lago y las montañas, escuchando mis palabras y sonriendo tranquilo como

asiempre que estábamos juntos.

e Daría cualquier cosa por verlo llegar de visita, por volver a hablar con él.

- Después de otro largo momento de melancolía, Roy entra al gallinero a ncoger huevos.

No vuelve a decir una sola palabra más.

i

o

a

e



sSonrío mientras le doy un sorbo al latte que me estoy tomando como sdesayuno. Una de las cabras bebés (blanca con manchas color caramelo) acaba de saltar un fajo de heno y está dando brincos alrededor de sus lhermanos como si tuviera muelles en sus pequeñas pezuñas.

a —¿Qué clase de cabras son?

r —Enanas nigerianas —me dice Roy mientras ordeña a una cabra. He állegado a las siete de la mañana con otro cuenco con fresas recién cogidas o Roy me ha recibido con aspecto de haberse caído de la cama: la camiseta sarrugada, el pelo gris de punta, la barba canosa más revuelta de lo normal y con muchas ojeras. Desde la puerta de entrada, mientras se servía café, he visto que todavía no ha abierto el bote de pastillas.

Y su malhumor es la prueba.

No me ha dejado llevar el cubo de metal y me ha gritado cuando me he acercado a la puerta del granero para abrirla. Pero estoy aprendiendo que, si .lo ignoro y sigo con lo mío, su resistencia se desvanece. Ya veo a qué se erefería Teddy con lo de perro ladrador, poco mordedor.

No ha discutido cuando he ido al gallinero para llenar el comedero y el sbebedero de las gallinas. Hasta he recogido cinco huevos. Me ha resultado oextrañamente fascinante ver lo que habían hecho las gallinas durante la inoche. Ha sido como ir a una búsqueda de tesoro.

La más pequeña de las cabras mordisquea a otra y luego se aleja rbrincando; haciéndome reír.

o —No me creo que vaya a decir esto, pero son adorables.

o Roy resopla.

—Esas y las Nubias son las únicas lecheras que me gustan. Las otras tienen un sabor almizclado.

—¿Qué vas a hacer con estas tres?

—Las dos hembras las podré vender la semana que viene. Al macho me lo quedaré para reproducir. —Hace una pausa—. ¿Quieres una?

—No. Ya tengo una cabra que no necesito, gracias.

—Sí, un eunuco inservible. Al menos estas te darán leche.

—Soy intolerante a la lactosa.

Suspira.

—Tú y tu generación de cristal.

Lo ignoro.

—¿Qué haces con toda la leche que tienes en la nevera?

—Me la bebo. La congelo para el invierno y regalo algunas botellas.

—¿La puedes vender?

—No de forma legal.

«Como si te preocupara mucho respetar la ley».

Miro a Oscar y Gus: dos animales que son más lobos que perros.

—Entonces bebes leche de cabra.

—Lo he hecho durante toda mi vida. Crecí en un rancho de ganado, pero nunca me pude acostumbrar a la leche de vaca.

Es la primera vez que Roy me habla de su pasado.

—¿En Texas? —le pregunto.

Hay una larga pausa.

—Sí. En Texas. —Acaricia el costado de la mamá cabra y le dice «buena chica» con una dulzura inesperada, se pone de pie lentamente, apoyándose en la valla. Su mueca de dolor me dice más de lo que podrían transmitir las palabras.

—¿Puedes, por favor, dejarme llevar el cubo de leche dentro? —No puedo ocultar la irritación en mi voz.

Frunce el ceño.

—Vale, pero no derrames nada.

—Haré lo que pueda. —Le fulmino con la mirada y me acerco para agarrar el asa.

El sonido del motor de un quad acercándose por el sendero vuelve locos a los perros.

Roy se queja.

—Genial. Justo a quien no tenía ganas de ver. —Estoy en el porche con el cubo cuando Muriel dobla la esquina. Lleva el arma colgada al hombro y los perros corren en círculos a su alrededor—. Mételo antes de que se llene de bichos —me ordena Roy mientras se limpia las manos en los vaqueros y se prepara para recibir a Muriel con expresión seria.

Cuando vuelvo, para mi sorpresa, no se están gritando, sino hablando en voz baja y civilizada.

—… es probable que sea el mismo. Hace varios días que no lo veo ni se nada de él.

—Dicen que se acercó mucho. El hombre le tiró lo que tenía de pescado para ganar algo de tiempo.

—Idiota.

Deben de estar hablando del oso pardo.

—Mis chicos han salido para intentar espantarlo antes de que cause algún problema. —Muriel centra su atención en mí y me regala una de esas sonrisas enormes, de ojos arrugados—. Veo que has acabado de ordeñar. Te dije que aprenderías.

Roy me lanza una mirada de advertencia.

Si quisiera castigarlo, este sería el momento para decir la verdad.

—Sip. Claro que sí.

—Tengo cosas que hacer dentro. —Roy avanza hacia el porche como si la conversación con Muriel hubiera llegado a su fin.

—Entonces, ¿vengo a buscarte el viernes a las ocho? —le grita.

—¿Para qué?

Niega con la cabeza.

—¿Para qué te pongan la escayola en el brazo? ¿Ese que te has roto en tres partes?

Gruñe.

—Está bastante bien.

Suspiro.

—Ni se te ocurra pensar que no necesitas una escayola.

—¡Iré yo solo! —le grita Roy.

—¿Cómo? Ni siquiera puedes llevar un cubo de leche.

—¡Por supuesto que puedo! He dejado que la niña lo hiciera para que me dejara en paz.

—Necesitas una escayola. —Muriel tiene las manos en las caderas—. A no ser que no quieras volver a usar el brazo. ¿Y qué harás entonces viviendo aquí solo? ¿Crees que alguien va a cuidar de tu testarudo culo todos los días?

Puede que Muriel tenga razón, pero los métodos que usa para convencer a Roy dejan mucho que desear. Su rostro ha pasado de gris a rojo vivo. Es un milagro que a Roy no le dé un infarto cada vez que Muriel pone un pie en su casa.

No tengo ni paciencia para escucharlos discutir ni ganas de volver a llamar al número de emergencias.

—Yo llevaré a Roy al médico el viernes. Le pondrán una escayola para que se cure lo antes posible porque, si no, sabe que va a oírte decir esto el resto de su vida —le digo a Muriel mientras miro a Roy.

Me responde con un gruñido.

—De acuerdo.

—Bien… Por fin te comportas de forma inteligente. —Muriel hace una mueca—. He pasado por tu huerto, Calla. Parece que las fresas ya están listas para cosechar. Tienes que coger todos los frascos de la despensa y…

Roy se escabulle dentro de casa y me deja sola con los grandes planes de Muriel para hacer mermelada.

—Ni se te ocurra pensar que no necesitas una escayola.

—¡Iré yo solo! —le grita Roy.

—¿Cómo? Ni siquiera puedes llevar un cubo de leche.

—¡Por supuesto que puedo! He dejado que la niña lo hiciera para que me dejara en paz.

—Necesitas una escayola. —Muriel tiene las manos en las caderas—. A no ser que no quieras volver a usar el brazo. ¿Y qué harás entonces viviendo aquí solo? ¿Crees que alguien va a cuidar de tu testarudo culo todos los días?

Puede que Muriel tenga razón, pero los métodos que usa para convencer a Roy dejan mucho que desear. Su rostro ha pasado de gris a rojo vivo. Es un milagro que a Roy no le dé un infarto cada vez que Muriel pone un pie en su casa.

No tengo ni paciencia para escucharlos discutir ni ganas de volver a llamar al número de emergencias.

—Yo llevaré a Roy al médico el viernes. Le pondrán una escayola para que se cure lo antes posible porque, si no, sabe que va a oírte decir esto el resto de su vida —le digo a Muriel mientras miro a Roy.

Me responde con un gruñido.

—De acuerdo.

—Bien… Por fin te comportas de forma inteligente. —Muriel hace una mueca—. He pasado por tu huerto, Calla. Parece que las fresas ya están listas para cosechar. Tienes que coger todos los frascos de la despensa y…

Roy se escabulle dentro de casa y me deja sola con los grandes planes de Muriel para hacer mermelada.

Capítulo 30



El sol está alto cuando me bajo de la camioneta en casa de Roy el viernes por la mañana. Anuncian temperaturas bajo cero, pero solo unos pocos grados por debajo de Toronto.

Roy sale de su cabaña con una taza de café en la mano cuando estoy subiendo las escaleras del porche, parece encontrarse ligeramente mejor. Las cabras incasables chillan en el granero, esperando a ser liberadas, y las gallinas cloquean. Se oye el zumbido de una sierra cortando madera en la distancia.

Roy respira hondo.

Estoy segura de que también puede oler el humo. Yo lo he notado al salir de casa. Primero creía que era de alguna hoguera, pero las restricciones son tan severas que nadie quema nada. En la radio confirmaron que el humo venía de los incendios forestales del sur.

Esta mañana, Jonah se ha marchado maldiciendo. El viento causa estragos y frena sus esfuerzos por apagar el fuego porque aviva las llamas que ya han arrasado miles de hectáreas en la zona de Swan Lake. Lo único positivo es que debería ayudar con la calidad del aire, que ya ha sido catalogada como «insalubre».

Roy frunce el ceño y mira mi rostro, mi pelo, mi ropa: unos vaqueros y una camiseta rosa pálido que hace mucho que no me ponía.

—¿Por qué te has arreglado tanto?

Supongo que se refiere al maquillaje y a que me he hecho ondas en el pelo.

—¿Has olvidado tu cita con el médico?

—¿Ya te has aburrido del piloto? ¿Quieres cambiarlo por un médico?

Le fulmino con la mirada.

—¿Sabes que estamos en el siglo veintiuno? Las mujeres no nos arreglamos para conseguir a un hombre. Lo hacemos porque queremos, para nosotras mismas. —Carraspea, pero no dice nada. Le acerco un plato con magdalenas de fresa—. Toma. Las hice anoche. Creo que han salido bien.

Roy mira el plato antes de aceptarlo.

—Pareces sorprendida.

—Digamos que mi historial con el horno no es bueno. Pero creo que a Jonah le han gustado. —Se ha comido tres antes de irse.

—No como nada para desayunar. —Su mirada se clava en la mía y después vuelve al plato—. Pero en un rato a lo mejor pruebo una y te digo si está asquerosa.

—Sabía que podía contar contigo. Por cierto, ¿cómo estaba el salteado que te traje anoche? —Hasta ahora le he traído la cena todas las noches. Ya no se queja cuando entro a la cocina a dejarla y siempre me encuentro el recipiente de la noche anterior limpio, esperando a que lo recoja.

Una pequeña sonrisa divertida lo delata.

—No estaba malo.

—Vale… Bien. —Al menos parece que le estoy perdiendo el miedo a la cocina—. Tenemos una hora antes de salir. —Estamos a cincuenta minutos de Palmer; está en la otra punta de Wasilla. Me preparo para la negativa rotunda de Roy, lista para coger el móvil y amenazarlo con llamar a Muriel.

—Hay café recién hecho. Sírvete si quieres. —Entra en casa y me deja sonriendo por ese simple gesto de hospitalidad, algo de lo que le creía incapaz.



—No sé por qué tardan tanto —se queja Roy—. El idiota casi me mata para hacerme una radiografía y ahora me deja aquí sentado todo el puto día. Esto es una pérdida de tiempo.

Le pido perdón con la mirada a la mujer que tenemos sentada al lado. Por suerte, su hijo, de no más de siete años, con una pierna completamente

sescayolada, no parece estar prestando atención a nada más que no sea la apantalla de su iPad.

a —Ha pasado media hora, Roy —le digo con infinita paciencia. Cuando Simon se rompió la clavícula, estuve siete horas esperando con él. Si mi padre hubiese seguido con la quimioterapia, el médico le habría indicado un programa de ocho horas cada día, cinco días a la semana. Esperar durante atreinta minutos no es nada. Quiero contarle todo eso a Roy, pero sé que no serviría de nada—. Voy a preguntar. Tú quédate aquí. —Bajo la voz a un ysusurro—: Y deja de decir palabrotas delante de niños pequeños. —Dejo a iRoy cabreado y voy hacia el mostrador de recepción. La enfermera está ocupada hablando por teléfono, pero el médico que ha estado tratando el obrazo de Roy (un hombre de cincuenta años con cejas tupidas y nariz arespingona) gira la esquina con una carpeta bajo el brazo—. Hola, disculpe lquería saber si ya están los resultados de la radiografía de Roy Donovan. Se está poniendo un poco ansioso…

El doctor me ofrece una sonrisa tensa.

—No está muy contento de estar aquí, ¿verdad? Justo venía a buscarlo aCuéntame, ¿tu padre ha estado descansando?

s —¡No es mi hija! —exclama Roy justo a mis espaldas.

a Me sobresalto y le fulmino con la mirada por haberme seguido.

—Soy la vecina. Pero no, no ha hecho nada de reposo. He tenido que apelearme con él todos los días para que me dejara ayudarle con la casa. — aHay algo satisfactorio en quejarme de Roy, sobre todo cuando veo el gesto desaprobatorio en el rostro del médico.

—Me lo imaginaba. Hay más inflamación de la que esperábamos a esta altura…

—Bueno, doctor, no voy a volver, así que más le vale encontrar una solución —le dice Roy.

a El médico y yo cruzamos una mirada.

o —Iba a decirte que creo que podemos escayolarte el brazo hoy. ¿Te has estado tomado la medicación que te indiqué para el dolor?

r Roy dice que sí al mismo tiempo que yo le digo:

e —Ni siquiera le ha quitado el precinto al bote.

Si las miradas mataran, los ojos amenazantes de Roy ya me hubieran llevado a la tumba.

—¿Qué? ¿Me has estado espiando? —me pregunta.

—¿Estás seguro de que no es tu hija? —El médico se ríe sin inmutarse por el tono hostil de Roy—. Muy bien, vamos a escayolarte para que te puedas ir.



Ya ha pasado la mitad de la tarde cuando llegamos al letrero de Trapper's Crossing. El viaje ha sido tranquilo, la mirada seria de Roy va entre la carretera y el yeso que se extiende desde sus nudillos hasta debajo de su axila.

—¿Te ha dicho el médico cuánto tiempo debes llevarlo? —Me atrevo a preguntar.

—De seis a ocho semanas si no hago ninguna estupidez.

—¿Como negarte a recibir ayuda de todos los que te rodean? —pregunto de pasada, pero enseguida agrego—: Eso no es nada. Podrías haber perdido el brazo. Si te hubiesen operado, habrías necesitado meses para recuperar la movilidad. No te preocupes, enseguida volverás a esculpir tus figuras de madera.

No me responde, así que asumo que ahí termina nuestra conversación. Muevo el dial de la radio para buscar el canal con mejor música.

—Y tallando.

—¿Mmm?

—Algunas no están esculpidas, están talladas. Es diferente.

Espero un momento, pero como no continúa, pregunto:

—¿Cuál es la diferencia?

—Para esculpir tienes que usar diferentes herramientas. Cinceles, gubias y tornos. Para tallar solo se usa un cuchillo.

—No lo sabía —susurro.

—Bueno…, ahora ya lo sabes.

—¿Cuándo empezaste a hacerlo?

—Hace mucho tiempo. —De nuevo una larga pausa que me hace asumi que la conversación ha terminado, pero luego agrega—: Tenía ocho años. M padre estaba sentado en el porche, con su pipa y un trozo de madera recié cortada. Me dejó probar y me clavé el cuchillo aquí. —Levanta la manc izquierda para enseñarme la cicatriz que tiene en la palma.

—Parece una actividad muy adecuada para un niño pequeño.

—Era una buena forma de pasar el rato. —Desvía la mirada hacia l ventanilla, parece perdido—. Aunque ya son muchos años. Me esto quedando sin espacio. —Hay algo tremendamente triste en la forma en qu lo dice.

—Seguro que podrías ganar dinero si…

—No están a la venta —me suelta con la mandíbula apretada—. No tod tiene un precio.

—Relájate. Solo era una idea.

Después de un momento, me dice:

—¿Quién demonios iba a pagar por unos animalitos de madera?

—La gente. Por unos así de bonitos, sí. —Siento la mirada entrecerrad de Roy cuando doblo desde la calle principal hacia la que nos lleva a casa— Antes de que se me olvide, no voy a venir ni mañana ni el domingo a ayudarte.

—¿Por qué? ¿Adónde te vas?

No puedo evitar percibir algo más en su tono. Contengo la sonrisa a pensar que Roy puede estar acostumbrándose a tenerme cerca y hasta quiz empieza a gustarle.

—Mañana es mi cumpleaños, así que nos iremos de viaje. No tengo n idea de adónde. —He estado insistiéndole a Jonah para que me dé pistas pero no ha soltado prenda—. No te preocupes, Toby vendrá a ayudarte.

—Ese buey grande y tonto —se queja.

—¡Eres un burro! ¡Es un buen chico! —Fulmino a Roy con la mirada— Y un amigo. Te ha ayudado mucho, así que deja de ser tan capullo. —Nunc he hablado así a nadie más que a Jonah y, definitivamente, a nadie de sesent y pico años. Pero, si hay alguien que se lo merece, es este hombre.

—Deja que Muriel lo mangonee —me dice Roy, como si eso justificar

rsus palabras.

i —¡Es su madre! La respeta y tú deberías intentarlo. —Tampoco es que nesté completamente en desacuerdo con la observación de Roy. Se mira la bescayola como si esa fuera la causa de su incomodidad y no el brazo que cubre—. ¿Te duele?

—No, me pica. —Después de un rato, como si se estuviera contendiendo apara no hablarme mal, admite—: Sí, me duele un poco. Me han puesto yanestesia local antes de ponérmelo, pero ya se está pasando el efecto.

e —Apuesto a que las pastillas te ayudarán —le sugiero.

Suspira.

—Yo no me drogo.

o Miro por el espejo retrovisor como excusa para poner los ojos en blanco por su cabezonería.

—No es metanfetamina, Roy. Te lo ha recetado el doctor. Tomarte algunas antes de irte a dormir no te va a matar. Hasta puede que te ayude a dormir. —Lo que, a juzgar por las ojeras que tiene debajo de los ojos, no ha nestado haciendo mucho.

. —¿Algunas antes de dormir? Qué fácil decirlo. —Frunce el ceño—. Las acosas adictivas y yo no nos llevamos bien.

¿Roy está hablando de su vida privada? ¿Un destello de su oscuro pasado?

Lo entiendo.

l —¿Por eso tampoco tomas alcohol? Me di cuenta de que no te bebiste la ácerveza en Casa Ale. —La sostuvo, la miró, pero no le dio ni un sorbo.

—Primero espía y ahora detective —gruñe y luego aprieta los labios icomo si estuviera decidiendo si quiere o no explicármelo—. No he bebido n ,un sorbo desde que me mudé aquí hace treinta y tres años.

Pero debe tener una historia con la bebida, suficiente como para saber que tiene problemas de adicciones, suficiente como para no confiar ni en una .pastilla cuando lo necesita con desesperación.

a —¿Por qué dejaste de beber? —Me atrevo a preguntar.

a —La vida.

Vacilo, pero solo durante un segundo… La oportunidad es demasiado atentadora como para dejarla pasar.

—¿Te refieres a tu mujer y tu hija? —Aprieta la mandíbula—. Vi la foto —admito, aunque es probable que ya se lo haya imaginado. O sea, la escondió después de eso.

—No es asunto tuyo. —Su tono normalmente amargo ahora es más afilado, más duro, más aterrador.

Se me retuerce el estómago y me arrepiento de haber preguntado. Está claro que he tocado la fibra sensible que sabía que dolería si sacaba el tema. Pero viendo que Roy empezaba a hablar de su pasado de, supongo, alcohólico, no puedo evitar querer saber más, que me diga algo que tenga sentido.

—Sé que no es asunto mío —digo con el tono más conciliador que puedo—. Solo me preguntaba qué fue lo que pasó.

—Se dieron cuenta. Eso fue lo que pasó. Se alejaron de mí para siempre. ¿Eso es lo que querías oír?

Entonces lo que me contó Toby de que la mujer de Roy lo abandonó era cierto. Pero ¿las habrá visto o habrá hablado con ellas desde entonces? ¿Tiene algún vínculo con su hija? Tengo tantas preguntas.

De pronto, que Muriel dijera que Roy y yo tenemos cosas en común no me parece una locura.

Yo era una hija distanciada de su padre.

¿Roy es un padre distanciado de su hija?

Dejo pasar unos minutos antes de preguntar:

—¿Has hablado con tu hija desde entonces? —No me responde. Ya hemos pasado la entrada de mi casa y sé que falta poco para terminar el viaje, así que pruebo con una táctica diferente—: Mi madre y yo nos fuimos de Alaska cuando yo era pequeña, a Toronto. No volví a ver a mi padre hasta el verano pasado. Estuve doce años sin siquiera hablar con él…

—Déjame aquí —gruñe Roy. El rústico cartel de madera que señala la entrada a su casa ya se ve a la distancia.

—¿Aquí? Tienes que caminar como veinte minutos hasta tu casa. Como mínimo. —Si estuviera de una pieza, y Roy está lejos de estarlo.

—¿Y qué? Me gusta caminar. —Busca el pomo de la puerta con la mano izquierda.

—¿Te acuerdas de lo que te ha dicho el médico de descansar?

—¿Te acuerdas de que te he dicho que te metieras en tus putos asuntos? —me pregunta de vuelta.

Suspiro, exhausta por un día entero de lidiar con Roy y su humor cambiante.

—¿Es porque he hablado de tu hija?

Aprieta la mandíbula.

——No, es porque vas a meterte en todos los putos baches que hay desde aquí hasta mi casa y me duele muchísimo. No me puedo creer que hayamos llegado vivos contigo al volante. Habría que sacrificar a quien te dio el carné.

—¡No conduzco mal! —exclamo, mi paciencia finalmente se ha evaporado. Aparco en un lateral, no hay otro sitio adonde ir porque es una calle sin salida. Abre la puerta en el momento en que bajo la velocidad y me obliga a frenar de golpe—. ¿Estás loco?

—Es probable. —Se mueve para salir, pero luego retrocede, mirando hacia fuera—. ¿Qué haces, chica?

—¡Estoy intentando que llegues sano y salvo a tu casa!

—No, me refiero a por qué sigues haciendo esto. Vienes todos los días me traes la cena, magdalenas y toda esa mierda.

—¿Porque necesitas ayuda?

—Lo que sea que estés buscando, no lo encontrarás aquí.

Siento como me pongo roja de indignación.

—No estoy buscando nada…

—No soy el sustituto de tu padre muerto ni quiero serlo.

Me quedo boquiabierta.

—¿Me estás vacilando? ¿De verdad crees que eso es lo que quiero?

Me echa un vistazo rápido, pero enseguida aleja la mirada, como si mis ojos le resultaran insoportables.

—No sé qué es lo que pienso. Estoy intentando descifrarte. Tal vez sí… Es lo único que tiene sentido.

——Dios, eres tan… —¿No tiene sentido que solo quiera ayudarlo? Me aferro al volante, temblando de rabia—. Bueno, es gracioso porque yo también estoy intentando descifrarte a ti y solo veo a un anciano triste y

miserable, terco como una mula, que espera a la muerte en el bosque, solo.

—Nunca he dicho que fuera otra cosa, ¿o sí? —Con una mueca de dolor sale del coche y da un portazo. Cojea hasta la entrada.

—¿Sabes qué, Roy? ¡Vete a la mierda! —le grito por la ventanilla.

—¡A lo mejor ahora me escuchas cuando te digo que te alejes! —me responde.

—¡Has ganado! ¡Ya me he cansado de ayudarte! —Tengo la voz rota por la rabia. Después de un segundo agrego—: ¡Y me importa una mierda si el oso te come!

—No te preocupes, no me va a comer. Soy demasiado amargo.

Doy marcha atrás, aprieto el acelerador y luego presiono el freno para no chocar con el árbol del otro lado. Vuelvo a casa a toda velocidad, con las ruedas levantando piedras y polvo a mi paso.

miserable, terco como una mula, que espera a la muerte en el bosque, solo.

—Nunca he dicho que fuera otra cosa, ¿o sí? —Con una mueca de dolor, sale del coche y da un portazo. Cojea hasta la entrada.

—¿Sabes qué, Roy? ¡Vete a la mierda! —le grito por la ventanilla.

—¡A lo mejor ahora me escuchas cuando te digo que te alejes! —me responde.

—¡Has ganado! ¡Ya me he cansado de ayudarte! —Tengo la voz rota por la rabia. Después de un segundo agrego—: ¡Y me importa una mierda si el oso te come!

—No te preocupes, no me va a comer. Soy demasiado amargo.

Doy marcha atrás, aprieto el acelerador y luego presiono el freno para no chocar con el árbol del otro lado. Vuelvo a casa a toda velocidad, con las ruedas levantando piedras y polvo a mi paso.

Capítulo 31



—Hola.

—Cumpleaños feliz… Cumpleaños feliz…

El canto de mi madre y Simon (el de Simon desafinado, el de mi madre agudo y rítmico) me llega al oído. Sonrío a pesar del dolor de cabeza que me martillea las sienes.

—¿Todavía no te has levantado? —me pregunta mi madre cuando terminan de cantar.

Miro el reloj. Son casi las nueve de la mañana.

—Jonah me ha dejado dormir. —Giro sobre mi espalda y me estremezco por la luz que se cuela por los bordes de las cortinas. El otro lado de la cama está vacío. Se suponía que Jonah me iba a despertar a las siete para despegar temprano, pero ese era el plan antes de que ayer por la noche abriera una botella de vino mientras esperaba a que volviera del trabajo—. ¿Sabéis que consumir alcohol en un jacuzzi puede ser letal? Deberían ponerlo en el manual. —Tal vez está puesto, pero ignoré las advertencias.

—¿Has empezado bien los veintisiete? —me pregunta Simon divertido con su acento británico.

Gimo y me tapo los ojos con el brazo.

—¿Eso creo? —Me vienen los recuerdos de la noche anterior. Jonah llegando a casa a las diez de la noche tras terminar su día combatiendo las llamas. Yo, con tres vasos de vino en el cuerpo (que me hicieron olvidar el cabreo con Roy y bajaron mis inhibiciones), saliendo del jacuzzi dando tumbos para esperarlo en la entrada, desnuda e intentando seducirlo, sin notar siquiera a los mosquitos. Las cosas progresaron rápido desde ahí.

Seguro que Jonah ha pasado una buena noche.

Me estremezco al ver la enorme picadura que tengo en el brazo. Me puedo imaginar todas las que tengo en el cuerpo. Me pasaré el cumpleaños rascándome y drogada con un antihistamínico.

—Bueno, nuestro regalo está de camino —me dice mi madre emocionada—. Lo sentimos mucho, hicimos todo lo posible para que llegara ayer. Pero ya nos han dicho que estará ahí en una hora como mucho, así que no te vayas antes de que llegue.

Ahora sí que tienen toda mi atención.

—¿Tengo que firmar algo?

—No, pero definitivamente no querrás irte y dejarlo en la puerta todo el fin de semana —me dice Simon y mi madre se ríe.

—Qué raros sois. Es una tarta de limón, ¿verdad?

—¡Tendrás que esperar a verlo!

—Sea lo que sea, seguro que me va a encantar. —Tiene que ser una tarta de limón. Todos los años me «sorprenden» con una desde que la pastelería del barrio perfeccionó su receta sin lactosa para mí. Pero ¿la habrán enviado desde Toronto?

Por supuesto que mi madre encontraría la forma. Aplaudo su determinación.

—Nos encantaría estar allí, cariño, pero ya sabes cómo es junio con todas las bodas, graduaciones y galas. Es como si todo el mes fuera San Valentín.

—No te preocupes. Lo sé. —Cuando mi madre está en casa (no muy seguido durante este mes), Simon se esconde en su oficina y anda de puntillas a su alrededor.

—¿Sabes adónde te va a llevar Jonah? —me pregunta Simon.

—No, pero me ha prometido que tendrá baño incluido. —Aunque, a estas alturas, no me molestaría ir a un lugar aislado donde no funcionen los móviles y donde no haya televisión para escapar de las noticias de los incendios forestales. Un lugar donde pueda tener a Jonah solo para mí donde me diga lo que quiero escuchar y sea romántico y me recuerde por qué lo perseguí hasta el fin del mundo.

Porque últimamente me cuesta.

Estoy desesperada por pasar este fin de semana con él, lo que es absurdo

econsiderando que vivimos juntos.

s —Bueno, estoy segura de que te va a mimar. —Otra vez la risita, como s supiera algo que yo no.

a No me imagino qué va a regalarme esta vez. ¿Debería prepararme para otra broma? ¿Pantalones de camuflaje a juego con el abrigo de Navidad?

s Le va a costar superar el colgante del avión.

A no ser que me proponga matrimonio.

El estómago me da un vuelco. Ha pasado más de un mes desde que fuimos al refugio, desde el susto del embarazo y el potencial desastre con el motor del avión. Yo no se lo he preguntado y él no lo ha insinuado.

Pero eso sin duda haría que este día fuera inolvidable.

Me despido de mamá y Simon y me envuelve el silencio de nuestra casa.

—¡Jonah! ¡Me has prometido que me traerías el café a la cama! —Hasta ame hizo enseñarle cómo usar la cafetera y se apuntó las instrucciones para hacer mi latte. Pasan unos segundos sin respuesta—. ¿Jonah?

o Nada.

Tengo un vago recuerdo de su móvil sonando esta mañana. Recuerdo el sonido grave y lento de su voz cuando respondió, pero nada más.

Me arrastro hasta el baño para darme una ducha larga y caliente.

s La nota pegada en el espejo hace que me pare en seco.

Lo siento. Me ha llamado Sam. Me necesitaba. Volveré en unas horas. Lo y prometo. ¡Feliz cumpleaños!

s La leo varias veces para asegurarme de que no he malinterpretado nada para asegurarme de que no sigo borracha, mientras siento una enorme presión en el pecho. La llamada que he escuchado era de Sam. Llamaba a Jonah para pedirle que fuera a trabajar en su fin de semana libre.

s Y, en lugar de decirle que no podía, que era mi cumpleaños y que me sprometió que nos iríamos, Jonah le ha dicho que sí y me ha dejado una notita , en el espejo del baño.

é Unas horas y una mierda. ¿Cuándo ha regresado después de unas horas? Podría estar fuera todo el día.

«Pero es un incendio horrible», me digo intentando aplacar el dolor que o siento en el pecho y el nudo que se me está formando en la garganta. Un

incendio fuera de control que destruye bosques a su paso, mata animales y iexpulsa a la gente de sus hogares.

«Lo que está haciendo Jonah es importante», me digo, aunque las lágrimas atibias ruedan por mis mejillas, aunque la ola de dolor y decepción me resulta abrumadora.

Me doy cuenta de que lo más doloroso de todo esto es que no me sorprende.

e

l



Me acurruco con la manta para consolarme y por el frío que logra colarse aentre las puertas del porche a pesar de que las temperaturas están subiendo y aescucho el sonido de las ruedas de nuestra camioneta avanzando sobre la grava de la carretera. Jonah ha llegado hace media hora, el murmullo de motor de Veronica me alivió y me provocó una nueva ola de melancolía. No lsé qué ha estado haciendo en el hangar desde que aterrizó, pero está claro que no ha venido corriendo a estar conmigo.

Eso me ha dado demasiado tiempo para meditar en mis pensamientos e inseguridades, para diseccionar los buenos recuerdos: el fin de semana en que ɔatravesó el continente para decirme que no podía vivir sin mí, la mañana en que se aventuró a la tormenta sobre las montañas para llevarme a una cabaña ,por Navidad, todas esas noches enredados en las sábanas, dando lo mejor de enosotros.

a Me pregunto si eso fue todo. ¿Ha cambiado algo? ¿Hemos cambiado nosotros en estos meses? Porque de pronto esos recuerdos parecen estar emuy lejos del sitio en el que estamos ahora: yo aquí, día tras día, buscando aformas de ocupar el tiempo hasta que Jonah vuelve, repitiendo una y otra vez que su trabajo es importante, que solo será así durante el verano, que ya sabía ?que sería así.

Estoy cansada de siempre lo mismo.

e No es verdad que sabía que sería así. Por lo menos no sabía que iba a ısentirme así.

Me paso las palmas por las mejillas, intentando ocultar el último rastro de lágrimas, y luego me concentro en el humo espeso que invade el aire y las pequeñas ondas que interrumpen la tranquilidad de nuestro lago mientras espero para hablar con él.

—¿Estás lista para…? —Sus palabras mueren cuando me mira a los ojos. Creo que limpiarme las lágrimas no ha sido suficiente para ocultar que he estado llorando—. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —me pregunta con pánico.

A pesar del dolor, casi me río. Literalmente no tiene ni idea.

—Sí. Me dijiste que yo era más importante que el trabajo.

Frunce el ceño a medida que lo va entendiendo.

—Solo he estado fuera unas horas.

—¡Esa no es la cuestión! —Se me rompe la voz. Las palabras que no había pensado decir en voz alta se me escapan—: No me he quejado ni una vez porque nunca estés en casa desde que trabajas para Sam, ¿o sí? Pero el único día que me prometiste que estarías, que yo sería más importante que volar a algún sitio, no has podido hacerlo.

Un gesto de desconcierto invade su rostro.

—Calla, eres más importante que el trabajo. Más importante que todo —me dice lentamente—. ¿A qué viene todo esto?

—¿En serio? Me he pasado los dos últimos meses prácticamente sola con una cabra y un mapache como única compañía. No tengo otro trabajo que ser tu secretaria, tu criada y tu cocinera, y solo tengo un amigo. Siento que ya no estás nunca en casa. ¡Odio este lugar!

Levanta las cejas.

—¿Odias este lugar?

—¡Sí! ¡No! —Sacudo la cabeza, las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas—. ¡No lo sé! —Es la primera vez que ese pensamiento se forma en mi mente. Están hablando las emociones. ¿O no? Quizá sea verdad. Tal vez mi vida en Alaska nunca mejore—. Quiero que seas feliz, Jonah. Pero yo no soy feliz. No pertenezco a aquí.

—Por Dios —susurra.

Una rápida sucesión de bocinazos interrumpe mi diatriba.

—Oh, por Dios, ahora no. —Escondo el rostro entre las palmas de mis manos—. ¿Puedes ocuparte, por favor? No quiero hablar con nadie. —Debe de ser el paquete. Espero que no sea Muriel, aunque ella siempre viene en quad y ese ruido es el de la puerta de un coche.

—Sí… Va a ser difícil. —Jonah suspira—. Que conste que no he ido a entrabajar. —Se mueve para que pueda ver el sendero adoquinado que va de la entrada al porche.

Y a la rubia de piernas largas que avanza con unas sandalias de tacón y una riñonera balanceándose en sus caderas.

—¿Diana?

—¡Sorpresa! —chilla con las manos en alto.

—Yo… —Me invade una ola de alegría que choca con la tristeza que ya había arraigado y desata un torrente de lágrimas. Me levanto de la mecedora —. ¿Has venido? —Logro decir mientras avanzo a la puerta del porche con las rodillas temblorosas.

Corre y me envuelve en un abrazo desesperado.

—¿Sabes lo difícil que ha sido no decirte nada? ¡Casi se me escapa cuando hablamos por teléfono!

Inhalo el familiar aroma de su perfume. Lo usa desde que terminamos el instituto. Si alguien me pregunta, la marca debería llamarlo Diana.

—No sabía nada.

—Bueno, esa era la idea, obviamente. Dios, esto es… —Abre exageradamente sus ojos azules mientras contempla la vista del lago y las montañas que tenemos delante—. Indescriptible. Ahora lo entiendo.

Miro a Jonah, que está apoyado contra la columna del porche con los brazos cruzados y una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Ha sido cosa tuya?

Niega con la cabeza.

—Fue idea de tu madre. Ellos le han comprado el billete.

—Simon consiguió que me pusieran en primera clase, lo que terminó de convencerme a acceder a esta locura —me dice Diana alzando las cejas.

—Me han dicho que mi regalo estaba de camino y que no podía dejarlo en la puerta. Creí que era una tarta. —Me río mientras me limpio las mejillas

scon las manos—. ¿Cuándo has llegado?

e —Mi avión ha aterrizado a las cinco y diez de la mañana. Fui a naeropuerto nada más terminar de trabajar y he volado durante toda la noche —Se ríe y ataja con el meñique una lágrima que amenaza con derramarse cor acuidado de no correrse el maquillaje—. Calla, estoy llena de adrenalina. Me adisculpo de antemano si en un rato me desmayo.

—Oh, por Dios, claro. ¿Cuánto tiempo te quedas?

y —Cuatro días. Vuelvo en el vuelo del martes por la noche. Ya le he dicho a Dedos de Salchicha que no voy a servir de nada el miércoles.

—Estoy tan feliz de que estés aquí. Vale. Entonces…, cuatro días. No sé qué vamos a hacer. —Miro a Jonah—. ¿Hace cuánto que lo sabes?

a —Desde que te llamó para decirte que no venía.

a ¡Eso fue a principios de mayo! Niego con la cabeza.

a —Entonces ¿la escapada de fin de semana nunca ha existido?

Se encoge de hombros.

—Tenía que inventarme algo para distraerte.

o —Pero ha prometido que nos va a llevar a algún lado hoy, así que vámonos antes de que llegue al límite y caiga en coma. —Diana mira e lpijama viejo que me he puesto después de ducharme. Ni siquiera llevo sujetador—. No estás vestida. ¿Por qué no estás vestida? ¿Ahora eres así?

—Eh… —¿Porque he estado muy ocupada regodeándome en la eangustia?

s —Hubiera llegado hace horas de no haber sido por el fiasco de Anchorage.

s —¿Qué fiasco? —Miro a Diana, a Jonah y de nuevo a Diana.

Se miran, cómplices.

—¿Por qué no me ayudáis a traer mis cosas y luego os lo cuento todo?

—Muy sutil, Di. —Jonah sacude la cabeza, pero se ríe. Avanza hacia la puerta y por el camino de la entrada hasta el coche que Diana ha alquilado.

e Me quedo quieta cuando veo el Jeep azul perlado aparcado junto a nuestra camioneta. Es exactamente el mismo modelo que estuve probando oen el concesionario.

s Diana detiene un momento su lucha contra los mosquitos para gritar:

—¡He sido la primera en conducir tu regalo de cumpleaños!

—¿Qué? —Me giro para mirar a Jonah porque solo ha podido ser cosa suya—. ¿Me lo has comprado? —Se muerde el labio inferior—. No me puedo… —Me falla la voz, no encuentro las palabras.

Diana pone una sonrisa de oreja a oreja.

—Se suponía que iba a estar a las ocho de la mañana, pero llegué al hotel pedí las llaves en recepción, ¡y no las encontraban! Así que tuve que esperar a que llegara ese tal Chris y revolviera toda su oficina, pero, como no las encontró, tuvo que venir su mujer, y ella tampoco las encontraba. ¡Así que llamé a Jonah porque no sabía qué más hacer!

Oh, no puede ser.

Ahora todo tiene sentido.

—Así que has volado a Anchorage para ir a buscar las llaves.

—Pedí en el concesionario que dejaran el Jeep en el hotel ayer por la noche porque me pareció que iba a ser más fácil para Diana, considerando la hora a la que iba a llegar, coger un taxi hasta allí e ir a buscarlo. Además pensé que sería divertido que te trajera ella tu regalo. Una sorpresa doble. —La expresión de Jonah se ensombrece—. Pero el imbécil del vendedor que lo llevó se olvidó de dejar las llaves en la recepción, así que he tenido que esperar a que abriera el concesionario y encontrar al hombre, que tenía los dos juegos de llaves en el bolsillo. —Jonah sacude la cabeza—. Se ha complicado todo.

—Y después me he perdido. —Diana va hacia el asiento del copiloto y coge una neverita. Dentro hay una caja de la pastelería de Toronto—. ¡Tu favorita! Tenemos que ponerla en la nevera ahora mismo.

Mi mente sigue en el caos de esta mañana, y en Jonah.

—¿Por eso te has quedado tanto tiempo en el hangar? Estabas esperando que llegara Diana. —Y luego ha vuelto a casa y me ha encontrado en el porche, histérica y echándole en cara lo infeliz que soy en Alaska. Se me revuelve el estómago por la culpa mientras me acerco—. Me encanta. Y te quiero. —Me pongo de puntillas y presiono mis labios sobre los suyos durante más tiempo de lo habitual cuando tenemos público.

Cuando lo suelto, tiene una pequeña sonrisa.

—Tenías que escoger el azul más de chica que había, ¿no?

—Se llama Perla de Bikini —le digo con una sonrisa—. ¿Cuándo decidiste que me ibas a comprar esto?

—Llamé al concesionario después de que fueras a probarlo —admite.

—Es demasiado, Jonah.

—Puede ser. —Sus dedos acarician mi mejilla y me aparta un mechón de pelo—. Pero solo quiero que seas feliz aquí. —Hay tristeza en sus ojos.

Sus palabras son un puñetazo en el estómago, dado que no han pasado ni diez minutos de mi estallido.

—Lo soy. —Le rodeo el cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí. No hay forma de ignorar la tensión que recorre sus hombros cuando me aferro a él. Saber que yo he causado eso hace que me duela el pecho—. No quería decir eso —le susurro en el oído.

Me hace sentir ligera cuando me envuelve entre sus brazos y me entierra en él. Me besa la sien.

—Lo hablamos luego, ¿vale? Tenemos que ayudar a Diana con las maletas. Creo que ha tenido una mañana peor que la nuestra.

Me pongo de puntillas para robarle un último beso y luego me alejo para ir hacia mi mejor amiga con el corazón rebosante de alegría.

—Vamos a coger tus cosas y luego pensamos qué vamos a hacer los próximos cuatro…

Veo con el rabillo del ojo un destello que desvía mi atención hacia el anillo de compromiso en la mano izquierda de Diana.

Me quedo boquiabierta y ella me grita:

—¡Tenemos algo que organizar!

—Tenías que escoger el azul más de chica que había, ¿no?

—Se llama Perla de Bikini —le digo con una sonrisa—. ¿Cuándo decidiste que me ibas a comprar esto?

—Llamé al concesionario después de que fueras a probarlo —admite.

—Es demasiado, Jonah.

—Puede ser. —Sus dedos acarician mi mejilla y me aparta un mechón de pelo—. Pero solo quiero que seas feliz aquí. —Hay tristeza en sus ojos.

Sus palabras son un puñetazo en el estómago, dado que no han pasado ni diez minutos de mi estallido.

—Lo soy. —Le rodeo el cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí. No hay forma de ignorar la tensión que recorre sus hombros cuando me aferro a él. Saber que yo he causado eso hace que me duela el pecho—. No quería decir eso —le susurro en el oído.

Me hace sentir ligera cuando me envuelve entre sus brazos y me entierra en él. Me besa la sien.

—Lo hablamos luego, ¿vale? Tenemos que ayudar a Diana con las maletas. Creo que ha tenido una mañana peor que la nuestra.

Me pongo de puntillas para robarle un último beso y luego me alejo para ir hacia mi mejor amiga con el corazón rebosante de alegría.

—Vamos a coger tus cosas y luego pensamos qué vamos a hacer los próximos cuatro…

Veo con el rabillo del ojo un destello que desvía mi atención hacia el anillo de compromiso en la mano izquierda de Diana.

Me quedo boquiabierta y ella me grita:

—¡Tenemos algo que organizar!

Capítulo 32



—¿Eso estaba en tu casa cuando te mudaste? —Diana mira fijamente a la cabeza de alce. Muriel (o Toby siguiendo las órdenes de Muriel) decoró la Casa Ale por mi cumpleaños, una sorpresa que me provocó un nudo en la garganta cuando entramos y me empezaron a cantar unos desconocidos Muriel trajo un pastel de fresas (hecho con los frutos que cogió de mi jardín mientras no estábamos) lleno de velitas.

Me comí una porción, porque no tuve el valor de confesarle que no me gustaban las fresas después de todo lo que había hecho.

—Eso. Y esos también. —Señalo las dos cabezas de venado que Toby colgó al otro lado del salón.

—Por cierto, ¿la posada a la que me mandó Jonah a buscar el Jeep? —Pone cara de horror y luego se lleva el martini a los labios rojos: un agregado especial al menú por mi cumpleaños e invitación de la casa. Teddy me ha dicho que Toby se ha pasado toda la semana perfeccionando sus habilidades de barman.

Me río.

—Sí, ya lo sé. Tuve que quedarme ahí la primera noche que pasé aquí cuando me quedé estancada en Anchorage. —Parece que fue hace una eternidad—. Pero no es tan horrible una vez que te acostumbras.

Diana tiene los ojos rojos y brillantes. No pudo echarse un rato. Después de enseñarle la casa, nos subimos a un avión para que pudiera contemplar Alaska desde el aire (la vastedad y majestuosidad de las millones de hectáreas que ocupa el Parque Nacional Denali, un oso pardo comiendo un salmón en el río, la quietud esplendorosa del Glaciar Ruth y los restos de un avión que se estrelló en las montañas hace dos años y que jamás pudieron recuperar, lo

que no fue muy bonito de ver). Después, Jonah aterrizó en un hotel de montaña en el que teníamos una reserva para cenar. No hemos parado ni un segundo desde que llegó. No entiendo cómo sigue despierta.

—Terminamos esta ronda y nos vamos a casa.

—¡No, estoy bien! —Agita una mano para alejar mis preocupaciones y su anillo de diamantes brilla a pesar de que hay poca luz.

Sonrío y me vuelvo a sorprender.

Diana está comprometida.

Diana se va a casar. No van a poner una fecha definitiva hasta que termine de hacer equilibrios con la facultad de derecho y su trabajo a tiempo completo, pero va a pasar en algún momento y yo seré su dama de honor. Eso se decidió hace años, antes incluso de que hubiera candidatos potenciales.

¿La parte complicada? Ahora estoy a miles de kilómetros de distancia.

Sabía que era el siguiente paso en su relación y estoy feliz.

Pero, si he de ser sincera, también he sentido envidia al ver cómo mi mejor amiga avanza con su vida, con una carrera prometedora, un apartamento elegante y con su familia a tan solo veinte minutos de distancia. Cómo no ha tenido que cambiar toda su vida por nadie. Ha encontrado a un hombre que se adapta a su vida urbana y acelerada.

¿Yo? Yo me enamoré de un vaquero del aire alaskeño.

Y desde que esas palabras salieron de mi boca, no puedo quitarme el miedo de que haya algo de cierto en ellas, de saber que en el fondo esto (yo aquí o Jonah en cualquier otro lugar) no va a funcionar.

¿Soy feliz aquí?

Soy feliz con Jonah. Lo quiero de un modo que no creía posible: total y completamente.

¿Pero soy feliz aquí, con mi vida?

¿O me he estado engañando a mí misma pensando que una mañana me voy a levantar y las cosas que me parecen extrañas por fin las sentiré propias?

He intentado recompensar la dureza de mis palabras aprovechando cada oportunidad que he tenido para tocar a Jonah (cogerle de la mano, hacerle cosquillas, jugar con su barba) y demostrar que son falsas. Me ha

ecorrespondido siendo cordial, con sonrisas, pellizcos y caricias en la espalda
ique iban con cariño.

Pero lo he visto en sus ojos.

La tristeza. La preocupación.

ı Posiblemente, lo peor de todo: la misma duda a la que empiezo a teme
yo.

Y ahora estoy indefensa frente a esa vocecita que me susurra pensamientos oscuros y terribles: ¿y si nunca consigo hacer que Trapper's eCrossing se sienta como mi hogar? ¿Y si acabo guardando rencor a Jonah po olo que quiere hacer? ¿Y si un día decide que nunca me adaptaré a Alaska .como él quiere?

s ¿Y si le digo a Jonah que quiero mudarme y él se niega?

Es extraño el modo en que un día nuestra relación me parece inquebrantable y al siguiente vulnerable solo por un malentendido, unas palabras y una montaña de preocupaciones reprimidas que finalmente salen a ila superficie.

ı Solo quiero arreglar lo que se haya podido romper entre nosotros, pero ¿qué pasa si no podemos volver adonde estábamos?

ı ¿Y si pincho la burbuja de ensueño en la que ambos flotamos?

Por primera vez desde que Jonah fue a Toronto y me pidió que me mudara a Alaska, temo que sea inevitable que lo nuestro llegue a su fin po lmucho que le quiera.

ɔ Aparto esos pensamientos sombríos antes de que se me empiece a corre la máscara de pestañas y Diana pueda ver el dolor que está enterrado debajo de la alegría de tenerla aquí.

y —Relájate, Di. Ya te has ganado la medalla de mejor amiga, puedes admitir que te estás muriendo por dentro.

—Solo un poco. —Junta el índice y el pulgar con las uñas perfectamente epintadas y luego señala la Casa Ale—. Pero han hecho todo esto para ti. No ' te voy a robar tan pronto. Tengo energía para una hora o dos más. Pero no te apongas celosa si tu sexy vikingo me tiene que cargar hasta tu casa, porque ya eestoy borracha. —Enfatiza su declaración con un poco de hipo—. Y ya que aestoy, me voy a aprovechar de la situación, te lo aviso.

Sacudo la cabeza y me río imaginándome cómo puede reaccionar Jonah a eso. Pero Diana jamás lo haría.

—No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos. —Yo no tenía ni idea hasta que la he visto en el porche.

Miro de reojo hacia la barra, donde Jonah se bebe una cerveza mientras habla con Marie, Toby y un Teddy de mejillas sonrojadas.

—¿Te cae bien o no? —me pregunta Diana en tono conspirativo siguiendo mi mirada—. Porque la has estado mirando desde que llegamos.

—Es la mejor amiga de Jonah. —Marie estaba sentada en la barra cuando llegamos. Es obvio que él la ha invitado.

—¿La mejor amiga de Jonah es una rubia despampanante? —Diana arquea las cejas—. Te olvidaste de mencionarlo. ¿Por qué no te acordaste de contármelo a mí, tu mejor amiga?

Porque sé exactamente cómo reaccionaría mi mejor amiga y no quería que nadie reforzara mis inseguridades, en especial después de haber dejado a Jonah en Alaska. Diana es desconfiada cuando se trata de otras mujeres, está convencida de que somos competitivas por instinto y que nunca es casualidad que una mujer sea amiga de un hombre atractivo.

En este caso, no se equivoca.

Pero este no es el momento de contárselo, menos la conversación que o el otro día en el hangar.

—La miro a ella y a Toby. Estoy esperando a que se enamoren.

Diana frunce el ceño mientras los analiza.

—Sí, podría funcionar. Él es bastante adorable. Tiene ese estilo grande mullido, como un osito de peluche.

—Y ella es guapa y simpática —admito a regañadientes.

—Quizá pase cuando él deje de estar enamorado de ti.

—¡Cállate! ¡No es verdad!

La carcajada de Diana hace que algunas cabezas se giren hacia nosotras.

—Vale, Calla. Vamos a jugar a este juego, ¿verdad? ¿Por qué nunca te das cuenta de estas cosas?

—¡Porque no quiero! ¡No me pongas ideas en la cabeza! ¡Es el único amigo humano que tengo aquí! —gimo.

Suspira y le da un sorbo a su bebida.

—Bueno, pues siento tener que decírtelo, pero no creo que ella esté interesada. Al menos no en Toby. —Arquea sus cejas perfectamente delineadas y peinadas mientras vuelve a mirar hacia la barra, a Marie absorta en el rostro de Jonah.

Teddy dice algo y el grupo estalla en una carcajada. Jonah le pasa un brazo por los hombros y la empuja hacia él, como si ese fuera el final de un chiste. Ella parece hundirse en él tanto como puede y recuesta su cabellera dorada en el hueco de su cuello.

—Solo son buenos amigos. Desde hace años —le digo, aunque siento un pinchazo de dolor en el estómago; el mismo que siento desde que Jonah salió disparado hacia la barra en cuanto Diana y yo nos sentamos en esta mesa.

Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo y borrar mis palabras, mis acusaciones, mis dudas. Pero no puedo y eso me deja más sensible de lo anormal.

—¿Entonces este es el lugar de Trapper's Crossing? —me pregunta Diana mientras contempla la marea de franela a cuadros, borrego y vaqueros. Debe de haber unas cincuenta personas en total, cuarenta hombres la última vez que conté.

—Es el único lugar. Bueno, además de la pizzería que cierra a las diez y el centro comunitario. He escuchado que el mercado de los viernes está en auge. —Muriel intentó arrastrarme ayer, pero no estaba de humor después del día que había tenido con Roy.

Este fin de semana el complejo está lleno, tal como Toby prometió que estaría a esta altura del año, y parece que al final del día todos vienen a la Casa Ale para beber, reír, presumir de los peces que han atrapado y lamentarse por los que han perdido.

—Me alegra muchísimo haber venido, aunque sea un viaje corto. — Diana apoya la mejilla en la palma de la mano y me sonríe, nostálgica— Recuerdo esa noche en la discoteca cuando tuviste noticias de tu padre y estabas intentando decidir si venir o no. ¿Te imaginas qué habría pasado si hubieses decidido no venir?

—No puedo. —Me duele el pecho solo de pensarlo. El próximo mes se

cumplirá un año de esa llamada telefónica de Agnes y mi posterior viaje—
éHubiese sido el peor error de mi vida.
e —¿En serio? Y, sin embargo, ¿alguna vez te has imaginado que ibas a
aestar aquí en este momento de tu vida?

Jugueteo con el colgante de avión que tengo entre los dedos (regalo de los
ados hombres más importantes de mi vida) y niego con la cabeza.
a —Parece que necesitáis otra copa, señoritas. —Aparece Toby para
areemplazar nuestros vasos vacíos con martinis recién hechos. Hasta han
comprado los vasos adecuados.
a Diana no será la única borracha si esto sigue igual.
ó —¡Justo estábamos hablando de ti! —exclama Diana con un brillo
especial en sus ojos azules.
, Toby se sonroja.
o —Espero que para bien.

—Solo cosas buenas. —Le guiña el ojo y le da hipo—. Por Dios, que
avergüenza. Discúlpame, tengo que usar el baño. Lo siento, el «toilette»
.Vuelvo enseguida. —Diana se pone de pie y camina hacia el cartel de
a«Damas» que se puede ver en la otra punta, meneando las caderas un poco
más de lo normal por el efecto del alcohol que corre por sus venas, la frente
len alto con su habitual confianza, cosechando a su paso muchas miradas
aembobadas. En un salón lleno de vaqueros, camisas a cuadros y gorras de
sbéisbol, ella es una sirena rubia, alta y de piernas largas con botas de cuero.

Jonah la ve pasar y mira en mi dirección. Se baja del taburete, parece listo
epara venir a verme y mi entusiasmo se dispara. Pero entonces Marie lo frena
acon una mano en el antebrazo y le hace una pregunta que lo devuelve a la
yconversación con los otros dos vecinos. Se vuelve a sentar en el taburete.

Siento cómo aparece en mi rostro una expresión amarga. ¿Estoy siendo la
-novia celosa y un poco borracha? ¿O ha sido un movimiento intencionado
.por su parte?
y —¿Y? ¿Está siendo un buen cumpleaños? —me pregunta Toby con
icuriosidad.

Fuerzo una sonrisa.
e —Un cumpleaños maravilloso. —A pesar del accidentado inicio y esta

.angustia persistente.

Arrastra una silla y se sienta delante.

ı —¿Cómo has reaccionado cuando ha llegado el Jeep?

No lo vi llegar exactamente, pero no hace falta entrar en detalles.

s —Sorprendida. ¿Tú lo sabías? ¿Incluso que venía Diana?

—Nah… —Pasan unos segundos hasta que su sonrisa lo delata—. Sí, me ıenteré la semana pasada.

ı Le doy una pequeña patada debajo de la mesa.

—¡Me lo tendrías que haber dicho!

—¿Estás de broma? Jonah me hubiese dado una paliza. —Mira hacia ɔdonde están sentados Jonah y Marie, y se detiene un momento.

—¿Ya la has invitado a salir?

Se ríe y se ruboriza de vergüenza.

—Estoy reuniendo el valor. Por cierto, ¿qué ha pasado entre tú y Roy? éHe ido a ayudarlo y me ha preguntado si seguías queriendo matarlo.

. —¿En serio? —Siento una leve sorpresa. Pero ¿qué más me da que ese ɛimbécil se esté preguntando eso? Me importa una mierda Roy Donovan.

ɔ —¿Qué ha pasado? —me pregunta Toby con tono comprensivo.

ɛ Me encojo de hombros.

s —Lo típico con Roy, pero peor. Ayer tuvimos una fuerte discusión ɛcuando volvíamos a casa del hospital. Me dijo muchas cosas horribles y me ordenó que dejara de ir por ahí. Hasta insistió en caminar hasta su casa. — ɔNo quiero entrar en detalles de que Roy básicamente me acusó de tener ıasuntos no resueltos con mi padre. Sé lo que son los asuntos no resueltos ıporque antes los tenía. Ahora solo quiero mantener vivo su recuerdo.

Pero no hay duda de que jamás podré reemplazarlo con Roy Donovan ıNi aunque pensara en Roy como la versión maligna y monstruosa de Wren ɔFletcher.

Toby se ríe y sacude la cabeza.

ı —Me imagino que lo dejaste caminar.

—No me dio muchas opciones. Creo que se hubiese tirado de la camioneta en marcha con los huesos rotos y todo. —El rostro de Toby se ıtransforma con esa sonrisa enorme que heredó de su madre—. ¿Le dolía

cuando has ido?

Toby frunce el ceño.

—No mucho. Estaba bien. No se quejaba. Ha sido raro, ahora que lo pienso.

Es extraño. Tal vez se ha tomado la medicina y lo ha sedado hasta el punto de ser «amable». Si es que eso es posible para Roy, que lo dudo. Pero sí parece que puede perder el control si es cierto lo que dicen sobre su mujer. La pregunta es cuánto. ¿Qué fue lo que la hizo escapar? ¿Qué hizo mal?

Esta curiosidad insoportable que me provoca el anciano está sacando lo apeor de mí.

—Bueno, ya me he hartado de ayudarlo a menos que me pida perdón.

—¿Quieres que Roy te pida perdón? —Toby me mira dubitativo.

—Exacto. Así que, lo siento, pero alguien va a tener que hacerse cargo ¿Quizá tu madre conoce a algún asesino en serie majo o a alguien igual de loco.

—Entonces no estaba equivocado con eso de que lo quieres muerto. —Toby sonríe—. Te cubriré hasta que se vaya tu amiga, pero prepárate. Intentará que des el brazo a torcer. Así es ella.

—Que lo intente todo lo que quiera. No volveré si no se disculpa.

La sonrisa de Toby se desvanece de golpe.

—Mierda. Lo siento, tengo que esconderme detrás de la barra. —Se -escabulle.

Miro por encima del hombro y entiendo el motivo. Jessie Winslow ha svuelto esta noche, con los mismos vaqueros apretados y las botas de cuero que la última vez que la vi. Ha cambiado top de leopardo por uno carmesí.

Escanea a la gente y rápidamente identifica a Jonah. Sin disimulo, se apeina, saca pecho y atraviesa la multitud. Me vuelvo a tensar. Justo lo que necesito. Esta noche no tengo la capacidad emocional para lidiar con esta mujer manoseando a Jonah.

Muriel sale de la barra y viene directa a nuestra mesa.

—¿Dónde está tu amiga?

—En el baño. —Seguro que está retocándose el maquillaje. Frunzo el aceño cuando veo la funda camuflada del arma que trae en la mano—. ¿Te vas

a algún lado?

La deja en la mesa y entonces veo el lazo rosa que tiene puesto en una punta.

—Feliz cumpleaños, Calla.

Oh, Dios mío.

—¿Me has comprado un arma?

—No exactamente. Fue mi primera arma, me la regalaron mis padres. Es una Winchester —me dice con orgullo—. Es perfecta para chicas delgadas como tú. Los papeles están en la funda.

No sé qué decir. Muriel sabe que no me gustan las armas y que no tengo ninguna intención de disparar una jamás. También me conoce lo suficiente como para saber que sería incapaz de rechazar un regalo de cumpleaños.

Pero debajo de toda mi aprensión se esconde el hecho de que Muriel me está dando su primera arma, un regalo de sus padres y seguramente algo que aprecia.

Trago saliva para bajar la mezcla de rechazo y cariño, me tranquilizo.

—Gracias. —Después de todo, la intención es lo que cuenta y Muriel está siendo considerada.

—No es para que decores la pared, Calla —me advierte. En realidad pensaba guardarla en el fondo del armario—. Tienes que defenderte Especialmente cuando Jonah se marche en septiembre a trabajar con Jack Thomas.

—Ah, me iré a casa esas semanas.

—¿Qué? —Arruga el entrecejo—. ¡Pero es época de cosecha! Estaremos ocupadas haciendo conservas.

—No te preocupes, Muriel. Pronto bajará las manzanas con una bala. —La voz ronca de Jonah es como un bálsamo que me salva de esta conversación. Sus manos tibias y fuertes se posan en mis hombros.

Me enderezo más para admirar la fuerza de sus muñecas y antebrazos, y lo toco imaginando estas manos sobre el resto de mi cuerpo.

Por mucho que me encante tener a Diana aquí, las ganas de tener a Jonah solo para mí y poder arreglar la situación me resultan abrumadoras.

Un huésped del complejo le grita algo a Muriel y la distrae. Jonah se

sienta y no dudo en pasar una uña por su barba enmarañada e inclinarme apara capturar su boca con la mía en un beso largo, intenso, posiblemente demasiado subido de tono para la Casa Ale.

Cuando me separo, está sonriendo.

—¿Cómo vais?

—Bien. ¿Y tú? ¿Te estás divirtiendo en la barra? —le pregunto lo más srelajada que puedo.

—Eso creo. —Hace un gesto con la cabeza a Jesse Winslow, que tiene su despampanante escote a la altura de los ojos de un pescador de aspecto rudo —. Acaba de llegar tu vecina favorita.

—Sí, ya la he visto. Toby se ha escapado, ha sido rápido.

—No la culpes. He oído que está casada con un oso.

Con el rabillo del ojo, puedo ver que Marie nos está observando. Solía ser buena y comprensiva porque sabía que estaba enamorada de Jonah, pero hoy me preocupa menos eso y más dejar claro lo que siento por él (y lo que él siente por mí).

Presa de un impulso, salto hacia el regazo de Jonah, me muevo hasta estar cómoda con los brazos alrededor de sus hombros.

—Has estado allí desde que hemos llegado —le digo, intentando evitar el tono acusatorio.

Frunce el ceño.

—Sí, creía que querrías estar a solas con Diana.

Jonah siempre tan considerado.

—Lo que quiero es pasar mi cumpleaños con mis personas favoritas. — Le acaricio el ancho pecho, subo por el grueso cuello y admiro el bulto de su nuez—. O sea, contigo.

Me aprieta con fuerza.

—Por cierto, ¿dónde está Di? ¿Se ha quedado dormida?

—Casi —nos dice Diana, que entra en escena como si la hubiésemos invocado. Más que sentarse, se desploma en la silla libre—. Me he golpeado con una pared. Literal y metafóricamente. No sabría deciros si es porque estoy borracha o si es por el cambio de horario o ambos, pero, lo siento, no aguanto ni una hora más. De todas formas, no voy a devolverte la medalla a

emejor amiga. Me la he ganado. —Su mirada enrojecida de cansancio se posa esobre la funda de camuflaje—. ¿Qué es eso?

—El regalo de Muriel por mi cumpleaños. Es un arma —le digo despacio.

—Guau. Un arma. —Diana abre exageradamente los ojos con esa sexpresión de «¿es una puta broma?»—. Tienes un arma. Y está aquí, sobre la mesa, en el bar, al lado de mi martini.

Jonah se ríe.

—Voy a guardarla en el Jeep mientras os acabáis la bebida. Es hora de irnos a casa. —Me baja de su regazo y me acaricia la espalda en el proceso.

—¿Eso es algo que se hace por aquí? ¿Regalar un arma para un cumpleaños? ¿Y la guardáis en el coche y la lleváis a casa y… hacéis lo que rsea que se haga con un arma? —me pregunta seriamente Diana.

—Siempre que no sean un loco o un criminal. —Sonríe—. ¿Hay algo que ldeba saber sobre Calla?

—Ah, sí, que está loca. Locamente enamorada de ti —le dice Diana rarrastrando las palabras y hace que Jonah resople y yo me ría.

Aparece Marie con la cartera colgada del hombro.

—Chicos, me voy. Tengo a un cachorro enfermo en la clínica al que debería pasar a ver antes de ir a casa.

Me alivia no tener que soportar mucho más a Marie babeando por Jonah.

—Muy bien. Te acompaño. —Jonah coge el arma.

—Feliz cumpleaños, Calla. —Su sonrisa no es muy sincera.

Respondo con una igual de tensa.

—Gracias por venir. —Me desplomo en la silla e, intranquila, la observo seguir a Jonah por la puerta. No me importa lo que le haya dicho a Jonah: esa mujer solo me soporta por él.

—¿Un cachorro enfermo en la clínica? —Diana me mira con sdesconfianza.

—Es veterinaria.

—Ah. Entonces, la mejor amiga de Jonah es una mujer guapísima que osalva tiernos y adorables cachorritos y tú estás muy de acuerdo con eso.

—Y está enamorada de él. No te olvides de esa parte —agrego con

amargura, dándole un sorbo a mi bebida. Diana aprieta los labios para contener las ganas de darme su opinión—. No, no estoy de acuerdo —admito por fin. Al menos no últimamente. No hoy—. Pero confío en Jonah —No confío en ella, y menos cuando me cuestiono la resistencia de nuestra relación—. Acábate la copa y vámonos.

amargura, dándole un sorbo a mi bebida. Diana aprieta los labios para contener las ganas de darme su opinión—. No, no estoy de acuerdo —admito por fin. Al menos no últimamente. No hoy—. Pero confío en Jonah. —No confío en ella, y menos cuando me cuestiono la resistencia de nuestra relación—. Acábate la copa y vámonos.

Capítulo 33



Diez minutos más tarde, después de beberme una copa cargada que me deja la cabeza dando vueltas y de darle las gracias a Muriel, Toby y Teddy por todo, estamos cruzando la puerta, agarradas del brazo y un poco inestables. Las voces y la música a todo volumen salen por las ventanas hacia la noche tranquila y despejada.

—Es tan raro —gime Diana mirando al sol, que se aferra al horizonte con su color anaranjado difuminado por el humo que persiste en el cielo. Ya hemos pasado el equinoccio y los días son más cortos, pero, por ahora, que haya sol cerca de medianoche sigue siendo algo normal.

Mi Jeep está aparcado más adelante, donde Toby puso un letrero de Invitada de Honor para reservarme un sitio. Jonah no está. Lo veo en la otra punta del aparcamiento, apoyado contra la camioneta de Marie, tan absorto en la conversación que todavía no ha notado nuestra presencia. No puedo verla porque la tapa el ancho cuerpo de Jonah y las dos camionetas a sus lados, pero me imagino sus ojos azules bien abiertos, mirándolo con anhelo.

La despedida está durando demasiado.

Se me oprime el estómago al pensar de qué estarán hablando. Lo más probable es que sea de mí. ¿Le habrá contado el desastre de esta mañana para que lo aconseje? ¿Qué le habrá dicho? ¿Qué duras verdades le susurrará a oído? No es que no tenga razón. Es cierto que Jonah es impaciente apasionado y se mueve rápido.

Pero ¿ella a quién quiere ayudar?

No soy de esas novias celosas e inseguras que no permiten que su novio tenga amigas atractivas, que las atormenta y exige saber lo que pasa entre ellos como si estuvieran tramando algo cada vez que se ven.

Me lo repito mientras suelto a Diana y mis pies se mueven por voluntad propia.

—Te espero aquí —me dice Diana y a sus palabras las sigue una palmada sobre su brazo. Se niega a ponerse repelente porque dice que estropeará su perfume—. ¿Le pides que abra las puertas del Jeep?

Levanto un pulgar y sigo caminando. A medida que me acerco, escucho menos la música del interior y más su conversación.

Y, cuanto más escucho, más lento camino y más ligeros son mis pasos.

—… salir por la mañana y volver el lunes por la noche —está diciendo Marie.

—Ya, no sé si es muy buena idea.

—¿Por qué no? Está su amiga. Y hace meses que no voy a las aldeas.

Marie está intentando que Jonah la lleve al oeste. Solían hacerlo todo el tiempo cuando vivía en Bangor. Ella llegaba en el vuelo comercial que conecta Bangor y Anchorage y pasaban juntos días enteros, yendo de aldea en aldea. Marie, la heroína animal, salvando vidas.

Podría conseguir otro piloto para que la lleve, de eso estoy segura.

Pero quiere al mío.

Se estira para pasarle los dedos por el pelo y lo despeina. La camiseta negra que le regalé se ajusta a su cuerpo y deja ver el ángulo que forman sus hombros musculosos y su estrecha cintura. No puedo evitar admirarlo aunque aprieto con fuerza los puños a los lados del cuerpo y me imagino irrumpiendo entre ellos a gritos en un ataque de furia.

—Sí, lo sé, pero en este momento las cosas no están muy bien —le dice Jonah un poco más bajo.

Me paro en seco. Mi estómago, que ya estaba revuelto, se retuerce.

¿Jonah cree que las cosas no están muy bien? Está claro que se refiere a las cosas entre nosotros.

O sea, sé que, después de lo que ha pasado esta mañana, no se podía decir que todo está perfecto y, sin embargo, escuchar a Jonah decirlo en voz alta desata una nueva oleada de sorpresa, dolor y furia.

—Oye, tenemos que llevar a Diana a casa. ¿Puedes abrir el Jeep? —le pregunto, para que no piensen que los he estado espiando. Ruego para que

lno perciban la congoja en mi voz.

Jonah se da la vuelta y, cuando me ve acercándome, su mirada se ablanda.

a —Sí. Por supuesto. Se debe de estar muriendo. —Busca en los bolsillos
ıde sus vaqueros y da con las llaves. Se oye el pitido del coche, seguido por e
«¡gracias!» desesperado de Diana, que lo hace reír. Podría darme la vuelta y
›dejarlos tranquilos, pero ya me he cansado de que Marie me aleje de Jonah
así que me acerco hasta acurrucarme en su pecho, envolviéndolo con mis
brazos y haciendo a un lado todos los sentimientos que no sean el abrumador
›amor que siento por este hombre. Jonah no vacila y me envuelve con los
brazos y recibo su calor—. ¿Lista para irnos?

Apoyo la mejilla en su hombro, levanto la vista y murmuro:

—Sí. —Recorro sus labios con los ojos y luego lo miro con voracidad
lintentando transmitirle en una sola mirada todo lo que quiero hacerle esta
enoche.

a —Muy bien —murmura con los ojos encendidos de pasión. Le dice a
Marie—: Te llamaré la semana que viene.

—Claro. Vale.

Percibo un dejo de decepción en su voz que me provoca una malévola
ısatisfacción.

s No tenía ni idea de lo que iba a decir mientras venía, pero entonces se me
,ocurre:

› —Marie, creo que a Toby le encantaría ir a cenar contigo. —Una
sugerencia bastante inocente.

e —Ah, ¿en serio? —Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Algo
que, empiezo a entender, hace cuando está incómoda o nerviosa.

—Sí, deberías invitarlo. —La miro sin soltar a Jonah—. Él sí está soltero.

a Abre la boca para hablar, pero se arrepiente. Mira a Jonah, ruborizada.

—Lo pensaré. Buenas noches. —Agacha la cabeza y se mete en su
ıcamioneta.

z Jonah suspira pesadamente y me aparta.

—¿Qué ha sido eso?

e —¿A qué te refieres? —Me hago la inocente.

e —Calla… —El motor del coche de Marie se queja, pero se enciende. Da

marcha atrás y pasa junto a nosotros con las luces traseras parpadeando . Jonah agita la mano para despedirse, pero tiene la mandíbula apretada— s¿Quieres que salga con Toby? —me pregunta en un tono exageradamente ltranquilo.

y —Sí. Es guapo y amable. ¿Por qué no?

, —¿Específicamente con Toby? —Jonah me mira con expresión seria y sdesconfiada—. ¿O solo con alguien que no sea yo?

r —¿Qué más da?

s Sacude la cabeza.

—Ya lo hemos hablado, Calla. Ella sabe que estoy contigo.

—Pero no le importaría que eso cambiara.

, Maldice entre dientes.

a —Venga…

—¡No! ¡Venga tú! La escuché el día del hangar. Que lo que adora de ti es aque seas tan apasionado. No me digas que es algo platónico. ¡Los dos sabemos que no es así! —La prueba de que él tampoco lo interpretó de ese modo es que, como respuesta, le recordó lo que sentía por mí. Estoy harta de ahacer como si nada.

Abre la boca, pero se guarda lo que iba a decir.

e —Ya sabe que eso no va a pasar.

—¿Estás seguro? —Un pensamiento oscuro invade mi mente y no llego a aevaluarlo antes de que se escape por mi boca—. ¿No será que a ti te molesta que Marie salga con alguien más?

o —¿Por qué me molestaría? —me pregunta tajante.

—No lo sé. —Ese oscuro pensamiento da vueltas a toda velocidad y la tensión crece entre nosotros, una voz en mi interior me dice que es ridículo verbalizarlo, pero no puedo evitarlo—. Tal vez quieras tenerla como segunda aopción en caso de que esto no funcione.

Se ríe, pero no es un sonido alegre.

—Por dios, Calla, ¿cuánto has bebido?

—¡No estoy borracha! —exclamo y siento crecer mi indignación. A menos no estoy tan borracha.

a —¿En serio quieres hacer esto esta noche?

—¡Olvídalo!

—No. —Niega con la cabeza—. Demasiado tarde. ¿Qué mierda quieres decir con eso?

De acuerdo.

Insisto:

—¡Es perfecta para ti! Es guapa e inteligente y buena. Se pasa el día salvando animales. Es de Alaska. Estoy segura de que está lista para sentar la cabeza y tener hijos ahora mismo. No entiendo por qué no le darías lo que quiere.

Jonah abre la boca, pero le cuesta responder.

Al fin estalla:

—¡Porque no es tú!

—Pero las cosas «no están bien» entre nosotros. ¿No acabas de decirle justo eso? ¿Por qué le dirías una cosa así? —Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas sin previo aviso. Me siento traicionada, en especial porque se lo ha dicho a Marie y porque sé que ella encontrará cierto regocijo en esa redeclaración. Es lo que quiere oír.

Es lo que yo querría escuchar si estuviera en sus zapatos.

Le daría esperanzas a mi corazón herido.

—Y es la verdad, ¿no? Si no eres feliz aquí, entonces las cosas no están bien.

—No es que no sea feliz… ¡Es que no estás nunca!

Levanta las manos.

—Fuiste tú la que me dijo que aceptara el trabajo, ¿te acuerdas?

—¡Porque lo querías! ¡Yo deseaba que no lo quisieras! —Por cómo nos estamos gritando, me sorprende que no tengamos público. Parece que esto de pelearnos en aparcamientos es nuestro si no.

Por suerte parece que esta vez no hay nadie cerca para escucharnos.

—Tienes razón. Sí que lo quería. No iba a aceptarlo porque sabía que significaba tener que pasar muchas horas fuera, pero luego me dijiste que lo hiciera lo que me haga feliz, que tú no serías feliz de otra manera. Así que lo acepté. ¿Y qué quieres que te diga? Me encanta. Hago algo importante y se me da bien.

—Me alegra que hagas algo que adoras. En serio, Jonah. ¿Pero dónde squedo yo?

Camina en un pequeño círculo, como si estuviera ordenando sus pensamientos y luego se detiene con los brazos cruzados.

—No lo sé, porque todavía no le has dado una oportunidad a Alaska.

a Me quedo boquiabierta.

a —¡Cómo puedes decir algo así! ¡Mírame, Jonah! Voy a todos lados en equad, me paso el día hablando con una estúpida cabra, rescatando perros de trampas para osos, yendo a fiestas de chili y esforzándome por hacer que nuestra casa sea como un verdadero hogar y no un refugio en el bosque. He sembrado suficientes verduras como para que una familia de cincuenta personas se alimente durante todo el invierno. He aprendido a cocinar…

e —Estás buscando constantemente razones por las que Alaska es un lugar rhorrible, sigues hablando de Toronto como si vivieras allí y esto fuera algo etemporal, estás tan concentrada en no adaptarte que acabas de quere aconvencerme de que salga con otra mujer —me responde lleno de ira y frustración—. No has decidido nada sobre lo que quieres hacer con tu vida excepto dejarme bien claro que todavía no quieres una familia, y no tengo ningún problema con eso. —Levanta las manos en señal de rendición—. No nquiero presionarte, pero ¡creía que eras feliz! ¡Pensé que estaba funcionando ¡Y, esta mañana, de repente, me dices que odias vivir aquí y ahora empiezo a preguntarme si alguna vez te has planteado que esto podría gustarte o si ya viniste pensando en irte!

Me quedo boquiabierta.

s —¡Eso no es verdad!

o —¿No? Porque yo ya no lo sé. —Se pasa una mano por la cara—. Yo también hice la maleta, dejé la vida que conocía y me mudé aquí. Puede que no sea lo mismo, pero es un cambio. Agnes, Mabel… son como mi familia y eestán en la otra punta del estado. Ya casi ni hablamos. Y, aunque este lugar eno sea ideal para ti, o estás por completo o no. Y, si ni siquiera estás odispuesta a intentar construir una vida conmigo, entonces… —Deja las epalabras en el aire.

Y mi estómago da un vuelco.

—¿Entonces qué? —Consigo preguntar a pesar del nudo en la garganta.

Traga saliva y sus ojos se llenan de dolor.

—Mira, sé que dijimos que encontraríamos otro sitio si no nos iba bien en Alaska, pero cuando dije eso creía que al menos ibas a intentarlo.

—¡Estoy intentándolo!

Sacude la cabeza.

—No, Calla, creo que has querido intentarlo, pero estás tan inmersa en no ser como tu madre que no encuentras la forma de ser tú misma. —Llega un murmullo de voces de cinco personas que salen de Casa Ale. Jonah resuspira y baja la voz—. Y en lo que respecta a Marie, confías en mí o…

—¡Confío en ti! Te lo prometo, Jonah. Es en ella en quien no confío.

—No ha hecho nada malo, Calla. No sé por qué te sientes tan insegura ¿No he sido claro con mis sentimientos?

—No es eso…

—La has hecho pasar vergüenza, y lo has hecho a propósito. —En mi interior se enciende una chispa de culpa por debajo de los celos—. Creía que eras mejor que eso. —Se da la vuelta y va hacia el Jeep sin esperarme, con los hombros caídos como si le pesara una terrible carga.

Le sigo mientras me limpio las lágrimas que no paran de caer, a cada paso ¡siento crecer el resentimiento hacia Jonah por haberme dicho que no me he esforzado para que esto funcionara. ¿Qué le convencería de lo contrario? ¿Qué tendría que hacer?

¿Aprender a pilotar un avión?

¿Cazar y cocinar lo que caza?

¿Tener a sus hijos?

No, gracias.

Ni muerta.

Todavía no.

Tal vez nunca le podré convencer de que lo he intentado. Quizá, sin importar lo que haga, esa será su excusa cuando esto se desmorone y él se niegue a irse de Alaska. Empiezo a sentir que había una letra pequeña en el contrato de nuestra relación que no leí antes de firmar.

Casi estamos en el Jeep cuando Jonah se detiene de golpe.

—Entonces, el día que hablé con Marie en el hangar… ¿Lo escuchaste todo? —Puedo ver en sus ojos que está reproduciendo la conversación y todos los temas que hablaron. ¿Cuánto recordará?

¿Yo? Recuerdo la conversación casi palabra por palabra.

No confío en mi voz, así que solo lo miro y asiento.

«Sí, sé lo del anillo, hasta lo he visto».

«Sí, sé que me ibas a proponer matrimonio ese día en el refugio».

«Sí, soy consciente de que han pasado seis semanas y todavía no lo has hecho».

Se le escapa un insulto.

—No sé qué decirte más que… —Mira hacia la arboleda, perdido en sus pensamientos durante un segundo—. Creo que todavía no estamos listos.

—Sí, estoy de acuerdo. —Y, después de lo de hoy, me pregunto si en algún momento lo estaremos.

Me vuelvo a limpiar las mejillas y aprieto los labios, lista para fingir una sonrisa para Diana cuando nos subimos al Jeep.

Está enroscada en el asiento trasero, roncando.



—Pesa más de lo que parece. —Jonah avanza por el estrecho pasillo con una Diana semiinconsciente en brazos, su largo pelo rubio colgando como una gruesa cortina que llega casi hasta el suelo. He intentado despertarla, pero no se ha inmutado.

—No se lo digas —le advierto mientras aparto las sábanas.

La apoya con cuidado y luego retrocede. Le quito las botas y los calcetines (no puede dormir con los calcetines puestos porque le sudan los pies) antes de cubrirla con la manta.

Jonah permanece en silencio mientras me mira quitarle los pendientes y el brazalete (las joyas también le molestan), y colocarlas en el plato de porcelana que compré especialmente para esto. Siento que quiere decir algo, pero esta vez se guarda sus pensamientos.

Llego a su anillo de compromiso y me detengo durante un largo rato.

¿Alguna vez habrá tenido una discusión con Aaron que la haya dejado as de desolada?

—¿Quieres que le traiga un vaso de agua? —me pregunta Jonah y su voz retumba en el silencio de la casa.

—No, gracias. Iré yo. —Estoy agotada física y emocionalmente, y quiero estar sola para intentar ordenar mis pensamientos.

—Calla, yo… —Sus palabras mueren—. Volveré en un rato. Duerme ¿vale? Hablaremos por la mañana.

No veo la hora.

Me preparo para ir a la cama y, cuando bajo a buscar un vaso de agua para Diana y otro para mí, veo a Jonah quieto en el porche, con el móvil en la oreja. ¿Con quién estará hablando a esta hora?

Posiblemente con Marie.

Se desata mi irritación. ¿Está contándole las aguas que hace nuestra relación cuando acabamos de pelearnos por eso? ¿Siempre va a ser así? ¿Vamos a tener problemas y él saldrá corriendo a hablar con ella en lugar de intentar resolver las cosas conmigo?

Empiezo a sentir que estoy a prueba.

Y puede que no la pase.

No puedo evitar pensar…

Quizá fue el destino el que hizo que el susto del embarazo estropeara los planes que Jonah tenía para ese día y que luego casi se estrellara nuestro avión y lo forzara a conocer a Sam.

Quizá sea una bendición haber escuchado su conversación con Marie sobre los trabajos que estaba rechazando.

Quizá lo mejor sea haberle insistido para que aceptara un trabajo que ha acabado adorando.

Porque, si no, ¿dónde estaría ahora? Sumida en la planificación de una boda y ayudando a Jonah a organizar El Yeti. Pero su trabajo no le llenaría.

Y luego, ¿qué?

¿Cuánto tiempo hubiese tardado en cansarse de llevar provisiones y hacer de guía turístico? ¿Cuándo hubiese empezado a guardarme rencor por tenerlo

atado a una promesa? ¿Cuánto hubiese tardado en confesarme lo infeliz que íes? Por supuesto que le hubiera dicho que se buscase algo que lo apasione y hubiese acabado con un trabajo similar al que tiene ahora con Sam. El Yet zempezaría a decaer sin piloto en los meses de verano y yo me preguntaría que hacer en los días tan largos. Acabaríamos exactamente en el mismo lugar que estamos ahora, pero con años y un anillo de compromiso de por medio.

Así que quizá lo que está pasando ahora sea lo mejor.

De vuelta al dormitorio, paso junto a la vitrina que llegó hace unas semanas. Por ahora solo tiene un objeto: la escultura de marfil que nos regaló Ethel. Me llama la atención y me detengo un momento a analizarla.

Quizá la fábula del cuervo y su esposa ganso no estaba tan equivocada después de todo.

Recobro la compostura hasta que estoy en la cama, bajo las mantas, sola Y luego camuflo mi llanto con la almohada. Es la primera vez, desde el verano pasado, que siento que mi relación con Jonah tiene fecha de caducidad.

atado a una promesa? ¿Cuánto hubiese tardado en confesarme lo infeliz que es? Por supuesto que le hubiera dicho que se buscase algo que lo apasione y hubiese acabado con un trabajo similar al que tiene ahora con Sam. El Yeti empezaría a decaer sin piloto en los meses de verano y yo me preguntaría qué hacer en los días tan largos. Acabaríamos exactamente en el mismo lugar que estamos ahora, pero con años y un anillo de compromiso de por medio.

Así que quizá lo que está pasando ahora sea lo mejor.

De vuelta al dormitorio, paso junto a la vitrina que llegó hace unas semanas. Por ahora solo tiene un objeto: la escultura de marfil que nos regaló Ethel. Me llama la atención y me detengo un momento a analizarla.

Quizá la fábula del cuervo y su esposa ganso no estaba tan equivocada después de todo.

Recobro la compostura hasta que estoy en la cama, bajo las mantas, sola. Y luego camuflo mi llanto con la almohada. Es la primera vez, desde el verano pasado, que siento que mi relación con Jonah tiene fecha de caducidad.

Capítulo 34



—Calla.

—¿Mmm? —parpadeo rápido.

Veo a Jonah con una taza entre las manos.

—Pensé que te podría venir bien. —La deja en mi mesita de noche. Oigo el tintineo del frasco de pastillas.

Entra suficiente luz del pasillo como para ver la leche espumada.

—¿Me has hecho un latte?

—Te debía uno de ayer, ¿lo recuerdas? Esa máquina no es tan complicada como creía que sería. —No hay rastro de resentimiento en su voz. Hasta diría que está extrañamente tranquila.

—Gracias. —Miro el reloj. Son las nueve pasadas—. ¿Diana está despierta?

—Desde las cinco. —Jonah aparta las cortinas y la luz vence a las sombras. El pronóstico anuncia otro día cálido sin rastro de lluvia; es el junio más caluroso y seco de la historia de esta zona—. Ha venido Muriel. Se la ha llevado al huerto.

—Entonces debería levantarme. —Y rescatarla. Gruño, me levanto de la cama y voy al baño para hacer mis necesidades y lavarme los dientes consternada por los ojos irritados e hinchados que me miran desde el espejo como la evidencia física del desastroso final que tuvo mi cumpleaños. Ya no estoy segura de poder fingir una sonrisa.

Me meto en la ducha con la esperanza de que pasar diez minutos bajo el chorro de agua tibia me ayude a despejar la mente y me alivie el corazón. Estaba mucho más borracha de lo que me imaginaba. Al menos el efecto del alcohol y esa absoluta desesperanza con la que me fui a dormir se han

disipado. Pero la ha reemplazado un extraño vacío, una melancolía.

Arrepentimiento.

Y una persistente confusión.

Todas las cosas que nos dijimos ayer por la noche…

Me estremezco. ¿Qué fue lo que hizo que los celos hacia Marie me pusieran de ese modo? A la luz del día me siento como una idiota. No tuvo nada que ver con ella. Claro, no me fío de sus intenciones, pero fui yo quien permitió que eso tuviera un efecto en nuestra relación cuando ya tenemos problemas más grandes y apremiantes entre manos.

¿Jonah piensa que no lo estoy intentando?

¿Tendrá razón? ¿Me he mudado pensando en Alaska como algo temporal?

Escucho el acento británico de Simon tan claro como si estuviera a teléfono. Los años con mi padrastro me han enseñado a valorar todas las posiciones y opiniones (hasta esas con las que no coincido), pero me cuesta Quizá porque ahora tengo esta persistente sensación comiéndome las entrañas. Quizá porque eso significaría que he caído en la misma trampa en la que cayó mi madre: no intentarlo con mi padre, aunque dijera que sí.

¿Cuántas veces me he dicho a mí misma (y a mi madre, y a Simon, y a Diana y hasta a Agnes) que estaba dispuesta a intentar vivir en Alaska porque Jonah me dijo que estaba dispuesto a irse?

Se me cierra el estómago al recordarlo.

¿Me he aferrado demasiado a esa idea durante estos meses? ¿Desde el principio?

¿Y tiene razón? ¿Me he pasado todo este tiempo concentrándome en lo que no es Trapper's Crossing y esta casa y mi tiempo en Alaska en lugar de ver lo que sí es?

Pensaba que estaba sacando lo mejor de una situación que está lejos de ser ideal, pero quizá lo estoy haciendo mal. Está claro que ayer nuestra relación entró en un pozo. Pero ¿cómo salimos? ¿Hay alguna forma de salir?

Entro en pánico. Quizá la tranquilidad con la que me saludó esta mañana no era tranquilidad, sino resignación. ¿Jonah ha reconocido algo que yo aún no estoy dispuesta a admitir?

¿Será que él ha dejado de buscar la manera de salir del pozo y ha empezado a buscar la manera de salir de la relación?

La idea de que este pueda ser el principio del fin (de que pueda perder a Jonah) hace que me quede sin fuerzas en las manos hasta el límite de no poder cerrar el grifo y me dan nauseas.

Me arrastro fuera del baño envuelta en una toalla con la intención de vestirme rápido y bajar a buscar a Jonah para arreglar este desastre que he provocado.

Pero no se ha ido del dormitorio. Está sentado al borde de la cama mirando sus manos entrelazadas.

No puedo hablar tan rápido como quisiera:

—Lo siento tanto, Jonah. Soy una completa imbécil. —Me tiembla la voz—. Por favor, dime que no te has hartado de mí.

Me regala una pequeña sonrisa que, por un momento, me distrae de las enormes ojeras negras. Parece que él tampoco ha dormido bien.

—Somos dos imbéciles. ¿Qué te parece? —Me hace un gesto para que me acerque. Voy rápido hacia él, pero me detengo cuando llego: una parte de mí quiere abalanzarse y otra está aterrada de que guarde distancia, de que sea demasiado tarde, de que el pozo en el que caímos ayer fuera demasiado profundo y las paredes demasiado resbaladizas. De que haya decidido que ya no quiere intentarlo. Pero entonces agarra mi muslo con su mano tibia y la caricia de su pulgar sobre mi piel me da esperanzas—. Fue una estupidez usar el trabajo como excusa para irme. No pensé que fueras a reaccionar así. Pero debería habérmelo imaginado. —Sus ojos brillan con sinceridad—. Lo siento

Trago con dificultad a través del nudo que crece en mi garganta.

—Fui una exagerada…

—No, no exageraste. —Coloca mi cuerpo entre sus piernas abiertas y me sienta sobre su muslo. Aprovecho la oportunidad para pasar los brazos por sus hombros y acercarme más—. Reaccionaste. Es evidente que llevabas pensándolo desde hace un tiempo y no decías nada. —Presiona su frente contra mi clavícula. Sigo teniendo gotas de agua sobre la piel.

—No quiero impedirte que hagas nada, Jonah —le susurro. Le acaricio la barba con la punta de los dedos—. Me doy cuenta de lo mucho que te gusta

atrabajar con Sam. O sea, te pasas la noche leyendo los manuales.

Se ríe.

a —Hacía mucho que no aprendía nada nuevo. Me gusta de verdad.

o —Es solo que no sé qué estoy haciendo aquí aparte de estar contigo. No me malinterpretes, me encanta estar contigo y me encanta cuando llegas a ecasa por las noches y no quiero estar con nadie más, pero siento que… —eLucho por encontrar las palabras para describir el remolino que me atraviesa —. No sé quién soy aquí. Cuando teníamos El Yeti, estábamos empezando ,eso juntos…

—Todavía lo tenemos, Calla.

—Lo sé, pero ahora es diferente. Estás haciendo tu vida. Parece que lo ztienes resuelto por si lo demás falla. Ya no parece algo nuestro.

Jonah asiente despacio.

s —Es lógico.

—Creo que no sirvo para pasar tanto tiempo sola. No te culpo por eso e—agrego rápidamente—. Pero empiezo a pensar que la razón por la que eestuve tantos años en casa con mi madre y Simon tenía menos que ver con alos precios de los alquileres y más con que me gusta estar cerca de mi familia o—Tenía lo mejor de dos mundos: libertad e intimidad, pero sin sentirme sola aEcho de menos salir y estar con gente—. Supongo que en eso me parezco amás a mi madre de lo que me gustaría admitir. —A las dos nos gustan las ragendas llenas de reuniones, salidas y tareas—. Es un gran cambio. —Vacilo o—. Y no sé cómo explicarlo, pero empiezo a sentir que tal vez estoy .perdiendo una parte de mí misma. —Recuerdo que mi madre me dijo eso alguna vez: que allí, aislada en esa casa diminuta en medio de la tundra en pleno invierno, a miles de kilómetros de todo lo que conocía, se empezó a epreguntar y a temer por quién sería después de cinco, diez o veinte años si se rquedaba allí.

s Cuáles serían las decisiones de las que se arrepentiría.

e ¿Se refería a esto?

Jonah analiza mi rostro.

a —Calla, no sé cómo cambiar eso. Lo haría si pudiera. Pero tienes que adejar de hacer las cosas que crees que yo quiero que hagas. Me importa una

mierda que no sepas cocinar. No me malinterpretes, valoro que nuestras comidas no se basen en congelados, pero no me enamoré de ti por eso. Te seguiría queriendo, aunque quemaras todo lo que cocines hasta el día que te mueras.

Oír esas palabras me hace sentir un calor en el pecho.

—¿Y si quemo la casa? —le pregunto con la primera sonrisa que aparece hoy en mi rostro.

Me mira serio, pero su expresión se ablanda enseguida mientras su mano me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Dónde está la mujer que entró a Wild sin saber nada del transporte aéreo y me convenció a mí, el hombre más cabezota del mundo, de que lo estábamos haciendo todo mal?

—Solo hice una página web, nada más. —Mi padre vendió la empresa antes de que pudiéramos ver el impacto de los cambios.

—¿Dónde está la mujer que una noche se cabreó tanto conmigo que me afeitó la barba mientras dormía? —Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada (el sonido nace de lo profundo de mi interior) y ese sencillo gesto libera la tensión que me invade desde ayer. Suspira—. Calla, no te pareces a nadie de aquí y eso me alegra. No quiero que seas como Marie. Tienes muchas cosas para aportar. No tienes que convertirte en otra persona. Haz lo que quieras. En serio, si quieres poner gnomos y brujas con sensores de movimiento por todos lados para espantar a los osos, hazlo. Si no quieres aprender a disparar jamás, está bien. Si quieres soltar a Zeke y que se coma todo el huerto, adelante.

—La verdad es que me gusta ir a recoger fresas. —Aunque no me las acoma. Me encojo de hombros—. Me hace sentir útil.

—¡Entonces sigue! Pero hazlo porque tú quieres. Encuentra una cosa en Alaska que te guste y pronto dejarás de pensar en las pocas cosas que no funcionan.

—¿Las pocas cosas? —repito—. Osos que se comen a la gente terremotos, incendios forestales devastadores, mosquitos gigantes, el miedo a que tengas un accidente…

—Bueno, bueno… —Sonríe, pero enseguida se pone serio—. No puedo

sser lo único que te haga quedarte. Eres demasiado independiente como para
equedarte en casa esperándome. Tienes que encontrar algo que haga que esto
etenga sentido. —Me da un beso suave.

—Agnes me dijo algo parecido una vez. —Ojalá tener la respuesta.

—Es probable, porque fue lo que me dijo ayer por la noche —admite.

e —¿Estabas hablando con ella?

Asiente.

o —Tenía que descubrir exactamente cómo de imbécil era. Siempre se le ha dado bien decírmelo.

e —Agnes jamás te diría una cosa así.

o —Créeme, tiene sus métodos. —Sonríe—. En fin, me ayudó a ver la parte que me toca en todo esto.

a —Te pido perdón por la que me toca a mí. —Cojo su mandíbula entre mis palmas—. Y lo siento por lo de Marie. No se lo merecía. Me disculparé la
epróxima vez que la vea. —Puede que la idea de que salga con Toby sea
abuena, pero mis intenciones no lo fueron. Si la cosa fuera al revés
oprobablemente me odiaría.

a Desliza la mano debajo de la toalla y la coloca en mi cadera.

s —Agnes cree que tengo un punto ciego con Marie. Empiezo a pensar
oque tiene razón.

e —¿A qué te refieres?

s —¿Alguna vez te conté que estaba comprometida cuando empecé a
allevarla a las aldeas?

—No. —Jonah nunca habla de su amistad con Marie.

s —Sí. Nos caímos bien de inmediato. Y, no te voy a mentir, me parecía sexy, muy inteligente y agradable…

a —Vale, ya lo pillo. —Me pregunto si quiero oír el resto.

o —Si hubiera estado soltera, seguramente lo hubiera intentado. Pero se iba a casar, así que siempre estuvo fuera de mi alcance. En fin, se suponía que
,solo iba a viajar cada dos o tres meses, pero empezó a viajar una vez al mes, o
aincluso más seguido. Pasábamos días enteros juntos. Nos hicimos muy amigos. Y luego, después de un año, me dijo que había cortado con su pareja
oMe dijo que se habían distanciado, que ya no lo quería. Volé hasta Anchorage

apara ver cómo estaba. Nos encontramos en un bar y bebimos algunas copas
oCuando nos estábamos despidiendo, me besó.

Sabía lo del beso, pero no el cómo ni el cuándo ni el por qué.

—¿Y?

—Y… —Vacila, como si no quisiera admitir lo que sigue—. Le seguí la corriente durante diez segundos. Pero luego paré porque no me sentía bien. Hacía tiempo que no pensaba en ella de ese modo y la valoraba demasiado como amiga como para echarlo todo a perder. Además, sabía que no era la clase de chica a la que le interesan los polvos de una noche, sabía que estaba buscando algo serio y yo no, ni con ella ni con nadie. Y se lo hice saber. Se adisculpó, me dijo que estaba borracha y que no lo había pensado, y que nuestra amistad también era importante para ella. Así que acordamos no evolver a hablar del tema y dejar las cosas como estaban.

a —¿Y la creíste? —No puedo ocultar la incredulidad en mi tono. Sé lo que adiría Diana si escuchara esta historia: Marie dejó a su novio porque se ,enamoró perdidamente de cierto piloto de montaña. Eran amigos íntimos. A él le gustaba ella. Que la hubiese rechazado esa noche no quiere decir que no pudiera pasar en el futuro, cuando él estuviera listo para sentar la cabeza— rLos hombres sois tontísimos.

—¿Qué iba a hacer? —Se encoge de hombros—. Las cosas volvieron a la normalidad y todo parecía estar bien. Estuvo un tiempo sin salir con nadie aMe dijo que quería estar sola después de cinco años de relación. Me contó que un hombre con muchos hurones la invitó a salir, pero ella le dijo que no tenía ganas. Y luego conocí a esa piloto de la guardia costera de la que ya te ahablé. —Asiento y, en el fondo de mi mente, hay una vocecita llena de curiosidad que me proporciona preguntas como cada vez que se hace mención a las mujeres del pasado de Jonah: ¿cómo era? ¿Ella piensa en él? a¿Él piensa en ella? ¿Yo estaría aquí si ella hubiese estado en su vida el verano epasado?—. Unas semanas después de que apareciera Teegan, Marie empezó a osalir con el hombre de los hurones. Creía que había cambiado de opinión yque le había empezado a gustar o lo que fuera. No me imaginé otra cosa .Estaba feliz. Hasta lo conocí. Parecía un buen hombre. Después las cosas econ Teegan terminaron y Marie estuvo soltera a la semana. Me dijo que la

.cosa no iba bien. De nuevo, no pensé nada más. A veces preguntaba, porque tenía curiosidad, y ella me decía que estaba muy ocupada con el trabajo. E año pasado por fin admitió que había conocido a alguien, pero que estab esperando a que resolviera sus mierdas. —Frunce el ceño—. Empiezo a apensar que estaba hablando de mí. —Lo miro (¿no se lo imaginó?) y sacudo .la cabeza. Su mirada recorre mi pecho desnudo hasta el nudo de la toalla y e rastro de escote que se asoma—. Y después te conocí a ti, y fuiste como un atornado que puso mi vida patas arriba, Calla. —Se ríe—. Un tornado precioso y fucsia. Y entonces todo cambió. Todas esas cosas que antes no equería, de un momento a otro solo podía pensar en tenerlas contigo. —Su emirada aterriza en mi boca—. Y desde entonces no dejo de pensar en eso.

Atrapo sus labios con los míos y mi lengua le hace abrir la boca mientras un tembloroso suspiro de alivio se escapa de mi interior. Siento que es un enuevo primer beso: cauteloso, pero lleno de desesperación y necesidad. Poso ela mano en su mejilla, el grueso vello de la mandíbula me hace cosquillas en la apiel.

—Me pasó exactamente lo mismo que a ti. —Mi forma de ver la vida .cambió y en gran parte fue gracias a Jonah.

Gira la cara para besar la palma de mi mano.

—Estoy tan acostumbrado a que Marie sea mi confidente que no dudé en .contarle lo de esa tarde en el refugio. —Busca mis ojos—. Pero entonces dijo ólo que dijo y empecé a pensar que quizá no debería hablar con ella sobre nosotros. No porque crea que va a intentar convencerme de dejarte. Ella no ees así. Pero no debe sentarle bien escucharme hablar sobre la mujer con la equе quiero pasar el resto de mi vida.

Aprieta la mandíbula y, cuando levanta la cabeza para mirarme, veo e ?dolor, una vulnerabilidad que Jonah no suele dejar a la vista. No puedo acercarme a él todo lo que quisiera, enroscarme y trepar sobre su regazo, que atodo mi cuerpo tome la forma del suyo, que mis muslos envuelvan sus ,caderas y mis brazos abracen su cabeza y cada parte de mí esté apretada .contra él.

Agarra mi toalla y me deja desnuda sobre su cuerpo vestido. Esta vez no ahay preliminares. No hay pausas, no hay largas miradas ni sonrisas ni caricias

eNuestras bocas y manos se entrelazan en un frenético intento por tocar y lbesar cada parte del otro mientras nos abrimos paso hacia el centro de la acama.

a Jonah se quita la camisa y los pantalones con desesperación, como si no pudiera esperar ni un segundo más, y luego me aplasta con su peso y nos lfundimos en el otro. Trabo las piernas en sus caderas y me abro para él. Se echa hacia atrás lo suficiente como para mirarme desde arriba, la agonía de sus ojos me aprieta el corazón.

—No puedo perderte, Calla.

No era la única aterrada por nuestra situación; saberlo me consuela.

—No me vas a perder. Nunca. —Lo sujeto por la nuca y presiono su sboca contra la mía. Se me escapa un gemido grave cuando entra en mí. Mueve las caderas con ritmo, sin apresurarse ni detenerse. Una y otra vez, igualando el ritmo de mi corazón mientras nuestros cuerpos se hacen uno y los gemidos crecen y las bocas susurran promesas de eternidad.

a

a

l

s

a

.

Nuestras bocas y manos se entrelazan en un frenético intento por tocar y besar cada parte del otro mientras nos abrimos paso hacia el centro de la cama.

Jonah se quita la camisa y los pantalones con desesperación, como si no pudiera esperar ni un segundo más, y luego me aplasta con su peso y nos fundimos en el otro. Trabo las piernas en sus caderas y me abro para él. Se echa hacia atrás lo suficiente como para mirarme desde arriba, la agonía de sus ojos me aprieta el corazón.

—No puedo perderte, Calla.

No era la única aterrada por nuestra situación; saberlo me consuela.

—No me vas a perder. Nunca. —Lo sujeto por la nuca y presiono su boca contra la mía. Se me escapa un gemido grave cuando entra en mí. Mueve las caderas con ritmo, sin apresurarse ni detenerse. Una y otra vez, igualando el ritmo de mi corazón mientras nuestros cuerpos se hacen uno y los gemidos crecen y las bocas susurran promesas de eternidad.

Capítulo 35



—¿Lo tienes todo?

Diana se golpea los bolsillos mientras repasa mentalmente la lista de su equipaje, que Jonah ha dejado en la entrada del aeropuerto de Anchorage (una maleta llena con doce conjuntos para un viaje de cuatro días, una mochila y un maxi bolso) y asiente.

—Creo que sí. Si me he olvidado de algo, es tuyo. ¡Muy bien! ¡Ha sido un viaje maravilloso! Oh, por Dios, ¡voy a llorar! —Abre los brazos.

Tengo los ojos llenos de lágrimas mientras nos abrazamos, y no estoy segura de cuál de las dos aprieta más fuerte. Su vuelo a Toronto sale dentro de dos horas y quiero abrazarla hasta el último segundo. Me gustaría rogarle que no se vaya.

Estos últimos días han volado en una nube de risas hasta la madrugada preparativos para la boda y recorridas turísticas por algunos de los sitios que visitamos el verano pasado con mi padre. Llegamos hasta Juneau y pasamos todo el último día maravillados con los glaciares, buscando ballenas jorobadas y águilas calvas, y recorriendo las coloridas y pintorescas tiendas del centro.

Volvimos a casa ayer por la noche, con el brillo anaranjado del sol clavado en el horizonte y el alma llena con una mezcla de emociones.

Pero Diana tiene que volver a su realidad: a Aaron, a Dedos de Salchicha a las noches ruidosas en su elegante apartamento, y a prepararse para la facultad de Derecho, un proyecto que, a medida que pasen los meses, va a requerir cada vez más atención.

Y yo tengo que encontrar mi nueva realidad en este tranquilo pueblo alaskeño.

—Gracias por todo. —Se aferra a los hombros de Jonah en un fuerte abrazo y, en un susurro que alcanzo a oír, agrega—: Cuídala por nosotros.

—Siempre —responde emocionado.

Disimuladamente se limpia una lágrima de la mejilla, se cuelga la mochila del hombro, coge la maleta, nos tira un beso y cruza la puerta con la mirada atenta a los carteles.

Nos quedamos parados en la entrada mientras los coches esperan en fila para ocupar nuestro lugar. Es hora de irnos, pero no consigo que mis piernas se muevan hacia la puerta.

—Va a estar todo tan tranquilo sin ella. —Las lágrimas tibias llegan a mis labios.

Demasiado tranquilo.

—¿Quieres que conduzca? —se ofrece Jonah.

—Sí, por favor.

Pero en lugar de ir hacia el asiento del conductor, Jonah me pasa un brazo por el hombro, me aprieta contra su cuerpo y me besa la frente.

—Todo va a ir bien.

Lo miro. Lleva puesta una camiseta de algodón y unos vaqueros gastados (ya he aprendido que son sus favoritos). Desde la explosiva pelea del sábado y la épica reconciliación del domingo por la mañana, las cosas han vuelto a estar «bien». Pero ahora veo algo de preocupación en sus ojos azules. Temo que solo sea algo temporal. Que Diana no haya sido más que una tirita para los desafíos que tenemos por delante.

Y así será si lo permitimos.

Si yo lo permito.

Odio verlo así. Se supone que es el confiado y seguro de la relación. Yo soy la que no tiene las cosas claras.

Pero quizá eso es lo que tiene que cambiar.

Me hundo en él y estiro los brazos para agarrar su barbilla. Le regalo una sonrisa.

—Vamos a casa.



Pateo con el zapato la grava suelta mientras sigo a Jonah con la mirada clavada en la cadena montañosa que tenemos delante. El Denali se impone como todos los días, una silenciosa e imponente pila de rocas con nieve en la acumbre. Para mí se ha vuelto una constante, un punto de referencia, y verlo ame provoca una extraña sensación de calma que no logro explicar a pesar de la melancolía que me provoca la partida de Diana.

—¿Qué es todo esto? —Jonah se detiene y se inclina para mirar algo en el sumbral de la entrada—. Alguien ha dejado dos docenas de huevos y ¿un plato nuestro? —Lo levanta en el aire.

Miro las rosas rojas que decoran la pieza de porcelana.

—Se lo dejé a Roy la semana pasada. Le lleve magdalenas. —Eso fue el viernes pasado, antes de llevarlo al hospital, antes de la gran pelea.

—¿Le llevaste las magdalenas a él? —protesta Jonah—. Ya decía yo que adónde habían ido a parar.

—Roy debe de haberle pedido a Toby que trajera estas cosas. —¿Se supone que es una ofrenda de paz?

Jonah se da cuenta de que hay algo más.

—¿Y eso qué es?

Avanzo y veo los objetos de madera que sostiene Jonah. Uno es una amujer con el vestido flotando en el viento, el pelo atado en una trenza suelta ey las manos en la espalda sujetando un sombrero. El otro es un animal de aorejas grandes, de acabado más rústico y detalles menos definidos.

—Son las esculturas de Roy. Las hace él —murmuro mientras busco mi móvil.

Toby responde al segundo tono.

—Hola. ¿Roy te ha pedido que dejaras algo en mi puerta?

—Eh. No —me contesta.

—Te lo digo en serio.

—Yo también —me responde seco.

—¿Y tu madre?

—¿Mi madre? Nah, a menos que haya sido antes de las seis. Se ha ido a Palmer por la mañana. —No estaba aquí cuando salimos hacia el aeropuerto lo que significa que ha sido Roy quien lo ha traído—. ¿Por qué? ¿Qué pasa

¿No es un cadáver, ¿no?

Frunzo el ceño.

—No. ¿Por qué?

—Porque es Roy.

Jonah resopla.

—Sí, tienes razón.

—Ya le di tu mensaje. Que tiene que disculparse para que vuelvas.

Jonah arquea las cejas.

—¿Esperas que ese señor te pida perdón?

Me encojo de hombros. Le pregunto a Toby:

—¿Y? ¿Qué te dijo?

—Algo como «soy lo que soy» y luego sonrió y se metió dentro de casa ¿Fue extraño. Nunca lo había visto sonreír. —Hace una pausa y luego me pregunta—: ¿Qué te ha dejado?

—El plato de la semana pasada, unos huevos y dos de sus figuritas de madera. Uno es una mujer y el otro es… —Jonah me lo pasa para que pueda mirarlo de cerca—. ¿Un burro?

—¿Un burro? —repite Toby y se lo oye igual de desconcertado que yo.

Pasan unos segundos y luego Jonah echa la cabeza hacia atrás y suelta una ¿carcajada que perturba el silencio del lago.

—Soy lo que soy. —Sacude la cabeza—. El muy tonto se ha hecho a sí mismo, Calla.

—¿Qué? —Siento como se disipa la confusión cuando empiezo a entenderlo—. Así lo llamé el viernes. —Cuando fue maleducado con Toby.

—Sí, bueno, me parece que lo está admitiendo. —Jonah coloca las figuras de madera en mi palma abierta—. Y supongo que eso es lo más cercano a una disculpa que vas a recibir de parte de Roy Donovan. —Desaparece dentro de la casa, riéndose.

Estudio las figuritas. Debe de haberlas cogido de su colección. No hay forma de que haya podido tallarlas en tan poco tiempo y con un brazo roto ¿Los detalles de la mujer (hasta en la delicadeza del rostro) son ¿impresionantes. Casi etéreos. ¿Se supone que soy yo?

El burro está mucho menos pulido: la superficie es áspera y las marcas de

cincel son irregulares.

Es bastante parecido a Roy, ahora que lo pienso.

—¿Eso quiere decir que volverás a ir a su casa? —me pregunta Toby— Porque no me molesta ayudar, pero tengo bastante trabajo en el complejo.

—No lo sé —le dijo con sinceridad. Puede que esto sea lo más cerca que vaya a estar Roy de disculparse por lo que me dijo, ¿pero es suficiente?

—Te ha dado huevos —señala Toby un poco sorprendido—. No le da nada a nadie.

Sonrío y entro en casa para colocar las figuras en su propio estante de la vitrina.

cincel son irregulares.

Es bastante parecido a Roy, ahora que lo pienso.

—¿Eso quiere decir que volverás a ir a su casa? —me pregunta Toby—. Porque no me molesta ayudar, pero tengo bastante trabajo en el complejo.

—No lo sé —le dijo con sinceridad. Puede que esto sea lo más cerca que vaya a estar Roy de disculparse por lo que me dijo, ¿pero es suficiente?

—Te ha dado huevos —señala Toby un poco sorprendido—. No le da nada a nadie.

Sonrío y entro en casa para colocar las figuras en su propio estante de la vitrina.

Capítulo 36



Paro un momento para apartarme el pelo de la cara y contemplar el jardín Los tallos de las remolachas están asomando entre el suelo y dos repollos ya parecen listos para cortar. Muriel dice que deje las zanahorias en el suelo hasta otoño a menos que queramos comerlas frescas.

Delante tengo tres grandes cestas repletas de fruta. Muriel tiene otras tres Pero siento que casi no avanzamos. La culpa es del calor y de mis excelentes dotes para regar: me ha dicho que es la mejor cosecha que ha visto en años.

—Entonces, ¿cómo de difícil es conseguir una mesa en el mercado de agricultores para el viernes?

—¡Nada difícil! Llamas a la oficina y pagas el alquiler. Puedes reservar semana a semana si lo prefieres. Siempre hay sitio. De hecho, creo recordar que Laurie me dijo que había vacantes para esta semana. —Muriel pone a un metro su cojín para apoyar las rodillas y se coloca frente a otra planta— Estás siguiendo los pasos de Colette. Me alegra oírlo.

Suspiro. Es hora de decir la verdad.

—En realidad, Muriel, estoy intentando encontrar la forma de deshacerme de todo esto porque yo no me las como y no hay forma de que Jonah pueda comerse toda la mermelada en un solo invierno sin que le dé un pico de glucosa. —Aunque lo pillé comiéndose a cucharadas la tanda del año pasado, así que a lo mejor me equivoco.

Muriel se sienta sobre sus pies y me mira con el ceño fruncido.

—Son demasiadas fresas para alguien que no las come, Calla.

Resoplo.

—No me digas.

—Tendrías que haberme dicho algo.

—Podrías haberme preguntado —le digo, con delicadeza, pero lo digo.

Siento su mirada confundida sobre mí mientras busca más fresas detrás de las hojas verdes.

Se ríe.

—Colette siempre me decía que soy mitad toro.

No puedo evitar sonreír.

—Creo que me hubiese caído bien Colette.

—Sí… Era de las buenas.

Envalentonada, decido avanzar:

—Muriel, necesitamos una buena estrategia de comunicación para el carnaval de invierno si quieres que vaya bien.

—Emily está trabajando en el póster…

—¿Un póster, Muriel? No… —Sacudo la cabeza—. Eso algo para pegar en una pared. Y los folletos acaban en la basura. Si de verdad es tan importante como dices, necesitamos algo más grande.

Abre la boca (seguro que para decirme que no sé de qué estoy hablando) pero vacila.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Ese espectáculo de fuegos artificiales para el que le pediste más dinero a John? Dijiste que es el espectáculo más grande de Alaska. ¿Es verdad?

—¡Sí! —exclama, indignada, como si no tuviera ni que cuestionarlo.

—Entonces hagamos que sea el más grande de la historia de Alaska. La gente está tan orgullosa de su identidad que tenemos que darles un motivo para celebrarlo. —Abre la boca, pero la interrumpo antes de que pueda negarse o intentar disuadirme—. Puede que lleve poco tiempo viviendo aquí pero en esto sí soy buena, Muriel. Cualquiera puede organizar la carrera de contenedores. —Aprieto la mandíbula con determinación—. Si el público ha disminuido, es hora de hacer cambios. Yo puedo hacerlo. Puedo traer ideas nuevas, y puedo disuadir a la generación más joven. Además, si lo que hago no funciona, no pierdes nada. —Me encojo de hombros—. Tampoco es que me vayas a pagar.

Frunce el ceño como si lo estuviera considerando.

—Tendría que hablar con Emily. Ella se ha estado ocupando…

—Ya hablaré yo con ella. —Algo me dice que puedo encontrar una sforma más amable y creativa que Muriel—. Podemos hacerlo juntas.

—Bueno, solo me queda decir… que estoy deseando ver qué se te ocurre —Sonrío y vuelvo a mirar a la planta de fresas. Creo que yo también. Tengo un desafío, una misión, y siento que es algo para mí—. Toby me contó que has tenido problemas con Roy. ¿Discutisteis la semana pasada?

Reprimo un quejido. Esta conversación era inevitable. No sabía si iba a ser antes o después de ordenarme que trajera el arma conmigo para enseñarme a disparar.

l Con el rabillo del ojo, confirmo que el centinela silencioso está sentado entre los árboles. Oscar viene todas las mañanas, como si supiera que ese es el horario en que estoy aquí, ocupándome del jardín y el huerto.

r —Sí.

ı —¿Y no has vuelto?

—Toby me dijo que ocuparía mi lugar mientras estuviera Diana.

, —¿Diana no se marchó ayer? —me pregunta incisiva.

Sigo con otra planta. Empiezan a dolerme las rodillas. Recuerdo haber visto un cojín como el que tiene Muriel cuando limpié la casa. Ahora me arrepiento de haberlo tirado.

—Estamos resolviendo nuestras diferencias. —Con huevos y burros de madera.

a —Mmm… —Bajo la cabeza mientras sigo cortando y llenando la canasta y me preparo para un sermón sobre ayudar al prójimo, aunque sea un imbécil sin remedio—. ¿Alguna vez te he contado cómo nos ayudó Roy cuando pasó lo de mi hijo Deacon?

e Mis dedos manchados de rojo se quedan congelados sobre una fresa. En los meses que hace que conozco a Muriel me ha hablado de todo menos de su hijo desaparecido. La miro y me encuentro con sus ojos de acero.

ɔ —No, no me lo has contado.

e Vuelve a su planta.

—Cuando recibí la llamada de que no lo encontraban, subimos de inmediato a la camioneta y nos reunimos con los guardabosques. Enseguida llegaron otros. Todos parecían devastados por la situación. Fue muy

aconmovedor. Sentí el calor de la comunidad. —Sonríe con tristeza—. La búsqueda oficial duró siete días. Se concentraron mucho en el río porque era allí donde llevaban todos los rastros. La rodilla lesionada de Toby no le permitía caminar mucho, así que él y Phil buscaban desde el cielo, mientras el resto de los voluntarios peinábamos la orilla del río. Pero pasaban los días y no teníamos noticias. —Aprieta los labios con fuerza y se aclara la garganta—. Los guardabosques pararon la búsqueda después de una semana. Cada día venía menos gente. Lo entendíamos. Tenían que volver a sus vidas y las noches eran cada vez más frías. Con el tiempo, hasta Teddy me dijo que era hora de volver. Y entonces apareció Roy. —Se ríe y sacude la cabeza— Apareció con un arma y una mochila para acampar y se adentró en el bosque con la excusa de cazar a un alce.

—¿Solo?

—Roy solo hace las cosas así. Pero no. —Sonríe—. La temporada de alces ya había terminado y ni siquiera él tiene las pelotas para ir fuera de temporada. Pero es demasiado terco como para admitir que sabía que yo soy demasiado cabezota como para rendirme tan rápido, así que se inventó esta historia sabiendo perfectamente que iría con él. Así fue. Y Roy y yo nos pasamos otros nueve días ahí, él en su tienda de campaña, yo en la mía peinando el bosque en busca de mi hijo hasta que la nieve lo volvió inviable.

Intento imaginarme a Muriel y Roy juntos durante nueve días, solos, en el bosque, con armas, pero no lo consigo.

—¿No os peleasteis?

—Claro que nos peleábamos. —Se ríe—. ¿Cuándo no lo hacemos? Pero era más para pasar el rato que otra cosa. Nunca se quejó de lo que estábamos haciendo. Nunca me dijo de parar. Esperó a que yo tomara la decisión.

—Fue muy amable por su parte… —Y no tiene nada que ver con lo que conocía de Roy Donovan.

—Sí. Amable. Es una buena palabra para describirlo. ¿Quién iba a decir que Roy fuera capaz de una cosa así? —Resopla—. Es un hombre raro. No es fácil vincularse con él y menos aún quererlo. Pero sabe distinguir el bien del mal y elige el bien cuando de verdad importa.

—¿Qué pasó para que sea así?

—No sé si hay un motivo o una excusa. Supongo que siempre ha sido así pero nadie sabe mucho de Roy Donovan. Para mí sigue siendo un misterio cómo llegó a casarse comportándose cómo se comporta.

—Siempre hay un roto para un descosido —repito lo que le he escuchado decir tantas veces a Simon—. Creo que Roy tiene problemas de adicciones… —Mis palabras mueren porque dudo. ¿Estoy traicionando su confianza por hablar de esto con Muriel? ¿Va a ir corriendo a regañarlo con las manos en las caderas? ¿Me importa?

—Sí, a mí también me ha dado esa impresión. —Frunce el ceño, mira la fresa que tiene en la mano y la tira sobre la valla para que Zeke se la coma— Me dijo que tuvo algunos problemas con la policía cuando vivía en Texas. No estoy muy segura de qué ocurrió, pero valió para que su mujer hiciera las maletas, lo dejara y le dijera que nunca se acercara de nuevo.

Entonces vino a Alaska. Supongo que es lo más lejos que se podría haber ido sin dejar el país.

—¿Te contó eso?

Se ríe.

—Nueve días es mucho tiempo. Nos conocimos bastante.

—¿Sabías que también tiene una hija?

Me mira.

—Sí lo sabía. ¿Y tú cómo te has enterado?

—Vi una foto en su cabaña el día que fui a buscarle una manta. Le he preguntado sobre ello.

Resopla.

—Supongo que ese ha sido el origen de vuestra discusión.

—Sí. Una parte.

Asiente lentamente.

—Ese último día, cuando tiré la toalla y tuve que aceptar que no volvería ra ver a Deacon vivo, Roy me habló de que él tenía una hija a la que tampoco volvería a ver. —Frunce el ceño—. Creo que estaba tratando de empatizar, a su modo. Por supuesto que cometí el error de decirle que no era lo mismo. Fue su decisión alejarse de ella y, hasta donde yo sé, sigue viva. Podría verla cuando quisiera si superara sus miedos. ¿Pero yo? —Sacude la cabeza—. N

,siquiera puedo visitar la tumba de mi niño. —Se le rompe un poco la voz y
ome conmueve porque Muriel solo habla fuerte, con seguridad y firmeza—
Bueno, nunca vi a Roy tan cabreado, y eso es mucho decir. Desde entonces
etenemos un acuerdo tácito. Yo no hablo de su niña y él no habla de Deacon
eEs lo mejor, porque Dios sabe bien que, si llega a decir algo, sería capaz de
acoger el arma y dispararle ahí mismo. —Se vuelve a sentar y evalúa si los
afrutos de la planta que tiene delante están listos para cosechar—. Pensé que
podría veniros bien pasar tiempo juntos, sobre todo por lo que me contaste
ade tu padre, que estuvisteis distanciados, pero luego os reconciliasteis. Creía
.que, si por algún motivo se lo mencionabas, le podía dar alguna buena idea a
.ese viejo gruñón. Tal vez así se daba cuenta de que nunca es demasiado tarde
s —Entonces sí que había una razón para tu locura —murmuro más para
mí misma que para ella.
r —Todos necesitan querer a alguien. Hasta ese viejo loco. —Entrecierra
los ojos para ver algo a lo lejos—. ¿Esperas a alguien?

—¿No? —Sigo su mirada y veo un pequeño avión que desciende sobre
nuestra pista. Había escuchado el rugido del motor, pero lo he ignorado
porque ya estoy acostumbrada.

—Es propiedad privada. Los pilotos no pueden aterrizar cuando les dé la
gana. ¡Tienen que avisar! —Parece ofendida.

—A lo mejor es una emergencia. —Y no hay nadie a quien avisar. Yo
eestoy aquí fuera.

Cuando no hay dudas de que el avión va a aterrizar en nuestra pista, voy a
buscar el quad.



a
oSiento una oleada de entusiasmo cuando veo el pelo rubio de Bobbie y me
adoy cuenta de que es el avión de George por las franjas azules y verdes que
.atraviesan el fuselaje.
a Pero lo que me pone feliz y hace que corra es la pequeña figura que
iaparece en el asiento trasero.

—¡No sabía que vendrías hoy! —Envuelvo a Agnes con mis brazos. Hacía meses que no la veía. Hemos intentado organizar una visita varias veces, pero, entre el trabajo, las clases y el clima, nunca lo conseguimos.

Me devuelve el abrazo con ferocidad.

—¿Jonah no te ha dicho nada?

—Qué va. —Saludo a Bobbie con un abrazo también.

Agnes sonríe y se le arrugan los ojos por los lados.

—George y Bobbie iban a ir a la cabaña, así que nos han dejado de paso. Estábamos pensando en quedarnos un tiempo, si te parece bien.

—¡Sí, por supuesto! —Me giro y veo a una Mabel mucho más alta rodeando el avión con una mochila colgada del hombro. George avanza tras ella—. ¡Madre mía! ¡Cuánto has crecido! —Solo han pasado cuatro meses, pero ha cambiado considerablemente: tiene las caderas más anchas, los pantalones cortos le quedan mejor, las piernas más musculosas y tiene el rostro más estilizado. Pero el mayor cambio es el pelo. Se lo ha cortado a la altura de la mandíbula, parece más mayor.

—Te estuvimos llamando por tu cumpleaños, pero siempre nos mandaba al buzón de voz. —Mabel sonríe. No es la sonrisa amplia y llena de dientes que recordaba, pero es una sonrisa.

Avanzo hacia ella para darle un fuerte abrazo.

—Doy por hecho que conoces a esta gente —me dice Muriel mientras se acerca dando pasos lentos y pesados.

—Sí. —Me río y las presento.

—¡Bueno, llegáis justo a tiempo! —Muriel estudia a Mabel con interés—. Tenemos una planta llena de fresas que cosechar.



Salgo del porche con dos lattes en las manos.

—Qué lujo. —Agnes acepta una taza y me da las gracias—. Acabas de perderte a un zorro. Se ha ido por allí. —Señala a nuestra derecha, hacia el cobertizo de madera que usamos para guardar leña.

—Sí, viene todas las noches a esta misma hora. Creo que Phil le daba de comer. —Antes me asustaba, pero ya me he acostumbrado. Le he hecho algunas fotos incluso. El alce sí que lleva meses sin venir. Empiezo a pensar que no tiene tanto que ver con los aviones como con Oscar.

Agnes suspira y le da un sorbo con sus ojos negros fijos en el lago donde Jonah y Mabel flotan dentro de nuestro bote. Jonah ha vuelto pronto de trabajo, bastante antes de la hora de cenar. Llevan una hora pescando y disfrutando de un momento a solas mientras el sol acaricia la cara oeste de Denali con la última luz del día.

Verlos me transporta a ese día que pasé con mi padre en un lago perdido los cuatro atentos a nuestras cañas de pescar, uno en cada punta del bote Mabel confundiendo la corriente con peces, Jonah retándome por quejarme mi padre riéndose de todos. Ese día no pesqué nada y las horas me resultaron largas y tediosas, pero daría cualquier cosa por volver a ese momento, aunque solo sea por unos segundos.

—Tenéis algo bueno aquí, Calla.

La mirada de Agnes viaja a mi cuello y me doy cuenta de que he estado jugueteando con el colgante. Lo acaricio.

—¿Cuándo decidisteis venir? ¿Después de que Jonah te llamara el sábado por la noche? —¿Está tan preocupada por nosotros que se ha pedido unos días en el trabajo para poder venir?

Vuelve a mirar el lago y sonríe.

—Esta visita era necesaria. Para todos.

Eso no responde a mi pregunta, pero no insisto porque no importa cuál es la razón que ha traído a Agnes hasta aquí. Ha venido y ha traído con ella una sensación inexplicablemente reconfortante.

—Hay días difíciles —admito en un susurro y me apoyo en la columna del porche.

—Siempre hay días difíciles.

—Lo sé. —Miro a Jonah colocarse la gorra de béisbol—. Pero supongo que esperaba que llegaran todos juntos en invierno. —De eso hablaban todos: las largas, frías y oscuras noches que se extienden hasta el infinito—. Y ahora Jonah se pasa el día combatiendo incendios y yo intento apoyarlo. Pero

esiento que siempre estoy preocupada. Por todo.

o —Siempre vas a estar preocupada por él, sin importar qué pase. Yo rsiempre me voy a preocupar por él. Es lo que pasa cuando quieres a alguien —Suspira—. Me parece que todavía no acaba de saber qué quiere. —Se estira para darme unos golpecitos en el brazo en un gesto cariñoso—. Pronto ltú también sabrás qué quieres. Tengo fe.

y La risa grave y estruendosa de Jonah llega clara desde el lago.

l Sacudo la cabeza.

—Es tan ruidoso.

: —Jonah siempre ha sido ruidoso. —Sus ojos oscuros se dirigen al lago .hacia los árboles y las imperturbables montañas—. Pero, no, lo que pasa es ,que aquí hay mucho silencio. Paz —se corrige rápidamente—. Tu propio ıpedacito de cielo.

e Recuerdo a Diana en la mecedora que está a nuestras espaldas, con el pijama y una copa de vino en la mano, totalmente maravillada por el paisaje y la calma.

o —Creo que me gusta mucho más cuando lo comparto.

—Cuenta con nosotras. —Entierra la sonrisa en la taza.

o —¿Por qué no os mudáis? Veniros a vivir con nosotros. —Es una sinvitación impulsiva, para nada meditada, pero en cuanto se me escapan las palabras, sé que lo digo en serio. La idea de tener cerca a Agnes me llena el corazón. Es una parte de lo que conocí de mi padre.

—Una pareja joven necesita su espacio, Calla.

l Pienso en la noche anterior (los golpes rítmicos del respaldo contra la ıpared, los gemidos de Jonah) y me ruborizo. Tener invitados siempre puede llegar a ser un problema, en especial en una casa tan pequeña.

a —Podrías construirte tu propia cabaña.

—Mi propia cabaña. —Se ríe y sacude la cabeza como si fuera una idea descabellada.

o Contemplo la otra orilla de nuestro gran lago privado.

ı —Hay una cabaña vieja en la otra orilla. Es de los años sesenta. —Señalo Zen general porque no estoy segura de dónde está exactamente. Entrecierra los oojos mientras busca entre los árboles del otro lado—. No se ve. La tapa la

vegetación, es una cabaña vieja y llena de humedad, y diminuta. Diana dic
que debería repararla y alquilarla para los turistas. —Sobre todo parejas qu
quieran hacer una escapada romántica. No sé si es posible dado el estado e
el que está, pero no he podido dejar de pensar en eso desde que lo sugirió
Sería bonito tener señales de vida alrededor.

—¿Cómo la encontraste?

—Me llevó Muriel.

—Ah sí… —Frunce el ceño—. Una mujer con mucha energía.

Resoplo.

—Es una forma de decirlo. —Cuando terminé de enseñarles la casa
Agnes, George y Bobbie y salimos al jardín, Mabel ya tenía los dedo
manchados. George y Bobbie siguieron su viaje y nosotras nos pasamos l
tarde en la cocina, llenando docenas de frascos con la famosa receta d
lmermelada de fresa de Colette, siguiendo paso a paso las instrucciones d
yMuriel—. En fin, ella me la enseñó un día. Está bastante bien por lo antigu
que es.

Agnes asiente lentamente.

—Parece que os está cuidando bien.

—Me regaló un arma para mi cumpleaños.

—Jonah me lo contó. —A Agnes le brillan los ojos—. ¿Ya has aprendid
la disparar?

—No. Pero debería —admito, aunque me cueste.

—Sería lo más inteligente si vas a vivir en un sitio como este —concuerd
—. Y a mí también me parece que alquilar la cabaña es una buena idea. Esto
segura de que mucha gente podría disfrutarla durante todo el año. —Mabe
lanza un chillido agudo y grita «¡No!»—. Hacía mucho que no escuchaba eso
—Agnes sonríe, pero noto que se le llenan los ojos de lágrimas cuand
menciona a su hija.

—Mabel está cambiando, ¿verdad?

Agnes abre la boca, pero duda durante un largo rato.

—Hace unas semanas murió un amigo suyo. Era de una aldea cercana.

—¿Cómo…?

—Se suicidó. —Se me cierra el estómago—. Era un poco más mayor qu

ella. Tenía quince años.

—¿Era un amigo o…?

Me mira.

—Creo que era algo más, pero no me lo ha contado. Sabe que no quiero que salga con nadie. Es muy pequeña aún.

—¿Cómo lo lleva?

—Le está costando. Pasa bastante, sobre todo en las aldeas. Demasiado diría. La gente está aislada, no hay muchas opciones. Recurren al alcohol para encontrar respuestas, aunque no se vende de manera legal en ningún lado. —Sacude la cabeza—. Este chico tenía problemas con la bebida y creo que ella bebía con él. He visto algunas señales y comportamientos en los últimos meses… —Sus palabras mueren.

¿Mabel? ¿Cómo ha podido cambiar tanto en un año la inquieta e inocente niña de doce años que perseguía pollos y me llevó a recoger arándanos?

El silencio del porche se ha convertido en desconcierto.

—Nos lo tendrías que haber contado, Agnes —la regaño.

—No quería preocuparos. Tú ya tienes suficiente con esto. Y Jonah bueno, no creo que sea lo más prudente. A veces no es el más indicado para decir las cosas.

—Sí. Lo entiendo. —Es probable que le grite, ¿y qué va a ganar de esa forma con una adolescente rebelde de trece años? Observo atentamente a Agnes. Tenía la sospecha de que me estaba endulzando las cosas. Lo he anotado en las llamadas cuando, con delicadeza, desviaba la conversación para no hablar de Aro, del nuevo inquilino de la casa de mi padre, de las dificultades de criar a una adolescente sola. Siempre hablábamos de nosotros, nunca de ella. Tendría que haber insistido más, pero yo también estaba muy concentrada en nosotros—. ¿Eres feliz? —Creo que nunca se lo he preguntado.

—Yo… —Frunce el ceño—. Todavía nos estamos acostumbrando. Sin Wren y sin Jonah la vida ya no parece tan viva. —Sonríe con dulzura—. Pero creo que este viaje nos va a hacer bien a todos. —Mira las dos figuras en el lago—. Siento que mi familia se ha vuelto a reunir.

Familia.

Sí. Eso es.

Sí. Eso es.

Capítulo 37



Cuando aparco en casa de Roy la noche siguiente, Oscar y Gus vienen hacia mí ladrando entusiasmados, me huelen la pierna y salen disparados a sus puestos de centinelas. La puerta del granero está abierta y se oyen los gritos de las cabras dentro.

Han pasado dos días desde su «disculpa». No estoy segura de qué hago aquí esta noche. Solo sé que me he pasado la tarde mirando el reloj y repitiendo en mi mente las palabras de Muriel mientras valoraba mis opciones.

Y ahora estoy aquí.

Pero en lugar de buscar a Roy, voy hacia el gallinero, arrastrando la manguera. Alguien ha limpiado el excremento y reemplazado el serrín. Quisiera creer que ha sido Toby, pero, si hay una persona tan terca como para hacer una cosa así con varios huesos rotos, ese es Roy.

Me pongo a trabajar. Limpio y relleno los comederos mientras apuesto conmigo misma cuántos huevos encontraré.

Noto unos ojos sobre mí. Cuando miro, Roy está quieto en la entrada del granero, con un rastrillo en la mano sana. Su rostro sigue magullado, pero el moratón se ha aclarado un poco y ahora se mezcla con rastros de verde y amarillo.

—Toby me ha dicho que te has comprado una camioneta nueva —exclama con la voz tan ronca como siempre.

—Sí. Un Jeep.

—¿Por qué no lo has traído?

—No quiero rayarle la pintura.

Murmura algo, pero no dice nada más. Desaparece dentro del granero.

Acabo de alimentar e hidratar a las aves y voy hacia la casa de Roy para dejar los huevos que he cogido (¡seis!) junto con un plato de pollo al horno hecho por Agnes, fresas que ella misma ha cosechado y la última rebanada de mi pastel de cumpleaños.

Roy está cargando un cubo de leche cuando salgo. Ha cerrado la puerta del granero. Parece que está todo listo.

Voy hacia mi camioneta.

—Tengo que ir a vender millones de fresas al mercado de agricultores mañana por la tarde, así que vendrá Toby a ayudarte. —He conseguido una mesa esta mañana. Agnes y Mabel se apuntaron enseguida para ayudarme.

Frunce el ceño y mueve la boca como si estuviera pensando qué decir antes de dejar salir las palabras.

—¿Vendrás por la mañana?

Acaricio la cabeza de Oscar.

—Sí. Aquí estaré. —Mabel duerme hasta las diez y Agnes no tiene problemas para entretenerse sola, aunque me dijo algo sobre que tenía ganas de conocer a Roy Donovan. Hago una pausa—. Por cierto, nos han venido a ver unos familiares y se quedarán hasta la semana que viene. Si alguna llega a estar tan loca como para acompañarme, más te vale que te comportes —le advierto mirándolo fijamente—. ¿Porque sabes qué pasará si eres grosero con ellas? No tendrás suficientes huevos ni burros de madera. —Me subo al asiento del conductor.

—¿Qué ha sido lo que te ha hecho volver, niña? —me pregunta con la cabeza inclinada por la curiosidad.

¿Qué ha sido?

¿La pena que siento por el viejo cascarrabias que espanta a todos los que se acercan demasiado?

¿O la curiosidad que me genera un hombre que pasó nueve días en el bosque haciéndole compañía a Muriel mientras caía en la cuenta de que su hijo no volvería?

O quizá dice más de mí que de él.

De mí, que siento que le gusta tenerme cerca más de lo que confiesa.

De mí, que veo a Roy como otro gran desafío a superar en esta vida de

aislamiento.

De mí, que siento que si puedo ganarme a este hombre que me recuerda que nunca me adaptaré, entonces quizá sí me adapte.

Tal vez todo eso sea cierto. Lo que sé es que he sentido el impulso de avenir.

—Será que estoy muy aburrida. —Con eso, enciendo el motor y me marcho; la camioneta se hunde y rebota en los baches.

Llego a ver a Roy mirándome por el espejo retrovisor.

Y podría jurar que está sonriendo.



—¿Para qué es esto? —Miro la caja de madera llena de figuras de madera que está en el porche a la mañana siguiente. A su lado están los platos que le dejé ayer por la noche con comida, limpios y secos.

—Me dijiste que ibas a ir hoy al mercado de agricultores, ¿no?

—Sí —susurro.

—¿Y crees que alguien querrá comprar estas cosas?

—Sí. —Aunque no estoy segura de que un mercado de agricultores sea el lugar idóneo.

Frunce el ceño.

—Voy a pasar mínimo otro mes sin poder construir nada. Necesito el dinero.

Roy me está pidiendo ayuda. Y, por como aprieta la mandíbula, le está recostando.

—¿A cuánto los vendo? —le pregunto seria.

Llego a percibir que se le escapa un suspiro inaudible.

—Como tú veas. —Se da la vuelta y avanza hacia el granero.

Cojo una figura, luego otra, y no puedo dejar de sorprenderme por el nivel de detalle.

—¿Al menos las has firmado? —le pregunto mientras doy la vuelta a una.

—¿Firmarlas? —Se detiene y su rostro se transforma—. ¿Por qué rayos

haría una cosa así?

—¡Porque son obras de arte!

—No son arte. Solo es madera —murmura, como si fuese una idea espantosa.

Pongo los ojos en blanco.

—Deberían estar firmadas.

—¡Entonces fírmalas!

—¿Quieres que yo las firme?

—No me importa quién las firme, pero yo no voy a firmar una mierda —Desaparece dentro del granero.



—Espera aquí, ¿vale?

—Sí, claro. —Los ojos curiosos de Mabel recorren la propiedad de Roy —. ¿Dónde está Oscar?

El perro estaba en su lugar habitual para saludarnos esta mañana, cuando fuimos al huerto. Cuando Mabel entendió que no iba a atacarnos, primero se interesó y luego se enamoró.

—No lo sé. No he visto a ninguno de los dos. Ahora vuelvo. —Cojo la caja de madera que dejé entre nuestros asientos y la llevo hacia el porche de Roy. Pensaba dejarla allí para que la encuentre por la mañana, pero ahora que estoy aquí, siento la necesidad de llamar a la puerta. Unos segundos más tarde, la puerta se abre y veo a Roy con su pijama y el ceño fruncido—. Lo siento. No me he dado cuenta de que era tan… ¿tarde? —Solo son las ocho. El sol no está ni cerca de esconderse y seguirá así durante unas horas más— Acabamos de volver del mercado de agricultores. —No puedo ocultar la sonrisa mientras busco el sobre con el dinero y se lo tiendo—. Las vendimos todas excepto dos.

Roy levanta las cejas mientras cuenta los billetes de veinte con el pulgar.

—Ah… Tenías razón.

—Si quieres, puedo llevar más la semana que viene. Todavía tengo fresas

de las que deshacerme. —Y Roy tienen cientos de estos para vender Después de un momento, asiente con los ojos clavados en el dinero—. Vale amuy bien, ¿te lo dejo en la encimera? —Paso a su lado para dejar la caja junto al frasco lleno de pastillas—. Por cierto, ¿dónde están los perros?

—Seguro que están cazando conejos. Volverán pronto.

—Adorables. —Me estremezco intentando no imaginarme cómo puede quedar ese pobre animal—. He dejado a Mabel en la camioneta, así que tengo que irme… —Mis palabras mueren cuando veo que el portarretrato de Roy y .su familia ha vuelto a su lugar, en el baúl junto a la ventana. No estaba allí ayer por la noche. Miro a Roy y veo que él también me está mirando con el rostro tenso. Desafiándome a que diga algo. Pero no voy a cometer el mismo error—. Bueno, nos vemos por la mañana. —Voy hacia la puerta y veo el rifle apoyado en la pared. Muy sutil, Roy. Sacudo la cabeza.

—Se llama Delyla. —Me detengo. El nombre pronunciado en el silencio de esta casa es ensordecedor—. Tiene unos años más que tú. Creo que ytreinta y cuatro. Tal vez treinta y cinco. —Agacha la cabeza—. Ya ni me acuerdo. Ha pasado mucho tiempo.

› —Es un nombre muy bonito. —El pulso me retumba en los oídos y esiento el impulso irrefrenable de preguntarle qué ocurrió, pero me muerdo la lengua—. Buenas noches, Roy. —Contengo la respiración hasta cruzar la apuerta y luego suelto un suspiro largo y tembloroso. Una sonrisa aparece en emis labios.

e Mabel tiene la cabeza baja, los auriculares puestos y está centrada en el smóvil. Como parece estar siempre últimamente.

› Bajo las escaleras saltando un poco mientras miro a mi alrededor: la gran .pila de leña, el gallinero, las camionetas oxidadas, las bombas de agua y los .tanques de propano, el oso pardo delante del granero…

a De inmediato, todos los músculos de mi cuerpo se tensan, excepto el que scontrola la mandíbula. Abro la boca para gritar.

No sale ningún sonido.

«No grites», recuerdo, apretando los labios con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Miro con pánico a Mabel, que justo levanta la vista y ve smi cara. Frunce el ceño, confundida.

—Oso. —Es casi un susurro.

Debe de haberme leído los labios porque sus ojos empiezan a buscar desesperados y lo encuentran a los pocos segundos.

El oso lanza un rugido grave que hace que se me ponga la piel de gallina Golpea el suelo con la pata en señal de advertencia. Está demasiado cerca.

Yo estoy demasiado cerca.

—¿Calla…? —pregunta Mabel alarmada mientras se quita los auriculares.

—Cierra la ventana y quédate ahí —le advierto con un tono extraño para mí. Caminar hacia la camioneta implicaría acercarme, así que retrocedo poco la poco, hacia la casa de Roy, esperando que no sea demasiado tarde, que yo no esté demasiado cerca.

Me tropiezo al intentar subir los escalones marcha atrás con las piernas temblorosas y el oso avanza con determinación hacia mí.

Se me corta la respiración y una fría calma se apodera de mí mientras se emueve. Esto es todo.

Un bocinazo corta el aire una, dos y tres veces. Mabel golpea el volante con todas sus fuerzas en un intento desesperado por distraerlo. Parece que yfunciona porque hace que el oso mire a la camioneta y dé unos pasos hacia el origen de ese sonido amenazante.

Uso ese tiempo para recuperar el control de mis piernas y subir la escalera na toda prisa.

La puerta de Roy se abre.

—¿Qué narices suce…? —Debe de ver el terror en mi rostro porque entra y coge el arma—. Ha vuelto, ¿verdad? —Sale al porche, parece más nfastidiado que otra cosa—. Ponte detrás de mí. —Hago lo que me dice sin scuestionarlo mientras mira a su alrededor para localizar al oso—. Ya le he dado suficientes oportunidades. —Entonces, una ráfaga de ladridos salvajes irrumpe desde algún sitio entre los árboles y crece a medida que Oscar y Gus avanzan—. ¡Eeeeey! —grita Roy, pero los perros no lo escuchan. El oso es más grande que los perros y, sin embargo, logran arrinconarlo en la puerta del granero, mostrándole los dientes con gruñidos amenazantes. El oso ruge y agita las afiladas garras en el aire, los perros se empequeñecen y se alejan de su alcance. Es cuestión de tiempo hasta que el oso se dé cuenta de que tiene

las de ganar. Roy debe de estar pensando lo mismo—. Va a matar a alguno rTal vez a los dos —me dice con seguridad—. Ven aquí. —Doy un paso hacia delante sin pensarlo—. Coge esto. —Me pone el arma en las manos.

. Le hago caso en piloto automático mientras me coloca las manos con brusquedad y pone la correa sobre mi hombro.

Por primera vez entiendo sus intenciones.

—Nunca he disparado un arma, Roy —admito con la voz temblorosa.

a —Es fácil. Apuntas, aprietas el gatillo y ves los resultados. E intenta no odarle a los perros. —Vacilo, luchando por procesar el peso y la extrañeza que ome provoca, miro el enorme cuerpo del oso y me arrepiento de no haber escuchado el consejo de Muriel de aprender a disparar—. Vamos, niña. Antes sde que atrape a alguno —insiste Roy. Se escucha un fuerte aullido y Gus se aleja. La sangre que brota de su costado brilla entre el pelaje oscuro. Con él esometido, el oso se gira hacia Oscar y avanza. Oscar se tropieza y cae al suelo —. ¡Ahora, Calla! —exclama Roy.

e Controlo mi mano temblorosa y aprieto el gatillo.

e

l



a

—Uno… Dos… Tres. —Toby, Teddy y Jonah meten el cadáver en la parte trasera de la camioneta de Toby entre un coro de quejidos y gemidos.

e —Mierda, esta cosa debe pesar ciento cuarenta kilos —comenta Jonah smirando el oso inmóvil.

a Me estremezco y me doy la vuelta. El dolor del hombro irradia desde los emúsculos y los huesos en el sitio en que recibí el impacto del arma al disparar sTodo pasó muy rápido. En un momento el oso estaba amenazando a Oscar y sal siguiente estaba tendido en el suelo, dando sus últimos aullidos antes de smorir. De algún modo, por pura suerte y quizá un poco de intervención adivina, la bala le dio detrás de las patas delanteras, atravesó el pelaje y la carne ey llegó hasta el corazón.

e Parece un disparo letal imposible para una chica que nunca había edisparado un arma. Toby se rasca la cabeza y Muriel asiente, impresionada.

—¿Estás seguro de que no quieres la carne, Roy? —pregunta Muriel.

Él hace una mueca.

—Seguro que está lleno de parásitos.

Muriel me mira y sacude la cabeza.

—¿Quieres que lo reporte yo o vienes a casa a usar el teléfono?

—No reportaré una mierda.

Las manos de Muriel van hacia sus grandes caderas como si hubiese estado esperando esta discusión.

—Venga, Roy, sabes que tienes que reportarlo.

—¿Para que venga alguien a hurgar entre mis cosas y darme problemas? ¡Ni muerto!

Miro hacia el granero, donde Marie trabaja en un Gus sedado, limpiando y cosiendo su herida, y Agnes y Mabel miran y ayudan. Cerca, Oscar camina con tres piernas. Por suerte solo tiene unos arañazos.

¿Qué harán los guardabosques si los encuentran aquí?

—Muy bien. —Teddy se ríe y avanza para poner una mano sobre el hombro de Muriel, con la intención de disuadir el conflicto a punto de estallar—. Te tendremos lista la piel y el cráneo en unas horas para que hagas lo que quieras con ello, ¿vale, Roy?

Roy gruñe y su mirada severa recorre los vehículos por milésima vez. ¿Los estará contando? Hay cinco en total, incluyendo mi Jeep, al que se subieron Jonah y Agnes cuando Mabel los llamó para contarles lo que había pasado. ¿Alguna vez habrá tenido tanta gente en su propiedad al mismo tiempo? Lo dudo. Parece indignado.

—Buen trabajo, Calla —exclama Muriel y luego se sube a la camioneta de Toby. El motor se queja, pero se enciende, y entonces los McGivneys avanzan por el estrecho sendero con el cadáver rebotando en la parte de atrás.

Jonah mira por encima del hombro a Marie, que se está quitando los guantes de látex y está guardando sus cosas después de haber terminado la sutura.

—Nosotros también deberíamos irnos.

Siento las piernas flojas cuando doy un paso hacia delante, como si no

fueran capaces de sostenerme.

Jonah ayuda a Marie a llevar a Gus al porche, con una sábana para que se despierte de la sedación allí, mientras Agnes y Mabel lo guardan todo en su camioneta. Le damos las gracias por venir (hasta Roy lo reconoce) y se va.

—Tienes una casa muy bonita, Roy —dice Agnes con esa dulce sonrisa que hace que le creas, aunque no esté diciendo la verdad—. Quitando a los eosos. Vamos, Mabel. —Llevarán mi Jeep a casa y nos dejan a Jonah y a mí solos con Roy.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que posiblemente pasaría años sin ver un ?oso? —Hago una mueca de dolor mientras muevo el brazo.

Jonah sonríe y me abrazo contra su costado.

› —Sí, no vas a dejar de recordármelo, ¿verdad?

ı Lo fulmino con la mirada.

—Ponte hielo en el hombro. Estarás bien en unos días —me dice Roy desde el porche. Hace una pausa para pensar—. A menos que quieras lanalgésicos.

ɛ —He oído que son adictivos.

s Resopla y levanta una comisura.

Una expresión de curiosidad se apodera del rostro de Jonah mientras .vamos hacia la camioneta, hay algo que no entiende.

ɛ Me doy cuenta de que tengo un chiste privado con Roy.

ı El porche cruje cuando Roy se mueve con el rifle bien sujeto en una ɔmano. Sigue en pijama.

—Vete a casa, chica. Estás fatal.

ɛ —Creo que voy a vomitar. —Estoy nauseabunda desde que me bajó la sadrenalina. Hoy he matado algo y, lo que es peor, no sé si me siento culpable ɛo no. Sé que me sentiría peor si le hubiera pasado algo a Oscar, Gus o Mabel.

O a Roy.

s —No tenías otra opción. ¿Crees que no podía oler a la niñita sentada en ıla camioneta? Vino a buscar algo para comer. —Señala con la mano el sitio en el que el oso cayó. Solo queda un charco de sangre. Roy tiene razón. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo cerca que estaba el oso. Y ella no tenía ɔni idea. El oso podría haber pasado junto a su ventana abierta. Podría haber

intentado entrar… Me invade una oleada de terror mientras mi memoria evuelve a reproducir ese rugido grave y poderoso—. No se puede tener osos acomo ese merodeando. Es solo cuestión de tiempo que pase algo malo Apuesto a que lo sorprendiste. Las cosas podrían haber sido diferentes. — aArruga el entrecejo como si estuviera sopesando otros escenarios. Cuando ve sque lo estoy mirando, ablanda la expresión—. Y yo tendría que hacer mucho ímás papeleo, y eso sí que hubiera sido un fastidio.

No puedo evitar reír.

a —Sí, un verdadero inconveniente.

Curva los labios.

—Sí, eso mismo. Vete a descansar. —Se gira hacia su puerta.

—Por cierto, ¡firmé las figuras! —exclamo.

Se detiene.

y —¿Le has puesto mi nombre a esas cosas? —No llego a distinguir si esta senfadado o no.

—No exactamente. Nos vemos mañana.

Después de unos segundos, se mete en casa y cierra la puerta despacio.

Por instinto, espero unos segundos, conteniendo la respiración mientras smiro por la ventana que da a su cocina. Roy coge una de las dos piezas que han quedado en la caja de madera y entrecierra los ojos para ver la inscripción en la base.

a Una carcajada irrumpe en la quietud de la noche.

Me pongo triste cuando Jonah enciende el motor y dejo de escucharla.

a

e

.

a

o

a

a

r

intentado entrar… Me invade una oleada de terror mientras mi memoria vuelve a reproducir ese rugido grave y poderoso—. No se puede tener osos como ese merodeando. Es solo cuestión de tiempo que pase algo malo. Apuesto a que lo sorprendiste. Las cosas podrían haber sido diferentes. —Arruga el entrecejo como si estuviera sopesando otros escenarios. Cuando ve que lo estoy mirando, ablanda la expresión—. Y yo tendría que hacer mucho más papeleo, y eso sí que hubiera sido un fastidio.

No puedo evitar reír.

—Sí, un verdadero inconveniente.

Curva los labios.

—Sí, eso mismo. Vete a descansar. —Se gira hacia su puerta.

—Por cierto, ¡firmé las figuras! —exclamo.

Se detiene.

—¿Le has puesto mi nombre a esas cosas? —No llego a distinguir si está enfadado o no.

—No exactamente. Nos vemos mañana.

Después de unos segundos, se mete en casa y cierra la puerta despacio.

Por instinto, espero unos segundos, conteniendo la respiración mientras miro por la ventana que da a su cocina. Roy coge una de las dos piezas que han quedado en la caja de madera y entrecierra los ojos para ver la inscripción en la base.

Una carcajada irrumpe en la quietud de la noche.

Me pongo triste cuando Jonah enciende el motor y dejo de escucharla.

Capítulo 38



AGOSTO

Cuando llego a casa, la ducha está encendida. Subo la escalera.

—¡Hola! —exclamo mientras entro en el baño. Bajo la tapa del retrete para sentarme a contemplar a Jonah con la cabeza llena de champú—. Has llegado pronto. —Apenas son las tres y, aunque Jonah ha estado trabajando menos las últimas semanas, es una jornada inusualmente corta.

—He estado en el norte. Hay un incendio en el kilómetro noventa y uno.

—He escuchado que han tenido que cerrar la autopista. —Parece que todo el tiempo surgen nuevos focos a nuestro alrededor—. ¿Cómo de grave es? —Estamos a pocos kilómetros de ese lugar.

—Han logrado contener cerca de un setenta por ciento.

Suspiro aliviada.

—Bien.

—Dicen que va a llover hoy y mañana.

—¡Oh! ¿Entonces no vas a poder volar?

—¿Puedes intentar no sonar tan contenta? —Su tono irónico me hace reír. Es cierto que el pronóstico de lluvia me alegra, no solo por tener a Jonah para mí, sino también por el huerto. No está lloviendo lo suficiente. Me paso varias horas al día regando. Cuando no tengo otra cosa para hacer, me resulta terapéutico, pero si no, es un fastidio—. ¿Cómo ha ido tu día?

—Bien. —Examino mis uñas. Están cortas y sin pintar, pero más sanas que nunca después de estar varios meses sin ponerme las postizas—. He llevado las piezas de Roy a la galería de arte de Anchorage. —Las más elaboradas eran demasiado bonitas para el mercado de agricultores de Trapper's Crossing, donde he vendido varias docenas a lo largo de los

últimos meses. Empecé a disfrutar al ver la sorpresa en su rostro cada vez que llegaba con un sobre lleno de dinero, como si no pudiera creer que la gente valorara sus creaciones. Hasta se ha ofrecido a pagar la mitad de la mesa ahora que no estoy vendiendo fresas—. Las aceptaron en consignación. Cree que puede venderlas a una cantidad decente.

Cierra el grifo. Jonah abre la cortina de golpe y agarra la toalla que está en el gancho.

Se me hace la boca agua mientras lo veo secarse el cuerpo.

Sale y se acerca a besarme antes de devolver la toalla a su lugar y camina hacia el dormitorio.

—¿Ese cascarrabias tiene idea de todo lo que estás haciendo por él?

Sigo disfrutando del sublime paisaje de su espalda mientras revuelve en los cajones del armario para encontrar ropa interior. Las cosas con Roy son más que tolerables. Voy por la mañana y por la noche. Trabajamos juntos y completamos las tareas del día. Charlamos poco, pero el permanente fastidio parece haberse evaporado. Quizá sea porque se siente mejor (la hinchazón y los magullones han desaparecido y creo que ya han soldado las costillas y la clavícula), pero me gusta pensar que es otra cosa.

Me gusta pensar que a Roy le agrada mi compañía.

Levanto la vista y veo a Jonah sonriendo porque me ha pillado admirando la parte baja de su cuerpo.

—No tiene por qué saberlo.

Jonah lanza una carcajada mientras se sube la ropa interior por sus piernas musculosas.

—Mark Sheppard me ha preguntado si podría llevarlo a su cabaña de Murder Lake.

—Rellena el itinerario —le advierto.

Se ríe.

—Sí, sí. No es lejos. En realidad, iba a preguntarte si querías venir.

—Por muy divertido que suene ir a un sitio que se llama Murder Lake y que me hablen hasta matarme… —Mark habla por los codos. Una vez llamé a su oficina para arreglar unos temas de facturación y estuve cuarenta y cinco minutos intentando recuperar mi libertad—. He quedado con Emily dentro

zde una hora para preparar la reunión de la semana que viene y luego voy a
acasa de Roy.

a Estaba nerviosa por enseñarle mis ideas a Emily dado lo poco que hemos
.hablado en general. Pero está cada vez más suelta. Sigue siendo muy callada
pero es muy buena con el dibujo y la fotografía, y está dispuesta a ayudarme a
apensar en una campaña divertida y original para redes sociales.

—¿No se había curado ya?

—Le quitan la escayola la semana que viene.

r Jonah se pone los vaqueros.

—Hoy he hablado con mi madre. Le he dicho que pasaríamos la Navidad
en Alaska.

a —¿Qué te ha dicho? —Hace años que Jonah no ve a su madre.

a Suspira.

y —Quieren venir.

o —Oh, Dios mío, va a pasar. —Una semana con la madre de mi novio (a
yquien no conozco) y un padrastro al que Jonah no soporta. Súmale a eso m
apadrastro psicoanalista y una madre que se altera por detalles ínfimos y tiene
la receta para el desastre.

—¿Eh?

o Hago a un lado mis preocupaciones.

—¡Es genial! Entonces… Tendremos la casa llena. —Necesitamos ya una
mesa de comedor.

s —Sí —resopla—. Nuestros padres y Aggie y Mabel. ¿Cómo diablos
vamos a meter a todos en casa?

e —¿También vendrán Agnes y Mabel?

—Por supuesto que sí. Si las cosas salen como quiero, para esa fecha ya
estarán viviendo aquí. —Sacude la cabeza—. Quizá podemos llevar a mamá y
al imbécil a un hotel.

—No podemos dejarlos pasar Navidad en un hotel después de haber
yvolado desde Oslo.

é —Bueno. Quizá nosotros podemos quedarnos en un hotel —murmura
omientras se abrocha el cinturón—. Me pregunto cuánto costaran unas
ocabañas como las de los McGivney. Podríamos construir una para que pasen

ıla semana allí. Tenemos terreno suficiente.

Lo miro sacar una camiseta de otro cajón y pasársela por la cabeza para scubrir su cuerpo. Pero mi mente da vueltas. Es un buen momento.

, —Oye, ¿tienes media hora? Quiero enseñarte algo.

ı



Las bisagras crujen.

l —¿Me traes eso? —Señalo con una mano a la pequeña roca.

Jonah abre la puerta y entramos.

Sus ojos azules recorren con curiosidad las cuatro esquinas oscuras.

—No puedo creer que Phil nunca me haya dicho nada de este lugar.

—Lo sé, ¿verdad? —Vi la cabaña el mismo día del accidente de Oscar y ıquise traer a Jonah, pero ha pasado el tiempo y ha seguido aquí, abandonada ¡Pero no olvidada—. ¿Qué opinas de arreglarla?

s —¿Esto? —Se acaricia la barba y piensa mientras camina en un círculo para evaluar las paredes—. No lo sé. Es pequeño. Y no será barato.

—No es para tanto. —Sonrío con timidez—. Ya he hablado con un hombre de Anchorage que restaura cabañas antiguas para que viniera a verla ıy me pasará un presupuesto. Se llama Steve. Me dijo que está muy pero que muy bien construida y al parecer Phil le hizo algo de mantenimiento a lo slargo de los años.

—¿Así que algo sí ha mantenido? —pregunta Jonah con ironía, pero sonríe—. ¿Desde cuándo llevas pensando en esto?

ı —Desde que vino Diana. Y luego Agnes y Mabel. —Me encojo de yhombros—. Me gusta recibir gente. Tenemos un lugar increíble. Podríamos alquilarla los fines de semana. Publicarla en Airbnb. Estoy segura de que a las rparejas les encantará.

Sale y mira hacia arriba.

ı —Hay que cambiar el techo.

s —Y las ventanas, y mejorar la impermeabilización, y la calefacción, y las ıtuberías, y el acceso… —Recito la lista de tareas que ya he hecho—. Y he

estado investigando formas de que sea sostenible. Creo que sería genial, ¿no? ¡Tener una cabaña eficiente aquí. ¿Ves lo cerca que está del agua? —Avanzo entre los árboles con el rifle al hombro y aparto algunas ramas hasta que se ve la orilla a unos pocos metros. Después del incidente con el oso, me he acostumbrado a cargar y disparar.

Jonah se para a mi lado a contemplar el lago y nuestra cabaña en la otra orilla.

—Jamás me hubiera imaginado que esto estaría aquí.

—Vamos a tener que cortar unos árboles para que tenga una buena vista.

Se da la vuelta para mirar la cabaña.

—No vamos a llegar para Navidad. No hay manera.

Suspiro.

—La verdad es que ya he contratado a Steve y hemos empezado a trabajar. Esta semana han llegado los permisos. Vendrán a cortar los árboles para hacer el sendero y luego harán el exterior y la fontanería antes de que empiece a nevar, así se puede reparar el interior durante el mes de noviembre. Por eso decidí no ir a Toronto, para supervisar el trabajo. Y sé que dijimos de hablar los gastos grandes y esto supera por mucho los mil dólares, pero de verdad que estoy muy entusiasmada. Quería encontrar la forma correcta de decírtelo porque me daba miedo que pensaras que estoy loca. —Contengo la respiración y le ofrezco una sonrisa esperanzada. Quiero contarle todos mis maravillosos planes antes de que reaccione—. El sendero va a salir de la carretera principal a esa altura. —Señalo el otro extremo del lago—. Y luego podemos usar los troncos de los árboles que tiremos para construir otra cabaña, algo más grande, donde puedan vivir Agnes y Mabel, porque me encantó tenerlas aquí y creo que, si tuviéramos un lugar para que se muden Agnes estaría de acuerdo…

—Cásate conmigo.

Mi diatriba se para de golpe.

—¿Qué?

Me coge las manos y me acerca hacia él. Sus ojos emocionados recorren mi rostro.

—Cásate conmigo, Calla.

Mi pulso, que ya estaba acelerado, ahora retumba en mis oídos mientras busco las palabras.

—¿Porque te he ocultado que me iba a gastar mucho dinero?

—No. —Se inclina hacia delante y apoya su frente sobre la mía, su respiración choca con mis labios—. Porque quiero estar contigo cuando arenueves esta ruina, y construyas una casa para Aggie y Mabel, y construyas mil cabañas más en nuestra propiedad si eso es lo que quieres hacer. Quiero estar siempre. —Su garganta se mueve cuando traga saliva—. ¿Estás pensando en el futuro? Bueno, pues yo también, y no quiero ningún futuro en el que tú no estés.

Se me escapa una risita temblorosa. La última vez que Jonah quiso proponerme matrimonio, fue algo planificado. Ahora estamos en medio de abosque, estoy bañada en repelente para insectos y tengo un arma colgando sdel hombro. No me lo esperaba. No aquí, no hoy.

—¿Y lo de no correr?

Me aparta un mechón de pelo de la frente.

—¿Crees que nos estamos apresurando?

—No. —Sacudo la cabeza.

—Yo tampoco.

En mi interior burbujean los nervios, el entusiasmo y otras emociones a spunto de estallar. Mis ojos se llenan de lágrimas de felicidad.

—Pero ¿estás seguro? Porque no puedes decir una cosa así y luego ocambiar de opinión. —Tengo una sensación de déjà vu, de esa mañana de anoviembre en el aeropuerto, rodeados por el murmullo de los viajeros ecuando decidí cambiar el rumbo de mi vida. Aunque, para ser sincera, ya ,había cambiado desde el momento en que conocí a Jonah.

—Nunca he estado tan seguro de nada en toda mi vida —me promete y me coge el rostro, acariciando mis labios con los suyos—. ¿Es un sí?

—Mi respuesta para ti siempre será sí, Jonah. Sí.

Me da un beso lento y profundo.

—Ni siquiera tengo el anillo. O sea, lo tengo, pero está en casa…

—Lo sé. Ya lo he visto. —Retrocede y alza una ceja—. Se cayó de bolsillo de tu abrigo. ¡Te juro que fue un accidente! Y es precioso.

Su risa melódica viaja por el agua mientras me envuelve entre sus brazos.



Miro sorprendida mientras dejo el plato con la cena (pasta picante con carne y tomates de la huerta) en el porche.

—¿Qué narices le ha pasado a tu escayola? —La cita de Roy para quitársela aun no ha llegado y, sin embargo, está arrastrando la manguera sin escayola a la vista.

—Ya no lo necesitaba. —Estira el brazo derecho como para demostrarlo. Parece que está bien.

—¿Y qué has hecho? ¿La has cortado?

—Sí. Con una sierra de mano —me dice como si fuera obvio, como si fuera algo razonable.

Imagino el filo oxidado tan cerca de la piel y me estremezco.

—Dios santo, Roy. ¡Te podrías haber cortado el brazo! ¿Qué ibas a hacer si te pasaba algo? ¿Cómo pensabas sobrevivir?

Resopla.

—No, no suenas para nada como Muriel. —Pongo los ojos en blanco mientras abro la puerta del gallinero y mi mirada aterriza sobre el anillo de compromiso. Las nubes de tormenta están llenando el cielo y no permiten que el brillo del sol rebote contra las incontables facetas, pero de todas formas siento alegría. No he dejado de admirar el complejo diseño del copo de nieve desde que Jonah me lo dio. Estamos comprometidos. Nos vamos a casar. Será mío para siempre. Roy mira mi mano durante unos segundos y avanza hacia el gallinero para limpiar el comedero. Varios pajaritos se escapan, pero se dan la vuelta y vuelven hasta que Oscar se acerca y huyen despavoridos—. Así que supongo que ya puedes volver a casa. No hay necesidad de que sigas viniendo.

—Supongo que no. —Una decepción inesperada se apodera de mi pecho cuando me doy cuenta de que ya he cumplido mi misión aquí, una semana antes de lo esperado. Dos meses después del accidente, Roy está

completamente curado. Tiene razón. No hay necesidad de que siga viniendo más allá de que me he acostumbrado a hacerlo. Me he acostumbrado a recorrer este largo sendero lleno de baches todas las mañanas, a realizar tareas sencillas e intercambiar pullas con un hombre que ni una sola vez me ha dicho «gracias» por la comida que le he estado trayendo ni por haberlo ayudado. Pero me lo ha agradecido de otras formas. Con los huevos que me da para llevarme a casa y las botellas de leche de cabra que le envía a Jonah. Mencioné de pasada que le encantaba la carne de alce y al día siguiente tenía un trozo congelado entre las manos. Me dijo que estaba rancio por pasar tanto tiempo en el congelador, pero lo preparé siguiendo las detalladas instrucciones de Agnes y Jonah me dijo que era uno de los mejores que había comido. Nadie diría que Roy es «amable» y, sin embargo, empiezo a creer que puedo contar con él si lo necesito. No hay duda de que mi vida aquí sería mucho menos interesante si él no estuviera. Saco el catálogo que traigo en el bolsillo de mis vaqueros—. Me preguntaba si podrías construirme esto.

Lo despliego antes de pasárselo. Mira la foto con el ceño fruncido.

—¿Una mesa?

—Sí. De tronco. Vendrán unos familiares para Navidad y todavía no tenemos una mesa adecuada. —¿Qué hará Roy para Navidad? Asumo que nada.

—¿Y por qué no la compras, ya que tienes tanto dinero?

Me encojo de hombros.

—Me gustaría tener algo hecho aquí y no producido en masa.

—No hago muebles por encargo. —Pero lo veo analizando la foto.

Toby me lo comentó una vez, así que estaba preparada para que se negara. Contengo la respiración.

—Bueno… ¿Y si justo te apetece hacer una mesa como esta para digamos, diez personas, y luego, cuando esté terminada, yo justo la veo y te la compro?

Alza sus cejas.

—¿Si me apetece?

—Si te apetece. —Hago una pausa—. A menos que sea demasiado complicada para…

—¡Podría hacer esta mierda dormido! No es más que una madera alaqueada y unas patas.

Jonah dijo prácticamente lo mismo sobre las carísimas mesas que quiero eAlgo me dice que no va a ser tan sencillo.

—Vale, ¡genial! Entonces, si por casualidad estás durmiendo y justo la ehaces… —Retrocedo hacia la camioneta antes de que pueda devolverme e .catálogo. Quiero volver a casa a ver a Jonah. Nos despedimos un rato adespués de que me diera el anillo porque los dos teníamos cosas que hacer y rya debe de haber vuelto—. ¡Ah! También quiero contratar un carpintero para shacer unas estanterías a medida para debajo de la escalera. Si sabes de alguien aa quien pueda interesarle… Incluye las comidas y mi encantadora compañía edesde ya. —Me doy la vuelta antes de que pueda verme sonreír.

—¡Oye! —me grita cuando estoy a punto de subirme al coche. Me giro lconteniendo la respiración—. Enhorabuena. —Hace un gesto con la cabeza y vuelve a sus quehaceres.



La rampa en la que Jonah aparca a Veronica sigue vacía cuando subo por nuestra larga carretera de vuelta de casa de Roy. Miro el reloj con el ceño fruncido. Llega media hora tarde. Sé que llegó a la cabaña de Mark porque me llamó para decírmelo. Lo que significa que seguramente está esperando que Mark detenga su charla para volver a casa. Miro hacia el norte, donde epersisten unas nubes oscuras.

Suena el móvil y aparece la foto de perfil de Diana.

El entusiasmo se apodera de mi estómago cuando respondo.

—¿Tanto tardas en llamarme? ¿Qué clase de mejor amiga eres? —le pregunto como saludo con una enorme sonrisa mientras sigo avanzando por la carretera, junto al hangar y hacia la casa. Han pasado exactamente cuatro minutos desde que le he mandado una foto de mi anillo.

—¡Nos vamos a casar! —aúlla.

La camioneta se llena con nuestros gritos y risas.



Estoy parada frente a la ventana, abrazada a mi suéter, las gotas de la tormenta furiosa golpean contra el cristal.

—Ya debería estar en casa y no responde. —Siento el corazón en la garganta.

—A veces Mark se entretiene…

—No. —Sacudo la cabeza, aunque no puede verme—. He llamado a Mark y he hablado con él. —Cuando siguieron pasaron los minutos, me puse en contacto con su oficina. Por suerte me respondió su mujer y me dio el número del teléfono satelital—. Me dijo que la tormenta se había adelantado y que Jonah no quería quedarse. Estaba desesperado por volver a casa. —Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras vuelvo a reproducir la conversación en mi mente: que el clima no era bueno, que Mark le dijo que se quedara a pasar la noche—. Tengo un presentimiento muy malo, Agnes.

—¿Esto sintió ella el día en el que el padre de Mabel no llegó a destino?

Hay un momento de silencio y luego Agnes me dice despacio:

—Tienes que dar el aviso, Calla.



—Pareces un oso enjaulado queriendo escapar —comenta Muriel mientras le pasa a Teddy otro frasco. Sin decir nada, él lo seca, lo deja en la encimera y espera el siguiente.

La ignoro, camino hacia delante y hacia atrás abrazada a mi pecho con la vista clavada en nuestro ventanal, en el cielo, desesperada por ver llegar el avión blanco y negro.

Creo que sí quiero escapar.

De esta pesadilla.

Mi mayor temor se está haciendo realidad.

Muriel llamó una vez y entró a casa mientras yo seguía parada en la cocina, leyéndole los detalles del itinerario de Jonah a la policía con las manos

temblando tanto que me costaba decir las palabras. Escuchó durante unos minutos y después salió mientras sacaba del bolsillo el móvil que casi no usa. Poco después, Teddy y Toby llegaron en la camioneta de Toby. Desde entonces están aquí. Muriel le pidió a Toby que buscara los frascos en la despensa y ella y Teddy los están preparando para poder envasar.

Pero yo solo puedo caminar con el móvil y el teléfono satelital sujetos con todas mis fuerzas, tratando de superar el terror mientras espero las noticias de las Fuerzas Aéreas de Alaska.

Ya han pasado cuatro horas del momento en que Jonah debería haber llegado. La tormenta se ha disipado y ha dado lugar a una llovizna helada y persistente. Por eso está más oscuro de lo que suele estar a esta hora. Pronto no se verá nada.

Suena el teléfono.

Se me para el corazón y miro la pantalla, pero es mi madre. La ignoro (ahora no puedo hablar con nadie) y sigo caminando.

—Vamos. Ven a despejarte la mente con…

—¡No puedo! —le grito a Muriel llorando a mares—. ¡Ahora no puedo hacer nada! ¡Apenas puedo respirar! —Los tres se detienen y me miran con un gesto compasivo—. Me ha pedido matrimonio hoy —les digo en un susurro. El anillo que llevo en el dedo de pronto me pesa una tonelada—. Se suponía que pasaríamos el resto de nuestra vida juntos. Lo significa todo para mí. ¿Por qué no vuelve? —Muriel cierra los ojos con fuerza y asiente. Sabe cómo se siente esta espera agonizante. ¿Cuánto tiempo tardaran en encontrarlo? ¿Horas? ¿Días? ¿Y si nunca lo encuentran? Estos pensamientos me hacen un agujero en el pecho—. Necesito aire. —Voy hacia la puerta principal.

—Dale espacio, mamá —escucho susurrar a Toby para que su madre no me siga.

Fuera, en el silencio del porche, me enrosco en la mecedora y me tapo con una manta.

Espero a un destino que ya me parece inevitable.



Con el estómago en la garganta, sigo las luces que avanzan por nuestra carretera justo después de las once de la noche.

¿Habrá venido la policía a decirme que han encontrado el cuerpo de Jonah? ¿Les habrá parecido que llamar no era adecuado? ¿Cuál es el protocolo para esta clase de noticias?

Suspiro aliviada cuando la luz me deja ver una camioneta negra con los costados rayados que aparca junto a la de Marie.

Ha venido Roy.

¿Por qué ha venido Roy?

Pronto desestimo la pregunta porque decido que no importa el motivo mientras le doy un sorbo al té que me ha traído Muriel hace una hora sin decir ni una palabra y ahora está frío. No puedo hacer nada más que esperar novedades.

Han pasado más de cinco horas.

Mi mirada ausente sigue buscando en la oscuridad cuando se abre el porche y entra Roy con el mismo atuendo que llevó a Casa Ale esa noche. Nos miramos por unos segundos, me da miedo que haga algún comentario insensible que empeore toda la situación.

Pero se quita el sombrero de vaquero y avanza para sentarse en la mecedora contigua. Estira las piernas y cruza las botas para ponerse cómodo.

—¿Muriel está dentro ordenándote la casa? —me pregunta con el mismo acento texano áspero y ronco de siempre.

—Quién sabe en qué andará. —No tengo tantos frascos para lavar, pero sé que va a encontrar algo para mantenerse ocupada. Ella y Marie, que llegó hace una hora, después de que la llamara Toby. A juzgar por los cuchicheos y el hecho de que tenía su número, creo que han seguido mi consejo y han salido al menos una vez.

Pasa otro largo segundo y luego un suspiro de Roy atraviesa el silencio.

—¿Hay novedades?

Sacudo la cabeza.

—Bueno…, es una buena señal.

Solo quiere decir que aún no han encontrado el cuerpo de Jonah.

Quiere decir que podría estar tirado en algún lugar, solo, sufriendo.

Me imagino varios escenarios y ninguno me parece bueno.

Una nueva oleada de lágrimas se apodera de mis ojos.

—¿Cómo te has enterado?

—Toby pasó a verme cuando venía de camino.

¿Por qué Toby…? Desestimo la pregunta antes de que acabe de toma sforma.

—Me pidió que fuese con él. Debería haber ido.

—Entonces hubieses corrido la misma suerte que él.

—Mi lugar está junto a Jonah. —En el cielo o en la tierra, pero siempre a su lado.

Siento la mirada de Roy en mi perfil mientras me hundo en la manta.

—Vas a sobrevivir. Eres fuerte.

Me río, pero es un sonido vacío.

—No, no es cierto.

—Sí que lo es. Eres fuerte a tu manera, Calla. Vas a sobrevivir.

—¿Y si no quiero sobrevivir? —Nunca volveré a quejarme de Alaska Viviré aquí hasta ser vieja y canosa, sin pensar en irme jamás, sin desear esta en otro lugar, por si puedo recuperar a Jonah. Ahora me siento una idiota Dejé que me consumieran unas preocupaciones triviales durante mucho tiempo.

—Eso no depende de nosotros, ¿no te parece?

Siento unos pasos pesados que llegan desde dentro y la puerta se abre Oigo el murmullo de la televisión.

—Ah, has venido. —Le dice Muriel a Roy mientras agarra la taza fría y casi llena de mis manos—. Te haré más té. Roy, ¿quieres té? Te haré té. —Se da la vuelta y desaparece dentro.

—No me gusta el té —admito cuando se va.

—A mí tampoco, pero cada tanto la dejo salirse con la suya.

A pesar de todo, una pequeña sonrisa se forma en mis labios a imaginarme a estos dos en el bosque, nueve días con sus noches. La conversaciones que habrán tenido…

—Muriel me dijo que la ayudaste cuando pasó lo de Deacon. —Hace un sonido, pero no responde. No me importa si le molesta que lo sepa. Que me

grite por sacar el tema; me va a resbalar como el agua en el lomo de un pato
O, mejor, en el lomo de un ganso. La esposa ganso que espera para saber s
ha perdido a su cuervo—. ¿Por qué lo hiciste?

Roy no responde, tiene los ojos perdidos en la oscuridad, como si quisiera
rdistinguir el bosque desde aquí.

—Porque se lo debía. Porque hace muchos años fue ella quien salió a
buscar a mi familia.

Frunzo el ceño.

a —¿Muriel?

—No me acuerdo mucho más que del hambre, el frío, la tristeza y
escuchar a mis padres pelearse por la comida. —Coge un botón de su camisa
—. Mi padre salió a revisar si había algún conejo en las trampas. No iba a
poder liberarse si pisaba una por accidente, pero el muy cretino estaba
dispuesto a no pedir ayuda. —Sonríe—. Por si te preguntabas de dónde me
viene. Mi madre se cansó de esperarlo, así que juntó coraje y dejó la casa en
.medio de una tormenta de nieve con el poco dinero que nos quedaba. Iba a
rla tienda a ver qué podía comprar para que no nos muriéramos de hambre
.Me dijo que me quedara allí. Y esa fue la última vez que la vi. Viva. —Siento
ɔuna extraña sensación de familiaridad, como si lo hubiera oído antes—
Cuando los vecinos se enteraron, se pasaron varios días peinando el bosque y
la carretera para encontrarla. Entre ellos había una niñita. Era solo unos años
.mayor que yo y tenía un arma colgada del hombro. Parecía más fuerte que un
soldado. Me dije que tenía que ser tan fuerte como ella si quería tener alguna
yoportunidad de sobrevivir aquí. —Tuerce la boca—. Finalmente
eencontraron a mi madre. Estaba congelada. Me dijeron que se perdió, porque
estaba muy lejos del sendero. Seguro que murió la primera noche.

Entonces lo entiendo.

—La cabaña. —Señalo al otro lado del lago—. Era tuya. —Puede que
lRoy tenga acento texano, pero en una época lejana él y su familia vinieron a
sAlaska a buscarse la vida. Y esa niñita ruda que ayudó a encontrar a su madre
era Muriel—. ¿Muriel lo sabe? —Me parece que no. Sacude la cabeza. Ella no
ıse acuerda y él nunca se lo ha dicho. Me esfuerzo por recordar lo que me
econtó para formar el resto de la historia—. Entonces, tú y tu padre volvisteis

.a Texas. No, espera. —Junto las cejas—. ¿Muriel me dijo que eras d¿Montana?

Igual que su familia, de eso sí se acordaba.

a —Cuando nos fuimos de Alaska, mi padre no quería lidiar con más nieve así que nos fuimos al sur, a un pueblo en las afueras de Dallas. Allí, crec aconstruyendo casas y graneros con mi padre. Siempre fue muy bueno con l madera. Aprendí de él. —Su dedo recorre el ala del sombrero—. Para cuand volví, ya habían vendido la tierra, así que compré la que estaba más cerca.

—La cabaña está muy bien construida. —Steve, el albañil, se sorprendi yde lo bien conservados que están los materiales. Todo está bien hecho acimientos sólidos, la madera correcta, las vigas correctas, la pendiente de adrenaje. Y el hecho de que la vegetación haya crecido ayudó a protegerla de asol—. Puedes visitarla. Si quieres.

e —He ido algunas veces a lo largo de los años, a limpiar las canaletas. D ano haber sido por Phil, se hubiese podrido.

a Creo que Roy hizo más que limpiar las canaletas. Steve dijo que le parecí .que alguien mantuvo la madera del exterior (con aceite de linaza y otrementina) y reparó el techo.

. Roy se ocupó de preservar la historia de su familia en Alaska, por má yque haya sido trágica.

s —¿Por qué quisiste volver después de todo lo que viviste? —Perdió a s amadre y a su hermano a manos de la naturaleza.

a Y luego perdió a su esposa y a su hija por algún otro motivo.

, «No sería la primera vez que alguien llega escapando de algo».

e Eso me dijo Jonah la noche que vi la foto de la familia de Roy en su casa el día que las maderas se desplomaron sobre su cabeza.

Jonah…

e Cierro los ojos porque el terror, que había sido acallado por un momento ade distracción, vuelve a invadirlo todo.

e El silencio se instala en el porche frío y húmedo hasta que Muriel vuelve a osalir con dos tazas de té caliente y un vaso de leche.

e —Es tu leche de cabra, Roy —dice, antes de volver a entrar sin espera sque le digamos nada más. Me sorprende que nunca haya conectado a Ro

econ la historia de su familia siendo tan entrometida como es. Pero fue hace décadas, ella era muy pequeña y el paso de la familia Donovan por el pueblo fue breve y aislado. ¿Quién podría sospechar que ese niño al que este lugar le ,robó tanto volvería con el paso de los años?

í —¿Cuántas posibilidades hay de que le haya puesto veneno? —Lo mira acon cautela—. Dios sabe que me lo merezco.

o —¿Por qué? —Me oigo preguntar—. ¿Qué has hecho, Roy? —Es una pregunta densa y la hago con liviandad, sin preocuparme por las ópercusiones.

: Oigo el ruido del metal contra la porcelana mientras Roy le pone tres lcucharadas de azúcar a su té y lo revuelve.

l —No siempre he sido así de agradable. —Resoplo por su intento de hacer una broma. Se lleva el té a los labios y le da un sorbo largo y lento— eEn el pasado tuve problemas con los vicios. Alcohol… pastillas… esas cosas. Y podía ponerme muy mal si me provocaban. La verdad es que no hacía falta amucho. Una vez fui con mi mujer al pueblo. No iba desde hacía años, desde yel nacimiento de Delyla. ¿Y Nicole? Era muy llamativa. Todos se daban la vuelta a su paso. Me encantaba, pero también lo odiaba. —Vacila—. Esa snoche nos cruzamos con uno de sus viejos amores. Era el que se le había escapado y ahora volvía al pueblo para quedarse. En el momento en que se amiraron, supe que iba a ser un problema. O eso fue lo que me dijo el alcohol. Una cosa llevó a la otra y empezó la pelea. Lo golpeé… no sé cuántas veces —Acuna la taza caliente entre sus manos y la mira fijamente—. Y no fue la única persona a la que le pegué esa noche.

, Intento digerir lo que está admitiendo y agradezco estar así de adormecida.

—¿Entonces huiste a Alaska?

o —Cuando estuve sobrio y vi lo que le había hecho al rostro de Nicole… —Sacude la cabeza de un modo casi indescifrable—. Así recordaba a mi amadre después de sus peleas. Me juré que nunca sería como él.

—Nos pasa a todos, ¿no? —pregunto ausente, pensando en todas las rveces que prometí lo mismo.

y —Nicole podía aspirar a más. Ella lo sabía y yo también. Y ni hablar de

esu familia. Así que hice las maletas y me aseguré de que no pudier
odetenerme.

e Ya entiendo por qué a Roy no le gusta hablar de su pasado. ¿A quién l
puede gustar admitir que le pegó a su propia esposa?

a —¿Has vuelto a hablar con Nicole?

—Solo para decirle adónde podía enviar los papeles de divorcio. Y es
ahizo. Estoy seguro de que ha vuelto a casarse. —Asiente lentamente—. Bie
spor ella.

No sé qué sentiría por Roy en este momento si no estuviera sumida en l
smiseria.

¿Cabreo?

e ¿Asco?

. ¿Pena?

. ¿Compasión?

a ¿Todas las anteriores?

e Hace treinta y pico años, en una furia de alcohol, Roy le pegó a su espos
ay huyó a Alaska.

a ¿Qué se merece?

a Roy ha pasado tres décadas exiliado para no volver a hacer daño a l
egente que quiere, no dejó que nadie volviera a acercarse, es incapaz d
.tomarse una pastilla por miedo a lo que puede hacer si pierde el control.

. ¿Qué merece exactamente Roy Donovan?

a Quizá otro día, con otra cabeza, tenga alguna opinión.

—Vamos a restaurar la cabaña para volver a usarla. Se supone qu
empezaran a trabajar la semana que viene.

Roy no dice nada.

La llovizna se intensifica y se convierte en una lluvia caudalosa; las gota
.golpean contra la grava a nuestro alrededor e inundan el suelo. A Jonah l
ialegraría tanto esta lluvia.

Jonah…

s Se suponía que era un viaje sencillo. Ida y vuelta, pocas horas, eso m
prometió.

e El sonido de mi móvil me sobresalta. Mis ojos se disparan a la pantalla y

ael número que aparece me retuerce el estómago. Muevo mi manc temblorosa, pero está congelada, debatiéndose entre la necesidad de tene: euna respuesta y las ganas de aferrarse a la última esperanza.

O al delirio.

—No puedo. —Las palabras son casi inaudibles porque me cuesta orespirar.

Roy duda solo un segundo y coge mi teléfono. Respira hondo y responde

Me abrazo con fuerza.

Y rezo.

Rezo.

Rezo porque Jonah vuelva a mí.

—Ajá… Vale. —Se abre la puerta principal. Muriel y Marie asoman la cabeza para escuchar. Deben de haber oído el teléfono. Marie se abraza e estómago, Muriel contiene la respiración—. Sí… Ajá… —Roy me clava los ojos y traga. No es buena señal. No pueden ser buenas noticias. Aprieto los alabios para contener el llanto mientras lucho por conservar la esperanza hasta el último segundo—. Sí… Vale… Gracias, señor. —Roy cuelga y deja e teléfono sobre la mesa—. Han encontrado el avión en un valle al norte de aPalmer —confirma serio—. Está vivo.

e

e

s

o

e

y

el número que aparece me retuerce el estómago. Muevo mi mano temblorosa, pero está congelada, debatiéndose entre la necesidad de tener una respuesta y las ganas de aferrarse a la última esperanza.

O al delirio.

—No puedo. —Las palabras son casi inaudibles porque me cuesta respirar.

Roy duda solo un segundo y coge mi teléfono. Respira hondo y responde.

Me abrazo con fuerza.

Y rezo.

Rezo.

Rezo porque Jonah vuelva a mí.

—Ajá… Vale. —Se abre la puerta principal. Muriel y Marie asoman la cabeza para escuchar. Deben de haber oído el teléfono. Marie se abraza el estómago, Muriel contiene la respiración—. Sí… Ajá… —Roy me clava los ojos y traga. No es buena señal. No pueden ser buenas noticias. Aprieto los labios para contener el llanto mientras lucho por conservar la esperanza hasta el último segundo—. Sí… Vale… Gracias, señor. —Roy cuelga y deja el teléfono sobre la mesa—. Han encontrado el avión en un valle al norte de Palmer —confirma serio—. Está vivo.

Capítulo 39



—Dos accidentes desde que te conozco. Empiezo a pensar que me traes mala suerte, Barbie —se queja Jonah desde su cama de hospital. Rompo en llanto al oír su voz, me invade el alivio—. Oye, oye, oye… —Estira su brazo sano para que me acerque.

—Eres un idiota. —Entrelazo los dedos con los suyos y me siento en el borde de la cama.

—Lo siento. —Se lleva mi mano a la boca. Tiene los labios secos—. Fue un riesgo innecesario. No pensé que la tormenta fuese tan terrible. Si me hubiera quedado en el valle, estaría bien. Pero… tenía tantas ganas de volver a casa contigo.

—Casi no vuelves nunca más. —La corriente descendente en la que quedó atrapado hizo que Veronica se estrellara contra el suelo. El policía que me informó me dijo que tuvo suerte de haber estado donde estaba porque, si no, las ráfagas de viento lo hubiesen empujado contra una montaña, y nadie se salva de eso. Así y con todo, Jonah tiene suficientes cortes y fracturas como para tener que dejar de volar durante un tiempo y centrarse en su recuperación. Intenta colocarse mejor y hace una mueca de dolor—. Quédate quieto —lo regaño mientras miro la intravenosa que le pasa analgésicos.

—Ahora soy el gemelo de Roy.

—Sí. Sois casi iguales. —Una contusión, fractura de clavícula, el brazo izquierdo tan destruido que han tenido que operarlo para ponerle clavos varias costillas rotas, un pulmón perforado y rasguños y moratones por todo el cuerpo.

Pero recuerdo que Jonah está vivo, como he tenido que hacer miles de veces desde que me llamaron. Eso es lo único que importa.

Aprieta la mandíbula mientras mira al techo.

—Me han dicho que Veronica ha quedado destruida.

—Sí. Ya he llamado al seguro.

—Era el avión favorito de Wren.

Sí, era su avión favorito. Fue el último que voló, conmigo en el asiento del acompañante. Y sé que eso debe dolerle a Jonah más que todos sus golpes juntos.

Le aparto un mechón de la frente.

—Y él te diría que solo es un avión y que se alegra de que estés bien. Lo sé porque eso dijo la vez anterior que chocaste uno de sus aviones.

Jonah resopla, pero su rostro sigue serio.

—¿Ya te has arrepentido de esto? —Coge mi mano izquierda y su pulgar acaricia mi anillo.

—No. ¿Por qué me iba a arrepentir?

Sus ojos azules recorren mi rostro.

—Hubo un momento, cuando me desperté, que no me podía levantar ni moverme… —Me crece el nudo de la garganta mientras me imagino cómo se habrá visto desde el aire. Me dijeron que no esperaban encontrar sobrevivientes. Me dijeron que fue un milagro que Jonah no tuviera heridas más graves—. Solo podía pensar en ti y en que iba a romper la promesa que te hice de que siempre encontraría el camino de vuelta a casa. Que ibas a desear no haberme conocido nunca.

Nuevas lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

—Nunca podría arrepentirme de ti, Jonah. —Ni si lo hubiera perdido anoche, ni si lo pierdo en cinco o cincuenta años.

Traga saliva.

—¿Vas a poder tolerar que vuelva a volar?

—Dios santo. Estás loco. —No puedo evitar reír—. ¿Te puedes centrar en curarte primero?

No han pasado ni veinticuatro horas desde que casi se muere. Pasará meses sin volar.

Sus días como bombero aéreo han terminado por esta temporada y Jack Thomas deberá encontrar otro piloto para sus cazadores millonarios.

—Sí, bueno. Ven aquí —susurra y estira el brazo.

Tan lento como puedo, me acerco y me acurruco en su costado, haciendo equilibrio al borde de la cama de hospital. Recuesto la cabeza sobre su hombro. Mis lágrimas mojan su bata.

—Sé que volverás a volar, y jamás intentaría convencerte de lo contrario. Solo prométeme que no volverás a arriesgarte de ese modo. Prefiero pasar mil noches sola si al final regresas a mí sano y salvo.

—Eso puedo prometértelo. —Cierra los ojos. El doctor me avisó de que iba a estar adormilado. Llevo su mano hacia mi boca para besarle los nudillos y luego me siento con la intención de dejarlo dormir tranquilo—. Pero no estuviste sola anoche, ¿no?

—No, no… Vinieron todos. —Toby me llevó en el Jeep hasta Anchorage, donde trajeron a Jonah.

—¿Quiénes son todos?

—Bueno, Agnes no, pero los McGivney y Marie, y Roy…

—¿Roy?

—Sí, a mí también me sorprendió. —Jonah hace un ruido, pero no dice nada—. Oye, tienes que descansar. Voy a dejar pasar a Agnes y Mabel antes de que te quedes dormido. Están en la sala de espera. Las ha traído George.

—¿Ya les has hablado de la cabaña?

Me río.

—No, puedes hacerlo tú. Aprovecha la pena que das para convencerlas.

Sonríe.

—Hecho. Pero primero ven y dame un beso. —Me acerco y le beso la frente—. Ahí no. —Le beso la nariz. Se queja. Con una sonrisa, saboreo sus labios. Jonah deja salir el suspiro que estaba conteniendo—. No veo la hora de llegar a casa para que sigas bajando.

—Ah, sigue soñando. —Me río. Me gusta tanto reírme con Jonah.

Mi mirada se posa sobre su ceja izquierda.

—¿Cuántos puntos me han dado?

Los cuento.

—Creo que seis. —Le acaricio la barba. Le vendría bien un corte—. A menos es más pequeña que la última vez.

Entrelazamos los dedos.

—¿Te sigo pareciendo guapo?

Entrelazamos los dedos.
—¿Te sigo pareciendo guapo?

Capítulo 40



DICIEMBRE

El frío me daña las mejillas mientras cruzo el lago congelado con la moto de nieve y, por un momento, me arrepiento de haberme burlado de la máscara de neopreno que me regaló Jonah antes de que empezara el invierno. Le dije que iba a parecer una ladrona.

Pero al menos no sería una ladrona congelada.

Aparco en la orilla, junto a la otra moto de nieve. Oscar y Gus me alcanzan moviendo la cola.

—¡Os he ganado! —les digo y le rasco la cabeza a Oscar mientras me bajo. Últimamente, los perros pasan más tiempo aquí que en su propia casa.

Avanzo por el sendero despejado, maravillada por el paisaje invernal que se despliega frente a mí. Ha nevado durante cuatro días seguidos. Las ramas de los árboles se doblan por el peso de la nieve y los copos caen a mi paso.

Me paro frente a la pequeña cabaña protegida por el bosque y veo cómo una ligera luz sale por las dos nuevas ventanas que hicimos en la pared que da al lago para que tenga una buena vista e iluminación. El humo sube por la chimenea y se mezcla con el aire helado. Cortamos algunos árboles para que haya espacio sin agredir a la naturaleza.

En el fondo de la cabaña, en el pequeño sendero que construimos en agosto, está la camioneta negra rayada con cadenas en las ruedas y la parte trasera llena de herramientas de carpintería.

—Quietos aquí —le ordeno a los perros mientras me sacudo la nieve de las botas en el porche. El calor me envuelve en el momento que abro la nueva puerta roja—. Hace tanto frío fuera. —Tiemblo para enfatizar mis palabras, inhalando el aroma a madera recién cortada como cada vez que

vengo. Aunque la cabaña estaba en buen estado, quería darle una sensación limpia y nueva al interior. Cambiamos todos los revestimientos, pusimos una puerta de granero para separar el dormitorio de la sala de estar y construimos un baño diminuto en una esquina, justo detrás de la cocina a la que Roy le está dando los últimos toques.

—Qué pena que no tengas nada para protegerte el rostro —me dice Jonah, sarcástico, mientras coloca otro tronco en una esquina.

Sonrío y apoyo la canasta con la comida en una pequeña mesa plegable que los chicos usan para comer.

—La sopa estaba caliente, pero no sé cómo de antiguo es este termo, así que no esperes mucho. También hay carne y panes integrales… que compré en el mercado —confirmo con fastidio cuando veo la mirada de desconfianza que cruzan Jonah y Roy. He estado probando nuevas recetas con la máquina de pan de Colette y digamos que tengo que seguir practicando para poder servirle mis panes a los huéspedes. No voy a ofrecérselos a la madre y el padrastro de Jonah cuando lleguen la semana que viene. Jonah se pone de pie y se acerca para husmear en la canasta y hace una pausa larga para besarme en los labios—. Tu comida te está esperando en casa. —Frunzo el ceño, le golpeo la mano curiosa y le acaricio el antebrazo. Está visiblemente más delgado, pero gana fuerza día a día. De todas sus heridas, la del brazo es la que más ha tardado en curarse: casi tres meses. Se pasó la mayor parte del tiempo quejándose, sin poder volar y supervisando el trabajo de Steve y su equipo tan de cerca que acabaron antes de lo previsto para poder irse lo antes posible. Pero le quitaron la escayola y vuela desde hace un mes, así que su humor ha vuelto—. ¿Cuánto tiempo tienes? —Archie está al final de la pista, sobre los flotadores, listo para despegar. Tenemos un solo avión porque Toby está revisando exhaustivamente el de Phil (ya no tiene ni asientos) y Jonah está decidiendo qué quiere hacer con el dinero del seguro de Veronica.

Mira su reloj.

—Una hora.

—Yo también. Le prometí a Muriel que me iba a pasar por el mercado navideño para ver que todo estuviera en orden. —Es la segunda semana de

aCarnaval Invernal. La semana pasada hubo récord de asistencia. Quiero cree
aque tuvo algo que ver con la campaña de publicidad que puse en marcha cor
sEmily e incluyó a las radios locales desde aquí hasta Anchorage, agencias de
eturismo, escuelas, mercados… básicamente todo. Hasta nos pusimos en
contacto con los famosos locales y políticos, que vinieron muy contentos a
eespectáculo de fuegos artificiales y la demostración aérea que hicieron los
Fire Boss de Sam como homenaje al trabajo de los bomberos durante el
everano pasado.

Muriel ya anunció, rebosante de alegría, que el centro comunitario tendrá
íbaños nuevos en la primavera. Hasta puede ser que lleguemos a darle a la
ébiblioteca el lavado de cara que tanto necesita.

e También me contó que el jefe del comité de planificación del mercado de
sagricultores de Anchorage se puso en contacto para preguntarle a qué agencia
rde publicidad habían contratado porque les gustarían modernizar el programa
ade verano.

e —¿Mabel te ha dicho algo? —Jonah coge su abrigo, que está en el gancho
ajunto a la puerta.

n —Sí. Las ventas se mantienen —se lo digo a Jonah, pero en realidad
.quiero que lo escuche Roy. Mabel y Agnes llegaron ayer para ayudar. Mabel
sestá a cargo de la mesa de artesanías de Roy en el mercado—. La gente no
edeja de preguntar quién es El Cascarrabias.

l Roy despega la vista del nivel que tiene sobre un estante, me mira y
ovuelve al nivel.

e —Ojalá hubiera hecho bases más pequeñas, así no tendrías lugar para
-firmarlas.

. —Oh, encontraría algún lugar. —Le guiño un ojo—. Y tu página web
eestá teniendo muchas visitas. —Hace un mes, sin preguntarle, lancé
lArtesanías El Cascarrabias para enseñar su trabajo y coger pedidos en línea
—. Alguien quiere una pieza por encargo…

—¡Nada de por encargo! —Se despega de la estantería con el nivel en la
mano, parece satisfecho con su trabajo. Como siempre que se trata de
omadera, Roy ha sido meticuloso en cada corte y cada ángulo de esta cabaña
lSabía que sería así cuando pasé por su casa una semana después del accidente

rde Jonah para preguntarle si estaba interesado en terminar el interior de la
ıcabaña de su familia. Iba a pedírselo a Steve y su equipo, pero tuve e
epresentimiento de que le iba a gustar ser quien le diera una nueva vida a
ılugar, considerando los años de esfuerzo que le dedicó.

l Parecía sorprendido de verme ese día y dudoso de que quisiera trabaja
scon él. Supongo que se debía a lo que me confesó en el día más oscuro de m
lvida (ojalá el único).

Sigo intentando comprender por qué Roy me contó su historia.

á ¿Para distraerme?

a ¿Para alejarme?

Pero no le tengo miedo. Y no le he contado sus pecados a nadie, n
esiquiera a Jonah, que no estaría tan de acuerdo con esta alianza de haberlo
ısabido.

a No se puede decir que Roy sea un buen hombre, pero tampoco es
necesariamente malo. No me corresponde a mí responder a la pregunta de
oqué se merece por los crímenes de su pasado, no soy quien tiene que dictar la
sentencia, en especial cuando ha pasado las últimas tres décadas castigándose
la sí mismo.

l Pero sí conozco al hombre que es ahora, y ese hombre ha estado a m
olado.

Y algún día, si decide reencontrarse con su hija, quizá yo también pueda
yestar al suyo.

—¿Crees que podremos traer los muebles el lunes? —pregunto mientras
ısaco los termos con sopa para Roy.

—El martes mejor. —Pone los ojos en blanco—. Quiero terminar un par
ode cosas y nos va a llevar como mínimo dos días limpiar.

é —Estamos justos de tiempo —me dice Jonah.

a —Vamos a estar bien. No tenemos que traer tanto. —Una cama de dos
plazas, un futón, electrodomésticos de propano y varias mantas y
ıdecoraciones para que sea un sitio acogedor.

e —Sigo pensando que deberíamos quedarnos nosotros aquí.

. —Tu madre insistió. —He hablado unas doce veces por teléfono con
eAstrid desde que decidieron venir y me ha dejado bien claro que es mejor s

aponemos un lago entre Jonah y su padrastro. Estoy de acuerdo.

l También estoy descubriendo de dónde sacó Jonah la cabezonería, y ya no lpienso que sea de su padre. A una parte de mí le aterran las discusiones que podemos llegar a tener por la boda. Entre el accidente de Jonah, la rrenovación de esta cabaña y la planificación de la que estamos haciendo para iAgnes y Mabel, no hemos tenido tiempo para tomar muchas decisiones. Jonah quiere que nos escapemos y nos casemos lejos de todo, y yo empiezo a pensar que no es tan mala idea.

—Entonces ¿nos vemos allí? —Jonah me mira fijamente (una mirada que no puedo confundir, con los ojos posados de mis labios) y se me para el icorazón. Su recuperación fue larga por varios motivos.

› —Salgo en un minuto. —Sonrío con dulzura.

—Nos vemos, Roy. —Se despide mientras cruza la puerta, sin esperar suna respuesta.

e Roy gruñe, demasiado absorto en el esquinero como para decir algo más. aTampoco es que sea una persona de muchos «hola» o «adiós».

e —Oye, ¿te importaría colgar esto fuera, junto a la puerta? —Nerviosa cojo la placa que he comprado esta mañana en Wasilla y se la tiendo— i¿Crees que han hecho un buen trabajo? —Saca de su bolsillo unas gafas y se las pone. Aprieta la mandíbula—. Conseguí la información en los registros apúblicos. —Después de varias llamadas y una tarde entera revolviendo en algunos archivos, encontré la solicitud de alquiler que rellenó el padre de Roy sen 1965: Richard Donovan. Conseguir los nombres de su madre y su hermano pequeño me llevó una semana más, porque sabía que Roy no me rlos iba a decir si se los preguntaba.

La placa es sencilla: hecha de aluminio y acrílico, tiene el año en que se construyó la cabaña y el nombre de los cuatro miembros de la familia que svivió aquí.

y Contengo la respiración.

—¿Dónde lo quieres? —me pregunta con la voz más ronca de lo habitual.

ı —Junto a la puerta. Donde tú creas que mejor puede quedar. Confío en iti. —Me mira, con los ojos llenos de una emoción que no puedo describir. Y

solo asiente. Eso es todo lo que conseguiré de Roy Donovan. Pero me vale
Retrocedo, deseando pasar un tiempo con Jonah antes de que nos separemos
—. Ah, por casualidad no tendrás una mesa de comedor para diez personas
de tronco rústico para venderme, ¿verdad? —Las sillas llegaron hace tres
semanas, pero sabía que Roy estaba trabajando en algo para mí. Lo supe el
día que fui a su casa a preguntarle si quería hacer el interior de la cabaña y lo
encontré en el granero, midiendo una madera y cogiendo notas sobre la foto
del catálogo.

Me mira antes de volver a su trabajo con los labios curvados en una
sonrisa.

—Creo que sí.

—¿Puedo ir a buscarla el miércoles?

—Pesa mucho —me advierte.

—No pasa nada. Tengo mucha gente que me puede ayudar. —Más de la
que jamás me hubiera imaginado, y solo están a una llamada de distancia.

Con eso, salgo y respiro hondo mientras recibo el golpe del aire
sorprendentemente frío.

Jonah está esperando junto al lago, con el motor de la vieja moto de nieve
resonando.

—¿Hacemos una carrera? —me pregunta.

Pero, en lugar de subirme a la mía, me siento detrás de él.

—Vendremos a buscarla antes de que te vayas. —Envuelvo su torso con
mis brazos y aprieto el cuerpo contra el suyo, regodeándome en el calor y la
fuerza que acarician mis manos.

Mira por encima de su hombro.

—¿Estás lista?

—Probablemente no. —A Jonah le gusta conducir esta cosa a toda
velocidad. Como todo en la vida, parece ser. Pero así es él. Su corazón
siempre será salvaje, y no hay forma de domarlo ni cambiarlo.

Tampoco quiero hacerlo.

Sonrío.

Me sujeto con fuerza.

Agradecimientos



He disfrutado mucho de estos meses junto a Calla, Jonah, Agnes, Mabel y e recuerdo de Wren. He valorado la oportunidad de llevar la relación de Calla y Jonah a la vida real, así como sumergirme en la evolución y el crecimiento de ella, algo que no había podido hacer antes en mi carrera como escritora.

Aunque esta historia es una secuela, sentí que era algo nuevo por la exploración que me permitieron el nuevo entorno, los nuevos personajes y la posibilidad de sumar un incidente con un oso (he pasado demasiado tiempo investigando y viendo vídeos de ataques de osos en YouTube como para no incluirlo. La obsesión ha valido la pena).

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas por todo lo que me han ayudado para construir esta historia (y aclaro de antemano que, si hay errores, han sido culpa mía, ya sea por accidente o por decisión creativa):

Trisha Wiryc, fue incalculable tu ayuda respondiendo todas las preguntas que tenía sobre los alrededores de Willow, Alaska, el pueblo en el que me basé para inventar Trapper's Crossing.

Suzanna Lyn, por responderme preguntas legales acerca de los estados.

Tiffany McNair, por confirmarme dónde había que ponerle la anestesia a pobre Oscar cuando fue necesario.

Amber Sloan, por resolver mis dudas sobre el proceso para obtener e carné de conducir en Alaska (y así, cuando dejé a un lado el pánico que me daba la posibilidad de haber escrito mal todo ese conflicto, pude incorporar el incidente del alce).

James «El salvaje» Huggins, por tolerar mi incesante interrogatorio sobre accidentes aéreos. Como piloto, seguro que has valorado mi obsesión. No he podido hacer que funcionara en esta historia lo del error de combustible

pero, si escribo otro libro, ahí va a ir.

Hannah Mary McKinnon y Sandra Cortez, por leer con dedicación esa horrible primera versión llena de errores y miles de adverbios.

Jenn Somersby, por tu amor a la sintaxis, el ojo afilado y el ingenio agudo. También por siempre encontrar un lugar para mí en tu agenda de trabajos editoriales.

Karen Lawson, por prestarnos un segundo par de ojos entrenados para esos últimos errores que siempre consiguen escurrirse entre las grietas.

Hang Le por tu inmenso talento y creatividad. La portada es exactamente como quería.

Nina Grinstead, de Social Butterfly PR, por tu apoyo infinito y la fe que has tenido en mí a lo largo de estos siete años.

Tami, Sarah y Amelie, por hacer que Trucker's Troop siga vivo y sea un lugar tan divertido.

Mis lectores, por el entusiasmo con esta secuela. Ha sido palpable y, para ser sincera, un poco aterrador. Espero que hayáis disfrutado la aventura.

Mi familia, por darme un motivo para trabajar tanto.

pero, si escribo otro libro, ahí va a ir.

Hannah Mary McKinnon y Sandra Cortez, por leer con dedicación esa horrible primera versión llena de errores y miles de adverbios.

Jenn Somersby, por tu amor a la sintaxis, el ojo afilado y el ingenio agudo. También por siempre encontrar un lugar para mí en tu agenda de trabajos editoriales.

Karen Lawson, por prestarnos un segundo par de ojos entrenados para esos últimos errores que siempre consiguen escurrirse entre las grietas.

Hang Le por tu inmenso talento y creatividad. La portada es exactamente como quería.

Nina Grinstead, de Social Butterfly PR, por tu apoyo infinito y la fe que has tenido en mí a lo largo de estos siete años.

Tami, Sarah y Amelie, por hacer que Trucker's Troop siga vivo y sea un lugar tan divertido.

Mis lectores, por el entusiasmo con esta secuela. Ha sido palpable y, para ser sincera, un poco aterrador. Espero que hayáis disfrutado la aventura.

Mi familia, por darme un motivo para trabajar tanto.



Índice



Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Agradecimientos

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Agradecimientos

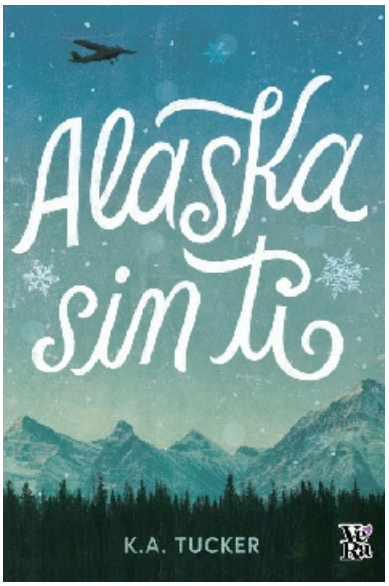
K.A. Tucker escribe historias con un toque especial que cautivan. Es una autora *best seller* internacional con más de veinte novelas publicadas. Sus libros han aparecido en medios tan importantes como *USA Today*, *Publishers Weekly*, *Globe&Mail* y *The O Magazine*. K.A. Tucker vive en un pintoresco pueblo a las afueras de Toronto con su marido y sus dos hijas.

Alaska contigo es la esperada continuación de *Alaska sin ti*.

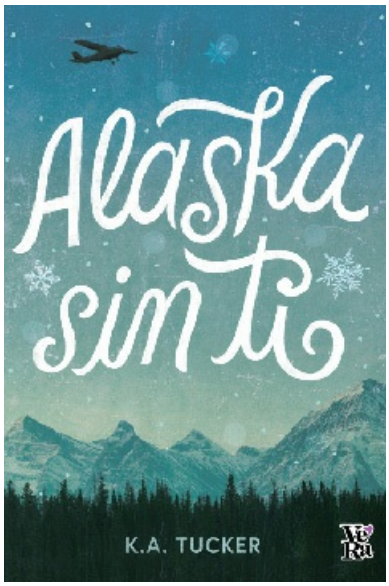
K.A. Tucker escribe historias con un toque especial que cautivan. Es una autora *best seller* internacional con más de veinte novelas publicadas. Sus libros han aparecido en medios tan importantes como *USA Today*, *Publishers Weekly*, *Globe&Mail* y *The O Magazine*. K.A. Tucker vive en un pintoresco pueblo a las afueras de Toronto con su marido y sus dos hijas.

Alaska contigo es la esperada continuación de *Alaska sin ti*.

¡NO TE PIERDAS EL INICIO
DE LA HISTORIA DE CALLA Y JONAH!



¡NO TE PIERDAS EL INICIO
DE LA HISTORIA DE CALLA Y JONAH!



Título original: Wild at heart
Traducción del inglés: Leila Gamba
Edición revisada y adaptada

Primera edición: octubre de 2023

© 2020, Kathleen Tucker
© 2023, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Publicado originalmente por Atria Books (Simon&Schuster). Derechos de traducción y publicación gestionados por Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-19873-40-8
Depósito legal: B-14.468-2023
Maquetación: Marisol Laura Dávila

Título original: Wild at heart
Traducción del inglés: Leila Gamba
Edición revisada y adaptada

Primera edición: octubre de 2023

© 2020, Kathleen Tucker
© 2023, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Publicado originalmente por Atria Books (Simon&Schuster). Derechos de traducción y publicación gestionados por Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-19873-40-8
Depósito legal: B-14.468-2023
Maquetación: Marisol Laura Dávila


Wink Poppy Midnight
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve

9788412214857

224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

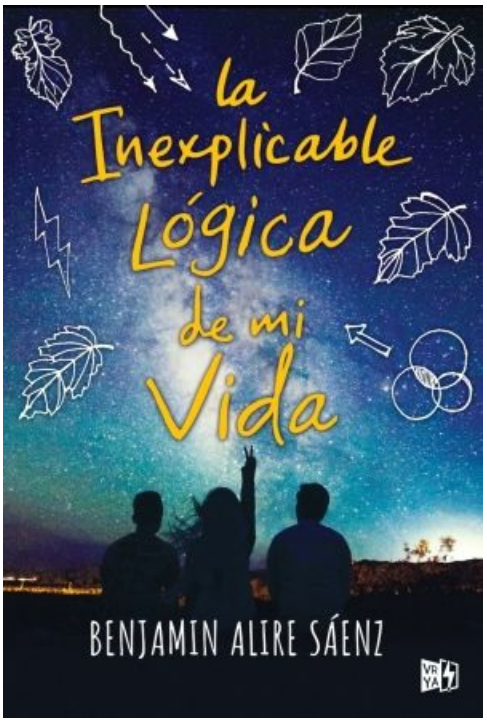
Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April

Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la
Inexplicable
Lógica
de mi
Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

La inexplicable lógica de mi vida

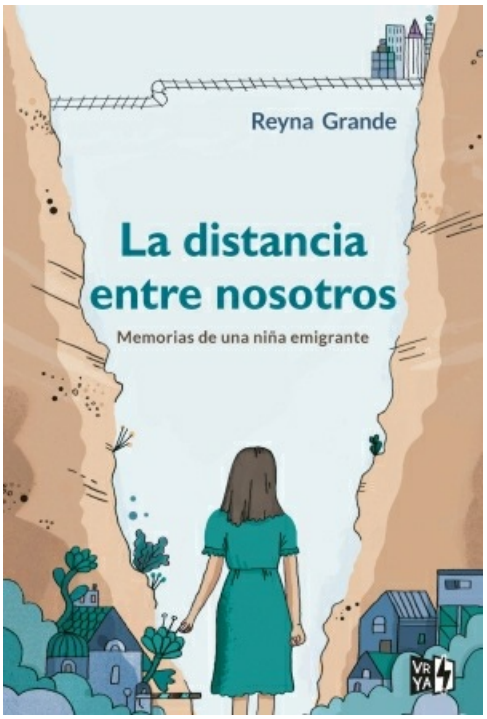
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se

abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

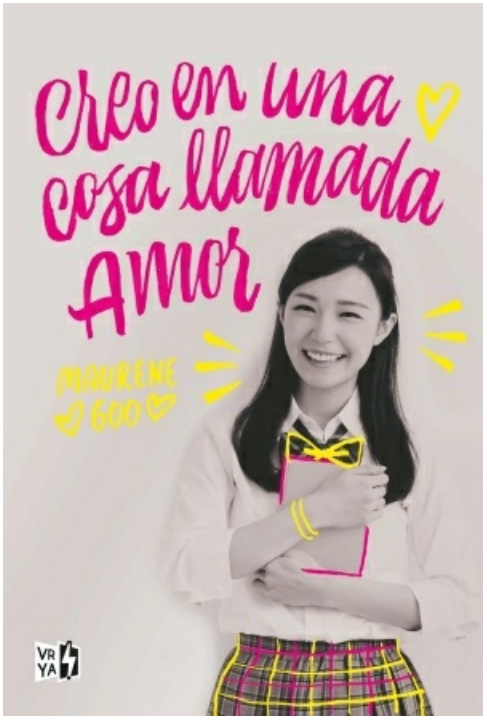
"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene

9788412095098

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Alaska sin ti
K.A. TUCKER
Autora best seller internacional

Alaska sin ti

Tucker, K. A.
9788412676594
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Calla Fletcher no tenía ni dos años cuando su madre se la llevó de Alaska, dejando a su padre atrás. Ahora tiene veintiséis y es una chica de ciudad de la cabeza a los pies. Nada puede alejarla del bullicio de Toronto, excepto la noticia de que su padre está muy enfermo. Temiendo que esta sea su última oportunidad de conocerlo, Calla decide emprender un largo viaje de regreso al remoto pueblo que la vio nacer. Allí deberá afrontar el inhóspito paisaje, las extrañas horas de luz y los precios desorbitados. Pero ningún desafío será mayor que tratar con Jonah, el grosero piloto de la aerolínea de su padre, que cree que Calla es una mimada que debería volver a su querida vida en la gran ciudad. Pero ella piensa demostrarle que su corazón puede ser tan salvaje como Alaska.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)